PASIÓN OLÍMPICA

LAS HISTORIAS MÁS SORPRENDENTES
Y LOS SECRETOS MEJOR GUARDADOS
DE LOS JUEGOS OLÍMPICOS

GONZALO BONADEO

SUDAMERICANA

Gonzalo Bonadeo

Pasión olímpica

Las historias más sorprendentes y los secretos mejor guardados de los Juegos Olímpicos

Sudamericana

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

A Carmela, Cata, Martu, Valu, Paqui y Mincho,
que son todo para mí.
A mis viejos, Jacqueline y Diego.
A mis hermanos, Rodrigo, Flor y Mary
(que conoció mis días de risa).

PRÓLOGO. “EL SEÑOR OLÍMPICO”

por Javier Mascherano[1]

En mi carrera me ha tocado jugar en distintas instituciones y siempre tuve objetivos importantes. Generalmente, el final fue el deseado y todos los logros fueron intensamente festejados junto a mis compañeros. Cada uno de ellos estará para siempre en mi corazón.

Sin embargo, si tengo que elegir una experiencia donde, sobre todo, uno rescata el amateurismo más puro y vuelve a las fuentes, esos son los Juegos Olímpicos de Atenas y Beijing. Poder convivir con deportistas de diferentes disciplinas —algunos famosos y otros desconocidos para el deporte profesional— me internó en un mundo que disfruté como pocas veces y que seguramente no se volverá a repetir.

Los Juegos Olímpicos tienen la particularidad de que permiten familiarizarnos con deportes que pocas veces o quizás nunca vimos siquiera por televisión. En este ítem, Gonzalo Bonadeo es un pilar importante para todos los argentinos, la voz más autorizada que puede haber en el periodismo de nuestro país para conocer las reglas y reconocer a los grandes de cada disciplina.

Durante los años que no participé en los Juegos, pude apreciar en el relato de Gonzalo lo apasionante y lo dramático de este evento maravilloso. Por eso, puedo decir humildemente que para mí él es “El Señor Olímpico”.

1 Medalla dorada con la Selección Argentina de fútbol en Atenas 2004 y Beijing 2008.

PALABRAS PRELIMINARES. ALGÚN EMPUJONCITO Y CIERTAS "COMPLICIDADES"

por Diego Bonadeo

Envanece prologar —en este caso "coprologar" con un ser humano y futbolista de las cualidades de Javier Mascherano— un libro escrito por quien cuando a uno le preguntan "¿Usted es el papá de...?", uno se anticipa y contesta con orgullo y cierto sentido de la apropiación: "No, Gonzalo es mi hijo".

Además, este ejercicio tiene el encanto —y cierto misterio también — de no tener la más supina idea de los pormenores del trabajo, aunque conociendo a mi hijo, como tal, como padre, como periodista y como paladar negro para casi todo, puedo adivinar, por escribirlo así —y perdón por el neologismo— algunos "pormayores".

Gonzalo nace al deporte antes que al periodismo, lo que no es novedoso para quienes se dedican a esta actividad. A los dos años y pocos meses ya le había enseñado que los jugadores de rugby del combinado universitario británico Oxford-Cambridge que aparecían fotografiados en la tapa de la revista "Tercer tiempo" eran Hadman y Jones y ya por esa época se paraba "como Perico Pérez" (arquero de River en la década del sesenta) para "atajar" tiros libres.

Acompañar a su padre como referí de divisiones inferiores de rugby a los cinco o seis años los sábados por la mañana, así como hacerme pata a las cuatro de la mañana y luego en las correspondientes repeticiones (mediodía, cuatro o cinco de la tarde y noche) de la televisación de la final de remo de los Juegos Olímpicos de Múnich en 1972 con Alberto Demiddi como representante argentino, en el entrañable Canal 7 todavía en blanco y negro, ya a los nueve años, pronosticaban algo parecido a lo que es su vínculo hoy en día con cualquier deporte.

Desde entonces y hasta ahora han pasado cuarenta y pico de años, y por nuestras vidas en común, montones de cosas.

Cuando yo cumplí, en 1968, uno de mis sueños periodísticos más codiciados, al cubrir los Juegos Olímpicos de México, jamás podía soñar con que mi hijo mayor sería algunos años después la mayor referencia que podía tener esta profesión en la cobertura de prácticamente todos los deportes que cada cuatro años integran el

calendario.

Yo no le di una profesión a mi hijo, solamente algún empujoncito al principio y ciertas “complicidades” —como hubiera dicho Serrat— en cuanto al idioma y al periodismo después. Dicen por ahí que en lo suyo es el mejor. Y yo estoy de acuerdo...

Capítulo I. “Olímpico”
Alberto Laya, un prócer

La última vez que lo vi fue en la esquina de Marcelo T. de Alvear y Suipacha. El encuentro duró un suspiro. Culpa mía. No son pocas las veces en la vida en las que uno no baja un cambio y le dedica al momento el tiempo que merece. Él caminaba despacito bajo el sol sin saber que sería uno de sus últimos paseos. Yo me dirigía a la grabación de un programa de rugby para Telesport. Apurado, como casi siempre que voy a la tele. Alguna vez asumiré que eso es el estrés.

Alberto Laya me saludó con el afecto de siempre y prendió un cigarrillo como dispuesto a empezar una charla. Casi sin detenerme, lo abracé y ensayé una respuesta que enfaticé con la promesa de un pronto encuentro que jamás se produjo. Una semana más tarde, un recuadro al pie de la tapa del diario *La Nación* anunciaba su muerte debajo de un viejo retrato en blanco y negro, apenas menos desangelado que una foto carnet. Creo que nunca digerí su muerte. Ni mi apuro del momento.

Alberto fue un prócer del periodismo especializado en deportes[2]. No recuerdo a nadie escribir sobre deportes como él. Aún hoy, gracias a la recopilación hecha por Rafael Saralegui, puede encontrarse el libro con una selección de sus columnas[3], publicadas en la sección “Mirador Deportivo” cada jueves durante décadas bajo el seudónimo de *Olímpico*.

Alberto fue mi primer jefe. Lo jubilaron como editor de Deportes apenas un par de años después de mi debut, en febrero de 1981. Lo retiraron por su edad y no por su talento; mucho menos, por sus sucesores. Como tanto fenómeno, Laya dejó herederos de capacidad inversamente proporcional a sus deseos de ser recordado.

De día, solo se lo escuchaba hablar peyorativamente sobre sus virtudes. Se refería a su columna como “la masturbación”. De noche, después de un par de whiskies, confesaba que nada le importaba más que ese texto que cada miércoles revisaba en el taller de edición como

la madre primeriza que no soporta estar ni un segundo sin chequear la respiración de su bebé. Alberto escribía con una virtud mágica e indiscriminada. Alguna vez —a pedido de Fernando Niembro si mal no recuerdo— dedicó una columna a un relator colombiano —Pache Andrade— que había llegado a la Argentina para, muy infructuosamente, cubrir el espacio dejado en Radio Mitre por Víctor Hugo Morales. El texto se tituló "La Voz". Allí, Laya hablaba de una voz celestial, única, capaz de ocupar todos los espacios. Poco que ver con el pobre Pache, que debutó confundiendo durante buena parte del primer tiempo a los jugadores de River con los de San Lorenzo, nada menos.

Al igual que Dante Panzeri, Laya marcó a fuego una época y un estilo. Amigos y adversarios, elevaron a niveles inimaginables un oficio caracterizado por la vulgaridad, la ignorancia y la torpeza expresiva. Uno, desde la sutileza y la ironía fina; el otro, desde las vísceras. Algo así como los Borges y Bioy Casares del periodismo deportivo. Alberto fue, por encima de todo, periodista. Aun por encima de la familia y del dinero. Y por encima de todo, periodista de diario. Un purista obsesivo del idioma.

Todavía puedo escucharlo explicar que no se entra "a" sino "en" un lugar. Que no se dice "detrás mío", sino "detrás de mí". Que nadie va "rumbo a Europa", sino "para Europa", ya que el término "rumbo" indica una orientación cardinal y no un destino fijo. Que "adiestrador" no es sinónimo de "entrenador" o "director técnico", porque no se adiestran seres humanos sino animales. Y que presea es sinónimo de medalla, pero que, aun siendo el español un idioma tan rico, es mejor evitar ciertos términos. "Vea, hijo, presea es una palabra de mierda. Repita medalla las veces que quiera, pero no use presea", me sugirió alguna vez con la misma contundencia con la que insistía que el queísmo es tan malo como el dequeísmo, solo que tiene mejor prensa.

Quienes amamos al periodismo gráfico mucho más que lo que el periodismo gráfico nos ama a nosotros llegamos al punto de tener una reacción casi de alergia cuando leemos algo mal escrito. En mi caso, la culpa es de Alberto Laya. De él aprendí también varios asuntos relacionados con el olimpismo bien entendido, siempre con algún fundamento.

Una medalla olímpica no es de oro ni de plata, sino dorada o plateada. Aun en tiempos de héroes millonarios por su condición de tales, el olimpismo sostiene una esencia amateur, por ejemplo, en sus medallas. No solo se considera al oro y a la plata como un premio en metálico —no así al bronce—, sino que, teniendo en cuenta la cantidad de oro usado en su elaboración, las medallas acuñadas, por ejemplo, para los últimos campeones olímpicos no valdrían en una casa de empeño más de 1500 pesos argentinos.

Olimpíada no es sinónimo de Juego Olímpico, sino que se denomina así justamente al período de cuatro años entre un Juego y otro.

Decir que, en saltos ornamentales, lo que se evalúa es que el clavadista salpique la menor cantidad de agua posible es una reducción infantil que nos remite a la pileta del club, cuando nos tirábamos de bomba para molestar a esa chica de nariz respingada que tanto nos gustaba. No salpicar es la consecuencia habitual de una de las grandes virtudes de esos deportistas: la entrada en el agua con el cuerpo bien extendido y lo más perpendicular posible a la superficie.

No existe el récord mundial en remo. Es imposible imponer un tiempo como registro absoluto cuando cambian las condiciones no solamente de un torneo a otro —pruebas en un lago, en un río o en un canal aliviador—, sino que el viento mismo puede modificar brutalmente las características de una regata respecto de la otra en cuestión de minutos.

Los viejos maestros del atletismo jamás hubieran permitido que se estableciera como real el concepto de récord mundial de maratón. Jamás un recorrido es parecido al otro. Los 42 kilómetros y 195 metros de Berlín no se parecen a los de Londres ni a los de Nueva York donde, además, los dos kilómetros finales dentro del Central Park son de un sube y baja casi sádico para el último esfuerzo de los atletas.

Lo que nunca pudo explicarme Alberto es por qué no viajé a los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, en 1984. En marzo de ese año me invitó un café en el comedor del diario, por entonces en el edificio de Bouchard 557, al lado del Luna Park. Lejos de cualquier solemnidad —no era su estilo—, pero en tono muy bajo —como si me estuviese confiando una infidelidad a la esposa que ya no tenía—, me dijo que me había designado para viajar a esos Juegos. Creo que a mis 21 años, no era ni un poco consciente de lo que eso significaba. Tampoco lo comprobaría, ya que jamás me subí al avión.

2 El día en que, en diciembre de 1983, salí a la calle para cubrir las elecciones que ganó Alfonsín, supe que el Periodismo Deportivo no era una profesión sino una circunstancia.

3 Publicado en 2007 por la Academia Nacional de Periodismo, bajo el título: *Alberto Laya, El Mirador Olímpico*.

Capítulo II. Los Juegos que no viví
Un poco de historia (y algunos mitos)

De un lado, la vanidad del historiador que cree ser dueño del relato definitivo. Del otro, la necesidad del curioso, que disfruta del episodio sin más pretensión que la de descubrir una historia nueva. Parecen posturas irreconciliables pero conviven permanentemente en el juego —a veces, cínico— entre quien busca minuciosamente el dato final y la mayoría de los mortales que "queremos saber". A veces, pareciera darnos lo mismo el origen de la epopeya de Juana de Arco que el de las nalgas de Kim Kardashian. Shakespeare termina siendo poco más que un señor inglés que se dedicó a lo mismo que Alberto Migré, pero mucho antes y sin televisión.

En todo caso, no es ni dramático ni decisivo ser más o menos laxo en el detalle. La raíz del asunto pasa por generar interés en la historia. Desde luego que no da lo mismo un sabio que no para de buscar y de aprender que un oportunista que convierte en libro un puñado de leyendas populares.

Con los Juegos Olímpicos pasa algo único respecto del resto de las competencias deportivas. En ningún otro ámbito del músculo al servicio del talento, la historia sublima episodios, héroes y villanos hasta emparejarlos con las Cruzadas, los viajes de Marco Polo o el Cruce de los Andes.

Jamás me animaría a poner en un plano de equivalencia los episodios más sensibles de la humanidad con la leyenda de Dorando Pietri o la charla secreta entre Manu Ginóbili y Gregg Popovich camino a Beijing. Pero cuesta encontrar alrededor de otro certamen atlético tanta historia para contar, tanto cuento por conocer.

No es culpa del olimpismo que seamos sustancialmente ignorantes respecto de sus verdades. Al fin y al cabo, la historia en general —especialmente, la doméstica— empezó poco tiempo atrás a contarse fuera de los convencionalismos de los manuales escolares o de los pregones del cuentito básico en formato de próceres inmaculados y

malvados muy bien elegidos o apenas mencionados. La paradoja de una historia que empieza a contarse ahora, después de que se la deformó o parcializó durante más de un siglo.

Como en cualquier rubro, también las gestas de los héroes olímpicos están tan llenas de fantasías como de verdades. Les propongo honrar sus memorias despojándonos de prejuicios. Llevo años leyendo sus historias según la óptica de infinidad de investigadores. Rigurosos algunos; entrañablemente exagerados, otros. En todos los casos, valió la pena entregarme virgen a la lectura, aunque a veces pareciera viajar sin escalas de Wikipedia a Felipe Pigna, Tomás Eloy Martínez o Pacho O'Donnell.

No busquemos la verdad final. Disfrutemos de la existencia de esos hombres y mujeres que merecen quedar para siempre en la memoria. Son la esencia de los Juegos que no viví.

Natación de verano en aguas de invierno

No existe en Budapest un registro oficial que asegure que un tal Milos Lajos haya muerto ahogado en las aguas del Danubio durante el verano de 1891. Quienes homenajearon las proezas deportivas de Alfred, su hijo, aseguran que esa tragedia fue la razón inspiradora de su carrera como nadador: apenas 13 años tenía cuando murió su padre. Cuatro años después ganó el campeonato europeo y en 1896 se convirtió en el primer campeón olímpico en natación, uno de los dos deportes —atletismo, el otro— sin el cual el olimpismo perdería gran parte de su atractivo. En realidad, Lajos ganó dos de las tres competencias del 7 de abril de 1896: los 100 y los 1500 metros estilo libre, proeza de una versatilidad sin precedentes en la especialidad.

La jornada inaugural pareció darle la razón al barón Pierre de Coubertin por entregarle a Atenas la sede de los primeros Juegos de la Era Moderna: más de 20.000 personas se agolparon en la orilla de la Bahía de Zea, en la zona de El Pireo. Al aire libre y en aguas abiertas, así se realizaron aquellas competencias. Sin los límites que impone una pileta, fueron trece los participantes de una primera final en la que la supuesta partida, la supuesta vuelta y los supuestos andariveles fueron señalados con calabazas huecas atadas con soga para evitar más caos del que ya podemos presumir.

La marca del campeón fue de más de 1 minuto y 22 segundos, ridícula no solo para los tiempos actuales: fue 20 segundos más lenta que la del segundo título de la especialidad, logrado por otro húngaro ocho años después. El motivo principal fueron los 13 grados de temperatura del agua en un día extremadamente destemplado para la habitual primavera griega. Teniendo en cuenta que la temperatura

ideal del agua para la natación competitiva se sitúa casi en el doble de esa cifra, se entiende por qué, un rato más tarde, tras ganar los 1500, Lajos confesó que sus ganas de ganar fueron la nada misma comparadas con sus ganas de sobrevivir.

Cinco meses de Juegos Olímpicos

Cuando Uruguay logró el bicampeonato olímpico en 1928, al francés Jules Rimet no le quedó más remedio que llevar su primer Campeonato Mundial de fútbol a la tierra de Artigas, Zitarrosa y Obdulio Varela. Recién en la tercera edición —Mussolini mediante, en 1934— Rimet logró que el Mundial se organizara en Francia. Para su desgracia, Coubertin —también francés— tardó mucho menos en llevar los Juegos a su país.

Entre abril y noviembre de 1900, París fue sede de la Exposición Mundial. Para tener una idea de la dimensión del emprendimiento, no solo hubo más de 50 millones de visitantes, sino que cuatro de las infinitas maravillas parisienses se construyeron para la ocasión: el Petit Palais, el Grand Palais, el puente Alejandro III y la estación de trenes en la que finalmente se instaló el fabuloso Museo de Orsai.

El padre del olimpismo moderno lo pensó bien. Colarse en una movida de semejante magnitud sería un espaldarazo definitivo para las competencias. Lejos de ello, los responsables de la Feria dejaron al deporte en un plano secundario. De hecho, Alfred Picard, director general de la muestra, no mostró el mínimo interés por el deporte durante la Exposición. Aquellos Juegos de París 1900 no tuvieron ni siquiera ceremonias de apertura y clausura y las competencias se desarrollaron de manera discontinua entre mayo y octubre de ese año.

Los registros de las actividades deportivas de la Exposición no mencionan los Juegos Olímpicos, sino los Concursos Internacionales de Ejercicios Físicos y Deportes. Entre las disciplinas consideradas no oficiales —pero que igualmente formaron parte del calendario— figuraron competencias entre bomberos y guardavidas.

Tal vez no sea casual que el gran multicampeón de esos Juegos haya sido el estadounidense Ray Ewry, que en un solo día ganó las pruebas de salto en largo, salto en alto y salto triple sin carrera, competencias eliminadas del programa olímpico a partir de 1908.

En medio del bochorno, hubo un argentino. Si bien nuestra historia olímpica registra a Ámsterdam como el debut oficial, en los registros del Comité Olímpico Internacional (COI) figura representando a nuestro país el esgrimista Eduardo Camet, quinto en espada individual. No debe extrañar: la Argentina fue uno de los doce países fundadores del Comité Olímpico.

El desprecio de París, probable consecuencia de la Derrota de la Sorbona —en 1895, los consejeros locales habían pedido la sede finalmente adjudicada a Atenas—, tuvo su condena histórica en el maleficio que le hizo perder a manos de Beijing y Londres las sedes de 2008 y 2012. Es más, aun hoy está en duda que obtenga la de 2024, Juegos que seguramente se realizarán en Europa. Una vez más, estaría de por medio una Exposición Universal, la que la capital francesa aspira albergar en 2025.

Los Juegos Olímpicos, heridos de muerte

El Movimiento Olímpico tuvo que modificar drásticamente sus costumbres luego del escándalo de los sobornos que se pagaron desde Salt Lake City para ser sede de los Juegos de Invierno de 2002. Para ese entonces, las batallas por conseguir los Juegos costaban cientos de millones de dólares en pagos ilegales a miembros del COI, con fondos de los contribuyentes de ciudades que, muchas veces, quedaban eliminadas en el primer corte de la clasificación. Como en tantos otros asuntos, sin el consentimiento ni el conocimiento de los contribuyentes. Lejos de esos tiempos, luego del fiasco de París, a Coubertin y sus muchachos les costaba conseguir casa para los Juegos de 1904. Finalmente, por gestión del presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, los Juegos fueron a Saint Louis…, durante la Louisiana Purchase Exhibition. Otra vez la maldita Feria Universal.

Mientras algunos historiadores reconocen la gratitud de Coubertin por el gesto norteamericano de darles continuidad a sus Juegos, otros aseguran que ni siquiera se tomó el trabajo de concurrir a las competencias, disputadas nuevamente durante varios meses. La historia deja a la intemperie que, ante la necesidad, la tradición de que los Juegos solo deben durar 16 días pasa a tener la legitimidad de un billete de tres dólares.

De las más de 80 pruebas realizadas en Saint Louis 1904, en la mitad solo participaron atletas norteamericanos y la presencia de dos aborígenes africanos corriendo la maratón fue considerada groseramente por crónicas de la época, que la analizaron más como una “curiosidad zoológica” que como un detalle deportivo.

Sin embargo, Saint Louis puede jactarse de haber organizado los Juegos que estrenaron las medallas dorada, plateada y de bronce, y de haber atestiguado el debut de disciplinas como el boxeo y la lucha libre. También fue testigo de la gesta de George Eyser, un alemán naturalizado estadounidense, ganador de seis medallas en gimnasia. A Eyser no le afectó demasiado la amputación de su pierna izquierda, sufrida años atrás al ser atropellado por un tren. Fue el único atleta

con una discapacidad semejante en participar de un Juego Olímpico hasta la aparición de la sudafricana Natalie Du Toit en las aguas abiertas de Beijing 2008 y del tristemente célebre Oscar Pistorius, semifinalista en los 400 metros llanos en Londres 2012.

El papá de Sherlock Holmes y el taxista italiano

Cada edición de un Juego Olímpico merece un libro entero —incluso las más precarias que acabo de recordar—, pero esto vale sobre todo para Londres 1908 que, por varios factores, fue un tiempo reivindicatorio para Coubertin y sus socios.

Fueron los Juegos del sueco Oscar Swahn, medalla dorada en tiro (blanco móvil) a los 72 años, el campeón olímpico más viejo de la historia. Y los de John Taylor, el primer campeón olímpico norteamericano negro, que murió de tifus un par de meses después del certamen.

También fueron los Juegos en los que el equipo británico ganó casi tantas medallas como el resto de los diecinueve países cuyos atletas ocuparon un lugar en el podio. Y los de otra presencia argentina fuera de los registros convencionales. Según la investigación de Herrman DeWael, un tal Horatio Torromé —nació en Río de Janeiro y vivió casi toda su vida en Inglaterra— representó a nuestro país en patinaje artístico, competencia realizada en un club de Knightsbridge durante octubre pero bajo la órbita de los Juegos de verano, ya que aún no existían los de invierno. Torromé había intentado integrar el equipo británico y finalmente logró el aval del Comité Argentino. Fue último en la prueba individual.

Sin embargo, por encima de todo, Londres 1908 fueron los Juegos de Dorando Pietri, el italiano retacón que fue descalificado luego de llegar primero en la maratón más famosa de la historia. Se largó en la mañana del 24 de julio, uno de los días más calurosos de aquel año. Algunas de las escasas imágenes de la época muestran a varios de los 56 atletas detenidos en los puestos de aprovisionamiento como acodados en la barra de un bar, sin la menor intención de sostener su ritmo de carrera.

El primero en entrar en el estadio de White City fue Dorando Pietri, un italiano que jamás había corrido los 42 kilómetros y 195 metros, pero que había ganado claramente el selectivo olímpico seis meses antes.

Pietri comenzó a tambalearse apenas pisó la pista. Cayó y se levantó varias veces en pocos metros, entre otras cosas porque un grupo de oficiales lo sujetó de los brazos y ayudó a orientarlo hasta la meta. Tanto lo ayudaron que Dorando fue descalificado y la victoria

fue adjudicada al norteamericano John Hayes, uno de los campeones olímpicos menos populares de la historia. Por el contrario, tal fue la simpatía provocada por el italiano que, durante el año siguiente, fue invitado a participar de una serie de exhibiciones contra Hayes en los Estados Unidos: ganó 17 de las 22 que disputaron.

Como tantos otros íconos del olimpismo, la leyenda de Dorando fue creciendo con el tiempo. Por ejemplo, algunos dicen que Pietri no llegó agotado al estadio, sino mareado de tanto tomar vino tinto en los puestos de aprovisionamiento, algo habitual para la época en la que se pensaba más en el estímulo que en la posibilidad de que semejante calor terminara en una borrachera. Quien hubiera podido dar fe de ello fue uno de los periodistas que acompañó a Pietri en los metros decisivos de aquella maratón. En los segundos finales de la filmación de esa competencia se ve a un cronista de *The Times*, un escocés grandote, de traje y espléndidos mostachos, llamado Arthur Conan Doyle, que veinte años antes había parido a un tal Sherlock Holmes.

Las crónicas vinculadas con Pietri en los años posteriores a su lanzamiento al estrellato van de la gloria a la tragedia sin escalas. Hay quien lo idealiza y destaca que, desde 1908, ganó 84 de las 128 carreras de fondo que disputó y que hizo una auténtica fortuna corriendo por dinero. Otros recuerdan que se ganó la vida manejando un taxi en Nápoles luego de que su hermano se quedara con todo su dinero.

La leyenda de Filípides

Los Juegos Olímpicos están repletos de leyendas y fantasías. Y está muy bien que así sea. Más allá de lo tentadora que es la desmitificación para muchos periodistas, aquello de que un puñado de competencias deportivas pueden interrumpir, por acuerdo tácito, hasta las invasiones de un pueblo a otro tiene un encanto que ojalá pudiéramos endosarle al presente. Una de esas leyendas adjudica al mérito del sacrificado Filípides el origen de la carrera de Maratón.

La versión más común indica que Filípides fue un soldado griego que falleció después de haber recorrido 37 kilómetros entre Olimpia y Atenas justo después de anunciar la victoria ante el ejército persa. Algo así como el “muero contento, hemos batido al enemigo” del Sargento Cabral. Sin embargo, las crónicas de Herodoto señalan que Filípides falleció agotado luego de caminar los más de 200 kilómetros que hay entre Atenas y Esparta, donde fue a solicitar refuerzos. Tampoco hay que descartar que Filípides haya sido solo un personaje de ficción detrás del cual el autor homenajeó la notable condición atlética de muchos de los soldados de aquel ejército griego, capaces de

correr desde Maratón hasta Atenas para defender a la ciudad del asedio persa.

Como sea, el Barón de Coubertin decidió homenajearlo incluyendo en los primeros Juegos modernos (Atenas 1896) una carrera denominada "Maratón" reservada para hombres[4]. Cuestionado Filípides, recalculadas las distancias entre Maratón y Atenas, ¿de dónde salen los 42 kilómetros y 195 metros como distancia oficial de la competencia? De los ingleses, claro.

Durante los primeros Juegos de esos tiempos, la carrera era de 42 kilómetros. Los 195 metros se agregaron en la versión de Londres 1908 y llegaron para quedarse. Esa fue la distancia a la que hubo que extender la prueba para llegar desde el Castillo de Windsor (largada) hasta el estadio de White City (llegada).

¿No se podía asegurar el redondeo en 42 kilómetros? Fue la idea original, pero los organizadores se vieron obligados a retrasar el punto de partida en casi dos cuadras ya que la reina Alexandra quería ver el comienzo de la prueba desde el ventanal de su dormitorio.

Algunos historiadores señalan que, en realidad, la largada fue justo debajo de la *nursery* real del castillo, donde la reina acaba de dar a luz. Sin embargo, en el momento de la prueba Alexandra tenía 63 años y sus cinco hijos ya habían nacido a finales del siglo anterior.

El mejor atleta del mundo, un "sucio profesional"

"Usted, señor, es el mejor atleta el mundo", aseguran que le dijo el rey Gustavo V de Suecia al norteamericano Jim Thorpe mientras lo premiaba por ser el ganador del decatlón de los Juegos de Estocolmo, en 1912. ¿Se lo dijo en sueco? ¿Se lo dijo en inglés? ¿Se lo dijo? Creo que no. Las primeras referencias periodísticas al respecto son posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial. Hasta entonces, ningún historiador había dicho algo al respecto. Hay fotos que confirman que el rey sueco premió a Thorpe, aunque no entregándole la medalla dorada —flor de bodrio, en esos tiempos todas las medallas se entregaban durante la ceremonia de clausura— sino una pieza de artesanía que puso en juego para el decatlón así como como el zar Nicolás II de Rusia lo hizo para el pentatlón, también ganado por Thorpe. Hombre generoso el tal Nicolás: fue un regalo suyo a París la construcción del puente Alejandro III en ocasión de la mencionada Exposición Universal de 1900.

Thorpe era, efectivamente, el mejor atleta del mundo. Un prodigio capaz de saltar en alto 1,75 metros en tiempos en los que, con esa marca, se podía ganar la medalla plateada en los Juegos. ¡Tenía 19 años y lo hizo saltando con ropa de calle!

Thorpe llegó a Estocolmo 1912 luego de ganar los selectivos norteamericanos en el pentatlón (debido a la poca cantidad de participantes se anuló el del decatlón, para el cual fue automáticamente elegido). Uno de sus compañeros de ruta fue Avery Brundage, futuro presidente del Comité Olímpico Internacional, que finalizó sexto en el penta.

Pero los vínculos de Thorpe con el deporte y con la gente notoria están lejos de circunscribirse al olimpismo y a uno de los más desafortunados personajes del movimiento de los anillos (más adelante hablaremos del antisemitismo de Brundage). Este fenómeno de 1,85 metros y 92 kilos nacido en la nación sauk y meskwaki (*Sac and Fox*, de las tribus del medio oeste norteamericano) ya jugaba notablemente al fútbol americano colegial mucho antes de viajar a Suecia. Su más notable adversario fue Dwight Eisenhower, presidente norteamericano, quien recordó haberle visto hacer cosas que jamás logró ningún otro jugador. "Y sin haberse entrenado jamás", agregó Eisenhower, tiempo después de la muerte de Thorpe, en 1953.

Lo mismo podría haberse dicho de su virtud para jugar al béisbol, aunque no se había destacado a nivel colegial. Como tantos otros estudiantes de escasos recursos y mucho talento, Thorpe aprovechaba los veranos para ganar algún dinero jugando en equipos de ligas profesionales menores. Tan menores que las ganancias rara vez excedían los 3 dólares por partido; en proporción, no mucho más que 50 dólares de la actualidad.

El *Worcester Telegram & Gazette* es un periódico nacido en 1866 que aún hoy circula en el estado de Massachusetts. A fines de enero de 1913, denunció que Thorpe había jugado por dinero al béisbol en un equipo de la Liga de Carolina del Este, dos años antes de su gesta olímpica. Thorpe jamás negó la información y solo explicó que no comprendía que hubiese estado haciendo algo malo. En efecto, Thorpe no participó de ninguna competencia olímpica —ni siquiera selectiva — durante ese tiempo. Fue sancionado por la AAU (Unión Atlética Amateur) que le quitó estatus de tal y solicitó al COI que hiciera lo mismo. De tal modo, le sacaron a Thorpe ambas medallas y los respectivos récords.

Más que fuertes fueron las sospechas de racismo: eran tiempos en los que los habitantes de origen indio o mixto no eran necesariamente considerados ciudadanos de los Estados Unidos. Por un lado, aunque las reglas de conducta de aquel entonces establecían que cualquier reclamo sobre un resultado en los Juegos debía hacerse dentro de los 30 días posteriores a la prueba, la denuncia se conoció solo seis meses después de la competencia. Por el otro, el COI le quitó las medallas a Thorpe, pero no procedió a consagrar campeones a los respectivos segundos, tal como sucede con los casos de doping u otro tipo de

descalificación.

Más tarde que temprano, llegó la reivindicación. En 1982, el COI le restituyó las medallas a Thorpe. Las recibieron sus nietos: Jim había muerto treinta años atrás. Una vez más, la moralina y el cinismo pudieron más que la grandiosidad de un deportista que fue primero en 8 de las 15 disciplinas involucradas en sus títulos de Estocolmo, que se dio tiempo para ser cuarto en salto en alto y séptimo en salto en largo, que ingresó en el Salón de la Fama del fútbol americano, brilló en el béisbol de los New York Yankees y hasta se sospecha que se lució en el básquetbol como parte de las giras de Jim Thorpe and His World-Famous Indians.

Deportes de invierno, Juegos de verano

Los de Amberes 1920 fueron los últimos Juegos Olímpicos de verano antes del nacimiento del de los de invierno. Aun comprendiendo las circunstancias, cuesta imaginarse al patinaje artístico —regresó después de su debut en 1908— y el hockey sobre hielo fuera del contexto del frío, la nieve, las montañas, el *half-pipe* y el *curling*. Si bien tomaron el recaudo de que esos torneos no se realizaran al mismo tiempo que el resto —estos, en abril; el resto, en agosto—, la presencia de suecos patinadores y —cuándo no— canadienses campeones de hockey en el medallero convencional no deja de ser una extravagancia.

Fueron Juegos con fuerte influencia institucional gracias al estreno de la bandera olímpica —la insignia blanca con los cinco anillos— y a que por primera vez se realizó el juramento de los deportistas. Además, se destacó la medalla dorada en Literatura ganada por los alemanes Georges Hohrod y Martin Eschbach, por una *Oda al deporte* que, en realidad, escribió Coubertin. Destáquese que no hubo segundo, tercero ni ningún otro competidor en el rubro.

El rugby, que por penúltima vez se jugó olímpicamente de quince hombres, también aportó lo suyo. Ausente Inglaterra —no quisieron interferir en la liga local— y tras la renuncia a último momento de rumanos, checoslovacos y belgas, el torneo se redujo a un solo partido entre Francia, gran favorito, y Estados Unidos, sorpresivo ganador por 8 a 0. Curiosamente, hay imágenes de buena calidad de aquel partido jugado en el estadio del Beerschot, equipo de fútbol caído en desgracia en 2013 debido a una crisis financiera que lo desplazó de la Primera División a la categoría amateur del fútbol belga. Esas imágenes muestran el primer *try* norteamericano del que participa decisivamente James Kirksey, quien se llevó de Bélgica otras dos medallas en atletismo: una dorada como relevo final de la posta

4×100 y una plateada en los 100 metros, escolta de Charlie Paddock, un *dandy* de la época, amigo de Mary Pickford y Maurice Chevallier, soldado de la Primera Guerra Mundial que murió mientras cumplía tareas militares en Alaska durante la Segunda Guerra. Y el gran perdedor, según la película *Carrozas de Fuego*.

¿El cine o la vida real?

No hay dudas de que *Carrozas de Fuego* (película que se estrenó en 1981, con dirección de Hugh Hudson y música de Vangelis) es el más acabado y entrañable homenaje que el cine les ha realizado a los Juegos Olímpicos. Verla sirve para entender por qué la magia de los Juegos les permite sobrevivir a tantas miserias fuera de las canchas, las pistas y las piletas. Sin embargo, la historia escrita por Collin Welland difiere bastante respecto de lo que realmente sucedió con Eric Liddell y Harold Abrahams, sus protagonistas.

Empecemos con Liddell. Devoto cristiano nacido en China, ciudadano británico de padres escoceses, Eric tenía previsto competir en 200 y 400 metros varios meses antes de partir. Es decir, no se enteró en el barco sobre la programación en día domingo de los 100 y la posta, lo que lo excluyó de sus pruebas favoritas. Lo que sí es cierto es que Liddel decidió jugarse todas las cartas en los 400, luego de ser tercero en los 200, corriendo de una manera poco ortodoxa, casi con la intensidad y la desesperación de las imágenes de los entrenamientos a orillas del mar en Saint Andrews. Liddell murió en 1945 en un campo de concentración japonés en tierra china, adonde había regresado para sumarse a las tareas evangelizadoras de su padre.

Por su parte, Harold Abrahams jamás corrió la célebre carrera del Trinity College de Cambridge (más adelante veremos qué campeón olímpico sí lo hizo). Tampoco consideraba los 100 metros como la revancha del fracaso en los 200: desde siempre y aún hoy, la prueba más corta se realiza antes que la otra en el calendario olímpico. Tampoco hubo un finalista de apellido Watson, sino un neozelandés llamado Arthur Porritt, que ganó la medalla de bronce y se negó a que su nombre figurara en la película. Son sutilezas que no consiguen opacar ni el brillo de la película ni la épica del triunfo de Abrahams, último británico campeón de los 100 metros hasta Moscú 1980.

Como siempre, hay espacio para las leyendas. Una, que fue el propio Abrahams —con un seudónimo— quien escribió una carta al *London Time* criticando su designación para representar a Gran Bretaña en cuatro pruebas de esos Juegos. Otra, el valor del recurso que le impuso su entrenador, Sam Mussabini, de poner trozos de papel a lo largo del recorrido marcando dónde debía dar cada paso,

mientras que Abrahams debía recogerlos pisándolos con los clavos de sus *spikes*[5].

Finalmente, la paradoja. La mayoría de los trofeos de Abrahams fueron subastados por Christie's a principios de los 90. Todos fueron comprados por el millonario Mohamed Al Fayed, quien los exhibió largo tiempo en Harrod's de Londres. Su hijo, Dodi, fue quien murió junto con la princesa Diana en la tragedia del Túnel del Alma, en París. Dodi fue uno de los productores de *Carrozas de Fuego*, aunque aseguran que la película en sí no le importaba demasiado. En una entrevista a David Puttnam que publicó el *Daily Mail* el 13 de julio de 2012, el productor ejecutivo de la película ganadora de cuatro premios Oscar en 1982 aseguró que tuvo que echar del set a Dodi tras descubrirlo tratando de repartir cocaína entre quienes estaban allí en ese momento.

Antes de que el cine modificara los parámetros, los de París 1924 fueron los Juegos del primer título olímpico del fútbol uruguayo —un auténtico Mundial—, de la consagración definitiva del fondista finlandés Paavo Nurmi, ganador de los 1500 metros, los 5000 y el *cross country*, y de la aparición del más famoso Tarzán de todos los tiempos: Johnny Weismüller ganó tres medallas doradas en natación y una de bronce con el equipo norteamericano de waterpolo.

Y llegamos nosotros…

De los 81 deportistas que mandó la Argentina a su debut olímpico oficial en Ámsterdam 1928, 31 se subieron al podio: un porcentaje de eficacia imposible de igualar en la actualidad. Nuestro país sumó tres medallas doradas, tres plateadas y una de bronce, repartidas entre boxeadores, nadadores, esgrimistas y futbolistas, incluidos Luis Monti y Mumo Orsi, subcampeones mundiales de 1930 con la Argentina y campeones de 1934 con Italia. Técnicamente, nuestro primer campeón olímpico fue el nadador Alberto Zorrilla, que ganó los 400 metros libre el 9 de agosto de 1928.

Uruguay consiguió su bicampeonato olímpico de fútbol —2 a 1 en el desempate contra la Argentina—, Paavo Nurmi ganó su novena dorada, Johnny Weismüller sus últimas dos antes de empezar a nadar entre cocodrilos y Clara Marangoni la plateada en la prueba por equipos de gimnasia. Esta señora italiana es —asegura la *Gazzetta dello Sport*— la última medallista viva de aquellos Juegos. Acaba de cumplir 100 años. Tenía 12 durante los Juegos y, según las reglas actuales —desde 1997 no se permiten gimnastas de menos de 16 años—, jamás hubiera podido competir.

¿Mujer? ¿Hombre? ¿Ambos?

Los amantes de no hacer nada para que las cosas no cambien, podrán decir que ya en 1932 el deporte argentino tenía problemas estructurales insalvables. La crisis del 29 fue el argumento usado por el gobierno de Agustín P. Justo para reducir al máximo el presupuesto de la delegación argentina en Los Ángeles. Se ve que la crisis duró poco y el mismo Justo pudo regalar las tierras fiscales donde se construyeron tanto la Bombonera como el Monumental. O tal vez continuó el efecto de la crisis y daba mejor prensa ser generosos con los dos clubes más populares del país que con el equipo olímpico. Nada nuevo.

Ya en los Estados Unidos, la delegación argentina perdió a su vocero y abanderado, Alberto Zorrilla, quien además manifestó su repudio a la decisión del gobierno retirándose de los 400 metros libre, prueba que había ganado en 1928. Aun así, hubo nuevamente tres medallas doradas: otras dos en boxeo y la de Juan Carlos Zabala, el "Ñandú Criollo", en la maratón.

En Los Ángeles 1932 debutaron las villas olímpicas y se estrenaron los podios y los himnos de los países campeones. Uno de esos himnos fue el de Polonia, que sonó en homenaje al triunfo de Stanislava Walasieviczowna en los 100 metros llanos. En tiempos en los que casi no existía la posibilidad de ver atletas negros en las principales competencias, no debía sorprender demasiado el triunfo en la velocidad de una atleta europea. Muchos menos si esa atleta se había instalado a los pocos meses de nacida en los Estados Unidos y había competido desde pequeña por su colegio en Cleveland. Es más, bajo el nombre de Stella Walsh ganó varios torneos de la Asociación Atlética Amateur y se apuraron los trámites para incorporarla en el equipo norteamericano en Los Ángeles. Sin embargo, dos días antes de que le dieran oficialmente la ciudadanía, Stella aceptó un trabajo en el consulado polaco en Nueva York y decidió representar a Polonia. Ganó los 100 metros de modo contundente aunque, al decir del entrenador de su escolta, la canadiense Hilda Strike, lo hizo "dando zancadas casi masculinas" o lo que sea que eso quiera decir.

Heroína en su tierra natal, Stella solo aceptó la ciudadanía estadounidense en 1947, cuando Polonia quedó bajo dominio soviético. De todos modos, siempre radicada en Cleveland, siguió vinculada con distintas actividades de polacos en los Estados Unidos. Como tal, el 4 de diciembre de 1978 fue a una tienda a comprar cintas rojas y blancas en ocasión de una gira del seleccionado polaco de básquet. Stella murió baleada en medio de un incidente producido en el estacionamiento del centro comercial, sin que tuviera nada que ver con el asunto. Autopsia mediante, se estableció un cuadro de

genitalidad ambigua donde no solo no se advertía claramente la condición femenina sino que se detectaron pequeños pene y testículos. Según David Wallechinsky, quizás el más notable y enfático historiador olímpico, su característica era la de mosaicismo, condición en realidad más relacionada con lo genético. Otra investigación aseguró que Stella tenía tanto cromosomas 45XO como 46XY.

Nadie se animó —ni entonces ni ahora— a discutir su condición y sus logros siguen firmes en la historia. Pero cuesta ignorar que, a partir de su caso, el control de la femineidad pasó a ser una obsesión olímpica que cayó sobre las espaldas —y algunas barbas— de, especialmente, las atletas alemanas del Este. Y de Caster Semenya, la fenomenal mediofondista sudafricana a quien las groseras insinuaciones del dirigente olímpico Dick Pound, prejuzgando por su aspecto físico, le arruinaron tanto la carrera deportiva como su adolescencia.

Algo parecido a lo que hizo Hitler cuatro años más tarde cuando, ofendido porque la campeona de los 100 metros, la norteamericana Helen Stephens, se negó a ser agasajada en el salón privado del dictador nazi en el estadio Olímpico, aseguró que "esa mujer no pasaría un test de sexualidad". Estuvo cerca: Stella Walsh fue segunda en esa final.

Los Juegos de Hitler

El 14 de mayo de 1938, en el Estadio Olímpico de Berlín, el seleccionado inglés de fútbol enfrentó por última vez al de la Alemania unificada hasta la semifinal del Mundial 1990, en Italia. Inglaterra ganó por 6 a 3, pero para los medios alemanes el resultado fue lo de menos. El real triunfo había sido el del aparato de propaganda de Hitler, ya que el mundo vio las imágenes —en este instante podrían verlas en YouTube— del seleccionado visitante rindiéndole pleitesía al dictador practicando en la previa el saludo nazi por orden del Foreign Office. Esto sucedió dos años después de los Juegos Olímpicos de Berlín 1936 que, lejos de haber expuesto a Hitler en sus excesos, afianzó la sensación de que ninguna potencia le daba la espalda al monstruo en ciernes. En aquel mismo 1938, por ejemplo, la revista *Time* eligió a Hitler como "Hombre del Año".

Los Juegos del 36 fueron un éxito en organización. Los estadios son, aún hoy, un portento de belleza arquitectónica y su película oficial —*Olympia*, la primera del olimpismo— es una maravilla más de la mítica y polémica Leni Riefenstahl, la cineasta favorita y amiga personal de Hitler.

En línea con el "homenaje" británico apenas un año antes de

comenzar la guerra, la delegación norteamericana hizo lo suyo durante Berlín 1936 cuando bajó de la posta 4×100 al judío Marty Glickman bajo el argumento de que ya habían fastidiado lo suficiente a Hitler con el suceso de un negro (Jesse Owens).

La decisión la tomó el jefe de Misión estadounidense, un tal Avery Brundage, el mismo que había sido compañero de equipo de Jim Thorpe en 1912, el mismo que, como presidente del COI, anunció la continuidad de Múnich 1972 en medio de la matanza de atletas israelíes. Un antisemita hecho y derecho.

Para mediados de 1936, Luz Long era el segundo mejor saltador en largo del mundo, solo superado por Jesse Owens. Rubio, ojos azules, 1,84 metros de altura y nacido en Leipzig, la cuna adoptiva de Johann Sebastian Bach: pocos deportistas representaban más fielmente el prototipo del ideal ario que Hitler pretendía imponer durante los Juegos de Berlín. Y ninguno lo decepcionó más. No fue, justamente, una decepción deportiva. En efecto, Long ganó la medalla plateada para la que era favorito y Owens confirmó su hegemonía ganando la dorada. Long defraudó a Hitler por haber ayudado a su rival, quien a esa altura, con la dorada en los 100 metros y el pase a la final de los 200 garantizados, era poco menos que el enemigo de toda Alemania. Según la visión del déspota, claro.

Los registros audiovisuales de la prueba del salto en largo solo muestran los tramos decisivos de la final del 4 de agosto por la tarde. Owens, líder durante las cuatro primeras ruedas, se vio sorprendido por un quinto salto de Long (7,87 metros), que pasó a ser primero por desempate de segunda mejor marca. El norteamericano respondió de inmediato: 7,94 metros en la quinta rueda y 8,06 metros en la sexta. Long fue el primero en alentar a Owens durante las ruedas finales. Según la leyenda, trasladada al cine en 1984 (*The Jesse Owens Story*), Long estimuló al público alemán para que, también ellos, gritaran por su adversario.

Sin embargo, el real motivo del fastidio del Führer fue cuando, por la mañana, Long ayudó a que Owens se clasificara para la final luego de que los árbitros lo sancionaran con dos saltos nulos de los tres disponibles en la rueda previa. El alemán sugirió al norteamericano que marcara con su buzo de entrenamiento una referencia de pique lejana a la tabla para evitar una nueva sanción. “Una marca tuya mediocre bastará para clasificarte”, aseguran que le dijo Long. ¿En inglés? ¿En alemán? ¿Se lo dijo alguna vez? Testigos presenciales niegan que eso haya sucedido.

El desempate lo dio la vida misma: Long combatió en la Segunda Guerra Mundial como miembro de la unidad Hermann Göhring de la Luftwaffe, la Fuerza Aérea alemana. Herido durante la entrada de los aliados en Sicilia, murió en un hospital británico en 1943. Poco antes,

alcanzó a mandar una carta a su amigo Owens pidiendo que, por favor, algún día volviera a Berlín a contarle a su hijo que habían sido grandes amigos. Tan real fue aquella historia que hay un documental que muestra el regreso de Owens al estadio de sus días más gloriosos, ya veterano y de la mano del hijo de Long.

Y un día Patoruzú fue húngaro

Hay tres momentos incomparables de los Juegos Olímpicos de Londres 1948, los de la austeridad, apenas tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial: el triunfo de Pascual Pérez en la categoría mosca de boxeo (el otro título lo logró el pesado Rafael Iglesias), la inolvidable victoria de Delfo Cabrera en la maratón (con el agregado de haber superado al líder de la prueba dentro mismo del estadio de Wembley) y el desfile inaugural en el que, gracias a la película oficial de los Juegos, se ve por primera vez en colores la bandera celeste y blanca, llevada por el nadador Alfredo Yantorno. En efecto, fue un muy buen Juego para el deporte argentino, con un total de siete medallas y otras 15 performances dentro de los ocho primeros (diplomas olímpicos).

Una de esas grandes actuaciones fue la de Enrique Díaz Sáenz Valiente, campeón mundial de tiro en la especialidad de 25 metros con pistola rápida. Conocido en el ambiente automovilístico como "Patoruzú", Enrique llegó como gran favorito a Londres. Finalizada la primera de las dos ruedas de treinta disparos, el argentino figuraba segundo a apenas dos puntos del líder, el húngaro Károly Takács. Casi sin errores, Takács afianzó su liderazgo y ganó la prueba por 580 a 571 puntos.

"Ya aprendiste demasiado", le dijo no sin ironía Patoruzú a su rival, que se había confesado con modestia en los días previos cuando lo vieron llegar a la Villa Olímpica. Takács ya era un notable tirador cuando lo marginaron del equipo olímpico para Berlín 1936 por su condición de suboficial del ejército de su país (para entonces, solo los oficiales podían participar). ¿Por qué tanta sorpresa, entonces? Takács era diestro de nacimiento y, como tal, había brillado en competencias previas a la guerra. Luego de que una granada en mal estado le causó la pérdida de la mano derecha, Károly tuvo que aprender a tirar con la zurda; así ganó en Londres, repitió en Helsinki y se convirtió en el segundo campeón olímpico "discapacitado" de la historia. El mejor ejemplo para, al menos en el deporte, repasar nuestro concepto de "discapacidad".

De Locomotora a barrendero

Helsinki 1952 fueron los Juegos del debut de la Unión Soviética, de Israel y de la República Popular China, lo que motivó el retiro de Taiwán. Fueron también los Juegos de dos próceres de las pruebas atléticas de larga distancia, como Paavo Nurmi y Hannes Kohlemainen, encendiendo el pebetero. Y los de la medalla dorada en remo de Tranquilo Capozzo y Eduardo Guerrero, quienes con un bote antiguo y pesado, prestado por los muchachos el Club Regatas de San Nicolás —llegó roto a la Villa y fue reparado con herramientas prestadas por los soviéticos—, ganaron el 13er y último título olímpico argentino hasta que, 52 años después, en Beijing, el fútbol —por la mañana— y el básquet —por la noche— rompieron el maleficio.

Por encima de todo, los Juegos Olímpicos de Helsinki fueron los de Emil Zatopek, la "Locomotora Humana", un militar checoslovaco que corría como no se le aconsejaría a nadie pero que ganó en Finlandia los 5000 metros, los 10.000 metros y la maratón. No solo nadie logró tal proeza en un mismo Juego, sino que, actualmente, es improbable que un atleta se anime siquiera a inscribirse en las tres carreras.

Para los argentinos, la más emblemática de todas las pruebas atléticas fue, nuevamente, la maratón. Reynaldo Gorno logró un fenomenal segundo puesto, mientras que Delfo Cabrera, sexto, corrió afectado por un problema hepático. Y anímico, debido a la muerte de Evita pocas horas antes de aquella carrera que se disputó el 27 de julio. Sin embargo, nada lo afectó más que la mismísima presencia de Zatopek, quien ganó con un tiempo de récord olímpico, pese a que fue la primera maratón de su vida.

Parte de mis orgullos más ocultos fue haberlo entrevistado cuando vino a la Argentina en 1984. Aún guardo en alguna caja de mudanza mi foto de posadolescente con flequillo charlando con él en el predio de Adidas en Tortuguitas, acompañado por Dana Zatopkova, su esposa, también campeona olímpica en Helsinki (dato curioso: nacieron el mismo día del mismo año).

Asunto recurrente en nuestro recorrido olímpico, Zatopek fue otra víctima del uso político del ídolo deportivo y la persecución cuando a ese ídolo se le ocurre pensar diferente. Persona de influencia dentro del Partido Comunista, Emil fue degradado cuando eligió apoyar al sector democrático de la agrupación. Luego de la Primavera de Praga fue enviado a trabajar en minas de carbón y llegó a ser el barrendero más popular del país.

Antes de la humillación, alcanzó a tener un gesto que lo dimensiona: invitó a Praga al australiano Ron Clarke, uno de los grandes fondistas de todos los tiempos. Clarke fue el primer hombre en bajar los 28 minutos en los 10.000 metros y era el gran favorito

para las dos pruebas de fondo en México 1968 hasta que los efectos de la altura lo dejaron al borde de la extenuación. Jamás tuvo una medalla dorada, hasta que Zatopek le regaló una de las que ganó en Helsinki.

Deportistas proscriptos

Melbourne, 21 votos. Buenos Aires, 20 votos. Nunca estuvimos tan cerca de ser la sede de un Juego Olímpico como en 1956. Mejor ni imaginar lo que hubiera sucedido en el caso de ganar la votación para unos Juegos que se realizaron apenas un año después del golpe de Estado contra Juan Domingo Perón, en septiembre de 1955. Y con una dictadura militar que, entre otras cosas, proscribió oficialmente —y discriminó extraoficialmente— a decenas de los deportistas más importantes. Entre los que se exhiben como principales víctimas están los integrantes del seleccionado campeón mundial de básquet de 1950. Por algún motivo, no se trató del mismo modo a Juan Manuel Fangio, a quien el gobierno peronista había apoyado aún más que a los muchachos del básquet.

Las consecuencias fueron obvias; se ganaron apenas dos medallas: una plateada para Humberto Selvetti en pesas —levantó lo mismo que el primero, pero perdió por ser el de mayor peso de los dos— y una de bronce para Víctor Salazar en boxeo. Demasiado, quizás, para una delegación de apenas 28 deportistas, de los que solo una fue mujer. Tal vez uno de los pocos detalles bonitos de aquella aventura fue que justamente ella, la lanzadora de disco Isabel Avellán, fue la abanderada argentina.

Entre los cientos de aspectos notorios de Melbourne 1956, hay dos que sobresalen. Por un lado, las pruebas de equitación que, debido a una epidemia de fiebre equina en Australia, se realizaron en Suecia. Por el otro, un partido clave de waterpolo, deporte que llegó al cine gracias a aquella desgraciada tarde en la que, en medio de la crisis por la represión a estudiantes en Budapest, soviéticos y húngaros se destrozaron entre provocaciones y golpes en uno de los —de por sí— más ásperos deportes en conjunto de los que me haya enterado.

Los húngaros, campeones en Helsinki, ya ganaban 4 a 0 cuando se produjo la salida de la piscina de su líder, Ervin Zador, con el rostro ensangrentado por los golpes de un rival. La furia del público australiano obligó a dar por finalizado el partido. Dos días después, Hungría derrotó a Yugoslavia en la final. Una final que quedó poco menos que en el olvido; la que había que contar era la historia del partido con los soviéticos. Como en *Freedom's Fury —Furia de libertad* —, la película que produjo Quentin Tarantino y cuyo narrador fue ni

más ni menos que Mark Spitz, el nadador múltiple campeón olímpico de Múnich 1972, pupilo nada más ni nada menos que del mismísimo Ervin Zador.

Anillos millonarios

A Tommie Smith y a John Carlos se les quitó la medalla de oro en México 1968 por, presuntamente, violar un precepto de la Carta Olímpica. A Ben Johnson se le quitó la medalla por doparse en Seúl 1988. Muhammad Ali también perdió la medalla olímpica que había ganado en Roma 1960, pero por decepción.

Ali llegó a los Juegos Olímpicos romanos como Cassius Clay, su nombre de origen antes de rebautizarse bajo la religión musulmana. Ganador del selectivo norteamericano —*Golden Gloves*—, no tuvo mayores inconvenientes en conquistar el título olímpico en la categoría semipesado, por entonces la inmediatamente inferior a aquella en la que brillaría como ningún otro señor dedicado al boxeo. Pronto, viajó de regreso a su país: no llegó a enterarse del despropósito de que el premio al mejor boxeador del certamen se lo habían dado a Nino Benvenutti, un voluntarioso y rústico pugilista local al cual, una década después, Carlos Monzón retiraría destrozándolo en dos combates memorables. Poco después de su consagración, Ali salió a festejar con un amigo en Missouri. Confiado en que su condición de campeón olímpico le abriría puertas hasta entonces cerradas, se animó a invitarlo a un restaurante reservado para blancos: duraron lo que se tarda en cruzar la puerta.

Primero, fue el rechazo. Ante la insistencia, hubo una gresca en la que Cassius y su amigo, previsiblemente, llevaron las de ganar. El camino a casa los obligaba a cruzar un puente sobre el río Mississippi: allí fue a parar la medalla. «Si no me sirve para ser considerado ciudadano en mi propio país, entonces no me sirve para nada", comprendió.

Apenas dos años más tarde, Ali conmovió al mundo noqueando a Sonny Liston para ganar el título mundial de los pesados siendo casi un adolescente. Casi tres décadas después, ya desbordado por ese Parkinson que lo flagela desde hace tanto pero aún no logra derrotarlo, recibió una réplica de la medalla que ganó en Roma. Como Cassius Clay fue campeón olímpico humillado; se lo encarceló y se le quitó el título mundial cuando se negó a ir a Vietnam. Como Muhammad Ali quedó en la historia como uno de los más maravillosos personajes del deporte y le devolvieron la medalla que había tirado al río.

Roma 1960 también fueron los Juegos de Abebe Bikila cruzando

descalzo el Arco de Constantino para ganar su primera maratón, y los de la confirmación de Dawn Fraser como la mejor nadadora del planeta. Pero fueron, sobre todo, los Juegos en los que el movimiento olímpico comprendió que este asunto de los anillos y la antorcha podía convertirse en un negocio inconmensurable.

La clave estuvo en la televisión; fundamentalmente —como sucede en la actualidad— en la norteamericana. Si bien los poco más de 3 millones de dólares a valores de hoy pagados por la CBS parecen una ridiculez comparados con los 7650 millones que acaba de firmar la NBC con el COI por la próxima década olímpica, para aquel tiempo representaron un impulso formidable; un viaje de ida.

A los Estados Unidos llegaron unas cuantas horas de emisión, muchas a través de un despacho en diferido desde París y varias más a día vencido en latas enviadas por vía aérea. Uno de los espectáculos con mayor audiencia fue la final de básquetbol que Estados Unidos le ganó fácilmente a la Unión Soviética. Las imágenes disponibles de aquel encuentro emblemático en tiempos de la Guerra Fría valen mucho menos que los comerciales, en los que se ve a Bob Cousy, mítico base de los Celtics, sacando un atado de cigarrillos Kent de su armario en los vestuarios del mítico Boston Garden.

La bandera de Hirohito

La noticia más relevante referida al equipo olímpico argentino que participó en Tokio 1964 se produjo el 24 de mayo, casi cinco meses antes del certamen. Esa tarde, en el Estadio Nacional de Lima, el seleccionado argentino —ya clasificado— venció por 2 a 1 al peruano, al cual le anularon sobre la hora —por plancha al ex central de Quilmes y Boca, Andrés Bertolotti— un gol del delantero Lobatón. Con ese tanto, los locales hubieran logrado el pase para Tokio. Un par de hinchas logró entrar en la cancha con la intención de agredir al árbitro uruguayo Silva, pero la policía los reprimió con violencia. Desde la cabecera, un grupo de fanáticos montó un puente con un cartel de publicidad y, entonces, se produjo el descontrol que terminó con la muerte de más de 300 espectadores. Perú quedó eliminado del torneo, mientras la Argentina de Perfumo y Bilardo —entre otros— viajó a Japón, donde protagonizó el papelón de una derrota ante los locales y un empate ante Ghana.

El mejor recuerdo de Tokio 1964 se lo trajo el jinete Carlos Moratorio, ganador de la medalla plateada en equitación en la "Prueba de los Tres Días", que incluyó *cross country*, adiestramiento y salto. En Tokio también debutó el remero Alberto Demiddi, cuarto en el *single scull*, y Vera Caslvska ganó sus últimas medallas.

Los 100 metros llanos los ganó Jim Hines, quien poco después fue el primer hombre en bajar los 10 segundos. Hines sería, además, ganador del Super Bowl del fútbol americano con los Dallas Cowboys. Abebe Bikila volvió a ganar la maratón, ahora con zapatillas Puma bien puestas y pagas, mientras la gimnasta soviética Larissa Latynina sumaba las últimas de sus 18 medallas olímpicas, cifra solo superada por el nadador Michael Phelps.

En Tokio 1964 debutaron el judo y el vóleibol, dos disciplinas de enormes alegrías para nuestro deporte y de gran arraigo en Japón. Fueron los últimos Juegos de las pistas de atletismo de carbonilla y los primeros para las garrochas de fibra de vidrio y la generación de televisión en colores, aunque solo para uso experimental. Y fueron los Juegos de la gran travesura de la australiana Dawn Fraser, una de las más geniales y expresivas nadadoras de todos los tiempos.

Durante su carrera, Fraser ganó cinco medallas doradas y cuatro plateadas, incluyendo el récord de haber triunfado en tres Juegos sucesivos en los 100 metros libre. Así como se la vio simpática y entusiasta como una de las embajadoras oficiales de Sídney 2000, se ve que Dawn no llegó de buen humor a Tokio. Participó del desfile inaugural pese a la negativa de dirigentes y auspiciantes —debía competir al día siguiente y era poco aconsejable permanecer de pie durante más de 4 horas—, se negó a usar los nuevos modelos de trajes de baño del auspiciante principal del equipo y terminó robándose una bandera de Japón de la plaza que estaba justo frente a la residencia del Emperador Hirohito, durante una de las noches de juerga y tragos de esta —aseguran— importante animadora de la Villa.

La historia olímpica misma explica que no da igual ser un atleta ignoto que un gran campeón. De tal modo, no sorprendió que a Fraser no solo la perdonaran, sino que el mismísimo Hirohito le regaló oficialmente la bandera que había robado.

4 En su debido momento —por la indefinición, el menos debido de los momentos, diría mi querido Laya—, ampliaremos sobre la misoginia del padre de los Juegos de la modernidad.

5 Zapatillas especiales utilizadas en el atletismo y que suelen estar dotadas de clavos para lograr un mayor agarre.

Capítulo III. México 1968
Los Juegos Olímpicos con ojos de asombro

Frontenis con pelota de goma. ¿Existe ese deporte? ¿Fue, realmente, parte del programa de Pelota, deporte incluido como exhibición en los Juegos Olímpicos de México, en 1968? Nadie podrá convencerme de lo contrario. Al menos, esas cinco palabras me quedaron grabadas a fuego en la memoria de mis cinco años. Supongo que es el primer registro que tengo del olimpismo. Aprendí a leer hojeando *El Gráfico* y unos inolvidables libritos con la programación de cada deporte de aquellos Juegos que trajo mi viejo, Diego Bonadeo, enviado especial de Canal 7.

La memoria de un chico es imperfecta, exagerada, arbitraria, caprichosa, distorsiva. E irrefutable. Desde esa lógica intentaré un —tal vez— innecesario equilibrio entre lo que creo haber vivido entonces y lo que el tiempo, las lecturas y las maravillosas imágenes de México 68 me ayudaron a esclarecer. Supongo que, para esos días, el "Abuelo" Diego —así le decimos a mi padre desde que nacieron mi sobrina Violeta y mi hija mayor Catalina, con apenas una semana de distancia en el otoño de 1992—, ya no vivía en casa. Además de las deformidades ya mencionadas, la memoria de un chico también es selectiva. Ni siquiera recuerdo fielmente que él me haya dado aquellos programitas de forma rectangular y tapa semidura, que cambiaban de color y grosor según el deporte al cual se refiriesen.

Tirado en el piso de mi dormitorio de la planta alta de la casa de la calle Penna —equidistante de la estación de tren y del edificio de cloacas de Vicente López, mi barrio— repasando hojas que solo hablaban de días, horas y competencias, aprendí a enamorarme de la estética de los logos de cada deporte de aquellos Juegos. Es un detalle no menor del olimpismo que cada certamen tuviera sus identificaciones específicas, bien diferenciadas unas de otras. Las de México aún hoy me parecen las más bonitas, con algún dejo de homenaje a sus ancestros.

En todo caso, fue con México 68 que mi viejo, sin quererlo, me inoculó el virus olímpico.

Ganó el que no podía ganar

Dick Fosbury pudo quedar en el libro de las anécdotas como el extravagante que saltaba en alto con un estilo distinto del de los demás. Distinto y ridículo. O como el muchacho que quiso llamar la atención usando zapatos de diferente color para saltar. O de distinto par, lo que es igual pero más grave; eventualmente incómodo. Sin embargo, doce saltos —siete positivos y cinco nulos— lo convirtieron en uno de los hombres más influyentes de la historia del atletismo.

Fosbury —21 años, estudiante de ingeniería civil en la Universidad de Oregon; decimocuarto medallista olímpico surgido de esa casa de estudios— llegó a México sin ser favorito, aunque el solo hecho de haber superado los selectivos de su país con un registro de 2,18 metros le auguraba superar la clasificación sin sobresaltos.

La final fue el 20 de octubre por la noche. Con un zapato blanco y otro azul, Fosbury estuvo siempre al frente de la clasificación. En el primer intento, pasó sucesivamente los 2,03, 2,09, 2,14, 2,18 y 2,20 metros. Cuando repitió en 2,22 metros fue el momento decisivo. El soviético Gavrilov, que tampoco había tenido nulos, no superó esa altura y pasó de ser líder a quedar tercero. Ed Carruthers, compañero de equipo de Fosbury, superó los 2,22 metros, pero de segundo intento. Y ya no pudo más. Fosbury saltó 2,24 metros en el tercer intento para afianzar su récord olímpico y se retiró ovacionado después de fracasar en su ilusión de mejorar la marca mundial de 2,28 metros en poder del soviético Valery Brumel desde hacía cinco años. El ridículo de los zapatos raros, ese que saltaba de espaldas y no podía sino fracasar, había cambiado para siempre la historia del salto en alto.

Cuatro años más tarde, en Múnich 1972, 28 de los 40 participantes ya saltarían *flop*[6], pese a que el campeón, el soviético Juri Tarmak, insistía en usar el estilo denominado “de rodillo ventral”. De los 46 medallistas olímpicos desde ese año hasta la actualidad —Londres 2012 incluido— 44 honrarían el legado de Dick.

En el año 2000, un artículo de Rial Cummins le quitó algo del mito a la leyenda Fosbury. Advertido por testimonios que hablaban de una chica canadiense llamada Debbie Brill saltando algo parecido al “flop” de Fosbury en 1966, encontró un par de fotos que mostraban a un tal Bruce Quande haciendo lo mismo en una competencia colegial de principios de los 60. Apenas un detalle. La combinación entre el éxito deportivo y la onda expansiva de un Juego Olímpico fue lo que

impuso el estilo que hoy nadie se anima a desafiar.

¿Qué hay del asunto de los zapatos de distinto par? Para una carrera de no más de 20 metros con un tramo frontal hacia la colchoneta y otro en semicírculo, más la inclinación del cuerpo hacia el lado opuesto del cajón en la aproximación para evitar el efecto de la fuerza centrífuga, es de una lógica rabiosa considerar que tanto las características como el desgaste de los *spikes* sean diferentes.

No se volvió a ver demasiado más de Fosbury. Apenas regresado a los Estados Unidos, fue invitado al show de Johnny Carson junto con Rachel Welch y Bill Cosby, también un saltador en alto en tiempos de estudiante. Previsiblemente, le solicitaron que mostrara algo de su estilo en vivo. Prepararon un módico cajón de salto pero no previeron que la textura del piso de la escenografía lo haría resbalar en el primer intento. Ese porrazo fue un anticipo del resto de su carrera: ganó el torneo universitario de 1969, pero quedó fuera de los selectivos para Múnich.

Su mayor victoria desde entonces se produjo en marzo de 2014, cuando en una entrevista anunció que se había curado definitivamente de un cáncer que lo afectaba desde hacía seis años.

La ¿debilidad? de la carne

Ralph Boston quedó en la historia como un formidable saltador en largo, ganador de la medalla dorada en Roma, la plateada en Tokio y la de bronce en México. Sin embargo, a los efectos de la historia grande del atletismo —y de los Juegos mexicanos— su influencia también fuera del cajón de saltos puede ser considerada decisiva.

En las eliminatorias del 17 de octubre, Boston se había garantizado el lugar en la final con un primer salto de 8,27 metros, un récord olímpico que duró 24 horas. Desde entonces, se convirtió en una especie de entrenador informal de su compatriota Bob Beamon, quien había llegado a México sin un entrenador oficial, sanción que se le había impuesto seis meses atrás cuando el equipo de la Universidad de Texas lo suspendió por haberse negado a competir en un *meeting* contra la de BYU, en señal de protesta por la política racial de la Iglesia Mormona.

Luego de dos ruedas, Beamon estaba último y sin marcas, consecuencia de dos nulos en la aproximación a la tabla de salto. Boston se le acercó, le pidió calma y le sugirió que en el salto final picara bien detrás de la tabla, ya que le sobraban centímetros para lograr el objetivo, lo mismo que el alemán Luz Long le había sugerido a Jesse Owens en la gran final de Berlín 1936. Como Owens, Beamon pasó sin inconvenientes la última rueda y se metió entre los 13 de la

final del día siguiente.

Si uno se detiene a ver minuciosamente la previa de una prueba de cualquiera de los saltos, podrá observar que los atletas hacen marcas con cinta adhesiva a un costado de la pista para fijar referencias de ritmo y distancia en los diferentes tramos de la carrera. Beamon jamás lo hizo. No fue esa, sin embargo, su mayor transgresión camino a la gloria olímpica. Beamon admitió haber tenido una noche intensa en la previa de la final: por primera vez en su carrera, había tenido relaciones sexuales antes de una competencia.

En el atletismo, en las pruebas de lanzamientos y en saltos horizontales, se puede ganar en el último suspiro..., o resolverlo todo en un primer intento. Beamon saltó en cuarto lugar. Los tres anteriores tuvieron nulos, toda una advertencia para el norteamericano, que pasó buena parte de la previa a su corrida concentrándose solo en no repetir el error. Suelen explicar los maestros del deporte que, a veces, lo fundamental es fijar la atención en resolver una sola cosa: aquella que más preocupa al deportista, esa faceta en la que menos cómodo se siente. El resto va a fluir, aseguran. Ese primer salto de Beamon se constituyó, para muchos, en el momento más poderoso de la historia olímpica. Boston y los principales adversarios de Beamon no podían creer lo que estaban viendo. Los jueces tuvieron que apelar a las viejas cintas metálicas para medir un salto que superaba la extensión de las más modernas herramientas de registro estrenadas en México; aún estábamos lejos de la medición electrónica actual. Registraron 8,90 metros. ¿8,90 metros? Dos y hasta tres veces hubo que repetir el procedimiento antes de anunciar oficialmente una marca que parecía ridícula. ¡Si a Boston le había parecido un salto enorme, “como de 8 metros y medio”!

Beamon destrozó la prueba de un único salto y solo intentó hacerlo una vez más de las cinco que le permitía el reglamento. No hizo falta. Además, le costó recuperarse de un estado de descontrol, angustia, náuseas y lágrimas. Aun habiendo llegado a México invicto en 22 de sus últimos 23 torneos —la única derrota había sido bajo techo— nada le permitía imaginar a Beamon semejante proeza. Había superado en más de medio metro el récord mundial que poseía el soviético Ter Ovanesian desde hacía un año. Justamente Ovanesian fue la principal víctima de aquel salto a la eternidad. Pese a ser favorito al podio, finalizó en cuarto lugar. “No pude reponerme del impacto de sentir que mi ilusión de ser campeón olímpico se había terminado en la primera rueda, con ese salto absurdo”, explicó.

Beamon no volvió a estar a la altura de sí mismo y nunca más saltó por encima de los 8,20 metros. Como tantas otras marcas notables de esos Juegos, se le pretendió adjudicar a la altura mexicana una influencia decisiva. Lo cierto es que el récord de Beamon duró más de

veinte años y aun hoy bastaría para ganar cualquier competencia: en Londres 2012, el local Greg Rutheford ganó con un registro ¡60 centímetros menor! Además, cientos de atletas saltaron en México durante las décadas siguientes y ninguno se acercó al registro del norteamericano. Tal vez les faltó tener sexo la noche anterior.

El hermano blanco del Black Power

Como la música, los negocios o las fórmulas presidenciales, el deporte registra infinidad de sociedades inseparables. Magic Johnson y Kareem Abdul-Jabbar fueron monstruos de la NBA, pero lo mejor lo hicieron juntos. Como Bochini y Bertoni en el Independiente de los 70 o Tranquilo Capozzo y Eduardo Guerrero, los campeones de remo de Helsinki 52, que durante medio siglo mantuvieron el poco celebrable récord de haber sido los últimos medallistas dorados de nuestro deporte. Parejas o duplas, jamás binomios, que es asunto exclusivo de las matemáticas. México 68 dejó para la historia una pareja de otra condición. No ganaron ni un dobles de tenis, ni saltos ornamentales sincronizados —no existían entonces—, ni la Madison que consagró a Curuchet y Pérez en Beijing. Tampoco adosaron sus nombres a una sola idea por haber compartido el podio de los 200 metros llanos de aquellos Juegos, cosa que efectivamente hicieron.

Tommie Smith y John Carlos son nombres y apellidos que en el olimpismo se pronuncian de corrido, casi como si se tratase de una sola persona. Mucho más allá de su notable performance atlética, estos dos deportistas estadounidenses negros —afronorteamericanos o de color, dirían algunos culposos— subieron al podio en el Estadio Olímpico con el puño izquierdo cubierto por un guante de cuero negro (lo de las zapatillas Puma apoyadas a un costado también generó escándalo, pero con los muchachos de Adidas). En el momento del himno de su país, agacharon la cabeza y levantaron el brazo en elocuente señal de reivindicación del Black Power[7]. Probablemente más cerca de Malcolm X que de Martin Luther King, fueron inmediatamente sancionados tanto por la dirigencia norteamericana como por el Comité Olímpico Internacional. Esa misma noche se les retiró la credencial de atleta y se los expulsó de la Villa Olímpica bajo el pretexto de que el olimpismo prohibía en sus ámbitos todo tipo de manifestación política. De regreso a los Estados Unidos, lejos de ser reconocidos como campeones, ambos deportistas tuvieron infinidad de problemas tanto para seguir estudiando como para ganarse la vida: se los marginó de toda competencia posible.

Solo por el poder de la imagen de los puños enguantados, a las crónicas de la época se les escapó un detalle imperceptible. Un

australiano (blanco) llamado Peter Norman, fue el tercer hombre del podio; es más, Norman fue quien finalizó en segundo lugar entre los dos norteamericanos. En solidaridad con sus adversarios —"y en repudio a la política inmigratoria de la Australia blanca", explicó— él también se manifestó como miembro del Proyecto Olímpico por los Derechos Humanos[8], solo que no lo hizo enguantando un puño sino llevando en la solapa de su buzo el mismo logo alusivo que llevaron Smith y Carlos. La del australiano también fue, entonces, una manifestación política. ¿Inadvertida? ¿No sancionada? No, al menos durante los Juegos. De regreso a Australia, las autoridades de su país castigaron a Norman, quien fue marginado del equipo que participó en Múnich. Además, en una muestra de peculiar rencor, tampoco lo incluyeron en la lista de medallistas olímpicos invitados a participar de la ceremonia inaugural de Sídney 2000.

Por encima de todo esto, para Smith y Carlos, el de Norman fue un gesto aún más poderoso que el suyo. "Siempre lo respetaré y amaré. En ese preciso instante, tan sensible para todos, Peter se convirtió en un hermano para mí", explicó Smith, quien asistió con Carlos al funeral de su colega, fallecido de un ataque cardíaco en octubre de 2006.

Más allá de las polémicas y las condenas, Carlos sintetizó su pensamiento en una reflexión cercana a la utopía pero de una lógica rabiosa: "¿Por qué tenemos que usar el uniforme de nuestro país? ¿Por qué se tocan nuestros himnos? ¿Por qué tenemos que ganarles a los rusos? ¿Por qué los alemanes del Este tienen que derrotar a los del Oeste? En definitiva, ¿dónde quedó el ideal olímpico del hombre contra el hombre?"

De eso no se habla

Visto desde el siglo XXI cuesta aceptar que se haya simplificado como mensaje político censurable lo que, básicamente, fue un reclamo de igualdad y dignidad. Desde ningún punto de vista podría considerarse coherente el castigo al que fueron sometidos Smith y Carlos. El Movimiento Olímpico podrá jactarse —con toda razón— de ser capaz de juntar en paz dentro de un mismo ámbito a más países que las mismísimas Naciones Unidas, pero nunca podrá exhibirse distante de los tiempos políticos.

Por cierto, cuesta encontrar en la profundidad de los preceptos olímpicos algún criterio coherente que los ponga realmente a resguardo de la politización. Hubo pleitesía a Hitler en los Juegos de 1936, tanto como se sancionó a los perdedores de la Segunda Guerra Mundial —Alemania incluida, claro— camino a Londres 1948.

¿Qué medida se tomó con los norteamericanos y sus aliados por el boicot a Moscú 1980? ¿Qué medida se tomó con los soviéticos y sus aliados por el boicot/represalia a Los Ángeles 1984? En todo caso, es mucho más sencillo filosofar pegándole con la fusta en la cola a un par de atletas que meterse en las honduras de sancionar a Comités Olímpicos que, entre otras cosas, son tus aliados electorales y financieros dentro del COI.

El episodio de Smith y Carlos dejó en claro que un deportista olímpico podrá esquivar un control antidoping pero jamás deberá expresarse en un espacio olímpico acerca de nada que huela a ideología. Supo comprenderlo el Gobierno argentino camino a Londres 2012. Envalentonados por el *spot* protagonizado por Fernando Zylberberg, un notable jugador de hockey sobre césped —se lo ve corriendo, trotando y elongando en distintos lugares de las Islas Malvinas bajo el lema "para competir en suelo inglés, entrenamos en suelo argentino"—, algunos funcionarios insinuaron la posibilidad de realizar alguna acción directa durante los Juegos para reivindicar el derecho argentino sobre las islas. Se les explicó que la consecuencia de, por ejemplo, mostrar una remera alusiva durante una competencia podía significar la expulsión de la Villa Olímpica del atleta involucrado. Peor aún, hacerlo en ocasión de un podio hubiera derivado en la descalificación y la quita de la medalla. En el olimpismo hay demasiadas cosas que no se discuten. La prohibición de decir lo que se piensa es una de ellas.

La interminable noche de Tlatelolco

Si bien fue el más trascendente, el del Black Power estuvo lejos de ser el único episodio extradeportivo de México 68. Los Juegos se vieron condicionados por la Masacre de Tlatelolco, producida apenas diez días antes de la inauguración. En el atardecer del 2 de octubre comenzó el triste desenlace de un conflicto que duró varios meses, que tuvo a obreros, granjeros y estudiantes como fogoneros y a los importantes gastos generados por los Juegos como uno de los motivos de reclamo. Notablemente narrados en el libro *La noche de Tlatelolco*, de la escritora mexicana Elena Poniatowska, los episodios del 2 de octubre atravesaron dramáticamente el aire olímpico mexicano, fundamentalmente debido al asesinato de entre 30 y 300 de los 50.000 manifestantes que se expresaron pacíficamente durante la jornada en la Plaza de las Tres Culturas.

El gobierno mexicano quiso mostrar un país en calma durante las competencias pero se negó a discutir los reclamos realizados por el Consejo Nacional de Huelga. Y eligió la represión como el camino

directo para limpiar el camino de los Juegos. Las consecuencias no se manifestaron de inmediato y, una vez más, los Juegos se desarrollaron sin alteraciones. Sin embargo, las heridas que el episodio dejó en la sociedad mexicana siguen abiertas hasta nuestros días. Mientras 40.000 personas participaron de la marcha del 40º aniversario, en 2008, el ex presidente Luis Echeverría, ministro del Interior durante la masacre, estuvo detenido en 2006 y solo fue absuelto de los cargos de genocidio en 2009.

Pero hubo más que eso. Luego de que varios países africanos, otros del bloque soviético y numerosos atletas negros norteamericanos amenazaran con retirarse de los Juegos, Sudáfrica fue invitada sutilmente a no participar. "Consideramos poco sabia la presencia sudafricana en estos Juegos", avisó el mismo Comité Olímpico Internacional que había invitado a sus deportistas con la promesa de eliminar la discriminación en el deporte para Múnich 1972.

Además, tras tres Juegos Olímpicos a los que habían concurrido bajo una sola bandera —la amarilla, roja y negra tradicional con los anillos olímpicos en el centro—, y con la *Oda a la alegría* de Beethoven como himno, Alemania Occidental y Oriental participaron por primera vez por separado. Así sería, con singular éxito para la del Este, hasta Barcelona 1992, primeros Juegos luego de la caída del Muro de Berlín.

Persona non grata

El caso más emblemático en la combinación entre suceso deportivo y manifestación política fue el de la formidable gimnasta checoslovaca Vera Caslavska. Triple campeona olímpica en Tokio, la mejor gimnasta de la historia hasta ese entonces sumó cuatro doradas más en México para un total impresionante de seis medallas. Dicho de otro modo, no hubo disciplina en la que no ganara una medalla en 1968.

La única prueba individual en la que no ganó, la de la viga de equilibrio, tuvo un fallo polémico en favor de la soviética Natalia Kuchinskaya. Durante la premiación, Caslavska bajó la cabeza y la giró hacia un costado en evidente señal de desaprobación del himno del país de su adversaria. Inicialmente, la prensa simplificó el incidente argumentando que Vera se había expresado así enojada por el resultado de la prueba: lo mismo había hecho cuando sonó el himno soviético en la premiación del ejercicio de suelo, en el que compartió el primer lugar con Larissa Petrik, cuyo puntaje fue "ajustado" —y aumentado— después de la rutina de Caslavska. En realidad, la gimnasta ya se había expresado públicamente en favor del *Manifiesto de las dos mil palabras*, de Ludvig Vaculik, y había sido una ferviente partidaria de la Primavera de Praga y del presidente Dubček. Como

tal, no dudó en repudiar a las fuerzas invasoras despreciando su himno nacional.

Fue la atleta más premiada de esos Juegos y una de las 15 figuras olímpicas con más títulos en la historia. Usó su talento para brillar en el deporte y su popularidad para defender lo que consideraba mejor para su pueblo, sin pensar en el precio que pagaría: la prohibición definitiva para competir por su país y viajar fuera de él y ser considerada persona no grata en su propia tierra. Una síntesis de rebeldía entrañable, de extraño compromiso en medio de un universo de jóvenes que dicen pensar exclusivamente en su deporte.

México 68 fue, finalmente, mucho más que el escenario de su más notable performance atlética. Fue en la Catedral de la Ciudad de México donde se casó con el también gimnasta (y también checoslovaco) Joszef Odlozil, semanas después de los Juegos. Y fue México el lugar que le dio cobijo garantizándole trabajo como entrenadora del equipo nacional de gimnasia artística. La caída del Muro también cambió brutalmente su vida. Primero fue consejera del presidente Vaclav Havel. Poco después, la eligieron presidenta del Comité Olímpico de la República Checa. En 1995 se convirtió en miembro del Comité Ejecutivo del COI.

En honor a su genialidad y a su grandeza, nadie se animó a decir en qué lugar de esta historia había quedado el indulto con el que Havel benefició en 1997 a su hijo Martin, condenado en 1993 por el asesinato de Odlozil, de quien Caslavska se había separado tiempo atrás.

6 La técnica de saltar de espaldas a la varilla impulsada por Fosbury se denominó “flop” o directamente “Fosbury-flop”, en su honor.

7 Movimiento que defendía los derechos de los negros y que peleaba contra la opresión racial de la “supremacía blanca”.

8 La OPHR —por sus siglas en inglés— fue una organización creada para luchar contra el racismo en el deporte.

Capítulo IV. Múnich 1972

No entiendo por qué siguen los Juegos, pero me fascinan

Allá por septiembre de 1972, empezaba uno de los tiempos más convulsionados —fugazmente, llenos de ilusión— para una sociedad argentina absurdamente acostumbrada a que el general Juan Domingo Perón fuese un fantasma que todo lo sobrevolaba y a que el peronismo influyese decisivamente en las pocas elecciones de esos años, aun proscripto en las urnas. Años en los que, hasta los más chicos, sabíamos que después de Juan Carlos Onganía había llegado Roberto Levingston y que Alejandro Agustín Lanusse empezaba a cerrar otra saga de gobiernos de facto. No sabíamos que, poco después, el concepto de aberración vinculado con las dictaduras tomaría una dimensión surrealista. A Lanusse se le acababa el tiempo, a Perón le había dado el cuero y Héctor José Cámpora se preparaba para ser ese presidente constitucional fugaz cuya salida —y exilio— jamás nos pusimos de acuerdo para explicar. También, la Argentina volvía a soñar con el regreso de las viejas glorias olímpicas (que no regresarían).

La gran ilusión celeste y blanca para Múnich 1972 se llamaba Alberto Demiddi, un formidable remero rosarino al cual —cuándo no— tuve el orgullo de conocer gracias a su amistad con Diego Bonadeo, mi viejo. Alberto, representante del Club de Regatas Rosario, no admitía la derrota: los testimonios de época lo exponen en carne viva, seco y contundente, para explicar desde sus propios errores las pocas regatas que perdió. Llegó a Múnich como candidato natural. En 1970 se había consagrado campeón mundial y, un año después, ganó la famosa regata de Henley, a pocos kilómetros de Londres, consagratoria para cualquier remero singlista.

La fortaleza física de Demiddi quedó eternizada en un documental al que accedí gracias al entrañable maestro que fue Carlos Juvenal.

Ahí se lo ve, por ejemplo, subir al trote las escaleras de la tribuna popular del viejo estadio de Rosario Central cargando un chico sobre sus hombros. Su fortaleza de espíritu solo se quebró en Múnich 72, cuando el alemán Wolfgang Guldenpfennig, medalla de bronce, le dijo apenas bajados del podio que había merecido ganar la competencia.

Alberto llegó a la final con una holgura indigna de la ferocidad que transmitía en cada gesto. Ganó su serie clasificatoria con un tiempo apenas superior a los 7.46 minutos, dejando a dos segundos al alemán Hild. Pasó a semifinales sin soportar el desgaste del repechaje y, en la primera regata del día, dejó al segundo —casualmente, Guldenpfennig — a más de 6 segundos y con un registro superior a los 8.10 minutos. Los más de 20 segundos entre la eliminatoria y la semifinal se explican en las condiciones de carrera en el Centro Olímpico de Remo de Oberschleissheim, con fuerte corriente en contra que le caía de perillas al estilo macizo y potente del rosarino.

La final del 2 de septiembre de 1972 fue la única transmisión en directo que realizó la televisión argentina —Canal 7, claro— de esos Juegos. Pese a que él la consideraría como la peor decepción de su vida, aquella final se emitió no menos de cuatro veces durante ese día glorioso, las cuatro transmitidas por Diego Bonadeo. Según él mismo jura, en las cuatro estuve a su lado, acompañándolo y haciendo fuerza para que, en alguna de las repeticiones, mi primer ídolo deportivo argentino pudiese con Yuri Malishev, ese "maldito soviético". Pese a mi ilusión de pibe de nueve años, en las cuatro el ganador no fue Demiddi sino Malishev, que llegó apenas un segundo y cuatro décimas antes que el argentino. Voy caminando a donde me digan que haya alguna copia de aquella maravillosa final que jamás volví a ver. Estoy seguro de que, ahora sí, Alberto será campeón olímpico.

Ese dolor insoportable

Demiddi le dio una de sus últimas entrevistas a Martín Villasante, redactor de *La Nación*, en septiembre de 2000. A corazón abierto, como siempre que hablaba ante la prensa, admitió que le molestaba demasiado perder; tanto como para no sentirse capaz de disfrutar de las victorias. Y que su mayor triunfo fue haberse sentido el hombre fuerte de Rosario. Escapar del anonimato al que suele estar condenada la mayoría de las personas había sido, para él, una victoria en sí misma. Sin embargo, aquella derrota de Múnich lo inundó de una decepción indigna de la forma en la que todos recordamos su trayectoria. "Era campeón argentino, sudamericano, panamericano, europeo, mundial. Una sola me quedaba, solo una", recordó una vez más Alberto semanas antes de morir de cáncer.

El olimpismo es el reducto infranqueable que nos enseña que hay mucho más que ser primero. Nada más lindo que ser el mejor, sin dudas, pero en los Juegos Olímpicos muchos festejan un tercer puesto. Y quienes dicen que no se ganan segundos puestos sino que solo se pierden primeros, jamás obtuvieron una medalla plateada. Sin embargo, el de Alberto es uno de esos casos en los que toda esa teoría romántica queda en duda. Tanto sufrió no haber ganado en Múnich que sintió la imperiosa necesidad de escribir la siguiente carta abierta. Aquí va un par de los párrafos escritos apenas horas después de la final olímpica:

> Hoy quiero averiguar dónde está el cementerio más cercano, para patear lápidas y tumbas durante algunas horas, y si me caigo por ventura en alguna fosa abierta, mejor que mejor.
>
> Hoy había un tipo que anduvo mejor que yo, que me encontró con un estado físico superior al de otros años, que no obstante me ganó sin atenuantes. Esto es lo que me quema por dentro y me destroza el corazón.
>
> Si al menos hubiese tenido la oportunidad de atribuir mi derrota, como una orza desviada, una colitis, un golpe muscular, o una partida en falso, quizás habría de dónde tomarme para no sentir esta horrible depresión.
>
> Pero me ganó bien, aguantando palmo a palmo toda la pequeña diferencia que me descontó a partir de los 500 metros. Cuando llegó un segundo y fracción antes que yo, vi que dio un grito ahogado que le salió del alma, y que traslucía claramente su estado de ánimo y toda su felicidad.
>
> Creo que por sobre todas las cosas, el ansia de revancha satisfecho al cabo de 2 años donde lo había superado en 3 o 4 oportunidades, y no era para menos, porque la oportunidad la merecía con creces, aunque no obstante pienso que especialmente en esta ocasión, yo la merecía más que él.
>
> Ahora, son las 3 de la madrugada y estoy solo en mi habitación. Han pasado 20 minutos de la pausa anterior en la que estuve hincado sobre la máquina de escribir divagando un poco.
>
> La pucha que bravo es todo esto Malichev. Te juro, no sabés como quisiera volverte a correr ahora mismo y borrar… borrar todo el día de ayer.
>
> ALBERTO DEMIDDI

A la derecha y a la izquierda

A principios de los setenta, en Buenos Aires solo se veía televisión a través de cinco canales de aire. No existía el control remoto y cada familia debía tener algún miembro especialista en orientar esos alambres desalineados que algún tío presumido solía llamar antena. Blanco y negro, claro. Y para pasar del 2 al 7, al 9, al 11 o al 13 había que mover una perilla que, tarde o temprano, giraría en falso. Una transmisión vía satélite no solo salía fortunas sino que, para acceder a ella, había que reservar —y pagar— una determinada cantidad de horas a riesgo de que el espacio ya estuviese ocupado.

Los costos y la disponibilidad del satélite fueron las razones fundamentales por las cuales no se vio más que aquella carrera de Demiddi —en horario marginal— de los Juegos de Múnich. Eso sí, cada jornada se cerraba con un programa especial que el equipo de Deportes de Canal 7 hacía a partir de un resumen de video de media hora emitido por la televisión alemana, algunas radiofotos y mucha imaginación de los periodistas.

Eran tiempos en los que —como ahora— Canal 7 era el único canal de aire estatal. Y su personal de planta —productores, directores, actores, periodistas y toda el área técnica— constituía la base activa de la emisora —a diferencia de ahora—. Existía una gerencia de noticias, un elenco estable plagado de talentosísimos actores y una Dirección de Deportes...

José María Muñoz fue un hombre mucho más ligado a la radio que a la tele. Un ícono del relato futbolero con un muy peculiar vínculo con el poder. De un lado se lo sintetizó como el señor que gritaba goles mientras aseguraba que los argentinos éramos derechos y humanos, en relación con su triste papel en los días del seleccionado juvenil campeón mundial con Maradona y el Pelado Díaz y la visita de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA. Del otro, un clásico de sus transmisiones fueron el de conectar al autor del cuarto gol de Temperley con el jefe de la Base Marambio, a quien Muñoz presentaba como si fuese una mezcla de Atila con Julio César. José María no tenía muy clara la ecuación del poder y, por lo general, los uniformes lo podían. Quizás no haya sido casual que fuera el Director de Deportes de Canal 7 durante la presidencia de Lanusse y la consiguiente intervención militar del medio. En realidad, supongo que su gestión habrá comenzado un poco antes. De cualquier modo, con un militar en la Casa Rosada. Tampoco es casualidad que esa tarea haya concluido con la vuelta a la democracia. ¿Quiénes integraban aquel equipo? Entre otros, Oscar Gañete Blasco, Enrique Macaya Márquez, César Abraham, Diego Bonadeo y Marcelo Araujo. Recuerdo a casi todos participando, al menos esporádicamente, del programa del resumen diario de competencias de Múnich 1972. Recuerdo, también, que el programa se emitía desde un pequeño estudio del segundo

subsuelo del edificio Alas, con sucesiones de parches a modo de cables y un persistente olor a pis de gato. Recuerdo, finalmente, que los programas concluían con un repaso a los principales puestos de ese medallero en el que jamás aparecía la Argentina, 33ª en la clasificación debajo de "potencias" del nivel de Uganda e Irán. Esa tarea estaba a cargo de Araujo, el más joven del equipo pero siempre de formidables tono y dicción.

"Zurdito de mierda, en este país, los rusos son los rusos", bajó al estudio Muñoz hecho una furia, luego de que Marcelo cerrara la emisión destacando el primer puesto del equipo de la "Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas". Nadie logró hacerle entender a Muñoz que ese era, en esos días, el nombre oficial de un país que incluía a los rusos tanto como a los ucranianos, los mongoles o los uzbecos.

La pérdida de la inocencia

Las villas olímpicas están llenas de atletas que jamás se cruzan el uno con el otro. Ni en un colectivo, ni en los comedores, ni el gimnasio. Y no solo me refiero a deportistas de distintos orígenes. Las delegaciones locales —independientemente de cuál sea el organizador — siempre figuran entre los 10 equipos más nutridos—; las de Estados Unidos o Rusia ocupan no menos de 700 camas y les otorgan varias torres dentro del complejo de edificios reservados para participantes, entrenadores y oficiales. Valga el dato para tener una idea de la dimensión del predio y de la cantidad de gente que lo habita.

La Villa Olímpica no es un hotel grande donde Michael Phelps espera el ascensor al lado de un pesista afgano. Es un barrio en el cual la gente no suele enterarse de lo que pasa en la otra esquina. Es un barrio en el cual, además, algunos compiten temprano y lejos, otros al mediodía en un estadio cercano y otros de noche en la otra punta de la ciudad. Apenas terminan sus performances, tienen pocas horas para dejar la Villa, ya que otro atleta —por lo general de su mismo país— llegará para ocupar esa habitación. Dicho de otro modo, deportistas de una misma delegación pueden no cruzarse ni visualmente durante los Juegos.

Tal vez por eso, las imágenes de la denominada masacre de "Septiembre Negro" —secuestro y asesinato de 11 miembros de la delegación israelí a manos de un grupo terrorista palestino— son tan diferentes según quien las recuerde. Es el caso de la norteamericana Melissa Belote, quien con apenas 15 años acababa de consagrarse como la mejor espaldista del mundo: ganó los 100 metros, los 200 y la posta 4×100 medley, con dos récords mundiales y uno olímpico

incluidos.

“Yo acababa de terminar una semana inolvidable y, a la vuelta de la discoteca que funcionaba dentro de la Villa, me quedé un rato conversando con otros nadadores del equipo a un costado de la puerta de entrada de edificio del equipo de Israel. Nada me pareció demasiado extraño y, por la hora, creo que ya habían entrado los terroristas. Apenas supe de algo extraño cuando, al día siguiente, me desperté alertada por sirenas. Me asomé a la ventana y entonces sí, la Villa que hasta ese momento era mi Disneylandia, se había convertido en zona militar”, confesó años después. “Llevo cuarenta años padeciendo lo mismo. Luego de que se enteran de que gané tres medallas doradas me preguntan en qué Juegos. Cuando les digo que fue en Múnich, les cambia la cara y solo me preguntan por la tragedia. Es lógico, ¿no?”

Existe, de todos modos, una línea de tiempo formal, con datos fríos y de cierta precisión que constituyen algo así como el relato estable del episodio más trágico de la historia olímpica; el final de la inocencia que permitía a los deportistas entrar y salir de su ámbito sin siquiera mostrar una credencial. Intentaré sintetizar del mejor modo las 21 horas que cambiaron la historia de la seguridad olímpica.

Poco después de las 4 de la mañana, un grupo de ocho terroristas palestinos vestidos con equipos deportivos y con armas y granadas dentro de bolsos similares a los de las delegaciones entró en la Villa saltando por encima de la reja perimetral de 2 metros de altura, lejos del acceso principal de la Connollystrasse 31. Los pocos que los vieron no se alertaron: en esos tiempos, muchos atletas regresaban de ese modo de sus salidas sin permiso.

Los palestinos se dirigieron al edificio reservado para la delegación israelí, donde se cruzaron con un entrenador de lucha, Moshe Weinberg, que se tiró encima de los desconocidos. Fue la primera víctima, y la que permitió que otros 17 compañeros de delegación escaparan a tiempo. Antes de morir, Weinberg fue usado como señuelo para acceder a otros departamentos. Eligió el de los pesistas y luchadores, ilusionado con que, por su fortaleza, redujeran a los agresores. Fracasó: todos fueron sorprendidos durmiendo. Fue casi una sentencia de muerte ya que la mayoría de las víctimas formó parte de esos dos equipos. Justamente, el otro muerto dentro de la Villa fue el luchador Joseph Romano, quien recibió un disparo cuando forcejeaba con los terroristas.

Amaneció sin que la mayoría de los deportistas se enterase de lo sucedido. Solo después de las 6 de la mañana comenzaron a conocerse las demandas que, fundamentalmente, pasaban por la liberación de 234 palestinos presos en cárceles israelíes y de dos alemanes, Andreas Baader y Ulrike Meinhof, creadores de la Rote Armme Fraktion, más

conocida como la Baader-Meinhof[9]. Esta última parte fue la única a la cual se accedió, seguramente, por haber sido la única que estaba bajo la decisión alemana. Durante las más de 15 horas de discusiones, Israel jamás abrió la puerta a la discusión sobre los presos palestinos. El gobierno alemán tenía la respuesta final israelí de no negociar desde las 11 de la mañana.

A partir del mediodía, las fuerzas de seguridad intentaron varios caminos para neutralizar el ataque. Infiltraron policías entre quienes llevaron el almuerzo pedido por los terroristas: jamás pudieron entrar en el edificio y debieron dejar las cajas con alimentos en la puerta. Eso les impidió saber cuántos eran los atacantes, dato que sería clave para el fracaso de la emboscada final. Por la tarde, ubicaron francotiradores en los edificios aledaños con la intención de que algunos de ellos entraran por los conductos del aire acondicionado. Los terroristas vieron los movimientos extraños en vivo y en directo: decenas de cadenas de televisión trasladaron sus equipos de los estadios a la Villa. El epicentro olímpico había dejado de estar en las canchas, las piletas, las pistas o los tatamis. El mundo asistía, en vivo y azorado, a las imágenes de ese señor con “gorrito Piluso” y anteojos que compartía una gaseosa con una policía alemana y temblaba con aquel terrorista que asomaba desde un balcón la cabeza cubierta con un pasamontaña.

Catorce horas después de haber entrado en la Villa, los palestinos, liderados por Luttif Afif (apodado “Issa”, que en árabe quiere decir Jesús) exigieron un avión para poder salir de Alemania con los rehenes hasta Egipto, país donde decían sentirse seguros y que, además, tenía alguna línea de negociación con Israel, según contó tiempo después Jamal Al Gashey, único terrorista sobreviviente.

Pese a que lograron cruzar Múnich en dos helicópteros militares hasta el aeropuerto de Furstenfeldbruck y a que, efectivamente, allí estaba listo el Boeing 727 que los llevaría a El Cairo, jamás estuvo en la intención de la policía alemana permitir que los palestinos salieran del país. La emboscada incluía desde varios francotiradores hasta una un grupo de policías disfrazados de tripulación del avión, que abandonaron la misión poco antes de la llegada de los helicópteros.

En realidad, tanto los artículos de época como los documentales dejaron muy en evidencia la precariedad de la estrategia alemana. En ningún momento dieron la impresión de tener un plan madre con sus respectivas alternativas y las órdenes y contraórdenes evidenciaban la falta de un criterio único entre el jefe de la Policía, el Ministro del Interior y los integrantes del Mossad, quienes aseguraron que los tuvieron allí solo en el papel de observadores.

El primer incidente previo al caos se produjo a las 22.30, luego de que los jefes sediciosos comprobaran que no había tripulación alguna en el avión. En ese momento, uno de los francotiradores falló su

disparo y lo que pretendía ser un impacto mortal para Issa, fue una herida en la pierna para Yuzzuf Nazzal (Tony), su lugarteniente.

Siete de los ocho terroristas fueron asesinados y siete de los nueve rehenes fueron fusilados de inmediato. Los otros dos fallecieron consecuencia de la explosión y posterior incendio de uno de los helicópteros. Según la versión que se quiera escuchar, la voladura del aparato fue responsabilidad de los terroristas o del fuego de la policía local.

A un costado del drama de la muerte, el olimpismo dio sin querer una muestra poderosa de la fuerza del deporte. Incluso de una fuerza boba, que idiotiza, que nos impide ser conscientes de lo trascendente por encima de lo que, aun atractivo, se convierte en superfluo.

El Comité Olímpico Internacional decidió suspender las competencias solo a las 15.30 del 5 de septiembre, es decir, 12 horas después de la primera muerte. Infinidad de atletas se movieron dentro de la Villa y salieron hacia los estadios pese a la presencia de terroristas armados. Mientras en la Villa todo era drama e incertidumbre, Australia derrotaba a Alemania en básquet y Polonia le ganaba en el fútbol a la URSS con un gol de Deyna, el hombre al que el "Pato" Fillol le atajaría un penal en el Mundial 1978.

Mientras once judíos morían a manos del terrorismo, otro judío, el nadador Mark Spitz amanecía luego de haber logrado el 4 de septiembre la séptima medalla dorada en una proeza solo superada 36 años después por Michael Phelps.

La única delegación que se fue de Alemania en ese momento fue, obviamente, lo que quedaba de la israelí. La de Egipto se fue de Alemania por temor a represalias el día 7 y ya el mismo 5 no se presentó a jugar un partido de básquet con Filipinas.

En la mañana del 6 de septiembre, en un estadio Olímpico repleto y con gran parte de los atletas sentados dentro del campo de juego, Avery Brundage, aquel que no dudó en discriminar a un judío en 1936 para no molestar a Hitler y que ahora era presidente del COI, anunció: "Los Juegos deben continuar".

El mismo mundo del deporte que, poco tiempo después, se sometió a la exigencia de boicot y contraboicot para Moscú y Los Ángeles no se animó a dar ni un paso en solidaridad, ya no con conflictos armados y de alta política, sino con el asesinato de sus propios colegas.

La Masacre de Septiembre Negro no terminó a la 1.30 del 6 de septiembre de 1972 como dicen los partes oficiales, sino siete años después con la muerte del último responsable a manos del servicio secreto israelí. Antes, una serie de asesinatos cometidos contra palestinos en atentados en Alemania, Dinamarca, Italia, Suecia, Francia, Chipre y Grecia se vincularon a la masacre. Fue la denominada "Operación Cólera de Dios".

Lo que nadie recuerda de Múnich

Es realmente difícil prescindir de esta historia siempre que se quiera decir algo sobre Múnich 1972. Resulta ingrato minimizar las cinco medallas de la nadadora australiana Shane Gould, el regreso a los Juegos de la arquería y el hándbol o la victoria del soviético Valery Borzov en 100 y 200 metros llanos, seguramente beneficiado por la eliminación de los favoritos norteamericanos Robinson y Hart, quienes llegaron tarde a sus series de cuartos de final por un error de información de sus entrenadores.

¿Cómo no dedicarle el capítulo entero a Spitz, que ganó cada uno de sus títulos batiendo el récord mundial? ¿En qué lugar de nuestra memoria quedan los norteamericanos Vincent Matthews y Wayne Cole —dignos sucesores de Smith y Carlos—, los dos primeros en los 400 metros llanos, que fueron suspendidos de por vida después de bromear intercambiando medallas en el podio y haberse negado a mirar la bandera norteamericana durante el himno?

En memoria de los Juegos de Múnich, deberían haberle dedicado varias películas a la historia de la final de básquet más bochornosa de la historia, en la que los soviéticos les ganaron por un punto a los norteamericanos un partido en el que tres veces se obligó a repetir la última jugada por un defecto en el cronómetro, hasta que Alexander Belov metió el doble decisivo y, camino al vestuario, al entrenador perdedor, Hank Iva, además del partido le robaron la billetera. Sin embargo, desde *21 Horas en Múnich*, con William Holden, hasta *Múnich*, de Steven Spielberg, el cine y la tele dedicaron decenas de títulos a la Masacre de Septiembre Negro. Si hasta *Un día en septiembre*, un film imprescindible e impactante, ganó un Oscar al mejor documental en 2000.

A veces, la excepcionalidad del drama supera a la excelencia del deporte. Y les aseguro que no hay nada que se parezca a los Juegos Olímpicos. Para Múnich 1972, Milos Forman fue invitado a filmar un documental sobre el decatlón, prueba que se disputó poco después del desastre. El director checoslovaco, para entonces radicado en los Estados Unidos, vivió en la Villa Olímpica sin formar parte de ninguna delegación. Un privilegio que hoy parece imposible.

Así recordó el mago de *Atrapado sin salida* su experiencia del 5 de septiembre durante una serie de documentales emitidos por el COI en la previa de Atenas 2004: “Temprano en la mañana del 5, llamó a mi teléfono la secretaria de la oficina preguntándome si estaba al tanto de lo que estaba pasando. ‘No’, le dije. Me gritó que saliera a la ventana. Yo vivía en el piso superior del edificio más alto de la Villa, ubicado a 50 metros del lugar de los israelíes. No era el lugar que yo conocía. Decenas de policías, unidades similares a las de SWAT, ambulancias,

soldados apuntando con ametralladoras. A diez metros de allí, había atletas jugando al minigolf y al ping-pong. Bajé de inmediato y les pregunté si sabían lo que estaba pasando en ese mismo momento. No comprendía cómo podían seguir en lo suyo. ‘Escuche —me dijeron—, mientras no se suspendan los Juegos, no vamos a dejar que nada altere nuestra concentración. Trabajamos toda nuestra vida para esto’. De algún modo, pude comprenderlos”.

9 La “Fracción del Ejército Rojo” o banda Baader-Meinhof fue una organización guerrillera alemana, fundada en 1970 por Andreas Baader, Gudrun Ensslin, Horst Mahler y Ulrike Meinhof.

Capítulo V. Montreal 1976
Radiofotos, cables y mi primer amor: Nadia Comaneci

Desde la memoria afectiva, tiene cierta lógica que sienta al viejo Canal 7 de Alem y Viamonte como uno de mis lugares de pertenencia. Jamás trabajé allí: dejó de existir como tal para convertirse en ATC y mudarse a los cubos de Figueroa Alcorta a principios de 1978, es decir, cuando apenas tenía 15 años; sin embargo, estoy seguro de haber pasado en sus oficinas y estudios más tiempo que en varios de los sitios de trabajo formal que tuve posteriormente. Era, por un lado, la forma más natural de compartir tiempo con mi viejo, que no vivía en la casa de Vicente López desde hacía, por lo menos, siete años. Pasaba en la planta baja y los subsuelos del Edificio Alas muchas horas, los siete días de la semana. Por el otro —aunque no lo percibía en esos días—, en sus pasillos fríos, húmedos y desangelados, empezaba a convertir en inevitable la idea de trabajar de periodista. No estoy seguro de recordar el nombre de algún bar de mi barrio, pero les juro que el licuado de banana con leche de "La Fragata" era mejor que el del "Roma Olímpica", donde en diciembre del 76 festejamos con mi primo Fernando haber sacado 12 puntos en el PRODE, sin imaginar que en esa fecha había ganado tanta gente que ni siquiera valdría la pena cobrar el premio. "Roma Olímpica", vaya nombre para el comedero de la calle Viamonte, justo enfrente del portón de acceso de los camiones de exteriores del canal. Todo tiene que ver con todo.

Para marzo de ese año, el país estaba en llamas. Literalmente hablando, así venía siendo desde hacía rato; especialmente después de la muerte de Perón. El canal no podía mantenerse al margen del asunto. No recuerdo más intensidad política desde el llano que el de las discusiones que atestigüé en esos años entre periodistas, productores, sonidistas o tiracables. No es casual que, aun hoy, algún veterano jubilado me pregunte por Diego con orgullo y afecto

fraternal: mi viejo solía tener una relación de profundo respeto por el laburante. Mucho más que por los que se maquillan, "de quienes siempre hay que desconfiar", según sentencia de Alejandro Romay. Parte del respeto era discutir de política con cualquiera sin andar chapeando la presunta jerarquía del que se pone delante de la cámara.

Hubo directores cercanos a la derecha peronista como Juan Carlos Rousselot, quien en 1984 le hizo una huelga de hambre a Diego en la puerta de Radio Belgrano porque este lo había acusado de atender en su despacho con un arma encima del escritorio. Y otros muy distintos como César Abraham, quien fue muy amigo de mi viejo —nunca supe bien por qué se distanciaron; el "Abuelo" me tiene acostumbrado a esos vaivenes— y cuyo mandato, muy celebrado por los laburantes rasos, duró tanto como la presidencia de Cámpora.

La gerencia de Deportes incluía casi a los mismos del 72. Supongo que ya no estaría Gañete Blasco, de histórica identificación peronista como Fernando Niembro, quien sí seguía allí para los días del golpe militar. El 24 de marzo estaba cubriendo la gira del seleccionado de Menotti. Estuvo en Kiev el día de la victoria bajo la nieve con el Loco Gatti atajando con pantalones largos y gorrito de lana. Y estaba en Chorzow la triste mañana del golpe.

Cuando hay emociones de por medio, es casi irrelevante aproximar tu recuerdo a la verdad final. Me quedo con el registro del jefe de la estación Vicente López mandándome de vuelta a casa. "Están los milicos, pibe. Ni trenes hay, menos va a haber clases", me dijo entre la tranquilidad y el aburrimiento que debía de tener quien llevaba años viendo la misma historia de golpes de Estado, incluso, entre los mismos militares. En ese momento, mi única preocupación —tiempo después sabríamos de cuántas cosas debíamos preocuparnos— era saber si se transmitiría el partido con los polacos.

En efecto, la Cadena Nacional que se adueñó de la tele para emitir exclusivamente comunicados de los golpistas y abominables marchas militares, interrumpió la secuencia para que los argentinos pudiéramos ver a Kempes, Bochini y el "Gringo" Scotta ganarles a los polacos. El partido lo transmitió Fernando Niembro, no sin antes consultar qué hacer con Enrique Macaya Márquez. Paulino, el padre de Fernando, era un histórico referente político-sindical de los metalúrgicos peronistas, por lo que tanto él como su familia pasaban automáticamente a estar en peligro. Sabiamente, Enrique le sugirió salir al aire con la mayor naturalidad de la que fuese capaz.

Ni Niembro ni Araujo ni mi viejo llegaron a ATC —los echaron antes— pero participaron del compacto diario de los Juegos de Montreal 76. Ya con un interventor militar, para entrar en el canal sin ser empleado hacía falta una credencial, incluso siendo un pibe de 13 años. Pese a los tiempos tristes, recuerdo con orgullo mostrar ese

cartoncito mal impreso para que me dejara entrar en las oficinas de noticiero el mismo portero que me conocía casi desde el día en que nací. Ese fue mi primer trabajo no remunerado: buscar las radiofotos como en el 72, recoger los cables relacionados con los Juegos —las enormes teletipos de ese tiempo podían tardar un par de minutos en imprimir un par de párrafos con letra despareja— y, ya en la vieja oficina externa al edificio propiedad de la Fuerza Aérea, copiarlos con duplicado para incorporarlos a la rutina que preparaban Julio D'Amato y Patricio Glade, los productores. Supongo que así habrá sido durante las dos semanas de los Juegos, la segunda quincena de julio. Supongo, también, que habrá sido tiempo de vacaciones de invierno, o de ratearme al turno tarde —inglés— en el Colegio San Pedro, en Martínez, del cual ya no queda ni la fachada.

Otras circunstancias, lejos de ser suposiciones, son certezas del alma. La emoción de escuchar el "Welcome to Montreal" de la primera estrofa del tema oficial de los Juegos que servía de música de apertura para el resumen diario. Y la absurda angustia del último día, cuando sentí que se terminaba mi romance con Nadia Comaneci, una rumana apenas un año mayor que se adueñó de aquellos Juegos y revolucionó sin retorno la gimnasia artística. Fue una mala percepción: de alguien como aquella Nadia de Montreal uno se enamora de por vida.

La chica diez

La forma más contundente para explicarle a un distraído qué significó Comaneci para la historia del deporte es contarle que la rumana no solo fue la primera gimnasta en merecer un 10 por parte de los jurados —barras paralelas en la prueba completa—, sino que alcanzó la máxima calificación siete veces durante el torneo. A diferencia de muchas otras disciplinas, la calificación en gimnasia es decreciente. Es decir que todos los ejercicios arrancan en 10 y se van descontando décimas a partir de imperfecciones, omisiones o inconvenientes en el desarrollo de la rutina. Actualmente, debido a controversias que se produjeron durante Atenas 2004, se mide independientemente la dificultad respecto de la ejecución aun cuando el puntaje final sea el acumulado en ambos rubros. Por cierto, tal vez hartos de que los aplausos sean ajenos, los jurados determinaron que, aunque exista por reglamento esa posibilidad, no se debe calificar a nadie con un 10, porque —como dijo el Indio Solari— "nadie es perfecto". Excepto Nadia, claro.

Tanta razón tienen los jueces —miento, siempre detesté que unas señoras sentadas detrás de una computadora dijeran que una chiquita de esas debe ser capaz de hacerlo mejor— que ni siquiera los tableros

electrónicos estaban preparados para la ocasión. En Montreal, la tele jamás mostró un “10”, sino un “1.00”.

Por cierto, no fue la perfección de sus ejercicios lo que convirtió a la rumana en —para muchos— única en su especie. Por suerte, aun en una disciplina tan llena de esfuerzo y atada a la frialdad de un número, el resultado final no lo es todo. Comaneci no es, por ejemplo, la gimnasta olímpica más exitosa. Es, apenas, la decimocuarta en la nómina de medallistas múltiples que encabeza Larissa Latynina, con un disparate de 18 podios en tres Juegos, el doble que la rumana entre Montreal y Moscú. Es más, ni siquiera fue la más ganadora en su deporte en Canadá: la rusa Nelly Kim ganó, como ella, tres doradas (Comaneci sumó, además, una plateada y otra de bronce), y otro ruso, Nikolay Andrianov, cuatro. Dudo mucho de que sean demasiados los que recuerden a alguno de ellos antes que a la rumana.

¿Por qué Comaneci, entonces? ¿Por qué el cine jugó con ella desde la ficción hasta lo documental? Lo suyo en Montreal fue de una dimensión mágica tal que hasta podría decirse que ella misma fue, desde entonces, víctima de su sombra de sonrisa permanente y peinado con colitas de novia de salita de cinco. Cuando compitió en Moscú, cuatro años después, buena parte del mundo de la gimnasia despreció otra performance admirable que mereció cuatro medallas olímpicas más. La vieron gorda: pesaba tres kilos más de los 45 que acusó en Montreal. Aun así, volvió a ser la mejor. Pero Nadia no podía superarse a ella misma en gracia, creatividad y esmero. Lo mejor ya había sido hecho.

Su carrera deportiva terminó en 1981 pero siguió haciendo exhibiciones durante varios años más, incluso una en el Luna Park a mediados de los 80 (viajé a Ezeiza con la ilusión de hacerle la entrevista que jamás pude concretar). El empresario que la trajo —un tal Félix Marín— quería que se difundiera el show pero no se esmeró demasiado para que se pudiera romper el cerco que la rodeaba dentro de la delegación rumana, país aún controlado por Ceausescu. Fue unos años antes de que, después de avisarle a su hermano Adrián, decidió desertar. Salió por la frontera con Hungría junto con otros gimnastas. De allí, derecho a Nueva York patrocinada por el gobierno norteamericano. Nadia admitió que jamás se hubiera ido de su tierra —y de su casa y de su familia— de haber imaginado que, poco después de su huida, caería el gobierno de Ceausescu.

“Fueron mis peores días”, explicó Nadia hace poco, ya instalada en Oklahoma junto con su esposo, el ex gimnasta norteamericano Bart Conner, y su hijo Dylan Paul. “No solo me fui de mi casa pensando que jamás volvería, sino que ni siquiera pude despedirme de mi madre: se hubiera muerto de un infarto de haber sabido lo que yo planeaba”. Para colmo, sus primeros tiempos del otro lado del mundo

incluyeron una relación afectiva traumática que concluyó cuando Nadia descubrió que su pareja la había estafado y se había quedado con parte de sus ahorros.

Habrá sido a principios de los noventa cuando me quedé congelado en pleno verano neoyorquino: de caminata por Broadway, vi un anuncio suyo recostada y en ropa interior; el cartel me pareció largo como la cuadra misma. La marca, creo, era Jockey; más bien deportiva y poco sensual. Para mí, erotismo en estado puro.

De todos modos, no fue nada de esto lo que la convirtió en única. Una vez más, los desafío a descubrir una imagen suya durante Montreal 1976, fija o en movimiento, en la que no se la vea sonreír, en la que algún mínimo rictus de esfuerzo deforme la gracia de sus rutinas. Cero. Imposible. Nadia Comaneci fue única porque durante sus ejercicios jamás transmitió ni una minúscula parte de las presiones y los abusos que soportó. Porque hizo maravillas sin esfuerzo aparente. Los que amamos ver sus rutinas, solo la vemos feliz, libre, plena. Porque si, por tradición, aquella gimnasta que inventa un nuevo movimiento merece que esa acción lleve su nombre, Nadia le puso su apellido a la mismísima gimnasia.

Sin pena y sin gloria

Por primera vez desde 1928, la Argentina volvió a casa sin medallas. Tres boxeadores se quedaron en la puerta al perder en cuartos de final: al no haber combate por el tercer puesto, pasando a semifinales se aseguraban un podio. Ya sin Alberto Demiddi, nuestro remo volvió a estar cerca gracias a la primera final olímpica de Ricardo Ibarra, quien finalizó sexto luego de habernos ilusionado a todos con primeros puestos contundentes tanto en la eliminatoria como en la semifinal.

La mejor actuación fue la del judoca Jorge Portelli, quien luego de perder en octavos de final en la categoría pesado, finalizó 5º en la libre —categoría que no existe actualmente— en la que perdió semifinales con un británico y el repechaje con un coreano; es decir, disputó dos combates para alcanzar la medalla que no tuvimos.

Fueron 80 deportistas repartidos en yachting, tiro, natación, lucha, equitación —Argentino Molinuevo llegó a la final de salto con el mítico "Marsupial"—, atletismo y esgrima (equipo que incluyó a Fernando Lúpiz, luego reconocido actor, identificado especial y naturalmente con *El Zorro*). También viajó el hockey masculino, en el primer Juego Olímpico disputado sobre canchas de césped artificial, algo inusual para los nuestros[10]. El equipo de Marcelo Garrafo perdió todos los partidos del grupo salvo uno, un 3 a 2 histórico ante

Australia, finalmente subcampeón.

Evidentemente, el interés militar por el deporte no pasaba demasiado por el olimpismo. Cuatro años después, la Argentina no solo no figuraría en el medallero, sino que no competiría por sumarse a un boicot aún hoy injustificable.

Tiene coronita

Montreal logró la sede para los Juegos durante la Sesión Extraordinaria del COI, en 1970. Solo tres ciudades participaron, de las que Los Ángeles, con 17 votos, quedó eliminada en la primera rueda.

En esa primera votación, Montreal obtuvo tres votos menos que Moscú (25 a 28). Sin embargo, en la votación final, 16 de los 17 votos que había logrado antes Los Ángeles pasaron a manos de los canadienses. Con una abstención de por medio, Montreal sumó 41 mientras —insólitamente— Moscú quedó en los 28 originales.

Una vez más, la realeza británica tuvo su injerencia en los Juegos. Pese a que Montreal es parte del Quebec —región francesa del país—, el responsable político de la provincia, Robert Bourassa, consideró razonable proponer que la reina Isabel II inaugurase los Juegos en su condición de máxima representante del Reino Unido del que Canadá formaba parte. De tal modo, pidió al primer ministro, Pierre Trudeau, que invitara formalmente a la monarca. Tarde advirtió Bourassa lo impopular que la movida resultaría para buena parte de los integrantes del Movimiento por la Soberanía de Quebec. Y tarde le pidió a Trudeau que diera marcha atrás con la propuesta.

Isabel II tenía otra razón para estar en Montreal: su hija, la princesa Anna, integró el equipo británico de equitación en la prueba de salto, competencia en la que había ganado el título europeo individual en 1971, motivo suficiente para que la BBC la eligiera personalidad deportiva del año. Contra lo habitual, la delegación ecuestre británica no logró medallas en esos Juegos. Y Anna fue la única deportista mujer que no fue sometida al examen de sexo.

El mejor boxeo olímpico

Montreal 1976 vio en acción al mejor equipo de boxeo de la historia. La performance y el legado de los cinco campeones olímpicos norteamericanos lo dejan en claro.

Howard Davis Jr. ganó la categoría liviano. Como profesional,

venció en 36 de sus 43 combates y peleó dos veces por el título mundial (perdió las dos).

Leo Randolph ganó la categoría pluma. Derrotó en la final al favorito cubano Ramón Duvalon en un discutido fallo por 3 a 2. Con 18 años y pocos meses, se convirtió en el más joven campeón olímpico de la historia. También sería el más joven campeón mundial profesional en retirarse. Le ganó el título gallo a Cardona en 1980 y se retiró al combate siguiente, luego de perder por nocaut contra el argentino Sergio Víctor Palma.

León Spinks ganó la categoría semipesado. Fue el primero de los hermanos Spinks en alcanzar la fama. Con apenas siete combates como profesional y menos de dos años después de los Juegos, le quitó el título de los pesados ni más ni menos que a Muhammad Ali. Perdió el título del Consejo Mundial del Boxeo por negarse a pelear con Ken Norton, priorizando prepararse para una revancha con Ali (en esa revancha perdió la corona de la Asociación Mundial de Boxeo). A partir de entonces, desarrolló una carrera sinuosa con 26 victorias y 17 derrotas.

Michael Spinks ganó la categoría mediano. Como tantos otros casos —Muhammad Ali, Floyd Patterson o Joe Frazier— subió de categoría como profesional y fue un largo tiempo campeón mundial de los pesados. Realizó 14 defensas, incluidas dos victorias ante un veterano Larry Holmes, y se retiró tras perder el invicto ante Mike Tyson, en 1988.

Ray Sugar Leonard ganó la categoría semimediano liviano. Y no seré tan irrespetuoso de contar demasiado más sobre uno de los más maravillosos exponentes que tuvo esta disciplina. Con toda la controversia que genera el boxeo en su condición de deporte —me sumo a los que lo cuestionan—, Leonard fue uno de esos fenómenos que la trascienden, que justifican la presencia ante el televisor aun de los abolicionistas.

En tiempos en los que el boxeo olímpico aún no había reglamentado el uso del protector de cabeza, Leonard se convirtió en una estrella olímpica y cada uno de sus seis combates fue a estadio lleno. Ganó todos por puntos, 5 a 0. En la final superó al cubano Andrés Aldama, que había noqueado a sus cinco adversarios anteriores. Leonard lo tiró en el segundo round y lo humilló durante el tercero, en el que Aldama padeció otra cuenta de ocho. Ray finalizó así su carrera amateur con 145 victorias en 150 peleas. Poco después comenzaría una historia de otra dimensión, la de uno de los cinco más notables boxeadores de la historia.

Pentatramposo

Ni siquiera los amantes profundos del olimpismo estamos a resguardo de la ingratitud. Difícilmente el pentatlón moderno hubiera tenido un espacio destacado en este libro de no haber existido Boris Onishchenko, un ucraniano considerado —hasta Montreal— uno de los más notables pentatletas de todos los tiempos. Llegó a Canadá como cuádruple campeón mundial, subcampeón por equipos en México 1968, subcampeón individual y campeón por equipos en Múnich 1972. Un héroe nacional, miembro del ejército de su país.

Su disciplina consta de cinco especialidades por disputarse una cada día: equitación, esgrima, tiro, natación y *cross country*. Programada para el 19 de julio en el gimnasio de la Universidad de Montreal, la prueba de esgrima fue la del escándalo.

El equipo soviético estaba cuarto después de la prueba ecuestre y, por antecedentes, su superioridad en tres de las cuatro disciplinas restantes le auguraba una fuerte chance de repetir la victoria de cuatro años atrás. Para colmo, Onishchenko, un formidable esgrimista, debía enfrentarse con Jim Fox, capitán británico. Al promediar el combate, netamente favorable al soviético, Fox reclamó al árbitro que algo extraño estaba sucediendo: su rival sumaba puntos por estocadas que no se habían producido. El árbitro pidió la espada de Onishchenko y se descubrió que tenía un mecanismo oculto en la empuñadura que le permitía sumar puntos con solo accionar un botón oculto que hacía contacto con los sensores. Alta tecnología, alta trampa.

El equipo soviético fue descalificado y Onishchenko sacado esa misma noche de una Villa Olímpica en la que un par de compañeros de delegación lo esperaban y no para invitarlo un trago justamente. En octubre, Leónidas Brezhnev, líder soviético, citó a Onishchenko para un encuentro personal. Malas noticias: le quitaron el título militar así como todos los honores deportivos. Pudo haber sido peor. El más grande pentatleta de la historia —y el más tramposo— pasa sus días, desde entonces, trabajando como taxista en su Kiev natal.

El caballo del atletismo

El atletismo tuvo sus estrellas en Montreal. El norteamericano Bruce Jenner[11] ganó el decatlón con tal contundencia que el segundo día de pruebas se concentró solo en batir el récord mundial (y lo hizo). Haseley Crawford sorprendió a todos en unos 100 metros llanos sin norteamericanos en el podio: fue la primera medalla dorada en la historia de Trinidad y Tobago. Edwin Moses ganó con récord mundial los 400 metros con vallas. Fue la única medalla dorada norteamericana en las pruebas individuales de pista. Y el debut olímpico del máximo exponente de la historia en las vallas bajas.

Antes del desembarco final de los norafricanos, un finlandés largo y de barba rala llamado Lasse Viren ganó los 5000 y los 10.000 metros. Se quedó en la puerta de la historia ya que finalizó sexto en la maratón, frustrando así su ilusión de igualar a Emil Zatopek. Viren fue un fondista de excepción que, además, motivó un cambio de hábito en el atletismo. A raíz de un corte que sufrió en la cabeza producto de una caída en una competencia, la IAAF decidió eliminar el aluminio como material para los bordes de la pista y sustituirlo por plástico.

Pero la máxima figura fue el cubano Alberto Juantorena, "El Caballo", único hombre en ganar 400 y 800 metros en un mismo Juego. Fanático del básquet, Alberto fue convencido de dedicarse seriamente a correr por un entrenador polaco que trabajaba en La Habana con estudiantes secundarios que tenían cierto talento para el atletismo. En rigor de verdad, el chico ya había logrado buenos resultados en 800 y en 1500 metros, ecuación lógica y que aún hoy tiene cultores. En términos de preparación, características y estrategia se considera viable dedicarse con cierto suceso a ambas distancias. Muy distinto de intentar los 400, distancia vinculada mucho más con los 200 que con las mayores. Desde Michael Johnson en 1996 hasta Allison Felix en la actualidad, queda en claro cuál es la combinación posible.

Juantorena rompió todos los moldes gracias a un ritmo de carrera parejo solo alterado a partir de los 300 metros finales en ambas distancias. En Montreal, primero fueron los 800. Podría decirse que Siriam Singh, un indio que finalizo séptimo, fue el hombre clave de la prueba. Él fue quien se animó a superar al cubano antes de escuchar la campana de la vuelta final. Sin medir la envergadura del adversario, Juantorena levantó el ritmo y lo mantuvo hasta el final, pese a que en la curva de los 200 pareció que el belga Van Damme podría con él. No fue así. Fue triunfo para el cubano y despedida para Van Damme, quien murió meses después en un accidente de auto. La etapa belga de la Diamond League[12] lleva su nombre.

Al día siguiente de esa final comenzaron la eliminatorias de los 400. Consciente del esfuerzo realizado y del riesgo de una lesión, Juantorena controló su esfuerzo, beneficiado por el reglamento que en el atletismo clasifica de una rueda a la otra a los mejores de cada serie independientemente de los tiempos que se toman en cuenta para un eventual remanente. El cubano fue tercero en la primera rueda del 26 de agosto —se clasificaban cuatro por serie— y segundo en los cuartos del 28. Ese mismo día ganó la semifinal, pero siempre con tiempos por encima de los 45 segundos, es decir, un segundo más lento que sus registros más destacados.

Más allá de la característica aceleración luego de los primeros 100 metros —tiene cierta lógica para un atleta de más de 1,90 metros—,

Juantorena repitió la táctica de sostener un ritmo parejo, constante, casi aburrido. Solo el norteamericano Newhouse pareció comprometer su doblete. Fue apenas una sensación cuando doblaron el codo de los 100 finales. En todo momento, se notaba que había algo diferente en el cubano. Tal vez su corazón. Tal vez su orgullo. Tal vez su talento. Tal vez, su famosa zancada de casi tres metros.

La amenaza del Este

Alemania Democrática ya había dejado su huella en México 1968. Y en Múnich 72 dejó en claro que había llegado para quedarse. Sin embargo, el gran pecado fue el de Montreal. Desde luego, todos miran con ojo clínico y suspicaz a quien desembarca poderosamente en el medallero amenazando a norteamericanos y soviéticos y dejando atrás a las demás potencias. Pero la cosa se agrava si el poderío se lo demuestra arrasando en atletismo y en natación, ahí donde todos quieren ganar. El olimpismo puede seguir siendo único sin fútbol, sin tenis o sin hockey, jamás sin natación ni atletismo. Ahí se juegan los porotos grandes.

En Canadá, las atletas alemanas del Este ganaron 10 medallas doradas sobre 14 posibles y obtuvieron un podio al menos en todas las disciplinas menos en lanzamiento de bala. Las nadadoras ganaron 11 títulos sobre 13 y se quedaron fuera del podio solo en los 200 metros pecho. Fue un momento único en su historia. Una afrenta al autotitulado mundo civilizado que pronto les harían pagar a fuerza de frasquitos. E hipocresía.

10 No creo equivocarme demasiado si les digo que la primera cancha sintética en nuestro país fue la de Obras Sanitarias, entrados los 80. Es más, a tal punto estábamos lejos de esa tecnología, que los dos Mundiales jugados en casa poco después —1978, varones; 1981, mujeres— se disputaron sobre el césped del Campo Argentino de Polo, en Palermo.

11 Bruce es, efectivamente, quien bajo el nombre de Caitlyn y luego de un proceso de cambio de sexo, se convirtió en uno de los personajes mediáticos de 2015 en los Estados Unidos.

12 Liga anual organizada por la Asociación Internacional de Federaciones de Atletismo (IAAF) que tuvo su primera edición en 2010. Consta de 14 competiciones y reúne a los mejores atletas del mundo.

Capítulo VI. Moscú 1980
Cuando nos boicotearon los sueños olímpicos

Desde la óptica del cronista, no dar por sentado nada que merezca ser explicado es casi un rasgo de sabiduría. Sin embargo, desde el corazón, uno jamás debería preocuparse por explicar demasiado de qué va su lugar en el mundo. ¿Merece Cavanagh, mi cuna del corazón, que lo presente como un pueblo ubicado en el sudeste de la provincia de Córdoba, dentro del partido de Marcos Juárez y a 420 kilómetros de Buenos Aires? ¿Con qué derecho llamaría su atención contándole que amo profundamente ese lugar cuya estación de tren está muerta por obra y gracia de Carlos Menem desde principios de los 90? Porque, lógicamente, para cualquiera de ustedes, es más relevante contarles que Cavanagh tiene, según el último censo, 1202 habitantes —52 más que en 2001— a que mi primer partido de fútbol fue en la canchita ya desaparecida del Sportman Cavanense, club ubicado del lado "rico" de las vías. Fue una noche equis de los más de quince eneros que pasé en "La Solana", campo de mi abuela Inés, heredado por mi tío Hernán y mi viejo, que un maldito día decidió vender su parte y mudarse a Sancti Spiritu. Jugábamos siete pibes con la camiseta de Boca y siete con la de River. A mí me tocó la diez del "Millonario" y hasta me gritaron un "Corré, Onega" desde el costado de una cancha mal marcada e iluminada por un par de cables con bombitas que la atravesaban a lo ancho.

Entiéndanme. Me parece indigno minimizar lo que se recuerda desde el corazón con una reseña digna de un manifiesto franquista. Cavanagh sigue siendo hoy, cuarenta años después, el lugar de mis emociones más fuertes. Sigo creyendo que es cierto que el lado pobre se llamó durante un tiempo Regensburger en homenaje a mi bisabuelo, quien habrá dejado algunas huellas de las buenas: aún hoy, la escuela del pueblo se llama "Elli Poleman", en homenaje a su esposa, mi bisabuela.

Para 1980 ya no jugaba al fútbol en los torneos de pibes que nos

armaba mi querido Jaime Nicolau, primo de un temible número dos del Boca de los 70. Pero no había forma de imaginar las vacaciones —las últimas antes de mi último año en el secundario— sin comprar jamón blanco (peceto) en la carnicería de Potato o esperar vanamente *El Gráfico* en lo de la Tina Foppoli. Viví casi treinta años en Vicente López, pero sería incapaz de registrar nombres, lugares y aromas como cuando pienso en la cuna que adopté como propia.

No se podía ver tele en "La Solana". Solía haber un aparato pero no había antena que sintonizara más que de a ratitos alguno de los canales de Rosario. Ni cable, ni satelital, ni Internet, ni teléfono. Tampoco luz eléctrica: se vivía con un motor de kerosene, un sol de noche y un par de fanales. Y se podía ser feliz.

No era fácil sintonizar la radio: Rivadavia era la que menos mal se escuchaba, por debajo de la interferencia de la tormenta que jamás llegaría y de los camiones que viajaban por la ruta provincial 12, que comunicaba con Corral de Bustos. Pero el seleccionado argentino de fútbol supervisado por César Luis Menotti con Federico Sacchi sentado en el banco, se jugaba la clasificación para Moscú en el Preolímpico de Colombia y ningún esfuerzo era poco. Ni siquiera la tortura de escuchar 20 segundos de relato por otros 20 de un crujido indescifrable.

El equipo ganó el torneo invicto: apenas empató uno de los seis partidos que jugó y solo le marcaron dos goles. Un combinado armado con mayoría de jugadores del Interior, que dejó a los locales segundos a cuatro puntos. Brasil terminó quinto, eliminado. Había muchos cordobeses: el "Hacha" Ludueña, Ocaño, Quiroga, Hoyos, Bocanelli. También estaban el tucumano Meza, Carlos Randazzo, promesa de Boca, y hasta Osvaldo Rinaldi, un campeón mundial juvenil de 1979. Recuerdo como hoy una nota que le hicieron a Menotti luego del torneo, en Mar del Plata, en la que contaba que llevaría a su hijo a los Juegos Olímpicos como premio por no haberse llevado materias a diciembre. Flor de envidia me daba la idea, aunque duró poco.

A fines de febrero, en una conferencia de prensa realizada en el Comité Olímpico Argentino, el presidente de la entidad, el coronel (RE) Antonio Rodríguez —una especie de Julio Grondona de nuestro ámbito olímpico en su condición de feudal vitalicio— ponderó los ideales de Coubertin, que la Argentina apoyaría de manera irrenunciable. Desmentía, de tal modo, que nuestro país fuese a sumarse al boicot a los Juegos propuesto por los Estados Unidos en repudio a la invasión soviética a Afganistán. En mayo, sin embargo, después de una "sugerencia" de la Cancillería, Rodríguez explicó la lógica rabiosa que llevaba a la Argentina a adherir al boicot en respaldo del —presunto— mundo libre. Su anuncio, realizado en Guatemala durante la Asamblea de la Organización Deportiva

Panamericana, comenzaba con una argumentación poco menos que heroica. “Hay circunstancias de interés nacional que obligaron a realizar sacrificios. Esta vez le toca sacrificarse al movimiento olímpico argentino y lo sentimos”, dijo, sin ponerse colorado. Había que tener cara para hablar de sacrificios en días en los que muchas madres argentinas parían en cautiverio.

No solo el seleccionado de fútbol se quedó con el pasaporte en la mano. El básquetbol también había conseguido una clasificación histórica (siempre ha sido durísimo el selectivo regional de ese deporte, ya que no se trata de un torneo sudamericano sino de toda América). Con apenas un par de plazas disponibles —tres, en 1980—, alguna vez hubo que pelear con equipos de la magnitud de los Estados Unidos, Canadá, Brasil, Uruguay, República Dominicana, Cuba o Puerto Rico. Sin desmedro del resto de los clasificados, la Argentina perdió, también, una chance histórica en atletismo: el decatleta Tito Steiner llevaba dos años por encima de los 8000 puntos y figuró entre los 10 primeros en el *ranking* de la especialidad de 1979. Debió esperar hasta 1984, pero para Los Ángeles sus mejores días de campeón compitiendo por la Universidad de Provo, en Utah, ya habían pasado. Lejos de toda teoría, la principal víctima de aquella ausencia fue el remero Ricardo Daniel Ibarra, que venía de finalizar sexto en la final de Montreal 1976 y cuya vigencia quedaría en claro cuando repitió ese resultado en Los Ángeles 1984.

Una de las cosas que ni Rodríguez ni ningún otro dirigente olímpico relevante explicó fue por qué la Argentina frustraba el sueño de sus deportistas plegándose al boicot olímpico, mientras ni en sueños pensaba sumarse al bloqueo económico también impuesto por los norteamericanos a los rusos. Tantas veces se habla de no mezclar la política con el deporte. En este caso —como en tantos otros—, lo que se priorizó fue no mezclar la política con el “mango”. Y, en lugar de mandar atletas, el gobierno argentino no paró de enviar a Moscú barcos repletos de granos.

Aún más difícil de explicar fue la necesidad de mostrarse leales a los Estados Unidos autoexcluyéndose del mismo certamen del cual participaron atletas de países como Gran Bretaña, Australia, España, Austria, Italia, Francia o Suiza, cuyo vínculo con los norteamericanos nadie pondría en duda. Es cierto que los deportistas intervinieron bajo la bandera del Comité Olímpico Internacional, pero sus respectivos gobiernos, a lo sumo, intentaron convencerlos de no ir a Moscú; en ningún caso lo prohibieron.

Por cierto, vale la pena detenerse en la lista de los países que adhirieron al pedido norteamericano: Albania, Alemania Occidental, Antigua y Barbuda, Antillas Holandesas, Arabia Saudita, Argentina, Bahamas, Bahrein, Bangladesh, Barbados, Belice, Bermudas, Bolivia,

Canadá, Chad, Chile, China Taipei, Corea del Sur, Costa de Marfil, Egipto, El Salvador, Emiratos Árabes, Estados Unidos, Islas Fiji, Filipinas, Gabón, Gambia, Ghana, Haití, Honduras, Hong Kong, Indonesia, Irán, Islas Caimán, Islas Vírgenes, Israel, Japón, Kenia, Liberia, Liechtenstein, Malasia, Malawi, Marruecos, Mauricio, Mónaco, Níger, Noruega, Pakistán, Panamá, Papúa Nueva Guinea, Paraguay, Qatar, República Centroafricana, Singapur, Somalia, Suazilandia, Sudán, Surinam, Tailandia, Togo, Túnez, Turquía, Uruguay y Zaire. Como podrán advertir, gran parte de las reales potencias aliadas a los Estados Unidos compitieron en Moscú.

Sin medallas en 1976, 1980 nos encontraba fuera de los Juegos. Sin deportistas y sin tele, los argentinos tardaríamos mucho tiempo en ver la gloriosa despedida de Nadia Comaneci, el maravilloso duelo entre Sebastian Coe y Steve Ovett y las lágrimas del Osito Misha durante la ceremonia de clausura.

Un campeón de ciencia ficción

Un atleta escocés, blanco, fue campeón olímpico en los 100 metros llanos. De *Carrozas de Fuego* para acá, parece una historia de ciencia ficción. Sin embargo, el boicot norteamericano y un par de circunstancias fortuitas convirtieron a Alan Wells en el hombre más veloz de Moscú 1980.

Es parte de un juego más para la polémica de café que de profundidad de análisis poner en tela de juicio una victoria cuando hay ausentes ilustres de por medio. En el caso de atletismo, los fantasmas se agigantan de la mano de los cronómetros. Al menos tres norteamericanos, encabezados por Stanley Floyd, habían corrido ese año la distancia por debajo de los 10s10. Wells ganó la final con 10s25. Por cierto, no fue culpa de este hijo de un herrero de Edimburgo que algunos de sus principales adversarios no hayan estado en el Estadio Luzhniki a la hora señalada.

Además, Wells venía de tener una gran performance en los Juegos del Commonwealth de 1978, en cuyos 100 metros había terminado segundo detrás del jamaiquino Don Quarrie y delante del triniteño Haseley Crawford, campeón olímpico en 1976. En Moscú, Quarrie quedó afuera en cuartos de final y Crawford, en las semifinales. Para la noche del 25 de julio, a Wells solo le quedaba el gran escollo del cubano Silvio Leonard, a quien derrotó en el *photo-finish*: el hombro derecho del escocés asomó en las imágenes siete centímetros delante del de su rival.

Como para dejar en claro su potencial, Wells logró tres días más tarde la medalla plateada en los 200 metros, apenas superado por el

mítico italiano Pietro Mennea. Dos años más tarde, Wells metió el doblete en los 100 y 200 metros llanos del Commonwealth derrotando —entre otros— a un muy jovencito Ben Johnson. Fue cuarto en los 100 metros del primer Mundial de la historia (Helsinki 1983) y quedó afuera en las semifinales de Los Ángeles 1984, su última presencia olímpica.

Como siempre, el anecdotario navega entre curiosidades llanas e inventos flagrantes. Aún no sé en qué lugar poner el papel de su esposa Margot, su entrenadora, cuyos alaridos en el momento de la llegada fueron tan populares para la BBC como la carrera misma. O la peculiaridad de que solo en 1980, por obligación reglamentaria, comenzara a usar los tacos de partida.

Quedará a gusto del consumidor considerar cierto que, resignada a soportar la presencia británica en Moscú, Margaret Thatcher quiso persuadirlo de unirse al boicot inundando su buzón con fotos de niños afganos asesinados por las tropas invasoras. “Recibí al menos media docena de cartas del 10 de Downing Street —dirección de la casa del Primer Ministro en Londres— tratando de convencerme de retirarme del torneo”, admitió poco después el campeón al colega inglés Jaime Jackson.

Por encima de todo, una última precisión para poner a Wells en su debida dimensión. Apenas dos semanas después de aquella final, y con un invicto de un año a cuestas, Wells fue invitado a un torneo en Koblenz. Volvió a ganar, ahora con un tiempo de 10s19. Entre sus vencidos de esa noche estuvieron el citado Floyd, Mel Lattany y Harvey Glance, los tres norteamericanos más veloces del momento. También un tal Carl Lewis.

La mejor carrera de su vida

No recuerdo haber visto sino hace poco las mejores imágenes de Moscú 1980. Es decir, no solo se vio poco y nada en nuestra tele en aquel momento —más allá del boicot, tampoco la televisión argentina tenía el hábito olímpico en su grilla de programación— sino que, hasta bien entrados los 90, con el acceso a la película oficial de los Juegos, o —más cerca en el tiempo— de la mano de Internet, nuestros héroes moscovitas representaron un misterio similar al de la voz de Buster Keaton.

Durante mucho tiempo, la histórica final de los 1500 metros masculinos se redujo a una imagen fija. Esa foto, que aún hoy es la gran postal del atletismo en Moscú 1980, muestra al británico Sebastian Coe cruzar victorioso la meta abriendo los brazos casi tanto como su boca llena de extenuación y sorpresa. No solo Coe no estaba

llamado a ser el hombre del día en la milla, sino que, una semana antes, había sido inesperadamente derrotado en los 800 metros, su prueba predilecta, en la cual era dueño del récord mundial. Dicho de otro modo, casi nadie confiaba en su capacidad anímica para revertir un resultado adverso, sobre todo teniendo en cuenta que su archirrival, el también británico Steve Ovett, además de ser el dueño del récord en los 1500, había sido justamente su verdugo en los 800. Para colmo, la prensa británica había puesto seriamente en duda su capacidad estratégica: Coe jamás había logrado reacomodarse en una prueba en la que, al superar los 400 metros iniciales, ocupaba el último lugar. Tuvo el mérito de la recuperación y por eso consiguió colarse segundo por delante del soviético Kirov. Pero jamás amenazó a Ovett. Una pauta de la mala carrera de Coe es que al ganador le alcanzó con repetir la marca con la que había sido cuarto, cuatro años antes, en Montreal.

El 2 de agosto de 1980, Coe cumplió con su promesa de correr la mejor carrera de su vida y ganó la medalla dorada en los 1500. Curado de espanto por la mala táctica de la prueba anterior, Coe jamás estuvo detrás del segundo lugar en todo el desarrollo de la competencia y quedó primero delante del alemán oriental Strauss apenas entraron en la recta final. Ovett quedó en tercer puesto y, lejos de alimentar la presunción de enemistad que alimentaba la prensa, fue el compañero de Coe en la celebración en la noche moscovita. Se trató del clásico caso de la rivalidad feroz signada mucho más por la calidad que por la cantidad de enfrentamientos. Si bien hay registros de una carrera de *cross country* colegial que los involucró en 1972 —un tal Kirk Dumpleton puede jactarse de haber derrotado a ambos—, solo se midieron en seis ocasiones. La peculiaridad es que cuatro de esas ocasiones fueron finales olímpicas.

El tiempo dio la real dimensión de Coe en el universo del deporte británico. Miembro del Parlamento durante los 90 (Partido Conservador), fue la cara visible de la muy exitosa organización de Londres 2012, alcanzó la presidencia de la IAAF en 2015 y Daniel Radcliffe (*Harry Potter*) lo personificó en *Gold*, un telefilm producido por la BBC. Pero el mejor homenaje se lo hicieron, sin siquiera mencionarlo, en *Carrozas de Fuego*. En la realidad, ninguno de los atletas representados en esa entrañable película participó de la Great Court Run, tradicional carrera alrededor del patio principal del Colegio Trinity, en Cambridge, que ilustra parte de la etapa previa a los Juegos de París graficados en el film de Hugh Hudson. El objetivo es cubrir la distancia de 367 metros en alrededor de 45 segundos, que es el tiempo que demoran en dar las doce campanadas. Es un ritual que, por lo general infructuosamente, los estudiantes intentan cumplir la noche de su cena de graduación. Quien sí lo hizo fue Coe, que

aceptó el desafío de correrla mano a mano con Steve Cramm, otro notable mediofondista inglés. Sebastian ganó la carrera y llegó a la meta antes de la última campanada.

El laboratorio de invencibles

Cuarenta y siete medallas doradas, 37 plateadas y 42 de bronce. Confirmada la muy previsible hegemonía soviética en el medallero, los números con los que Alemania Democrática se apoltronó en el segundo lugar fueron el gran dato estadístico de estos Juegos. Solo en títulos olímpicos, los alemanes del Este ganaron tanto como Bulgaria, Italia, Cuba, Hungría, Rumania, Francia, Gran Bretaña y Polonia, todos juntos. Un fenómeno de impacto mediático y político lo suficientemente poderoso como para pasar inadvertido. En realidad, para 1980, Alemania Democrática ya constituía deportivamente una potencia a la cual nadie se animaba a investigar en profundidad. Muy probablemente, nadie quiso intentar con otro lo que no le hubiera gustado que le hicieran.

La Alemania del Este debutó a nivel olímpico en 1968, con un quinto puesto. Quedó apenas detrás de la URSS y los Estados Unidos en Múnich y ya en Montreal se ubicó delante de los norteamericanos, puesto que mantuvo incluso en Seúl 1988, un año antes de la unificación, del comienzo de las investigaciones y del final de una era. Tristemente, son infinitas las muestras de que, también en el deporte, a nadie se lo investiga durante su apogeo.

Ni los alemanes del Este triunfaron solo por dopar a sus deportistas ni fueron ellos los únicos en alterar los rendimientos de sus héroes con sustancias prohibidas. Exponerlos y condenarlos —luego serían las atletas y nadadoras chinas— fue un recurso imprescindible para minimizar el fenómeno en naciones infinitamente más influyentes que gastan muchísimo más dinero en los laboratorios. De todos modos, es imposible disimular que a los muchachos se les fue la mano.

Muchos documentos mantenidos en secreto durante décadas hablan de una legión de científicos puestos al servicio de la creación de una sustancia que mejorase el rendimiento de los atletas y que a la vez no pudiese ser descubierta por los controles. Así ha sido desde siempre: el vagón del antidoping viaja siempre detrás del de la droga prohibida. Imposible establecer el momento exacto, pero se estima que la droga —un esteroide anabolizante llamado Turinabol— comenzó a ser usada a principios de los 60. Sus frutos, y sus consecuencias indeseadas, comenzaron a hacerse visibles casi una década después.

El fenómeno deportivo dio paso al drama humano. Innumerables artículos periodísticos y hasta un par de documentales exponen el plan

“14.25” —así se llamó oficialmente— más como una política de Estado que como un puñado de médicos y entrenadores malvados que drogaban a sus chicos para ganar campeonatos. ¿El motivo? El más trillado señala que la estrategia del gobierno alemán era el de trascender internacionalmente a través de los éxitos deportivos. Nada nuevo bajo el sol.

El más doloroso de los muchísimos casos durante los veinte años que duró el programa fue el de Heidi Krieger, cuyos cambios físicos la convirtieron, primero, en una poderosa lanzadora de bala y, luego, en una mujer a la cual —según propia confesión— le atraían las mujeres pero sin considerarse homosexual. Como tantos jóvenes con talento deportivo, Heidi comenzó a tomar Turinabol oral y testosterona sin su conocimiento desde los 14 años. A los 20, en 1986, fue campeona europea de lanzamiento de bala con una marca de 21,10 metros. Con ese registro hubiese ganado el título olímpico en Londres y el Mundial de Moscú, aun por encima de la formidable maorí Valerie Adams, considerada la más ganadora en la historia de la especialidad.

Doce años después decidió someterse a una operación de cambio de sexo. Tanto había mutado ya que, en una primera instancia, su médico creyó que lo que quería era convertirse en mujer. Andreas Krieger —tal su nombre actual— está casado con una exnadadora olímpica, comenta deportes en la tele y en su nombre se entrega anualmente un premio a quien contribuya especialmente a la lucha contra las sustancias prohibidas en el deporte.

Por edad, Krieger no llegó a competir en Moscú 1980. Ausente su país en Los Ángeles 1984 —boicot soviético en respuesta al de cuatro años antes—, tampoco hubiera podido participar en los de Seúl, en 1988. Al menos, sin ser descubierta y sancionada.

Hasta Moscú, el Comité Olímpico Internacional no consideraba necesario controlar los niveles de testosterona en los deportistas. Contrariamente a lo que podría pensarse, la alteración de los valores normales de la hormona masculina no solo se considera ventaja deportiva para las mujeres; también para los hombres. Los registros oficiales de aquellos Juegos hablan de casi 2000 controles realizados, todos negativos. Sin embargo, advertido por los rumores de la época —“Juegos Químicos”—, un miembro de la comisión médica del COI decidió realizar una serie de estudios extraoficiales para chequear los niveles de epitestosterona en la orina. En los informes privados que acercó a sus jefes se estableció que alrededor de 20 campeones olímpicos no hubieran superado el control.

Víctimas de su propio talento

¿Cómo convencernos de que la hipocresía no es un factor común en buena parte de los actores de la presunta batalla en contra del dopaje? Por lo pronto, en algunas de las mesas en las que se debate el fenómeno desde cierta legalidad se sientan los mismos dirigentes cuyos países no dudan en sacar ventaja a toda costa, con el doping como fórmula más popular. Da la impresión de que la mayor diferencia entre buenos y malos pasa por el presupuesto más que por la honradez. Alguna vez, una persona con muchos años en el circuito profesional de tenis me aseguró que la diferencia fundamental entre los jugadores argentinos sancionados y los españoles "limpios" era el dinero invertido en los médicos que saben lo que hay que hacer para encubrir la trampa.

Podría decirse que el mayor aporte que Moscú 1980 le hizo al programa antidopaje fue el del legado más que el de las sanciones…, que no hubo. Pero que 32 años después una ciclista rusa, Victoria Baranova, haya sido sancionada por un positivo de testosterona en un control previo a los Juegos de Londres deja en evidencia el nivel de popularidad que todo tipo de dopaje sigue teniendo entre nuestros campeones. Y el poco entusiasmo, la ineficacia o el cinismo de quienes dicen controlar.

Nuestros héroes son, además, víctimas de su propio talento. Y de nuestra admiración sin límites. Tanto nos fascinan, tanto terminamos dudando de ellos. Mirus Yifter fue una de la estrellas de Moscú. Ganó los 5000 y los 10.000 metros y deslumbró por la contundencia de su remate, con una aceleración de velocista para los 70 metros finales. Para gran parte de la prensa del planeta, todo campeón que viene de tierras mucho más vinculadas con las epidemias y con el hambre que con la gloria es material de investigación. Y de sospecha.

Miembro del ejército etíope y el más pequeño entre los pequeños —apenas superaba el metro y medio de altura—, Yifter debió zanjar públicamente una discusión sobre si su edad era de 33 o de 42 años, como permitían suponer sus rasgos y su calvicie incipiente. "El hombre puede robarme las gallinas. El hombre puede robarme mis cabras. Pero ningún hombre podrá robarme la edad", dijo Mirus harto de las insinuaciones. "Nací en 1944", aseguró. Tenía 36 años entonces. Casi un récord de veteranía para un fondista de semejante eficacia.

Lo que nadie se animó a preguntarle fue si era cierto que, días antes de llegar a la Unión Soviética, se había sometido a una transfusión de sangre con la intención de aumentar la cantidad de glóbulos rojos. Muchos años antes de la popularización de la EPO*, en las calles internas del Parque Olímpico ya se ponía el foco en la capacidad de los africanos más pobres para correr más lejos y mejor que nadie. Y se pensaba, básicamente, en la trampa. No se sabía, aún, que en países como Kenia y Etiopía hay regiones en las que hasta el

aire, la tierra y el agua nutren a su gente con el peculiar don de desplazar el llamado muro del dolor. Y que, para ellos, correr es la vida misma.

La medalla que costó una cabeza

Los Juegos Olímpicos me enseñaron a respetar, valorar casi todas las disciplinas y disfrutar de ellas. El solo hecho de que se los incluya en el mismo programa que el atletismo, la natación, la gimnasia artística o el remo, les da entidad de élite a deportes que, fuera del universo de los anillos, podrían verse como entretenimientos menores. Les pasa a muchos con el *curling* —esa especie de bochas sobre hielo de los Juegos de invierno— tanto como me pasó un tiempo con el adiestramiento, prueba de equitación que, a simple vista, podría considerarse como una demostración circense de caballos que bailan al compás de la música.

Tener que explicarle a un televidente de qué se trata un deporte te obliga a meterte en sus orígenes, sus características, sus reglamentos y sus íconos. Basta con asomar la nariz para quedar definitivamente enamorado. Fue justamente en adiestramiento, una de las pocas disciplinas en las que hombres y mujeres compiten entre sí —y la única en la que las mujeres son decididamente superiores, habiendo ganado diez de los últimos once títulos olímpicos—, que el espíritu del boicot norteamericano fracasó rotundamente.

Austria fue uno de esos países que decidió no enviar una delegación formal a Moscú, pero tampoco prohibir el viaje a sus atletas. Una forma de lograr el objetivo de la deserción sin quedar en evidencia era la de no financiar el viaje de los deportistas. Para Elizabeth Theurer, campeona europea en la prueba individual de 1979, Moscú era la gran ocasión de demostrar hasta dónde llegaba su capacidad. Y la de Mon Chérie, un tordillo que recibió como yapa por haber comprado una yegua con la que, finalmente, no tuvo los resultados buscados. Pese a su condición de favorita, tampoco a Theurer el gobierno austríaco le pagaría su viaje a la URSS. Quien sí lo hizo fue Niki Lauda, triple campeón mundial de Fórmula 1 y amigo personal suyo que acababa de fundar Lauda Air y que la llevó personalmente hasta la sede de los Juegos.

La austríaca deslumbró a todos al ganar el Grand Prix con una ventaja de más de 35 puntos respecto de sus tres escoltas soviéticos. Más amplia fue la diferencia en el Especial, equivalente a la rutina libre actual en la que el caballo se mueve al compás de la música. Fue la única medalla dorada de Austria, pero su presencia le costó la cabeza al presidente de la Federación Ecuestre de su país.

Las Leonas… de Zimbabwe

Leonas mediante, hockey sobre césped y Juegos Olímpicos pasaron a ser sinónimo de buenas noticias para nuestro deporte. Sin embargo, la historia grande comenzó mucho antes que aquel glorioso e inolvidable 2000. En el caso de los varones, campeones panamericanos en 1979, podrían haber disputado perfectamente el partido por la medalla de bronce, que la Unión Soviética le ganó a Polonia, dos equipos distantes de las grandes potencias de la época. La dorada fue la última de India, el país con más títulos olímpicos en el hockey masculino —ocho— y un impresionante invicto entre Ámsterdam 1928 y Roma 1960.

Las mujeres hubieran llegado a Moscú con un historial difícil de mejorar, ya que a los subcampeonatos mundiales de 1974 y 1976 se les sumó el tercer puesto en el Mundial de Madrid, en 1978. Solo Alemania, Holanda —ambas ausentes en Moscú— y Australia —sin representación entre las chicas— habían logrado superar a nuestras chicas por esos años. Apenas siete equipos participaron en el torneo femenino. Fue, tal vez, el certamen más afectado por el boicot. La precariedad competitiva quedó en evidencia con el triunfo del seleccionado de Zimbabwe, al que se invitó solo 35 días antes de los Juegos y que jamás había jugado ni fuera de su país ni en canchas de césped artificial.

Fue el debut de ese país en competencias olímpicas luego de haber sido excluido por razones políticas desde su última aparición, en 1964, bajo el nombre de Rhodesia. Fue, también, la única medalla dorada de Zimbabwe que no ganó la mítica Kirsty Coventry, una de las nadadoras más versátiles de todos los tiempos.

* Eritropoyetina: hormona que estimula la producción de glóbulos rojos (eritrocitos). Aunque es producida en forma natural por el riñón, algunos deportistas han recurrido a inyecciones de EPO sintética para mejorar su rendimiento, aumentando su concentración de glóbulos rojos y permitiendo así que sus músculos reciban más oxígeno.

Capítulo VII. Los Ángeles 1984
Pobre olimpismo

Con sus inevitables, previsibles y hasta necesarios matices, las ceremonias inaugurales de los Juegos Olímpicos, por lo menos desde Tokio 1964 hasta la actualidad, tienden a transmitir al mundo un mensaje muy puntual de parte del país al que pertenece la ciudad organizadora. La referencia a Tokio no es ni casual ni arbitraria: el relevo final de la antorcha fue para Yoshinori Sakai, un joven nacido en Hiroshima el 6 de agosto de 1945, el mismo día en que los Estados Unidos lanzó la bomba atómica sobre esa ciudad. Un mensaje inocultable y ambiguo: aun en tiempos de alianza, no olvidar ni un poco lo que pasó en tiempos de guerra. Algo así como si los norteamericanos hubieran cedido ese honor en 1984 a alguien nacido en Pearl Harbour el 7 de diciembre de 1941. Entiéndase bien que ese último relevo es infinitamente más significativo que cualquiera de los anteriores. Se trata, ni más ni menos, de la persona que encenderá el fuego olímpico en el pebetero. Es uno de los que siempre sale en la foto.

En Los Ángeles 1984, ese lugar lo ocupó Rafer Johnson, campeón olímpico en el decatlón de Roma 1960. La antorcha ingresó en el estadio —*aggiornado*, pero el mismo de 1932— de la mano de Gina Hemphill, nieta de Jesse Owens. Fue el penúltimo de los más de 4500 relevos. El primero en los Estados Unidos fue Bill Thorpe Jr, nieto de Jim Thorpe, la gran figura de los Juegos de Estocolmo 1912. De todos los demás relevistas, el más notorio fue O. J. Simpson, que por entonces solo era una notable figura retirada del fútbol americano, productor, actor y comentarista de televisión. Diez años después, sería declarado culpable de asesinato en el comienzo de una saga de delitos que aun hoy lo mantienen en la cárcel.

Más allá de la elección de figuras destacadas para la parte más ritual de la ceremonia, casi siempre se trata de contar al mundo, fundamentalmente, todo aquello que le debemos a la maravilla de la

tierra anfitriona: sus personajes más notorios, sus orígenes, sus gestas, sus creaciones y sus costumbres. Así como es imposible discutir la calidad artística, creativa y tecnológica de la mayoría de estas fiestas, tampoco vayamos a creer que alguien se anima a salirse del libreto. Ni en el guión ni en el mensaje. Ni siquiera en la aprobación de los temas musicales oficiales.

El asunto distingue a unos de otros, básicamente, por el buen gusto. En ese sentido, la música oficial de Los Ángeles 1984 habla con elocuencia: la banda sonora quedó en manos de intérpretes del estilo de Foreigner, Toto, Loverboy, Christopher Cross o Giorgio Moroder (¡qué decir del *All Night Long* y los zapatitos blancos de Lionel Ritchie en la clausura!). Ni Herbie Hancock ni Quincy Jones fueron suficientes para compensar. La ceremonia duró más de tres horas, como casi todas las que recuerdo. Fue de día, lo que hoy sería un absurdo ya que obligaría casi a prescindir de la pirotecnia, aliada fundamental de la celebración. Si bien es absolutamente arbitrario reducir el concepto a un segmento de apenas seis minutos, el momento sublime no fue ni el desfile de delegaciones —siempre un bodrio, disculpen amigos, queridos, admirados y respetados atletas— ni el vuelo de un señor del futuro que bajó impulsado por algo muy parecido a una mochila de fumigación que llevaba en su espalda, ni la performance de Etta James del himno norteamericano; nada se comparó con la interpretación de *Rapsodia en Blue*, de George Gershwin, a cargo de una orquesta y 84 músicos que tocaron en simultáneo 84 pianos distribuidos en una de las cabeceras del Coliseo de Los Ángeles. Todos estaban vestidos con un esmoquin celeste pastel, un Versace en “Modo Coubertin”.

Los Juegos del contra-boicot

En la Argentina, la ceremonia Inaugural de aquellos Juegos se vio en directo por Canal 7. Fue la primera transmisión y producción televisiva de Torneos y Competencias, productora entonces propiedad de Carlos Ávila y José Santoro. Participó de la producción José D’Amato, un amigo entrañable que sería parte fundamental del antes y después de los Juegos en la tele argentina. Es el día de hoy que Pepe recuerda con asombro, afecto y carcajadas la cara del Negro Ávila mientras escuchaba que el conductor que había elegido para aquella transmisión inaugural de Los Ángeles 84 se refería al presidente norteamericano Ronald Reagan como “el excowboy”. El conductor era, una vez más, Diego Bonadeo. Para los seguidores fieles de la historia de desamores entre mi viejo y Torneos, debo decirles que sí, que Don Diego efectivamente hizo algunas cosas con Ávila. Es más, podría considerárselo casi como socio fundador del club.

Fueron los Juegos del contra-boicot. Fueron, apenas, 14 países ausentes. Así como hubo potencias aliadas de Estados Unidos que viajaron a Moscú, China, Yugoslavia y Rumania estuvieron en Los Ángeles. Y sobresalieron: Rumania terminó segundo en el medallero —53 medallas, de las cuales 20 fueron doradas—, Yugoslavia brilló ganando el hándbol tanto femenino como masculino y China, en su reaparición después del conflictivo debut en Helsinki 1952, ocupó el cuarto puesto y logró con Xu Haifeng el primer título de los Juegos, en tiro (pistola, 50 metros).

Mujeres adentro

A Coubertin jamás le simpatizó que el cupo femenino olímpico incluyera disciplinas demasiado exigentes. No casualmente el debut olímpico de las chicas fue con apenas 22 participantes en torneos de golf y de tenis, vestidas con faldas hasta los tobillos. El Barón habrá sacudido desaforadamente su tumba el mismísimo día en que el COI decidió incluir el boxeo femenino en su programa. Francamente, yo también lo haría (lo de sacudir mi tumba). Por cierto, no es justo adjudicarle al inquieto pionero francés la exclusividad del perfil conservador. Sus compañeros de ruta que lo sobrevivieron y quienes lo sucedieron tardaron casi cincuenta años después de su muerte en aceptar la maratón femenina. Quizás no haya sido casual que el estreno haya sido en Los Ángeles, por el boicot y por tratarse la norteamericana de una sociedad muy afecta al *running*.

El estreno fue apasionante, fundamentalmente por la victoria de la norteamericana Joan Benoit, cuyo ritmo de marcha parece aun hoy poco aconsejable por constante e intenso. Benoit comenzó a correr como parte de la rehabilitación por una lesión que sufrió esquiando y, en 1979, ganó su primera gran carrera: la mítica maratón de Boston que —a propósito de discriminación— no aceptaba mujeres hasta bien entrados los 60. Comenzó a perfilarse como gran candidata cuando repitió en Boston en 1983 con un récord mundial de 2h22m43s, más de tres minutos más rápido que el registro que había logrado la noruega Grete Waitz el día anterior en Londres.

La dimensión de su triunfo en Los Ángeles no lo dio el hecho de haber sido la primera de la historia olímpica, sino el haber relegado en el podio a la misma Waitz y a la portuguesa Rosa Mota. Waitz es considerada la más grande maratonista de la historia, con cuatro récords mundiales (tres al ganar sucesivamente la maratón de Nueva York a fines de los 70). Mota discute el trono con la noruega: título olímpico en Seúl 1988, título mundial en Roma 1987, tres maratones de Boston, dos de Chicago y una de Londres. Esa tarde de calor

extremo —hubo registros superiores a los 35 grados durante la carrera—, Benoit se consagró ante dos de las más grandes.

Pese a la grandeza de esta performance, el morbo todo lo puede. Es muy probable que se recuerde mucho menos a la ganadora que a la suiza Gabrielle Andersen-Scheiss, quien llegó 37ª sobre las 44 atletas que completaron el recorrido. A sus 39 años, Gabrielle recorrió los últimos 200 metros entre tambaleante y desorientada, deshidratada y casi inconsciente. Más eufóricos que asustados, los espectadores la ovacionaron como a la campeona pero las imágenes se acercaron demasiado a aquello con lo que nadie querría emparentar a deporte. Al fin y al cabo, quizás, al retrógrado Barón no le faltaba razón.

Solo diplomas

Cuando elucubramos sobre lo que Moscú 1980 pudo ser y no fue para el deporte argentino, los resultados obtenidos cuatro años más tarde ponen toda hipótesis de éxito bajo sospecha.

Lo mejor quedó, por lejos, en manos de los ciclistas. Marcelo Alexandre obtuvo un sexto y un séptimo puestos en las pruebas de velocidad, mientras que un muy jovencito Juan Curuchet logró un notable quinto lugar en la prueba puntuable (24 años más tarde, Curuchet lograría la medalla dorada en la Madison, junto con Walter Pérez). Pedro Décima, que en 1991 sería campeón mundial profesional, llegó a los cuartos de final en boxeo; Ricardo Daniel Ibarra prolongó la leyenda de Alberto Demiddi y finalizó sexto en el *single scull*, repitiendo su actuación de Montreal, y el seleccionado de vóleibol, tercero en el Mundial de 1982, terminó en sexta posición (cuatro años después ganarían, en Seúl, una medalla de bronce inolvidable).

Esos fueron los seis diplomas de la delegación argentina integrada por 73 varones y apenas 10 mujeres. El diploma olímpico es un reconocimiento que empezó a otorgar el COI en 1984 para aquellos que figuran del 4º al 8º puesto. Para el deporte argentino, aun en sus mejores días, figurar entre los ocho mejores siempre ha sido algo para destacar.

Remeros de primera

A mitad de camino entre la gloria y el legado, varios de los campeones de Los Ángeles pasaron poco menos que inadvertidos. Uno de ellos fue Steven Redgrave, el remero británico que ganó la primera

de sus seis medallas olímpicas integrando el cuatro con timonel. Redgrave obtuvo cinco doradas y una de bronce en cinco Juegos consecutivos —todo un récord de vigencia— y con la versatilidad necesaria para hacerlo en tres disciplinas distintas, aunque jamás fue mejor que en dos remos sin timonel, formando con Matthew Pinsent uno de los equipos más notables en la historia de ese deporte.

El príncipe de la gimnasia

Las seis medallas logradas por el chino Li Ning lo convirtieron en el príncipe de la gimnasia: dorada en anillas, suelo y potro con arzones, plateada en salto del potro y por equipos y la de bronce en la completa individual. Demasiada gloria para pasar inadvertida. Sin embargo —como ya se dijo—, estos fueron los Juegos del regreso chino después de 32 años.

Li, introvertido y ajeno a las efusiones, fue un personaje mucho más de leyenda que de carne y hueso para la prensa local. Nadie lo hubiera imaginado entonces como el *rock-star* en el que se convertiría en la apertura de Beijing 2008, cuando recorrió toda la parte superior del estadio Nido de Pájaro sujetado por un arnés a no menos de 50 metros de altura, antorcha en mano, como último relevo camino al pebetero.

El gen del Dream Team

Que Estados Unidos gane el torneo olímpico de básquet no es noticia: de 18 títulos ganó 14 y en uno de ellos —1980— ni siquiera jugó. Además, a los norteamericanos aun les bastaba con llevar un equipo de buenos universitarios para derrotar a los mejores exponentes de la FIBA. Así había pasado siempre desde que el básquet debutó en 1936, a excepción de aquel final escandaloso en Múnich 1972, donde ni los rusos creyeron realmente que habían ganado en tiempo y forma.

A nadie le dice nada el nombre de Clyde Lovelette, pívot del campeón del 52; alguno recordara a Jo Jo White, base dorado en 1968 y diez años jugador de los Celtics, y a muchos nos suena fuerte Adrian Dantley, campeón en 1976 y en cuyo honor los Utah Jazz retiraron la camiseta número 4. Sin embargo, lo de Los Ángeles estuvo en otra dimensión. El equipo norteamericano ganó todos sus partidos, la mayoría por más de 30 puntos, incluida la final ante España. Dirigido por Bobbie Knight —prócer del básquet universitario con más de 40

años de carrera y más de 70 por ciento de partidos ganados—, debutó con la camiseta norteamericana Michael Jordan, el más grande basquetbolista de todos los tiempos. Su presencia no fue, ni por asomo, una gran noticia para esos Juegos. Tampoco la de Chris Mullin o Patrick Ewing. Ocho años más tarde, los tres integrarían el *Dream Team*, el que deslumbró en Barcelona. El único real *Dream Team* de la historia.

¿Michael Jackson o John Wayne?

"La dieta vegana me cambió la vida. Y me devolvió la gloria deportiva. No tengo dudas: desde que comencé con ella gané tres títulos olímpicos y dos Mundiales. Fue prolongar la gloria en tiempos de ocaso". ¿Fue la de 1984 la mejor versión de Carl Lewis? ¿Cuánta sombra le hubieran hecho los atletas ausentes por el boicot? ¿Cuánto más rápido que sus 10 segundos clavados hubiera sido en Los Ángeles el polaco Voronin?

Quizás, en salto en largo, las cosas hubiesen sido diferentes. El alemán del Este Dombrowski había saltado 8,50 metros en Dresden y el soviético Semykin y el cubano Jefferson anduvieron por encima de los 8,30 metros en el *meeting* de Moscú, una semana después de Los Ángeles. Sí, el salto en largo podría haber sido el problema inevitable para Lewis, obsesionado con repetir la proeza de Jesse Owens con las cuatro doradas en las narices de Hitler. Justamente ese detalle —Hitler, la hostilidad y el desconocimiento de los rivales— impide comparar a Owens, —el primero entre los más grandes— con Lewis, un olímpico excepcional al cual los tres Juegos posteriores que disputó le dieron casi tanto brillo como 1984. Y, sin dudas, más rédito económico.

Si bien el atletismo estaba lejos de figurar entre los deportes más populares en los Estados Unidos, para ese entonces Lewis ya era un deportista sobresaliente: un año antes, en Helsinki —primer Mundial de atletismo de la historia— había ganado los 100 metros, el salto en largo y la posta 4×100. Un ensayo ideal para el salto definitivo a la gloria. Y a la fortuna, pensó Carl. Así pensaba también Joe Douglas, su agente y cofundador del Santa Monica Track Club, del cual Lewis fue el representante más notable. Por ese motivo, se negaron a firmar contratos importantes antes de los Juegos. Convencidos de la onda expansiva que provocaría semejante suceso olímpico —los Juegos eran el camino exclusivo para que un atleta saliera en vivo en televisión de aire y eso superaba los famosos 15 minutos de fama de Andy Warhol —, Lewis y Douglas despreciaron, incluso, una oferta de Coca-Cola, uno de los principales auspiciantes de los Juegos.

Lewis comenzó arrasando en los 100 metros con 9s99, en tiempos en los que ningún rival era capaz de bajar los 10 segundos. La competencia de salto en largo —6 de agosto— tampoco fue un problema: Lewis metió un primer salto de 8,54 metros, demasiado para cualquiera de los presentes (y también de los ausentes). Intentó un segundo salto que fue nulo y no volvió a saltar. El público lo abucheó decepcionado. Días antes, Lewis había insinuado que podría intentar superar el récord mundial de Bob Beamon de 8,90 metros. El mismo Beamon estuvo en el estadio ese día a la espera del suceso, pero Lewis tenía otros planes; lógicos, por cierto. En una noche fría —riesgo de lesiones— y con un primer salto exitoso al que nadie podía amenazar, Carl reservó todas las energías necesarias para las semifinales y la final de 200 metros del 8 de agosto. Además, quedaba la posta para el 9.

La tercera medalla para Lewis en esos Juegos llegó en los 200 metros con el tercer mejor tiempo de la historia y récord olímpico; Estados Unidos se adueñó íntegramente del podio y el italiano Pietro Mennea, campeón en Moscú, terminó séptimo. La cuarta, en la posta, fue la más sencilla: Sam Graddy, Gordon Brown, Calvin Smith y Lewis batieron el récord mundial y superaron por casi un segundo a Jamaica.

En términos deportivos, su estrategia fue impecable. Sin embargo, algo falló. Su perfil egocéntrico no cuajó en un tiempo de —cuándo no— fervoroso chauvinismo con fuerte espíritu de equipo. Sus apariciones públicas lo exhibían más como un discípulo de Little Richard[13] que como el prototipo del macho que el norteamericano medio pretendía para sus héroes deportivos. Para colmo, su entrenador no tuvo mejor ocurrencia que presentarlo como el "Michael Jackson" de los Juegos. El hincha hubiera preferido un estilo John Wayne y no, como dijo el saltador en alto Dwight Stone, "alguien a quien en los bares de la Avenida Madison se considera homosexual". Coca-Cola no preguntó por él después de Los Ángeles. Un tiempo después, se terminó su viejo vínculo con Nike.

Acusado de arrogante y constantemente burlado por su forma de vestir —un "*maître* en zapatillas", tal como lo calificó el periodista Trip Gabriel en un artículo de 1992 del *New York Times*—, Lewis hizo por el atletismo norteamericano tanto como el que más. Entre Seúl y Barcelona, su suerte financiera empezó a enderezarse y Panasonic lo contrató por una fortuna camino a sus terceros Juegos Olímpicos. Fue en abril de 1992, luego de un torneo denominado Penn Relays, certamen de escasísimo interés que por la sola presencia de Lewis y sus compañeros de Santa Monica, tuvo una asistencia de casi 40.000 espectadores.

De una hipocresía a la otra. En 2003, un miembro del equipo

médico del Comité Olímpico de los Estados Unidos entregó a *Sports Illustrated* documentación relacionada con más de 100 atletas con controles antidoping positivos a partir de 1988. A todos se sugirió sancionarlos. Y a todos se les permitió seguir compitiendo.

A Carl Lewis le dieron positivo tres controles previos a los selectivos norteamericanos rumbo a Seúl 1988. Efedrina —la misma que Maradona en 1994— fue la sustancia prohibida más notoria. En todos los casos, los niveles de elementos prohibidos hubieran significado una descalificación en esos años; no así con los parámetros actuales. Como sea, para las reglas de 1988, Carl Lewis correría la final de los 100 metros de Seúl tan dopado como Ben Johnson. Todos sabemos cómo terminó esa carrera.

13 Richard Wayne Penniman, más conocido como Little Richard, es un famoso cantante, compositor y pianista, ícono del rock and roll, el rythm & blues y el soul en los Estados Unidos.

Capítulo VIII. Seúl 1988
Epopeya argentina por televisión brasileña

Un Juego Olímpico dura un larguísimo día con dieciséis siestas. Esta teoría, que corroboré cuando viajé a Atlanta para los Juegos de 1996, tuvo su primera expresión durante Seúl 88. Entre Corea del Sur y la Argentina hay casi 20.000 kilómetros de distancia. En tiempos normales, son doce horas de diferencia. A quienes trabajamos en la tele se nos suele complicar esto de seguir con fidelidad los husos horarios, especialmente a quienes programan. Para simplificar la cuenta, cuando en la Argentina es mediodía, en la capital surcoreana ya es la medianoche del mismo día. En Sídney 2000 o Beijing 2008, más de un amigo me advertía sobre los inconvenientes de laburar en las antípodas: "No vas a poder dormir. Si cuando allá se acuestan, acá nos estamos levantando". Verdad absoluta, salvo por el hecho de que, en tanto estés "allá", no vivís con el ritmo de "acá". El asunto es estar en el lugar de los hechos, algo que no me sucedió durante los Juegos coreanos. Muy por el contrario, lo peor que te podría pasar después de que te bajaran del avión días antes de semejante cobertura es, además de quedarte en casa, tener que escribir sobre los Juegos pero a distancia. O transcribiendo lo que te dictaban o grababan los enviados especiales, en este caso, del diario *La Nación*. Peor aún: las notas que me tocó editar fueron, mayormente, las de Eduardo Alperin, quien me clavó un pulgar para abajo para esa cobertura.

Sin embargo, lo peor de Seúl no fue este asunto de tener la oreja roja de apoyar el teléfono para copiar lo que te dicta otro —a veces, traducirlo—, sino haber descubierto que, a falta de cobertura doméstica, el cable te permitía seguir los Juegos a través de Bandeirantes, canal brasileño cuyo eslogan olímpico era "400 horas en el aire". Mientras la televisión argentina transmitió los pésimos partidos del seleccionado de fútbol —llegó lastimosamente a una eliminación en cuartos de final contra Brasil— y la final que Sabatini perdió con SteffiGraf, los brasileños me regalaron Juegos Olímpicos

que no hubiera podido disfrutar ni en el mismísimo lugar de los hechos. Creo que fue Canal 13 quien transmitió lo poco que se vio en vivo de esos Juegos. Y estoy seguro de que era en Canal 13 donde Marcelo Tinelli conducía unos compactos de un par de horas por fin de semana donde resumían los resúmenes —admítase la reiteración para afianzar el concepto— que llegaban vía satélite. Pocos meses después, Marcelo dejó de hablar de Calvin Smith y de Ben Johnson para empezar a convertirse en el hombre más popular e influyente de los últimos veinticinco años de nuestra televisión.

En línea con el ya explicado desprecio de nuestra tele por el olimpismo, la memorable final por la medalla de bronce que la Argentina le ganó en vóleibol a Brasil la vimos a través de la televisión brasileña. Sospecho que no fui el único que sostuvo esa rutina de laburar de día y mirar los Juegos de noche: hubo un par de jornadas de zozobra en los que Cablevisión cortó la señal de Bandeirantes debido al reclamo de los dueños de los derechos en nuestro medio, que advirtieron una inusual solicitud de conexiones de cable durante esos días.

Ese registro fue uno de los motivos que me permitieron suponer, en 1996, que hacer una mega cobertura olímpica podía ser no solo una muestra de prestigio para TyCSports, sino también un éxito de audiencia. No sé si tuve razón, pero veinte años más tarde TyCSports ya no estará solo en la aventura: la Televisión Pública, DirecTV, ESPN y Fox cubrirán Río 2016. Mirar los Juegos por tele durante la madrugada y trabajar en el diario desde el mediodía hasta entrada la noche está muy lejos de parecerse a la sensación inconmensurable de participar de una cobertura olímpica de hasta 16 horas diarias en vivo. La gran coincidencia pasa por la adrenalina, esa droga orgánica y silenciosa que te hace sentir todopoderoso y omnipresente. Si los seres humanos estamos modelados para funcionar más o menos normalmente en tanto descansemos, por lo menos, un tercio del día, un Juego Olímpico rompe con todos los moldes. Y hasta mejora el rendimiento.

El boicot informal

Desde el imaginario popular, uno suele pensar que la apetencia por ser sede de los Juegos Olímpicos o de un Mundial de fútbol son asuntos tan viejos como el deporte mismo.

Es cierto que la designación de Uruguay para organizar el Mundial de 1930 trajo aparejado un boicot informal de parte de la mayoría de las potencias europeas y que alguna vez a Coubertin le pasaron la factura por Atenas 1896 ni más ni menos que en su Francia natal. Sin

embargo, eran asuntos vinculados casi exclusivamente con cuestiones de orgullo nacional o cierta convicción sobre derechos adquiridos. Lo del negocio paralelo —e ilegal— de compra y venta de votos son asuntos de la modernidad. Pronto habrá un lugarcito para un par de anécdotas de esas que, en el acumulado, forzaron un proceso de limpieza que limitó al máximo desde los regalos que los postulantes pueden hacerles a los miembros del COI hasta las visitas mismas a las potenciales sedes.

Evidentemente, para septiembre de 1981, el proceso de selección de sedes olímpicas estaba lejos de ser un negociado flagrante. Tal vez el descrédito del movimiento olímpico como factor de encuentro de sociedades en conflicto —boicots a Moscú 1980 y Los Ángeles 1984— hizo que apenas dos ciudades se postularan para los Juegos de verano de 1988. Seúl derrotó a Nagoya (Japón) por 52 votos a 27 en una sola instancia de sufragio.

El sueño del COI era que Corea del Norte —histórica y actualmente enfrentada con Corea del Sur— pudiese ser una especie de subsede de Seúl. Era, también, el sueño de Fidel Castro.

Sin embargo, las expectativas surgidas por la reunión de representantes de ambos países en Lausana el 8 de enero murieron al día siguiente, cuando los coreanos del sur rechazaron de plano la pretensión de los del norte de que 11 de los 23 deportes del certamen se realizaran en Pyongyang. Querían, además, sus propias ceremonias de apertura y clausura.

Corea del Norte no solo no organizó nada sino que tampoco participó. Y fue apoyada en su ausencia por Cuba, Nicaragua, Albania, Etiopía, Madagascar y las Islas Seychelles que, aunque evitaron pronunciarse por el boicot para soslayar sanciones futuras, tampoco fueron a Seúl.

Fuera de programa

La eterna discusión sobre la presencia de ciertos deportes en el programa olímpico y, sobre todo, la ausencia de algunos de cierta popularidad acompaña a los Juegos Olímpicos desde sus orígenes y sospecho que seguirá siendo así por los siglos de los siglos.

Hay asuntos comerciales y políticos. Asuntos vinculados con el arraigo de ciertas disciplinas en el país de la ciudad organizadora y peso específico de disciplinas cuya continuidad olímpica depende muchísimo de su convocatoria en los estadios y, fundamentalmente, de la ecuación costo-beneficio a través de las mediciones de audiencia de televisión en todo el planeta.

Por encima de todo eso, evita exponer ante la opinión pública la

profundidad del debate con argumentos irrefutables relacionados con la duración de los Juegos —16 días oficiales de acuerdo con una tradición y un formato que nadie aspira a modificar— y la capacidad de recibir, albergar, alimentar, movilizar y preparar a cierta cantidad de atletas, auxiliares y dirigentes en la Villa Olímpica.

Dicho de otro modo, es mucho más distinguido explicar que no hay tiempo ni lugar para más deportes en tanto no desaparezcan algunos de los que están que poner en la superficie miserias y presiones de auspiciantes, cadenas de televisión o señores de la alta política.

Un atajo más o menos simpático es el de los deportes de exhibición, presentes desde Atenas 1896 hasta la actualidad. En algunos casos —tenis en Los Ángeles 1984— se trata del ensayo general antes de ser aceptado como socio pleno. En otros casos, son presencias testimoniales sin que haya un futuro por esperar.

Seúl fue una muestra gratis al respecto, con cinco disciplinas fuera del programa oficial. Hubo bádminton, judo femenino y taekwondo, tres disciplinas que actualmente son oficiales. También hubo béisbol, que poco tiempo después se sumó al programa "premium" y acaba de volver a quedar afuera. Y bowling, un deporte que mantiene su presencia en el programa Panamericano pero que parece estar algo distante de la posibilidad de pegar el salto de calidad hacia el olimpismo.

¿Qué Nadia? Daniela

Un Juego Olímpico no podría sobrevivir sin atletismo y sin natación. Tampoco sin gimnasia artística femenina. Si bien el gran ganador de Seúl fue un varón (el soviético Vladimir Artemov, con cuatro doradas), la gran estrella fue una rumana llamada Daniela Silivas. Con la gracia de las grandes de la historia y unos rulos que le hacían la cara más redonda de lo que era, fue durante una semana la hija con la que todos hubiéramos soñado: 16 años, menos de un metro y medio de altura, 38 kilos de peso y un talento descomunal.

Su saldo fue categórico: tres doradas, dos plateadas y una de bronce, además de igualar los siete "10" que obtuvo Nadia Comaneci en Montreal. Sin embargo, nada de esto le permitió ser considerada la gimnasta más completa de esos Juegos, quizás por tratarse de una disciplina que nunca supo reducir las permanentes polémicas con calificaciones que —demasiado seguido— han encastrado todo tipo de suspicacias.

En este caso, Silivas llegó a la última rotación de la prueba completa individual con una leve ventaja sobre la soviética Yelena Shushunova. A las dos les faltaba el salto del potro. El sorteo previo

ubicó a Daniela delante de la soviética. Su salto mereció 9950 puntos. A Shushunova no le quedaba margen sino para un "10". Y así fue.

Entre las lágrimas de Silivas y el abucheo del público, a Shushunova se le aguó parte del festejo por una de las dos medallas doradas que logró en el torneo. La otra había sido el día anterior en la prueba por equipos.

Shushunova no solo no ganó ninguna prueba individual por aparato —Silivas ganó tres de los cuatro y fue tercera en la restante—, sino que fue última —octava— en la final específica de salto del potro disputada al día siguiente.

Más allá de las polémicas, de las lágrimas y de los abucheos, Shushunova quedó en la historia como una de las grandes. Aunque no tan grande como Silivas.

Lejos de casa

En Seúl, los Estados Unidos sumaron su primera medalla olímpica en gimnasia fuera de casa. Fue la de bronce en viga para Phoebe Mills; toda una curiosidad, teniendo en cuenta que había sido norteamericana una de las estrellas de la gimnasia en Los Ángeles 1984. Mary Lou Retton, entrenada por Bela Karolyi —el viejo maestro de Nadia Comaneci—, ganó la prueba completa individual en un contexto de polémica similar, aunque sin escándalo por parte del público, ya que compitió en casa.

Esa fue la única dorada de Retton, que relegó al segundo lugar por escasísimo margen a la rumana Ekaterina Szabo. A diferencia de Retton, la rumana ganó cuatro medallas doradas. Aquella vez también la mejor de todas lo fue para todos menos para un par de las señoras que manejan la lapicera.

Boxeo escandaloso

A propósito de lapiceras, los Juegos Olímpicos de Seúl significaron un antes y un después para la historia del boxeo amateur.

Tantos fueron los fallos escandalosos que a los popes olímpicos no les quedó más remedio que revisar los procedimientos. En realidad, a Juan Antonio Samaranch, presidente del COI, más que los procedimientos le molestaban las denuncias hechas por algunos protagonistas y algunos medios de comunicación importantes, especialmente británicos. Como en los recientes acontecimientos que involucraron a dirigentes de la FIFA, Andrew Jennings fue una pieza

clave. Las denuncias que realizó en dos de sus publicaciones —*Los Señores de los Anillos* y *Los Nuevos Señores de los Anillos*— pusieron en primer plano una enorme cantidad de asuntos poco digeribles para una entidad que aspira a vender un producto llamado deporte en estado puro. Jennings dedicó un minucioso capítulo al arreglo de las tarjetas de algunos jurados para beneficiar a boxeadores que, para colmo de males, habían recibido palizas evidentes en esos combates.

De todo lo sucedido con el boxeo en Seúl, hay tres episodios que sobresalen: dos vinculados con esas decisiones escandalosas y el tercero, con un nivel de precariedad organizativa indigna de este tipo de competencias.

Durante las primeras ruedas de todas las categorías y debido a la gran cantidad de inscriptos —eso también se corregiría limitando la presencia de boxeadores por categoría—, se utilizaron dos rings dentro del mismo estadio. Y en buena parte de las sesiones hubo peleas simultáneas.

Para evitar confusiones —finalmente, para provocarlas—, el comienzo y el final de los rounds se anunciaba con la tradicional campanada en uno de los cuadriláteros y con una bocina en el otro. El asunto era que los boxeadores recordasen qué sonido le correspondía a cada uno.

Los octavos de final de los semimedianos livianos opuso al norteamericano Todd Foster y al local Chun Ji-Chun. Peleaban en el ring B, el de la bocina. En el ring A, la campana sonó cuando aún faltaban 17 segundos para terminar el primer round en el B. Los dos boxeadores y el árbitro Pajar (Hungría) dudaron un instante y dieron por terminado el capítulo. Foster advirtió la confusión y, aún en el límite reglamentario de aquel capítulo inicial, buscó a Chun cuando este se acercaba al rincón y lo golpeó duramente. Sus asistentes le indicaron a Chun que se tirase buscando la posibilidad de una victoria por descalificación. Emil Jetchev, presidente del jurado, interrumpió la cuenta del árbitro, explicó la confusión y suspendió el combate, que debería repetirse al día siguiente.

Un rato después, con ambos boxeadores en las tribunas, se les informó de un reclamo de la delegación norteamericana que obligaba a adelantar la pelea y, en lugar de esperar a mañana, deberían subir al cuadrilátero media hora más tarde.

Foster tardó 9 segundos en tirar a Chun. Medio minuto después, el coreano golpeó duro y produjo un tajo en la nariz del norteamericano, quien demoró apenas hasta el comienzo del segundo asalto para ganar definitivamente por nocaut. Pudo haber sido recordada como una gran pelea; quedó en la historia como el papelón de la campana y la bocina.

Lejos del sesgo simpático y curioso de aquel episodio, al boxeo de

Seúl se lo recuerda tristemente por el concepto de la estafa y la agresión.

El 21 de septiembre, en la segunda rueda de la categoría gallo, los demonios del sorteo cruzaron prematuramente al local Jong Il-Byun con el búlgaro Aleksandar Hristov, campeón europeo amateur de 1987. La pelea fue sucia, discontinua y sin una tendencia clara. Sin embargo, primero una advertencia y luego dos sanciones del árbitro neozelandés Keith Walker condicionaron definitivamente la suerte del coreano. Efectivamente, Byun utilizó reiteradamente su cabeza como ariete y en más de una ocasión puso en peligro a su rival de modo ilícito.

Los dos puntos que le quitaron fueron decisivos para la derrota de Byun. Un 4 a 1 en las tarjetas —un total de cinco jurados en cuyos fallos no podía existir el empate— que habría sido al revés de no haber existido las sanciones. Conocido el veredicto, el entrenador del local fue el primero en subir al ring para agredir al árbitro. Luego se sumaron aficionados, miembros de la delegación coreana y hasta un par de señores encargados de la seguridad del árbitro que "por amor a la patria" atacaron a quien debían proteger. Walker se fue del estadio al hotel y de allí al aeropuerto, casi sin escalas.

Hubo sanciones contra dirigentes del boxeo coreano —el entrenador que comenzó el escándalo siguió dirigiendo a sus pupilos durante los Juegos—, disculpas del gobierno local al neozelandés y hasta la renuncia del presidente del Comité Olímpico coreano. Seguramente, la mayoría recordará el episodio por lo que sucedió inmediatamente después del escándalo: el boxeador coreano, que se sintió estafado, se quedó sentado en medio del cuadrilátero, a oscuras, durante más de una hora, batiendo el récord de protesta silenciosa que inauguró un compatriota suyo durante Tokio 1964 (Chong Dong-Kih había permanecido aquella vez 52 minutos sentado en su rincón antes de ser desalojado por el sentido común).

Finalmente, la gran estafa que abrió la puerta a la corrección final. Roy Jones Jr, un émulo no tan avanzado de Muhammad Ali y Ray Sugar Leonard, llegó al combate decisivo de los medianos junior contra el local Park Si-Hun, llamado a esa altura Park "El Imbatible". Ni un golpe bajo contra el sudanés Ramadan, ni la superioridad del alemán del Este Schmitz ni la paliza que le dio el italiano Nardiello habían podido con la fe del coreano. Y la de los jurados. Ante Nardiello, cuatro de quienes habían dado ganador al italiano dos de los tres rounds argumentaron que, en el tercero, la recuperación de Park fue tal que mereció la victoria. Nada de eso se reflejó en la pelea.

Antes de la final en Seúl, en las primeras horas de octubre de 1988, Jones había admitido que solo ganaría si era capaz de noquear a Park. "Igualmente sabré personalmente si gané la pelea por puntos. No

necesito la confirmación de los jurados, en los que nadie confía", explicó. Tenía razón. La pelea fue una paliza inconmensurable que terminó con un fallo tan vergonzoso que el mismo coreano levantó el brazo de Jones admitiendo su superioridad. La referencia de 86 golpes lanzados contra 32 del coreano puede resultar engañosa: se sabe que, más que la cantidad, importa la calidad del golpe. De todos modos, en este caso una cosa fue de la mano de la otra. El diario francés *L'Equipe* calificó el episodio como "escandaloso y enfermizo" y hasta los propios aficionados coreanos llamaron a las cadenas de televisión manifestando su enojo con lo sucedido.

¿Hubo soborno? Un informe de 1997 del Comité Olímpico Internacional negó los cargos, aunque hubo detalles al respecto denunciados por Jennings que nadie pudo explicar. Por ejemplo, que dos de los tres jurados en cuestión fueron suspendidos de por vida. Y en 2002, la última vez que se revisó el expediente —junto con otros dos casos polémicos sometidos a discusión en el COI—, los dirigentes coincidieron en destacar la superioridad de Jones pero insistieron en que nada se podía hacer al respecto.

¿Qué pasó entonces? La única explicación la dio el jurado marroquí Hiouad Larbi, que admitió la superioridad de Jones pero eligió darle la victoria al local para que el fallo fuese un poco más digno. "Seguro de que mis colegas iban a dar ganador a Jones, opté por cambiar mi fallo para que fuese un 4 a 1", explicó insólitamente. Lo que no imaginaba era que los jurados de Uganda y Uruguay también darían ganador a Park.

A partir de entonces, y hasta 2012, para evitar dibujos en las tarjetas, el sistema de puntuación olímpico se realizó a través de una botonera que cada jurado aprieta cuando considera que hay un golpe válido. Si la mayoría coincide, se le adjudica un punto al atacante y el resultado de la pelea se conoce al instante. Es un sistema imperfecto que no necesariamente considera la influencia de la técnica del boxeo, condición ancestral en el amateurismo. Sin embargo, es el mal menor cuando hay corruptos en el medio.

Los 100 metros más famosos

Seúl 1988 tuvo la carrera de 100 metros llanos más famosa de la historia. Antes y después hubo ganadores inesperados y polémicos como Armin Hary, verdugos de Hitler como Jesse Owens o fenómenos de cuatro dimensiones como Usain Bolt. Pero de ninguna carrera se habló —y se habla— tanto como la que ganó por paliza el canadiense Ben Johnson (no casualmente nacido en Jamaica). A John son no le quedaron ni la medalla dorada, ni el récord mundial que logró en

Roma un año antes. Ni siquiera la credencial de atleta, que le sacaron cuando lo echaron de la Villa Olímpica y de Corea del Sur apenas doce horas después de haber sacudido al mundo y despedazado a Carl Lewis, un negro extrañamente disfrazado por el *establishment* como la "Gran Esperanza Blanca". Sin embargo, el paso del tiempo trajo algo de claridad al asunto. Más que el tiempo, quien puso algo de orden en la casa fue el bioquímico norteamericano Wade Exum, miembro de la agencia norteamericana antidoping en aquellos años, quien a principios de los 2000 reveló documentos que admitían que varios atletas norteamericanos habían competido en Seúl pese a controles previos que confirmaban el consumo de sustancias prohibidas, Carl Lewis incluido. Por cierto, Johnson quedó para la mayor parte de la humanidad como el "drogón" tramposo que solo podía ganarle a Lewis gracias a un puré de estupefacientes. Sin embargo, todo indica que el sistema le apuntó al canadiense aun a sabiendas de todo lo que ocurría en los laboratorios. Nadie supo cuánto tuvo que ver con esto que Johnson haya cambiado de marca de ropa deportiva semanas antes de los Juegos.

La real víctima de la historia

Aun sin haberlo hablado con ninguno de ellos, sospecho que para muchos de los grandes atletas lo que realmente cuenta es lo que sucede en la pista, en ese momento único en el que el mundo pasa a tener a los segundos y a las centésimas como exclusiva unidad de medida. No recuerdo a nadie que haya renunciado a un *upgrade* de medallas por la descalificación de aquel rival tramposo. Ni a nadie a quien un reconocimiento posterior le compense la sensación de ser derrotado en ese instante incomparable. Carl Lewis prolongó su carrera después de la final de los 100 metros de Seúl con la exclusiva finalidad de darle la mano a Johnson. Aquel gesto es el de alguien que admite haber sido superado; en ese momento, el mundo supo que el hombre más veloz del planeta había nacido en Jamaica y representaba a Canadá. Ni más ni menos que lo que había sucedido un año antes, en Roma, en la final del Campeonato Mundial. Luego, no le quitaría ni derecho ni autenticidad a los reclamos de juego limpio y de castigar a los que violan las normas. Pero en algún lugar conviven la ineficacia de los métodos y la hipocresía de los que aprovechan que, por casualidad o causalidad, esta vez el positivo no les toque a ellos.

En simultáneo con las imágenes de Johnson saliendo del aeropuerto de Seúl acosado como el peor de los asesinos seriales, la prensa del planeta se expresó como si hubiesen sabido todo de antemano. La mayoría hizo hincapié en el volumen de sus muslos: solo

podían ser producto del consumo de anabólicos, especialmente los cuádriceps. Que Johnson tuviera el biotipo de un gnomo al lado del imponente Lewis era un detalle ajeno a cualquier análisis. Hasta hubo quien exigió a viva voz que se revisara una foto de la largada en la que se lo veía con los ojos inyectados en sangre, algo que no tengo registro esté vinculado con los esteroides. Lo que sí recuerdo es que la foto mencionada no era de la largada de Seúl sino de la de Roma. Por encima de todos, la real víctima de la historia fue mi estimado Alperin, que terminó de escribir la crónica de la victoria apenas media hora antes de que se anunciara la descalificación. Sin derecho al pataleo, me convertí en cómplice de la crónica de la carrera de 100 metros más larga de la historia.

La Mujer Maravilla

El catálogo de las sospechas se agotó con el malo de Ben. A nadie le quedó ni un restito para preguntarse por Florence Griffith-Joyner. *Flo Jo* ganó tres medallas doradas (100, 200 y 4×100), una plateada (4×400), batió un récord mundial y fue la máxima estrella de los Juegos.

Versión mulata de la "Mujer Maravilla", puso de moda un modelo de competencia de una sola pieza adherido al cuerpo y con un cavado que le alargaba las piernas hasta convertir en gigante a una mujer de poco más de 1m65. Pelo negro rizado y muy largo, pestañas postizas, maquillaje de modelo y uñas larguísimas pintadas con los colores de la bandera norteamericana. Solo le faltaba ganar. Y explicar su inexplicable evolución.

Sin rendimientos demasiado destacables a nivel colegial y universitario, empezó sus vanos intentos olímpicos en 1980, finalizando cuarta en los selectivos para los Juegos a los que finalmente no viajaron los norteamericanos. Cuarta en los 200 metros en el Mundial de 1983, Griffith-Joyner ganó en Los Ángeles 84 la medalla plateada en esa misma prueba. Claramente, no se trataba de una negada, pero sus actuaciones la exponían como una atleta de élite, ya no como un fenómeno. Tanto fue así que, luego de ganar los 100 metros del *meeting* final de la temporada 1985 con un tiempo de 11 segundos, decidió priorizar su vida personal. Se casó con el campeón olímpico de salto triple de Los Ángeles, Al Joyner, en lo que fue un paso más de su *ménage-à-quatre* olímpico: su entrenador en la UCLA —se graduó en psicología— fue Bob Kersee, marido de Jackie Joyner, una de las más versátiles atletas de todos los tiempos.

Griffith volvió a competir en 1987 y viajó al Mundial de Roma, donde integró la posta corta campeona y fue, nuevamente, segunda en

los 200 metros. Las cuentas dejaron de cerrar en Seúl. Por un lado, se le debería dar el derecho de haber explotado definitivamente luego de un proceso evolutivo de varias temporadas. Los deportes mensurables son más transparentes que un mero gesto de buena voluntad. Hasta llegar a Corea, Florence era una atleta cuyos topes estaban en los 11 segundos para los 100 metros y en los 22.40 para los 200. Entre julio y septiembre de 1988 (desde los selectivos de Indianápolis hasta los Juegos en sí), la norteamericana corrió ocho veces los 100 metros por debajo de los 10s90 y siete veces los 200 por debajo de los 21s95. Es decir que sus marcas excepcionales no eran ya las de las finales sino las de las mismísimas eliminatorias, donde aquellos perfilados para pelear el título regulan al máximo los esfuerzos. Detalle no menor: *Flo Jo* tenía 29 años al momento del certamen. Y hasta los 27 era una atleta talentosa pero que jamás hubiese aparecido en un libro de historia. Como para alimentar aún más la leyenda, Griffith falleció apenas diez años después. Amaneció muerta el 21 de septiembre de 1998 en su casa de Misión Viejo. En el parte se habló de "sofocamiento", consecuencia de varios ataques de epilepsia. También, de una enfermedad congénita que le afectaba la cavidad cerebral. Como parte del trabajo pericial, se le quiso hacer un control de consumo de anabólicos. No se encontró suficiente orina para avanzar con los estudios.

No se detengan ni en las sospechas ni en los numerosos controles que se le realizaron durante 1988 y que dieron todos negativo. Como jamás sabremos cuánto de limpios están nuestros campeones, sugiero recordar a todos en una línea de equivalencia solo alterada por el talento puesto en evidencia. Y en eso, la Florence Griffith-Joyner de Seúl fue incomparable.

La relatividad del medallero argentino

La Argentina viajó a Seúl con 118 deportistas, de los cuales solo 25 fueron mujeres. Aparte de las dos medallas que merecerán su espacio pronto, hubo 7 diplomas, reconocimiento para quienes finalizan entre el 4º y el 8º puesto. Martín Jaite fue 5º (cuartos de final en el single masculino de tenis), el hockey sobre césped femenino —debut absoluto de una disciplina que marcó a fuego nuestra historia olímpica — fue 7º y el masculino, 8º. El fútbol terminó 5º (derrota en cuartos de final con Brasil), Jorge García Velazco fue 7º en windsurf (Clase Mistral) y Gastón García logró el 7º puesto en judo (volvería a recibir un diploma en Atlanta 1996).

El diploma restante fue algo así como la antesala de la gran historia. En realidad, fue el segundo diploma consecutivo para quien,

veinte años después, lograría la medalla dorada. El marplatense Juan Curuchet repitió en Seúl el 5º puesto de Los Ángeles en la prueba por puntos, versión individual de la Madison con la que alcanzaría la gloria máxima en China, acompañado por Walter Pérez.

Fiel a la idea de que el cuadro de medallas solo refleja en los primeros puestos el auténtico poderío deportivo de las naciones, no soy de recomendar prestarle demasiada atención al lugar que ocupe la Argentina en ese listado. Ni para bien ni para mal. La experiencia de los últimos veinte años indica que seis medallas es un techo razonable para nuestras expectativas —sin especificar el color del premio— y que, vistas las dificultades por las que atravesó cada uno de los medallistas, volver a casa sin un podio, más que un fracaso, sería la consecuencia del poco margen que existe a veces entre el festejo y la desazón. Es imprudente quien crea que se llega a un Juego Olímpico desde la Argentina con la única duda de saber cómo se festejará el éxito final.

El medallero de Seúl fue bien gráfico al respecto. La Argentina logró una plateada en tenis gracias a Gabriela Sabatini y una de bronce, en vóleibol. Eso la ubicó 35ª en el listado, por encima de México y por debajo de Surinam, a quien le bastó con la victoria de Anthony Nesty en los 100 metros mariposa para terminar 29º en compañía de Austria o de Portugal.

Todo muy relativo. Y muy lejano de reflejar si las cosas se están haciendo bien o mal. Por cierto, difícilmente podría adjudicarse a una inexistente política deportiva los logros de Sabatini, Waldo Kantor o Hugo Conte.

Señal de los tiempos por venir

En la parte del medallero que sí vale la pena contemplar, Seúl repartió alegrías entre deportistas de 52 naciones, alrededor de un tercio de las que participaron. Y solo tres países se quedaron con la mitad de las medallas doradas en disputa: la Unión Soviética, con 55, Alemania Democrática, con 37 y los Estados Unidos, con 36. Un despropósito. Y una señal de los tiempos por venir.

Cuatro años más tarde, en lugar de la URSS participó el denominado Equipo Unificado (EUN), que volvió a quedar arriba en el medallero. Alemania, ya sin el muro de Berlín y bajo la bandera original de la Alemania Federal, duplicó la cantidad de medallas que logró ese país en Seúl, aunque en el acumulado se redujeron en un 30 por ciento las conquistas de ambas naciones por separado. En 1988, las dos Alemanias sumaron 142 podios, contra los 82 que le dieron el tercer puesto en Barcelona.

Sin profundizar los motivos —sociales, económicos, de salud y muchos vinculados con los controles antidoping—, desde 1992 la tendencia declinante del poderío alemán fue tal que, para Londres 2012, la cantidad de medallas apenas superó las 40, incluidas 11 doradas. La misma cantidad de doradas que Alemania Federal —la menos poderosa en este caso— logró en Seúl.

Finalmente, Yugoslavia, desangrada por la guerra, compitió bajo el rótulo de Participante Olímpico Independiente (IOP) con una delegación muy disminuida que, aun así, se dio el lujo de sumar un par de podios.

Gaby y el vóleibol

Las dos grandes alegrías argentinas llegaron a través de una especie de atajo para la consideración mediática en nuestro país.

Los argentinos vimos en vivo todos los partidos del pésimo equipo olímpico de fútbol: un triste empate 1 a 1 con Estados Unidos con un gol de penal a siete minutos del final, la derrota 2 a 1 ante los soviéticos, la victoria 2 a 1 ante los coreanos que permitió el pase a cuartos y la derrota ajustada ante los brasileños, que luego perderían la final ante la URSS. La medalla dorada olímpica es, justamente, la maldición de la historia brasileña en este deporte. Un deporte que, en Seúl, ofreció uno de los mayores impactos de la historia: la victoria 4 a 0 de Zambia ante la Italia de Carnevale, Virdis, Ciro Ferrara y Rizzitelli. Favorita para clasificarse al Mundial 1994, Zambia perdió a toda aquella delegación en un accidente aéreo de 1993, camino a uno de los partidos de la previa para el torneo que se jugó en los Estados Unidos. Incluido David Chabala, arquero que jugó en Argentinos Juniors.

De Seúl 1988 —ya fue dicho— no vimos demasiado más. No, al menos, a través de la televisión local. Apenas la semifinal que Gabriela Sabatini le ganó a Manuela Maleeva y que significó terminar con la sequía de medallas que arrastraba nuestro país desde la plateada de Demiddi en Múnich 1972.

También vimos la final, en la que la alemana SteffiGraf derrotó a Gaby. “Cuándo no”, dirá más de uno. Para el cancionero del medio pelo vernáculo, Sabatini no fue una de las más maravillosas tenistas de la historia, ganadora de un Grand Slam y dos Masters, sino que se la reduce al concepto de “la que nunca fue número uno” y “la que siempre perdía con Graf”.

Es verdad que Gabriela perdió con la alemana mucho más de lo que le ganó. Pero quienes tuvimos la fortuna de seguir de cerca la carrera de ambas damos fe de cuánto le molestaba a Graf jugar con

Gaby. En realidad, un monstruo de la dimensión de Graf no le ganaba solo a Sabatini más de lo que perdía: eso le pasaba con casi todas sus rivales.

Durante 1988, Graf ganó el denominado Golden Slam: los abiertos de Australia, de Francia, de Gran Bretaña y de los Estados Unidos, más la medalla dorada en los Juegos Olímpicos. Andre Agassi y Serena Williams también tienen los cinco títulos en sus vitrinas, pero no dentro de un mismo año.

Graf ganó 12 de los 15 torneos que jugó esa temporada. Perdió solo tres partidos; en dos, le ganó Gabriela. Y el único gran título que le faltó a la alemana ese año fue el Masters de Nueva York, en cuya final Sabatini superó a la norteamericana Pam Shirver, verdugo de Graf en la rueda previa. No más explicaciones.

De la otra gran historia, la televisión argentina ni se enteró. Es más, aun hoy de lo poco que se encuentra en los archivos corresponde a la transmisión de la red brasileña *Bandeirantes*. Y a un entrañable documental de Fernando Spiner. Más de la mitad del plantel de vóleibol que derrotó a Brasil en aquella final histórica por el bronce había participado de la epopeya de 1982, cuando el equipo conducido por el coreano Young Wang Sohn superó a Japón para obtener, también entonces, el tercer lugar.

Si bien aún estábamos lejos de los cambios reglamentarios que modificaron drásticamente la forma de concebir muchos aspectos de este deporte —sin ir más lejos, no existía el *rally point* y se sumaba solo cuando se ganaba el tanto en posesión del saque—, el equipo argentino no solo había mantenido su vigencia sino que había potenciado su juego camino a convertirse, en 1990, en un formidable conjunto al cual se sacrificó por una estafa reglamentaria en el Mundial de ese año.

La historia grande comenzó en 1987, cuando se conquistó la plaza derrotando en la final preolímpica a Cuba por 3 a 1 en el Maracanazinho de Río de Janeiro.

El camino en Seúl comenzó con dos victorias: 3 a 0 a Túnez y 3 a 1 a Japón, curiosamente dos de los adversarios de 1982. El partido decisivo en esta historia fue el de la tercera fecha, ante los Estados Unidos. Probablemente se trate de la mayor frustración de la historia de este deporte; seguro, la de esta notable generación.

La Argentina ganó los dos primeros sets 15 a 11, sorprendiendo a uno de los grandes favoritos liderados por Karch Kiraly, un demonio que pasó de la arena al piso duro con igual eficacia. Luego de un claro dominio norteamericano en el tercero, en el cuarto la Argentina volvió a tomar una ventaja clara y hasta llegó al *match point*. Se perdió el cuarto 17 a 15 y, ya sin resto anímico, el quinto por 15 a 7.

¿Por qué tanta importancia alrededor de un cotejo de media

instancia en la fase de clasificación? Porque ese triunfo le hubiera permitido al equipo de Conte, Kantor, Martínez, Quiroga, Uriarte, Castellani y compañía esquivar a los intratables soviéticos en las semifinales.

Recuperado de ese traspié, el equipo nacional vapuleó por 3 a 0 a Holanda, que sorprendió en el torneo presentando un equipo de casi dos metros de altura promedio; un anticipo de los tiempos por venir. La clasificación se completó con una derrota ante Francia, ya con el segundo puesto en el grupo asegurado.

El 30 de septiembre fue el día de la previsible derrota en las semifinales. Como en 1982, el límite fueron los soviéticos que, pese a los pronósticos, perdieron por 3 a 1 ante los Estados Unidos en una final que se consideró como poco menos que el gran duelo entre las potencias luego de la era de los boicots.

El 2 de octubre de 1988, el mismo día de la ceremonia de clausura, el vóleibol argentino escribió su página más maravillosa. El resultado de 15-10, 15-17, 15-8, 12-15 y 15-9 es solo una referencia estadística que no alcanza a explicar la dimensión del éxito en sí. Porque mientras una generación maravillosa, fundacional para nuestro deporte, dejaba esa huella indeleble, los brasileños, las víctimas de aquella tarde coreana, empezarían de inmediato a recorrer un camino de hegemonía difícil de comparar en la historia de la especialidad.

Desde aquella derrota, el seleccionado masculino brasileño obtuvo dos medallas doradas y dos plateadas en los seis Juegos Olímpicos siguientes además de tres títulos y un segundo puesto en campeonatos mundiales. A ese Brasil en gestación derrotaron los próceres de Seúl.

Ya sin Sohn en el banco y con Luis Muchaga como entrenador, van en orden de número de camiseta los nombres de quienes tienen en casa esa medalla, de las más poderosas de la historia olímpica argentina: Claudio Zulianello, Daniel Castellani, Esteban Martínez, Alejandro Diz, Daniel Colla, Javier Weber, Hugo Conte, Waldo Kantor, Raúl Quiroga, Jon Uriarte, Esteban de Palma y Juan Carlos Cuminetti.

Aún hoy ellos dejan su huella en el vóleibol argentino. Varios a través de sus hijos, o como entrenadores, o como dirigentes. O como ese maestro inconmensurable que es Hugo Conte, cuyo hijo Facundo es una pieza líder del actual seleccionado. Muchos de ellos no fueron simples medallistas olímpicos, con todo lo que ello implica en sí. Fueron partícipes y testigos de un tiempo único en la vida deportivo-política del país.

Fue con ellos en la cancha y con Jorge Videla ya de civil en el palco que en la Argentina se escuchó por primera vez en un ámbito público eso de que “se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”. Doy fe de ello. Tuve el honor de laburar esas noches históricas para el diario *La Nación*. Y sé de la emoción de cada uno de

ellos. Casi tan fuerte como la que algunos vivieron cuando, en medio del festejo por la victoria coreana ante Brasil, descubrieron que en las tribunas estaban sus esposas, llegadas de sorpresa sobre la hora de la mágica final.

Capítulo IX. Barcelona 1992
Mi primer Juego Olímpico en la tele

Hoy puedo ver con cierta exactitud la real importancia de aquel momento. En 1992 ya estaba afuera de *La Nación* y metido en una simpática licuadora de laburos en radio, tele de cable y de aire. Visto en perspectiva, no tengo un fuerte registro de que ni lo bueno ni lo malo que se cruzaba por mi vida en esos días haya tenido que ver con un deseo o una estrategia. Un presente un tanto flojo de papeles para un grandulón de casi 30 años.

No fue mi elección lo del cable: llegué a VCC (Video Cable Comunicación, competencia ya desaparecida de Cablevisión) en 1989 gracias al enorme Carlos Juvenal, compañero en el diario, quien me invitó, primero, a una suplencia de Nicanor González del Solar —de viaje con Los Pumas por Nueva Zelanda— para comentar partidos de tenis en diferido. Luego me dio continuidad en ese trabajo, que sostuve hasta mediados de los 90.

Tampoco fue mi elección lo de la televisión de aire. Fue una aventura que nació en septiembre de 1989 gracias a la propuesta de Horacio Levin, dueño de los derechos del Abierto de los Estados Unidos de tenis de ese año. Con la anuencia de Fernando Niembro y de Marcelo Araujo —autoridades del Canal 11 estatal previo a la privatización inminente—, debuté un sábado de septiembre con la transmisión en vivo de las semifinales de varones y la final de las mujeres, a las que lamentablemente no llegó Sabatini. Jamás comprenderé el grado de inconciencia del momento: llegué tarde al estreno. Entré en un estudio casi a oscuras, con Julio Ricardo sentado frente a una mesa ratona que sostenía un montón de papeles en los que Hernán O'Donnell, asistente de aquella transmisión y periodista de constante dedicación a las disciplinas olímpicas, escribía en letra grande el resultado parcial luego de cada punto para evitar alguna confusión del "Tío Julio".

Menos aún fue elección mía no seguir en *La Nación*. En 1991 me

anunciaron que no podía continuar trabajando en la tele: el diario exigía una exclusividad por la que no pagaba. Una rara exclusividad que fusionaba prensa escrita con televisión de aire. Lo primero que pensé fue que fastidiaba, no sin lógica, mi presencia dominguera en el *Ritmo de la Noche* de Marcelo Tinelli. "Para nada", me explicaron. "Lo que molesta es que el cronista de tenis del diario comente tenis por tele." Unos visionarios los muchachos. No quedó mucho por hacer. Nadie me explicó qué sentido tendría aceptar unas reglas de juego que me exigían dejar los trabajos que me permitían ganar diez pesos y quedarme por el que me pagaban uno.

Tampoco fue mi objetivo ser parte del club de fundadores de la "Era Tinelli". Simplemente, recibí la invitación de Pepe Irusta Cornet, licenciatario de ESPN en la Argentina, quien se comprometió con la cadena norteamericana a favorecer su onda expansiva difundiendo sus contenidos a través de un programa en una señal de aire. Nadie asociaría esta idea con lo que —más pronto que tarde— se convertiría en el fenómeno más notable de la historia de la televisión argentina. "Es un programa nuevo, en el que deberías comentar algo de tenis y de rugby. Probablemente el conductor sea Marcelo Tinelli. ¿Lo conocés, no? Es que a último momento se mancó Gustavo Lutteral", explicó el querido José.

Claro que lo conocía a Marcelo. De algún cruce al borde de una cancha de rugby —se había hecho hincha del CASI, frente a cuya cancha vivió unos años—, de alguno de sus eventos vinculados con viajes a centros de esquí y, sobre todo, padeciéndolo como uno de los muy buenos entre los malos que jugábamos el torneo de prensa de medios acreditados en la AFA (CEPA). Tinelli era un defensor con *timing*, muy buen cabezazo y sabía pegarle duro y limpio con la derecha.

Para la fecha de los Juegos Olímpicos de Barcelona había sumado un sueño mal aprovechado. También de la mano de la productora de Irusta (Telesport), conducía un programa de dos horas y media los domingos por la tarde. Se llamaba *Supersport* y duró poco más de dos años con un brutal cambio de formato entre uno y otro. En ese contexto, Gustavo Yankelevich —un sabio de la tele y gerente de programación de Telefé para ese entonces— me propuso transmitir la ceremonia de apertura de los Juegos e incluir lo más importante de esa competencia, en diferido, en un compacto que formaría parte del programa dominical. Compartimos la inolvidable inauguración con Juan Pablo Varsky, compañero en *Supersport*, que no solo era siete años más joven que yo —contaba 22 para esa fecha— sino que tampoco tenía que, pocas horas más tarde, lanzarse por el "Tiragoma"[14].

Hablo de un tiempo de importancia decisiva. Y de ser

enormemente beneficiado por la gente del medio que, en lugar de descalificar al gordo que entraba en el estudio mayor de Telefé montando un elefante o que se disfrazaba de “Paquito” para honrar la presencia de Xuxa —seguramente, yo hubiera sido muchísimo más duro conmigo mismo—, consideraron casi simpático y hasta ventajoso que se hiciera conocer de tal manera el muchacho que, además, podía hablar con cierta autoridad sobre deportes.

Esa era la historia para el 25 de julio de 1992, fecha de una ceremonia inaugural que significó un antes y un después para este tipo de celebración. El espectáculo de poco menos de tres horas sirvió para estrenar el Estadio Olímpico en Montjuic, fue presidido por los reyes Juan Carlos y Sofía y tuvo su momento diferencial en el espectáculo artístico montado en toda la extensión del campo de juego en el que, dos semanas después, Pep Guardiola saldría campeón olímpico.

Con una excelencia escenográfica y conceptual sin precedentes, los catalanes regalaron su visión de la separación de Europa y África a cargo de Hércules, creando el Mar Mediterráneo y sus joyas, entre las cuales Barcelona se exhibía como la más preciada. Tanto los recursos técnicos para diseñar las naves y los monstruos marinos que las acechaban como el vestuario, el maquillaje y el concepto de transmisión televisiva sellaron para estos espectáculos un viaje sin retorno. Ese es el mayor legado que dejó al olimpismo Barcelona 1992.

Además, los tenores Plácido Domingo, José Carreras y Alfredo Kraus y la actuación de Monserrat Caballé, corresponsable de la canción oficial que no pudo celebrar con su artífice y autor. En la versión original, la soprano española compartía la interpretación con Freddie Mercury, fallecido de HIV menos de un año antes.

La única sombra de un espectáculo enaltecido por el discurso de Pasqual Maragall, mayor de Barcelona, en el que se hizo un fuerte reclamo por la paz en Yugoslavia, fue un detalle jamás comprobado. El fuego olímpico se encendió, supuestamente, gracias a una flecha que lanzó el arquero paralímpico español Antonio Rebollo, quien heredó el último relevo de la antorcha del basquetbolista San Epifanio (Epi). Muchos mal pensados estamos convencidos de que esa flecha encendida jamás cayó en el pebetero. Esa estela de fuego que se vio detrás del implemento cuando se encendió la llama, más que una chispa pareció la flecha misma que siguió de largo. Hay quien, en realidad, asegura que en el guión original estaba establecido que la flecha pasara por encima del pebetero y que el fuego se encendiera por un sistema eléctrico. Nada grave. Mucho menos, si lo comparamos con la esquizofrenia de quien, un rato después de finalizada la transmisión de semejante ceremonia, andaba a los saltos con Ricky Maravilla sobre los hombros en el cierre del programa de Tinelli.

Medallistas en tránsito

Nochebuena en Miami, en medio del Orange Bowl, el gran clásico del tenis juvenil. Año Nuevo, en Manhattan, brindando en seco con un tenista y su entrenador. Cumpleaños —6 de enero— en Washington, esperando por la pronta derrota de Gabriela Sabatini ante Camille Benjamin en una cancha demasiado rápida. Así terminó 1984 y comenzó 1985 para mí.

En el medio, durante la última semana del año, la Copa Rolex en Port Washington, una pequeña localidad en Long Island, a media hora de Nueva York. La sede era la Academia Harry Hopman, en homenaje al gran entrenador australiano. Allí se formaron monstruos de la talla de Vitas Gerulaitis y John McEnroe.

Entre los muchos jugadores argentinos que jugaron ese año recuerdo a Walter Dolhare, Ricardo Mardones, Mercedes Paz, que ganó el singles de menores de 18 años en una final increíble ante una rusa que la tuvo *match-point*, Javier Frana y Christian Miniussi.

Asunto inconfesable para esos días, el entrenador de Javier, el entrañable Chino Gerosi —no sé cuánto habré aprendido de este deporte, pero seguro buena parte fue gracias a él—, me propuso ahorrarme el dinero del hotel compartiendo habitación con su pupilo. A cambio, yo pagaría el alquiler de un auto para darles a los chicos el gusto de conocer Manhattan en algún momento libre del torneo.

Se jugaban singles y dobles de menores de 16 y de 18 años, tanto en hombres como en mujeres. Además de Mercedes, la otra gran actuación era la del dobles de Frana y Miniussi. Puedo decir que fui testigo del debut de esta pareja que haría historia.

En las semifinales del viernes 28 de diciembre, los chicos derrotaron en dos sets a los grandes favoritos locales: Luke Jensen —recordado por sacar según eligiera con derecha o con zurda y ganador de la final de singles que perdió solo un *game* con el austríaco Thomas Muster— y su hermano menor Murphy, un flaco largo y desgarbado mezcla del baterista de The Police con personaje de Hannah y Barbera.

Al día siguiente tocaba la final, programada para después del mediodía. El momento era ideal para cumplir con el sueño de los chicos. Con Gerosi al volante, salimos temprano para Manhattan con Mercedes, Javier y Christian. A dos horas del comienzo de la final salimos de vuelta a la Academia, a la que no deberíamos tardar más de una hora en llegar. Inexpertos, aún no habíamos aprendido que si en algo no se podía confiar era en los caballos de carrera, las mediáticas de *reality show*… y el tránsito de Manhattan.

A mitad de camino, ya se veía que iba a ser imposible llegar a horario. Un absurdo: perder una final por haber ido de paseo por

Manhattan. Recuerdo a Gerosi estacionando al costado del camino, apenas vio un teléfono público. Se comunicó con el club y avisó el contratiempo.

Al día de hoy, Miniussi me sigue negando que esto haya sucedido. Tanto mi memoria como la crónica de época da fe de que las autoridades, en señal de enorme buena voluntad, aceptaron la demora con una sola condición: les darían por perdido un *game* por cada diez minutos de atraso.

Los chicos salieron a la cancha 0-3 en el primer set, que perdieron por 6 a 1. Finalmente, derrotaron a los norteamericanos Chris Garner y Keith Kambourian por 1-6, 6-4 y 6-1.

Ni ellos ni yo imaginábamos, entonces, que comenzaba una carrera que los llevaría a jugar la Copa Davis. Y a ganar, siete años más tarde, la única medalla argentina durante los Juegos de 1992.

Mucho más que una medalla de bronce

Repasar el recorrido de Frana y Miniussi en Barcelona es la mejor forma de darle real dimensión a su conquista. Y a comprender por qué suelo hablar de lo complejo que es, desde nuestra queridísima tierra, subirse a un podio.

Debutaron derrotando en sets corridos a Castle y Wilkinson, dos buenos doblistas ingleses a quienes condicionó la superficie de polvo de ladrillo, mucho más afín con la historia de los argentinos.

En la segunda rueda, empezaron los desafíos grandes. Guy Forget y Henri Leconte no solo ocupaban puestos significativos en el *ranking* mundial individual, sino que formaron parte del equipo francés que ese mismo año ganó la Copa Davis. Es más, en la final de Lyon derrotaron a Ken Flach y Robert Seguso, la mejor dupla del momento, en un tramo decisivo de la serie.

El favoritismo francés pasó de la teoría a la realidad: ganaron 6-4 y 7-6 los dos primeros parciales. Por ese entonces, todos los partidos de varones de los Juegos se disputaban al mejor de cinco. Firmeza en los juegos de saque y un ajuste en la devolución del servicio de Leconte, siempre talentoso y volátil, les permitieron a Frana y Miniussi dar vuelta el partido: 4-6, 6-7, 6-4, 6-4 y 6-3.

Tanto esfuerzo para, apenas, pasar a los cuartos de final. Si bien ganando los cuartos se garantizaban la medalla, el desafío no era menor que el anterior: los suizos Jakob Hlasek y Marc Rosset, finalistas de la Davis 1991 y flamantes campeones en Roland Garros, sobre un polvo de ladrillo tan lento y pastoso como el del complejo de tenis del Val d'Hebron. Tan afín a las características de Rosset, que pocos días después se quedó con la medalla dorada en singles. Hubo

que pelear otra vez cinco sets. Esta vez, con más idas y vueltas pero casi siempre en desventaja: 2-6, 7-6, 3-6, 6-2 y 6-2.

El sistema de competencia de entonces, a diferencia del actual, no contemplaba el partido por el tercer puesto. Se trataba de alguna manera de respetar la historia de un deporte en el que, salvo en la Davis y en el Masters, si perdés un partido estás afuera.

Por eso, pasando a semifinales, los argentinos se aseguraron el podio. Lejos de conformarse, tuvieron en jaque a otra pareja de notables: los alemanes Boris Becker y Michael Stich, finalmente campeones. Fue otra dura batalla a cinco sets perdida por un solo quiebre: 7-6, 6-2, 6-7, 2-6 y 6-4.

Repasando los nombres y poniendo en contexto el valor de cada victoria, no quedan dudas: la de Javier y Christian fue muchísimo más que una medalla de bronce.

Los otros ganadores

No fue este el único éxito de nuestra delegación en Barcelona. Por el contrario, la Argentina sumó un total de seis medallas. Lamentablemente, cinco de ellas fueron en deportes de exhibición, lo que no les quita el valor competitivo ya que nuestros muchachos enfrentaron en sus rubros respectivos a lo mejor que había en el mundo en ese momento.

Fernando Elortondo, Fernando Abadía y Ricardo Bizzozero (trinquete, pelota de cuero) y Eduardo Ross, Gerardo Romano y Juan Miró (trinquete, pelota de goma) ganaron la medalla dorada. Rodrigo García de la Vega y Luis Cimadamore (frontenis en frontón de 30 metros) y Guillermo Filippo, Gustavo Huerte, Gustavo Canut y Fernando Elortondo (frontón de 36 metros, pelota de cuero) ganaron la de bronce. Todos en el deporte de “Pelota” —mal llamado “Paleta”—, una disciplina descuidada por nuestra dirigencia y considerada como la que más títulos mundiales le dio a nuestro deporte. No solo jamás se consiguió presencia olímpica oficial, sino que se aceptó que se la quitara del programa panamericano para Toronto 2015, lo que representa una merma de no menos de cuatro medallas doradas, las ganadas por nuestra delegación en Guadalajara 2011.

La otra dorada fue en otro de esos deportes en los que hay gloria asegurada, mas no presencia olímpica: el hockey sobre patines. Fue uno de los acontecimientos más populares de los Juegos, pese a ser una exhibición y bien por encima de otros deportes incluidos en el programa olímpico formal.

Fiel a su historial de gloria, el equipo argentino, mayormente

integrado por jugadores cuyanos —San Juan es la gran referencia nacional en la especialidad— superó a Italia, Brasil y Holanda antes de ganar la histórica final ante España por 8 a 6 en tiempo suplementario, luego de un parcial de 5 a 5 y tras una tremenda recuperación del equipo local, que enloqueció al público que colmó las tribunas del Palau Blaugrana, tradicional escenario bajo techo del Fútbol Club Barcelona.

El plantel campeón, dirigido por Miguel Miguez, lo formaron Diego Allende, Alfredo Bridge, Alejandro, Gabriel y Pablo Cairo, Guillermo Herrmann, Raúl Monserrat, José Luis Páez y Roberto Roldán.

Una ausencia inexplicable

En los Juegos de 1992, la Argentina presentó una delegación de 84 deportistas. Sin incluir los deportes de exhibición, fueron 30 atletas menos que en 1988. No hay que buscarle demasiadas vueltas. Las ausencias del hockey femenino, el fútbol increíblemente eliminado en la fase clasificatoria en Paraguay y el vóleibol inmerso en uno de sus innumerables conflictos entre jugadores, entrenadores y dirigentes bastan y sobran para explicar los números.

Sin embargo, ninguna ausencia fue más inverosímil que la de la pentatleta Ana María Comaschi, una talentosa joven que se enteró de que no había sido correctamente inscripta cuando llegó a Barcelona. Jamás tuvo acreditación y vivió a escondidas unos días en la Villa Olímpica. Hasta le negaron la posibilidad de una entrada para la ceremonia inaugural de la que Ana María debería haber formado parte.

Es difícil imaginar lo que habrá sentido la atleta de Necochea al enterarse de la situación. ¿Cómo explicar que no estaba acreditada una atleta a la cual la misma dirigencia había subido al avión? Tampoco pudieron explicárselo bien a la Justicia, que condenó en el año 2000 a indemnizarla por pérdida de chance y daño moral. El juicio lo perdió el Comité Olímpico Argentino y, en su nombre, Antonio Rodríguez, un personaje que, tristemente, ya apareció en estas páginas. Y que, tristemente, volverá a aparecer.

También fue condenado Ernesto Alais, jefe de la delegación argentina y aquel soldado cuyos tanques jamás llegaron en defensa de la democracia durante el alzamiento “carapintada” de 1987[15]. Lejos de molestarse, el olimpismo supo premiar con un privilegio incomparable al general incumplidor. La Justicia condenó a Alais “por el menoscabo sufrido por la particular situación a la que fue sometida la atleta durante su estadía en la Villa Olímpica”.

Si bien la Cámara de Apelaciones en lo Civil revocó luego las

responsabilidades de Rodríguez y Alais, el COA debió indemnizar a la atleta en 90.000 pesos de esos tiempos del “uno a uno”.

Nadie se encargó de dejar en claro si la decisión de no inscribir a Comaschi fue una omisión o una decisión tomada por un conflicto personal que tenía con ella el mismísimo jefe de la delegación.

Seis diplomas y un debut ilustre

La delegación argentina sumó un total de seis diplomas. Mercedes Paz y Patricia Tarabini fueron quintas en el dobles femenino —Tarabini sería medalla de bronce en Atenas—, José María Lovito terminó quinto en el *sprint* de ciclismo, Remigio Molina perdió en cuartos de final de boxeo, Sergio Fernández finalizó sexto en la final de *single scull* de remo, Verónica Ribot —décima en la final de trampolín— terminó octava en la final de plataforma, prueba en la que repitió la final a la que había llegado en Seúl, y Carolina Mariani terminó séptima en judo, disciplina que tuvo su estreno femenino en Barcelona. Como campeona mundial de la especialidad, Mariani sería la abanderada cuatro años más tarde, en Atlanta 1996.

Sin diploma, pero anticipando el porvenir, en Barcelona debutó Carlos Mauricio Espínola, 24º en windsurf, disciplina en la que comenzaría cuatro años más tarde una de las más notables carreras olímpicas de la historia de nuestro país.

La batalla de las sedes

A diferencia de la elección casi plebiscitaria de Seúl, Barcelona protagonizó una de esas tremendas batallas entre candidatas que, por las buenas o por las malas, aspiraban a ser sede.

Fueron seis las aspirantes que participaron en la votación realizada en Lausana el 17 de octubre de 1986. Ámsterdam, con apenas 5 votos, fue la primera descartada. En la segunda vuelta, Birmingham quedó última, con 8. En la tercera, Barcelona creció de 37 votos a 47 y dejó definitivamente en el camino a París, Brisbane y Belgrado. Fue la cuarta vez que Barcelona participó de una votación de este tipo: lo había hecho en 1924 (ganó París), 1940 (había ganado Tokio, una sede que jamás se concretó) y 1936 (perdió con Berlín, pequeño contrapunto histórico, si tenemos en cuenta la injerencia de la Alemania de Hitler en la Guerra Civil Española en la que las fuerzas republicanas contaban como bastión con la capital catalana).

Camino a la paz

Los de Barcelona fueron Juegos repletos de simbolismos, desde los que el olimpismo se expresó ante los sacudones geopolíticos de la época, con más o menos hipocresía según el gusto de cada uno.

Por un lado, la ya mencionada presencia de la ex-Unión Soviética bajo el nombre de "Equipo Unificado de Naciones", la de atletas de la Yugoslavia en guerra como "Participantes Olímpicos Independientes" y la de atletas de las dos Alemanias ya reunidas bajo una sola bandera, algo que no sucedía desde 1964.

Por el otro, el debut olímpico de Namibia y Yemen (había participado anteriormente dividido en Yemen de Sur y del Norte) y las ausencias de Afganistán, Somalia, Brunei y Liberia; en todos los casos por motivos ajenos a asuntos vinculados con el olimpismo.

Con 169 naciones inscriptas, los de 1992 fueron Juegos de cierta paz institucional, aunque por entonces solo subyacía la sensación de que los conflictos ahora llegarían en formato de coimas y prebendas para elegir las sedes. Por razones propias o ajenas, el olimpismo no terminaba de decidir su destino.

La reaparición más promocionada en Barcelona fue la de Sudáfrica que, ya sin la resistencia de gran parte de África a partir del proceso de liberación de Nelson Mandela, volvió a participar después de 32 años.

Una de las imágenes símbolo de aquellos días fue la del final de los 10.000 metros femeninos, ganados por la etíope Derartu Tulu, quien dio una vuelta extra a la pista tomada de la mano con Elana Meyer, sudafricana, blanca y escolta suya en la prueba.

El avance de las mujeres

Hubo 257 disciplinas correspondientes a 25 deportes, mucho menos que en la actualidad. Dijeron presente menos de 9000 deportistas —mucho menos que en la actualidad— y 2700 mujeres —muchísimas menos que en la actualidad—. Tratándose de Juegos disputados hace un par de décadas, la comparación entre ese número y el de las más de 4400 damas participantes en Londres 2012 da una pauta clara de la evolución que el olimpismo ha dado en beneficio de la igualdad de género.

Como ninguno de estos pasos se da solo por una cuestión de Justicia y decoro, hay que convenir que también hubo un notable incremento del interés del público por el deporte olímpico practicado por las chicas. Lo que en Barcelona apenas llegó a un 30 por ciento,

para Río 2016 o Tokio 2020 amenaza con convertirse en un francamente justo 50 y 50.

El único y auténtico Dream Team

Como a los periodistas nos fascina la posibilidad de sintetizar en los rótulos todo aquello que no sintetizamos a través del uso de las palabras —hablar en lugar de decir—, cuesta plantarse en que el único y auténtico *Dream Team* de la historia fue el que deslumbró al mundo en Barcelona. Que gran parte de la historia grande de la NBA haya estado reunida allí bajo una sola camiseta es algo absolutamente irrepetible. No porque no haya jugadores dispuestos a hacerlo, sino porque es imposible que coincidan generacionalmente tantos jugadores que han sido símbolos indivisibles de la historia de sus respectivos equipos.

Estados Unidos llegó a España representado por David Robinson (San Antonio Spurs), Patrick Ewing (New York Knicks), Larry Bird (Boston Celtics), Karl Malone y John Stockton (Utah Jazz), Scottie Pippen y Michael Jordan (Chicago Bulls), Clyde Drexler (Portland Trailblazers), Magic Johnson (Los Angeles Lakers), Charles Barkley (reciente adquisición de Phoenix Suns, proveniente de Philadelphia 76ers), Chris Mullin (Golden State Warriors) y Chris Laettner, un universitario que acababa de ser incorporado por Minnesota Timberwolves para la temporada entrante. Cualquier referencia a la genialidad y estadísticas de este plantel resulta redundante.

En todo caso, su derrotero olímpico dejó todo en claro: vencieron a Angola por 68 puntos, a Croacia por 33, a Alemania por 43, a Brasil por 45, a España por 41, a Puerto Rico por 38, a Lituania por 51 y nuevamente a Croacia por 32.

Fue, también, una muestra de sabiduría de parte del básquetbol más poderoso del planeta. En competencias olímpicas, hasta Seúl, solo había sufrido un golpe importante: aquella bochornosa final de Múnich en la que Estados Unidos ganó dos veces el partido que finalmente, por obra y gracia de los árbitros, la mesa de control y las autoridades de la FIBA, terminó ganando la Unión Soviética.

Sin embargo, en Corea, sin trampas ni polémicas de por medio, una derrota incuestionable ante los soviéticos había obligado a los norteamericanos a disputar un ignominioso tercer puesto. Ni más ni menos que lo que les pasó con Argentina en Atenas.

La lección de Seúl tuvo un trasfondo. En primer lugar, el equipo norteamericano, aún constituido como hasta entonces por jugadores de nivel universitario, lo integraron hombres como Richmond, los dos Smith, Hersey Hawkins, Stacey Augmon, Dan Majerle, Danny Manning

y el mismísimo David Robinson. Todos ellos llamados a ser figuras de la NBA poco tiempo después.

Del otro lado, entre soviéticos —campeones— y yugoslavos —subcampeones—, se destacaron Volkov, Marciulonis, Tikhonenko, Kurtinaitis, Sabonis, Belostenyi, Drazen Petrovic, Kukoc, Paspalj, Radja y Vlade Divac. La mayoría de ellos fueron parte crucial de la avanzada FIBA que le dio a la NBA un matiz, un brillo y una tendencia que, también alimentada por cracks argentinos, aún hoy muestra un rastro indisimulable.

De pronto, no solo los Estados Unidos perdían los torneos que solían ganar con equipos aficionados, sino que sus vencedores se apoyaban en jugadores que, más temprano que tarde, ganarían anillos en la NBA.

Puede decirse que, más allá del brillo que le dio al torneo, de la inolvidable reunión de genios y del sello que, desde entonces, le puso al equipo norteamericano de básquet, lo que realmente logró el *Dream Team* es abrirle los ojos al básquetbol más poderoso del planeta para que, nuevamente, estos sean sus tiempos de hegemonía.

Los Juegos de la diversidad

Para el atletismo, estos fueron los Juegos de la diversidad. Apenas un par de atletas ganaron más de una medalla dorada y nadie lo logró solo en competencias individuales. Barcelona 1992 significó la aparición de Michael Johnson, campeón con la posta 4×400, la revancha de Carl Lewis en el salto en largo —derrotó a Mike Powell, vencedor suyo y dueño del récord mundial desde aquella increíble final de Tokio 1991—, la primera de las tres doradas de Jan Zelezny, el más grande lanzador de jabalina de la historia (que había sido segundo en Seúl) y la celebración enorme de Fermín Cacho, el español campeón en los 1500 metros.

Entre las chicas, Florence Griffith-Joyner ganó el heptatlón pero quedó tercera en el salto en largo, prueba en la que dominó Heike Dreschler, una de las alemanas del Este que logró escapar de la malaria. Y de los controles.

Estados Unidos ganó la posta corta pero se dejó sorprender por las soviéticas en la de 4×400.

Y fueron los Juegos de Gail Devers. De 22 años y nacida en Seattle, Devers llegó a Barcelona precedida de una historia formidable. En la previa de Seúl, Juegos en los que compitió sin éxito en los 100 metros con vallas, se quejó por problemas de migraña y visión borrosa. Poco después, se le diagnosticó la enfermedad de Greaves, o “enfermedad tiroidea de ojos”, uno de cuyos síntomas externos se expresa en el

rasgo de ojos saltones, característicos en esta bonita negra de poco más de metro y medio de altura.

El tratamiento de radiación y de la terapia de sustitución de la hormona tiroidea provocó en Devers un efecto terminal para un velocista: pies permanentemente ampollados y llagas con pus. Parte de la leyenda indica que hasta se consideró la posibilidad de amputarla.

La historia real cuenta que, apenas dos años después de aquel drama, Devers estuvo a cinco metros de ser poco menos que única en su especie. Comenzó ganando los 100 metros en una final maravillosa resuelta tras un largo rato gracias al *photo finish*. Devers, primera, Juliet Cuthbert (Jamaica), segunda, e Irina Privalova (Equipo Unificado), tercera. Gwen Torrence (Estados Unidos), cuarta, y Merlene Ottey (Jamaica), quinta, quedaron distanciadas por apenas 6 centésimas, todas debajo de los 11 segundos.

Pocos días después, se abrió para Devers la gran chance de repetir la proeza de la holandesa Fanny Blankers-Koen, que entre sus cuatro doradas de Londres 1948 incluyó 100 metros llanos y 80 con vallas, equivalente a los 100 con vallas de 1992 y de la actualidad.

Tercera en su serie de apertura, ganó la de cuartos de final y fue segunda en las semis, siempre controlada y lejos del riesgo de una eliminación. En la final, despegó de los tacos con el típico estilo de su biotipo: jamás se tomó tiempo para alcanzar la máxima explosión.

La norteamericana llegó a la última valla con una ventaja nítida de un par de metros respecto de sus seguidoras, resignadas a pelear por la medalla plateada.

Un pequeño desajuste en ese último obstáculo la hizo tropezar y cayó a metros de la meta. Lo suficiente como para quitarle la victoria pero no como para evitar que, aun cruzando la meta por el suelo, finalizara quinta a apenas una décima de la inesperada ganadora, la griega Paraskievi Pathoulidou, quien cuatro años más tarde sería expulsada del equipo helénico por eludir un control antidoping previo a la competencia.

Devers tendría su doblete cuatro años más tarde cuando en Atlanta repitió el triunfo en los 100 metros llanos e integró la posta campeona en los 4×100. Sin embargo, otra vez se le negaron los 100 con vallas, donde esta vez terminó cuarta. Hizo un tiempo apenas 9 centésimas mejor que el que había registrado cuatro años antes, cuando cruzó la meta de palomita.

Ni tan rápidos ni tan furiosos

Luego de la efervescencia provocada por la final de Seúl, los 100 metros masculinos de Barcelona parecieron dejar gusto a poco. Para

empezar, solo el ganador, el británico Linford Christie, logró bajar los 10 segundos. Sin Carl Lewis, eliminado en los selectivos, la representación norteamericana en la final quedó reducida a Leroy Burrell y a Dennis Mitchel quienes, pese al tercer puesto del último citado, sobresalieron más como engranajes de una buena posta que como figuras descollantes en las grandes citas individuales.

Una de las figuras populares de la velocidad de esos Juegos fue Frankie Fredericks, medalla plateada en 100 y en 200 metros, representante de Namibia, país debutante en los Olímpicos, y miembro regular de la comisión de atletas del Comité Olímpico Internacional.

Un detalle no menor: esta fue una de las 8 de las últimas 11 finales olímpicas en las que, en la pista, el ganador no representó a los Estados Unidos. Y una de las ocho consecutivas ganadas por atletas negros.

Competencia desleal

Una sugerencia para quien tenga cierta familiaridad con la búsqueda de videos en Internet: busquen la final de los 10.000 metros masculinos. Fue uno de los episodios más grotescos de la historia del atletismo y uno de los fallos menos comprensibles.

A tres vueltas del final, el marroquí Hamnmou Boutayeb, decidió bajar aún más un ritmo que lo venía dejando lejos de las chances de podio. Tanto lo hizo que, pronto, quedó apenas delante del keniata Richard Chelimo, líder de la prueba desde el mismísimo comienzo. Durante un largo rato, Boutayeb se dedicó a frenar el ritmo de la competencia, hasta lograr que su compatriota Khalid Skah quedara codo a codo con Chelimo.

Luego de la primera advertencia, uno de los árbitros cruzó la pista para sacar a Boutayeb, descalificado. Pero el daño ya estaba hecho: Skah terminó ganando la prueba por poco menos de un segundo de ventaja. Esa misma noche, la organización desestimó el reclamo de la delegación de Kenia y también de Etiopía, cuyo representante Addis Abebe finalizó tercero.

Difícilmente lo hecho por Boutayeb pueda considerarse una falta menos grave que el positivo de Ben Johnson, pero no tuvo tanta prensa.

A propósito de eso, lo que en 1988 fue lo suficientemente grave para degradar al canadiense no lo fue tanto tiempo después. Ben Johnson corrió en Barcelona 1992, y quedó eliminado en las semifinales de los 100 metros.

El momento de Sotomayor

Barcelona significó el gran recuerdo para el cubano Javier Sotomayor, aún hoy dueño del récord mundial de salto en alto con 2m45. Con Cuba autoexcluido en Seúl y ya desgastado en su esfuerzo para los días de Atlanta en 1996, Barcelona fue el momento justo para el cubano. Fue una de esas tardes en las que, cuando lo propio no fluye, los demás ayudan lo necesario.

Para ganar la dorada, Javier necesitó una marca once centímetros inferior a la que lograría un año después, en Salamanca. Pero sus 2m34, logrados en el primer intento, le dieron la victoria por encima de otros cuatro atletas que superaron esa altura.

Patrick Sjoberg (Suecia), su histórico rival, lo hizo en el segundo intento. Artur Partyka (Polonia), Tim Forsyth (Australia) y Hollis Conway (Estados Unidos) lo hicieron en el tercero. Un podio de cinco hombres, como en Londres. Y con uno de los más populares campeones de esos Juegos.

Las sorpresas de la natación

La natación tuvo a una húngara como auténtica multimedallista. Fueron tres los títulos ganados por Krisztina Egerszegi, la mejor espaldista del mundo también campeona en los 400 medley. Otro húngaro, Tamas Darnyi, se quedó con los 200 y 400 metros cuatro estilos.

Pero la gran curiosidad la dio la falsa performance de los libristas norteamericanos. La delegación soviética, inspirada en el enorme Alexander Popov, ganó los títulos de 50, 100, 200 y 400 libre. Y Estados Unidos solo se subió al podio en los 50. Curiosamente, fueron los norteamericanos quienes se adueñaron de la medalla dorada en la posta corta libre.

Tal vez tanta inestabilidad haya tenido que ver con la era post-Alemania del Este. En Seúl, ese país solo obtuvo 11 medallas doradas en natación, las mismas que Alemania unificada sumó en todos los rubros en Barcelona, donde solo obtuvo una dorada con Dagmar Hase, nacida en el Este.

Una sola dorada también ganó la delegación japonesa. Fue una sola, pero récord: Kyoko Iwasaki ganó los 200 metros pecho a los 14 años y 6 días. Jamás alguien se consagró campeón olímpico en natación a tan temprana edad.

La gloria del vóleibol brasileño

En el vóleibol masculino, 1992 significó el punto de partida para la hegemonía brasileña. Fue una obra maestra en ocho piezas: 24 sets ganados y apenas 3 perdidos ante rivales de la magnitud de la ex-Unión Soviética, Cuba, Estados Unidos y, por dos veces, los rascacielos de Holanda, a quienes superaron 3 a 0 tanto en la fase eliminatoria como en la final.

Los Estados Unidos debutaron en un partido polémico ante Japón, que perdieron por 3 a 1. En señal de repudio a algunos fallos y a la falta de respaldo de sus delegados a los reclamos, decidieron jugar rapados el resto del torneo. La movida les dio resultado al menos hasta los cuartos de final, en los que superaron a los soviéticos por 3 a 1. Derrotados por Brasil en una maravillosa semifinal, le ganaron a Cuba en el duelo por el tercer puesto.

Un error imperdonable

El programa olímpico de nado sincronizado ha sufrido ya varias modificaciones. Sin ir más lejos, la prueba individual (solo) que fue la que se aceptó inicialmente después de varias demostraciones, hoy no es parte de los calendarios. Sin embargo, en 1992 era una de las dos pruebas en disputa, junto con la del dueto.

Aun sin la aparición de las hegemónicas rusas —es una rareza que actualmente no ganen todas las pruebas en disputa— y lejos del despegue de las chinas, 1992 era todavía tiempo de dominio norteamericano. Poco menos que un tributo a las fundadoras del club, Esther Williams al margen.

Los Estados Unidos ganaron el dueto con las mellizas Josephson, y el solo gracias a Kirsten Babb-Sprague, una maravilla de la estética favorecida por una altura de 1m78 que convertía sus piernas en dos ideas infinitas.

Sin embargo, la norteamericana tuvo en la canadiense Sylvie Frechette a una tremenda rival. Nadie supo bien cómo hizo la canadiense para concentrarse en sus rutinas apenas semanas después del suicidio de su pareja y socio Sylvaine Lake.

Lo cierto es que la performance libre de Frechette fue impactante. Tanto como la sorpresa por la calificación de la jurado brasileña: un 8.7 que resultó sumamente bajo para deportistas de esa magnitud. Hubo un reclamo desestimado ante la FINA (Federación Internacional de Deportes Acuáticos) y una confesión de la jueza: se equivocó al apretar los botones y lo que quedó como 8.7 debió ser 9.7; lo

suficiente para que Frechette superase a la norteamericana.

De tanto en tanto, el Comité Olímpico Internacional y ciertas federaciones deportivas repasan algunos expedientes y dan lugar a revisiones. En 1993 se le dio la razón a Frechette y le adjudicaron la medalla dorada aunque sin quitarle la suya a Babb-Sprague.

En 1999, Frechette fue incorporada al Salón de la Fama del Deporte Canadiense y a su gloria como deportista le sumó su aporte como entrenadora y coreógrafa de los cuadros acuáticos del Cirque du Soleil. Suyo fue el aporte, también, como coproductora de *O*, el cuadro acuático musical que, desde octubre de 1998, es parte de los espectáculos estables del Hotel Bellagio de Las Vegas.

¿Inversión o gasto?

No solo en lo que se refiere a la ceremonia de apertura Barcelona 1992 significó un mojón fundamental en la historia de ciertos preceptos olímpicos. Tal vez como en ningún otro caso —ya veremos con Londres— se hizo carne la idea de que los Juegos deben estar al servicio de la ciudad y no la ciudad al servicio de los Juegos.

Es tentador —y frecuente— preguntar a quien cubre las previas de estas competencias sobre cómo se altera el ritmo de la vida de los vecinos camino a los Juegos. Solo para aferrarme al recuerdo más fresco, debo decir que en 2012 Londres no modificó casi nada su ritmo habitual. Parte de la idea es la de dejar vivir en paz a quienes los olímpicos les importen poco y nada.

Sin embargo, para Barcelona, la inversión realizada para los Juegos significó un cambio brutal que aún hoy da sus frutos. La Villa Olímpica, el Puerto Deportivo de Poblenou (que significó poco menos que refundar un barrio menor de la ciudad), la construcción de las rutas de circunvalación y los nuevos centros deportivos modificaron la lógica de una ciudad maravillosa, mas no su esencia.

El costo integral de los Juegos, superior a los 11.000 millones de dólares de estos días, representó casi cuatro veces más que lo presupuestado. Sin embargo, el concepto general que quedó fue mucho más el de una inversión que aún hoy se está recuperando que el de un gasto sin retorno.

14 Momento de aclaraciones imperiosas. Ese era el nombre que Tinelli le puso al caño por el cual nos tirábamos los integrantes del elenco de *Ritmo de la Noche* en la

apertura de cada domingo. Una apertura cuya audiencia pesaba en oro. Disfrazado de zapallo o de Sancho Panza, yo supe lo que era salir en cámara para 40 puntos de audiencia…

15 En abril de 1987, durante el alzamiento militar que comandó Aldo Rico en Campo de Mayo, el presidente Raúl Alfonsín le ordenó a Alais que marchara desde Rosario con una columna del II Cuerpo del Ejército para reprimir la rebelión “carapintada”. Sus tanques nunca llegaron a destino.

Capítulo X. Atlanta 1996
Un antes y un después en coberturas olímpicas

De inmediato, aparece nuevamente la figura de José "Pepe" D'Amato. Hijo de Julio, hombre de añares de deportes en Canal 7, gran compañero y amigo de mi viejo y una de esas personas sin las cuales la televisión no hubiera pasado de experimento en desuso. José es, también, el hombre que parió *Fútbol de Primera*. Al margen de sus incuestionables aportes creativos y estéticos, José hizo algo decisivo: convenció a Carlos Ávila y a sus socios de entonces en Torneos y Competencias, que había que cubrir todos los partidos de Primera con, al menos, una cámara. De tal manera, no solo los argentinos comenzamos a ver todos los goles —queda claro que, antes de ser acusados de haberlos secuestrado, Torneos puso en la pantalla goles que solo se veían en la cancha—, sino que colegas y compañeros como Mariano Closs, Alejandro Fabbri, el Nene Panno o Walter Nelson aprendieron a relatar partidos y comentar repeticiones de goles sin la posibilidad de ver absolutamente nada en un monitor que tampoco existía. Esta especie de prehistoria futbolera no es de los 60: así se trabajaba a principios de los 90. Pepe fue, claramente, el culpable del antes y el después de la cobertura del fútbol en nuestro país. Y en muchos otros lugares del mundo, incluidos algunos países europeos.

D'Amato fue el Gerente de Contenidos de TyCSports desde su nacimiento —la primera emisión fue el 3 de septiembre de 1994— y también lo era en marzo de 1996 cuando me llamó a su oficina. "Tenemos los derechos para los Juegos Olímpicos, Gonza. Y quiero que viajes y hagas un resumen diario de una hora", me dijo, casi sin dejarme sentar en la silla. No tengo idea de cómo pude reaccionar tan rápidamente mientras mi cabeza se sacudía como el samba por el solo hecho de poder viajar a un Juego. "¿Y qué facilidades tendríamos? ¿Cuántas horas de satélite?", contesté, demasiado técnicamente para la emoción del momento. "Facilidades, pocas. Un espacio chico en el IBC y quizás un cameraman, un cronista y un par de productores. Más

un editor/director. Pero tenemos satélite pago las 24 horas." "¿Y si en lugar de hacer una hora diaria transmitimos en vivo la jornada entera? Los argentinos, la natación, gimnasia, atletismo, los de la NBA. Ya que vamos a estar ahí, vayamos por todo", solté. "¿Te animás?", concluyó Pepe, mucho más divertido que desafiante. En un arrebato de vanidad extremo me animo a asegurar que la repuesta, contundente, nos dio la chance a ambos de sellar un antes y un después en coberturas olímpicas para la tele argentina. Fue una cobertura precaria, cuyas incomodidades merecen cierto despliegue, entre otras cosas, porque aún hoy las siento. Llena de errores, sobre todo en cuanto a la terminología respecto de ciertos deportes. Desgastante. Tensa. Desprolija. Pero apasionada. Seguramente mucha gente del hockey se habrá horrorizado por mis relatos. También los del judo. Pero tuvimos el enorme mérito de animarnos, de darles a los argentinos el Juego Olímpico que jamás habían visto.

Vivir en el IBC

La referencia al IBC (International Broadcast Center) es inevitable. Y es inevitable mencionarlo varias veces a lo largo de esta historia. Al fin y al cabo, una vez que empiezan los Juegos, no vivimos en una ciudad. Vivimos en un IBC. Por lo general, se trata de un predio similar a La Rural o al Centro Municipal de Exposiciones. Suelen ser espacios preexistentes; casi galpones disfrazados con muchos telones y algunas alfombras. A veces, como en Beijing, Londres y, próximamente, en Río de Janeiro, forma parte de los espacios por construir. Y si bien el olimpismo considera más prestigiosa a la prensa escrita que a la audiovisual, la inversión en el IBC suele ser mucho mayor que en el MPC (Main Press Center). Entre otras cosas, porque en el IBC conviven las cadenas de televisión que, con pagos multimillonarios de derechos de televisación, financian la fiesta. Junto con los auspiciantes, claro, que pagan fortunas porque la tele desparrama sus marcas alrededor de más de 150 países cada cuatro años. Como sucede con el Mundial de Fútbol, decir que sos auspiciante o socio de un Juego Olímpico vale una fortuna. Pero, a diferencia del fútbol, las marcas no pueden difundir sus productos a través de publicidad en los estadios. Allí, en el ámbito olímpico, las lonas y los carteles solo hablan de cosas como "Alto, Fuerte y Lejos", o "Atlanta 1996", con su logo correspondiente. Por cierto, tampoco la construcción de un IBC es una pérdida para la organización. Por el contrario, también con esto se gana dinero ya que cada cadena paga por la cantidad de metros cuadrados sobre los que pretende montar sus estudios, controles y oficinas. En el caso de la NBC (solo sin sus

millones, el olimpismo ya sería otra cosa), pagan para construir una miniciudad dentro del IBC. Con banco, cajero automático y McDonald's propios. En Atlanta 96 lo nuestro fue algo más modesto: una sala de aproximadamente tres metros y medio por cuatro en la que convivieron las coberturas de TyCSports (de diez a catorce horas diarias), Canal 13 (las ceremonias de apertura y cierre y los partidos del seleccionado argentino de fútbol, que fue finalista) y TN (envíos diarios con Juan Yankilevich como cronista y Claudio Korob como productor). Un absurdo pensar que en ese espacio mínimo —donde la única mesa era la que usaron para instalarme un monitor, apilar papeles y ensuciar todo con comida rápida y en el que no había más que un par de sillas (si agregábamos otra no entraba la gente)— pudiesen trabajar tres señales diferentes. Todas con intereses específicos o no tanto.

La tensión de la cobertura

En un espacio tan reducido de trabajo, casi promiscuo, es inevitable que se superpongan los intereses, las necesidades y los malos humores. Como en coberturas tan exigentes y extensas es habitual que las defensas bajen y la irascibilidad crezca, hay que ser muy cuidadoso y paciente con el compañero y con el vecino. No reconozco ninguna de las dos entre mis virtudes. De todos modos, el asunto era repartir horarios de edición —una máquina "beta" empotrada en un *rack* lateral que permitía editar por corte, es decir, sin ningún tipo de efecto—, asegurar la emisión de los materiales de cada canal y, en nuestro caso, que estábamos constantemente en el aire en vivo, bancarse los inevitables ruidos de quienes intentaban trabajar a un metro y medio de tu micrófono. Era transmitir un Juego Olímpico dentro del subte que va a Catedral un lunes a las ocho de la mañana. Con los recelos del caso, el asunto se hizo bastante llevadero, hasta que Carlos Mauricio Espínola garantizó la primera medalla argentina. Las competencias de yachting se realizaban en Savannah, localidad ubicada a 400 kilómetros de Atlanta, una ciudad sin espejos de agua en condiciones de ser sede de las pruebas de vela. Para colmo, si bien en un Juego Olímpico se generan imágenes en vivo de todos los deportes, esto no implica que se vean todas las pruebas de todas las especialidades. Por ejemplo, no se transmiten todos los partidos de tenis (las canchas secundarias no tienen televisación), ni todas las regatas: se corren varias al mismo tiempo y solo se emite un par por tanda. De tal modo, no solo hubo pocas imágenes de windsurf, clase en la que el correntino fue medalla plateada, sino que tampoco hubo televisación en vivo del podio. Conclusión: TyCSports envió en auto a

un periodista, un productor y un cameraman para tener lo antes posible las imágenes de nuestro primer medallista. El material debía llegar durante la madrugada posterior a la entrega de premios y la comitiva dejaría el video en nuestra oficina para enviarlo de inmediato a Buenos Aires. Al comenzar la jornada siguiente, ninguno de los que estaba en nuestra cueva sabía algo sobre las imágenes. Un rato después, en plena transmisión, vi en uno de los monitores del control las imágenes de Espínola con la medalla al cuello. Sin siquiera pedir un corte (una locura) pedí que cerraran el micrófono y me acerqué al productor de TN para preguntarle qué era eso. "Estoy mandando la premiación para el noti", contestó. "¿Nuestra premiación?", pregunté, sacado. "Sí, me dijo Juan que recibiera el video —dejado por nuestra gente a la madrugada— y me lo quedara hasta emitirlo." Además de muy buen productor y excelente persona, Claudio era un chico joven y grandote. En pleno brote de demencia lo puse contra la pared, aun sin saber cómo continuar con mi arrebato. En realidad, lo único que había hecho él era cumplir con una orden... y primerearnos con un material que no solo era exclusivo del canal, sino producto del esfuerzo de tres tipos que habían viajado 400 kilómetros de ida y de vuelta en un rato. Aprovecho este libro para, veinte años después, pedirle disculpas a Claudio por mi reacción. A la distancia —sé que está trabajando, y muy bien, en los Estados Unidos —, aprovecho para agradecerle su paciencia, que impidió que todo terminara en ridículo.

Un presidente olímpico

Que el olimpismo se jacte de reunir en sus Juegos más banderas que las que habitan en la ONU no suele ser garantía de calidad. Solo 85 de los 204 países que participaron en Londres, últimos Juegos a la fecha, sumaron por lo menos una medalla de bronce. De todos modos, la presencia testimonial o los cupos promocionales para deportistas que, del modo tradicional, no podrían ingresar en los estadios olímpicos ni con una entrada paga, son conceptos muy firmemente arraigados para la muchachada del COI.

En Atlanta fue el momento de Nauru, nación debutante en un Juego al igual que Azerbaiyán, Burundi, Cabo Verde, Comoros, Dominica, Guinea-Bissau, Macedonia, Palestina, Saint Kitts y Nevis, Santa Lucía, Santo Tomé y Príncipe, Georgia, Tayikistán y Turkmenistán. Un poco de ex-URSS terminados de acomodar, un par de conflictos geopolíticos resueltos y varias naciones a las cuales no solo nos costaría identificar en un mapamundi, sino que hasta dudaríamos a la hora de afirmar a qué continente pertenecen.

Lo relevante de Nauru, uno de los estados de Micronesia, es que llevó un solo deportista. Su representante —y obviamente, su abanderado— fue Marcus Stephen, un levantador de pesas que ya había participado en Barcelona 1992 pero bajo la bandera de Samoa, ya que el Comité Olímpico de su país aún no había sido reconocido oficialmente. No tuvo demasiada suerte: no logró levantar ni en arranque ni en envión en ninguno de los tres intentos.

Sin embargo, se trata de un olímpico récord. Un año después de los Juegos, asumió como tesorero del Comité Olímpico de Nauru. En 2003 fue electo para el Parlamento de su país como primer representante de la región de Anetan. Fue ministro de Educación y Finanzas de la Nación durante parte de 2004, regresó al Parlamento a fines de ese año y el 19 de diciembre de 2007 asumió como presidente de su país. Probablemente, estemos hablando del único olímpico que llegó a ser el máximo mandatario de la Nación a la que representó.

Cuatro pesadillas

El atletismo es uno de esos deportes en los que, cada cuatro años, todo se hace pensando en los Juegos Olímpicos. Para los mejores, aquellos que suelen tener las marcas clasificatorias que les permiten asegurarse un cupo con cierto margen de tiempo, prepararse respetando como corresponde la curva de rendimiento suele ser estratégicamente fundamental y muy redituable. Por supuesto, siempre hay imprevistos que lo complican todo. Por ejemplo, una falla técnica o una lesión.

No es extraño que algún gran atleta fracase justo en la cita más importante. Sin ir más lejos, fue en el Mundial de Daegu en 2011 cuando Usain Bolt protagonizó la partida en falso más famosa de la historia, justo en la final de los 100 metros. Lo extraño es que el conflicto alcance a varios favoritos, campeones olímpicos defensores o campeones mundiales vigentes, en una misma competencia. Entonces, lo casual pierde sentido y comienza el tiempo de las sospechas.

Fueron cuatro los grandes candidatos que tuvieron su pesadilla en Atlanta. Jackie Joyner-Kersee, una de las atletas más completas de la historia, favorita en el heptatlón y en el salto en largo, tuvo un tropiezo en los 100 metros con vallas de la prueba mixta y se retiró del resto de la competencia de dos días. Su equipo trabajó duramente para ponerla a punto para la prueba individual a la que se presentó con un ampuloso vendaje en la pierna izquierda. Kersee obtuvo la medalla de bronce. No faltó el mal intencionado que dijo que lo que en realidad había sucedido era que habían fallado cálculos que la hubieran expuesto a un conflicto reglamentario para la fecha del

heptatlón, y que ya no quedaron rastros un par de días después, cuando compitió en largo. Para ese entonces, no solo no existían los controles sorpresivos, sino que solo se chequeaba a quienes subían al podio.

Sergei Bubka, el ucraniano rey de la garrocha, el más grande especialista de todos los tiempos, el que popularizó su disciplina haciéndola salir mensualmente en los diarios de todo el mundo gracias a sus múltiples récords, se pasó gran parte de la prueba caminando por la corredera, descartando alturas. En un momento, descubrió su pie izquierdo como para que se vieran las ampollas en el talón que, finalmente, le impidieron competir.

Linford Christie, campeón de los 100 en Barcelona, llegaba a la final como candidato al podio. Para 1996 todavía existía la regla que permitía una partida en falso a cada uno y solo te descalificaban en caso de reincidencia[16]. Pese a que el reglamento era infinitamente más permisivo que el actual, el británico tuvo la mala suerte de partir anticipadamente dos veces seguidas en la que era la segunda carrera más importante de su vida.

Finalmente, Mike Powell, el fenómeno que en el Mundial de Atletismo de 1991 eclipsó a Carl Lewis ganándole la final de salto en largo más famosa de la que se tenga memoria, quebrando el récord mundial de Bob Beamon. En la final de los Juegos de Atlanta, ganada una vez más por Carl Lewis —cuarta dorada consecutiva en la prueba y último de sus nueve títulos olímpicos—, Powell apenas saltó 8m17 en el segundo intento y termino cayéndose de nariz en medio del cajón de arena argumentando una lesión muscular en el momento de despegar de la tabla en el cuarto salto. El *recordman* mundial se iba de Atlanta con un registro casi un metro más modesto que el de sus mejores jornadas.

Todo junto, en poco tiempo, a demasiados fenómenos. Mal momento para quien no cree en la casualidad.

La nadadora que se metió donde no debía

A propósito de descreídos, ¿cómo comprender que una irlandesa de 27 años, que tres años antes no tenía casi marcas entre las cien mejores de la especialidad, haya sido la gran estrella de la natación en Atlanta? Michelle Smith llegó a los Juegos con dos referencias contrapuestas: los títulos europeos en 200 mariposa y 200 medley, y Erik de Bruin, entonces suspendido por el uso de sustancias prohibidas con otros nadadores, como entrenador y esposo.

Smith había participado ya sin fortuna tanto en Seúl (arañó semifinales en 200 mariposa) y en Barcelona, donde una lesión limitó

sus chances en las tres pruebas en las que estaba inscripta. Sin embargo, no fue sino hasta 1995 cuando Smith empezó a presentar marcas de primer nivel mundial.

Más allá de las controversias, fue una de las nadadoras más versátiles de la historia. En Atlanta, ganó las medallas doradas en 400 metros libre y 200 y 400 metros medley, además de la de bronce en 200 mariposa. Para comprender bien el fenómeno no hay que pensar solamente en su capacidad para dominar estilos y estrategias, sino en la cantidad de veces que tuvo que nadar durante esos Juegos, teniendo en cuenta que en tres de las cuatro especialidades hubo eliminatorias, semifinales y final.

El gran pecado de Smith fue haberse metido con los 400 metros libre, prueba para la que, además, no estaba clasificada a la fecha del cierre de inscriptos (5 de julio). La organización hizo una excepción teniendo en cuenta el prestigio de sus registros. El gran problema se produjo cuando los dirigentes norteamericanos consideraron que por su presencia —irregular por el desfase de tiempo mencionado— la niña mimada local, Janet Evans, se quedaba fuera de la final de una de las pruebas que la había visto brillar hasta ese tiempo.

Las autoridades de US Swimming intentaron vanamente descalificarla y Evans aseguró en una conferencia de prensa que las sospechas de que Smith consumía sustancias prohibidas eran un secreto a voces alrededor de las piletas.

Como para alimentar el escándalo, dos años después de los Juegos, la FINA la suspendió bajo la acusación de haber alterado con alcohol una muestra de orina usada en un control. Smith, cuádruple medallista en los Europeos de Sevilla de 1997, apeló ante la Corte Arbitral del Deporte y el mismo abogado de Smith exigió que las audiencias fuesen públicas y difundidas por los medios.

No hubo caso. El médico español Jordi Segura, uno de los máximos responsables de los laboratorios de controles del COI, afirmó que la irlandesa había consumido un precursor metabólico de la testosterona, hasta 12 horas antes de los controles. Más rastros de androstenediona aparecieron en dos controles de noviembre de 1997 y marzo de 1998.

Ya con 28 años, y aún sin asumir su culpabilidad, Smith dejó la natación para nunca más volver. A tal punto renegó de las acusaciones que, luego de graduarse en abogacía en la Universidad de Dublinwith —se manifestó obsesionada con la posibilidad de ayudar legalmente a atletas que pasasen por su situación—, participó en un *reality show* de la televisión de su país al cual renunció cuando las autoridades de la cadena le informaron que debía estar disponible para una entrevista de lanzamiento del ciclo en *The Late Night Show*, donde pretendían hablar sobre su conflicto con las sustancias prohibidas.

Problemas de erotismo

En Juegos Olímpicos, dos medallas doradas, una plateada y tres de bronce. En Mundiales, cinco doradas, tres plateadas y cinco de bronce. Todo entre 1991 y 1996. ¿Cuánto más que esto haría falta para enfocar todo en la performance deportiva de la rumana Lavinia Milosovici, cuya carrera como gimnasta finalizó en Atlanta?

Lavinia fue una de las grandes gimnastas de todos los tiempos y también una de las más bonitas. Por esa razón, en 2002, junto a sus colegas y compatriotas Corina Ungureanu y Claudia Presecan, le ofrecieron participar de una producción fotográfica para una revista erótica japonesa. Para chicas acostumbradas a mucha gloria y poco reconocimiento metálico, la oferta en dólares de los japoneses resultó irresistible.

Poco después, el *backstage* de esa producción dio lugar a un video que se viralizó rápidamente a través de YouTube. En 2004 en Alemania, se editó un DVD titulado "Tres Chicas Doradas", en el que se las ve desnudas haciendo distintos ejercicios de gimnasia en aparatos. Las tres fueron sancionadas por cinco años para entrenar u oficiar de jurados dentro de Rumania. La reivindicación llegó en 2011, cuando Milosovici recibió su merecido ingreso en el Salón de la Fama de la Federación Internacional de Gimnasia.

Impacto belaruso

Otra gran carrera de gimnasia terminó en Atlanta 1996: la de la mega estrella de Barcelona 1992, el hombre que, bajo la bandera del Equipo Unificado de Naciones, ganó las seis de las ocho medallas doradas puestas en juego en esa prueba y que, bajo la de Belarús, logró cuatro de bronce en los Estados Unidos.

Vitaly Scherbo produjo un impacto sin precedentes en tierra catalana. Para entonces, se consideraba imposible que alguien tuviese el talento, el temple y el resto físico para ser el mejor en la prueba por equipos, la completa individual, anillas, potro con arzones y salto del potro. Un monstruo de otra dimensión, solo comparable con Mark Spitz o Michael Phelps, los únicos que ganaron más medallas doradas que él en un solo Juego.

Víctima de un asalto en Minsk, su ciudad natal, Vitaly decidió mudarse con su esposa Irina a los Estados Unidos, donde logró rápidamente matizar entre su carrera como gimnasta y un trabajo afín en el State College, de Pennsylvania. A principios del año olímpico, un grave accidente automovilístico dejó a su esposa internada en estado

de coma durante más de un mes. Tiempo de abandonar el entrenamiento, vivir en estado de angustia permanente y con el aliado cruel del alcohol como recurso.

Aun sin la preparación adecuada y con algún kilo de más, Scherbo se subió cuatro veces al podio en Atlanta. Siempre acompañado por su esposa Irina, ya recuperada y sonriente, en la tribuna.

La nueva diva de la gimnasia

Una de las grandes revelaciones del medallero de la gimnasia de Atlanta fue el rendimiento de Ucrania, que quedó aun por encima de potencias históricas como Rumania, de su excompañera de ruta Rusia y de la siempre fervorosamente asistida representación local. Clave para esta performance inesperada fue la actuación de Lilia Podkopayeva, la real diva de la gimnasia de esos Juegos. Su enorme tarea en la prueba completa individual la convirtió en la favorita del público local, cuyas representantes no tuvieron una actuación destacada. La contracara fue la de Rumania, que solo sumó una medalla dorada —Simona Amanar, en salto del potro—, a la vez que tres rumanas —Gogean, plateada, Amanar y Milosovici, igualadas en tercer puesto— completaron el podio de la prueba más exigente del programa.

Jurados en la mira

Como sucedió con Mary Lou Retton en la *all around* de 1984, la prueba por equipos femenina de Atlanta 1996 fue la que regaló la polémica y el chauvinismo elevado a la máxima potencia en un solo envase.

Estados Unidos presentó un buen equipo femenino en este torneo. Dominique Dawes, Dominique Moceanu, Shannon Miller y Amy Chow habían tenido un muy buen ciclo de preparación en los torneos mundiales anteriores a Atlanta. Lo suficientemente buenas como para aspirar a un lugar en el podio; para ganar, haría falta bastante más que saltar, correr, girar y ajustar una coreografía.

Jamás la gimnasia logrará evitar que el mundo de los desconfiados pongamos los ojos en los jurados. En realidad, cuando una prueba en la que se computan 48 calificaciones por equipo —dos por cada aparato por seis gimnastas— se define por solo 7 décimas, cada movimiento de lapicera de un árbitro genera murmullo. De tal modo, cualquier decisión puede ser acusada de tendenciosa.

Un poco menos de un punto llevaba al frente el equipo norteamericano al llegar a la última rotación. Mientras las soviéticas desarrollaban su rutina de suelo, a las norteamericanas les correspondía el salto del potro. En la penúltima rotación, Moceanu había realizado un salto por debajo de 9750 y el otro, pésimo, de 9200. Eso dejaba expuesta a Kerry Strug, que debía ser prolija en los dos saltos finales para asegurarle la victoria a su equipo.

En el primer intento, Kerry realizó un movimiento de corrección imprevisto sobre el trampolín y al caer no pudo mantenerse en pie por el dolor en el tobillo izquierdo. Su salto fue calificado por debajo de 9200. Lejos estaba de poder garantizar el esfuerzo de un segundo intento, que el equipo norteamericano consideraba necesario para lograr el primer puesto.

Todas las demás competidoras habían terminado sus rutinas. El clima en el estadio hacía poco menos que imposible que la gimnasta y su entrenador, el enorme rumano Bela Karolyi —padre deportivo de Nadia Comaneci, radicado hacía una década en los Estados Unidos—, se comunicaran claramente. Kerry solo alcanzó a escuchar que Karolyi le pedía que, efectivamente, intentara por última vez. Que ese salto era imprescindible para alcanzar la victoria.

Strug soportó la carrera, se impulsó bien en el trampolín, realizó correctamente el ejercicio y se concentró en la caída. Con una astucia indigna de un momento de semejante presión, tensión y dolor, cumplió con el protocolo de tocar el suelo con ambos pies en la caída, pero levantó el izquierdo casi de inmediato, mientras saludaba sonriente y dolorida ante los jurados.

Nadie hubiera podido dar perdedora a Strug después de semejante esfuerzo. Y con semejante ovación en las tribunas del Georgia Dome. Su salto estuvo por debajo de 9725, pero alcanzó para la gloria. Un rato después, llegó al podio con el pie vendado y llevada en brazos por Karolyi. Fue el momento ideal de toda epopeya deportiva norteamericana.

Strug fue la gran heroína de esos Juegos. También, la primera atleta en ser recibida por el presidente Bill Clinton.

Casi veinte años después de cierta indignación que manifesté al aire por considerar que, aun aceptando el mérito de Strug, los jurados habían calificado para la tribuna, es bueno hacer un mea culpa. Entre miles de errores cometidos durante aquella maravillosa transmisión fundacional, el de aquella noche fue el de no haber tenido la información suficiente que, aparentemente, tampoco tenía el equipo estadounidense: la defección de la rusa Galiyeva en suelo (9500) le hubiera permitido ganar a los Estados Unidos aun sin el segundo salto de Strug.

Una noche de terror

Una celebración como la de un Juego Olímpico no admite la idea de una catástrofe. La muestra más elocuente fue la ya mencionada Masacre de Septiembre Negro, en Múnich 1972: ni el asesinato de varios deportistas detuvo la marcha de la fiesta más que por un puñado de horas. Si algo llega a fallar, es imprescindible poner el conflicto bajo control o al menos dar la sensación de que así es.

Por eso, cuando a pocos días del comienzo de los Juegos, un avión de TWA que volaba de Nueva York a París se estrelló a escasos minutos de despegar, inmediatamente se adjudicó el desastre a un atentado terrorista. Tres meses después, la investigación oficial concluyó que el accidente que costó la vida de más de 200 personas se había producido por culpa de un defecto en el sistema de alimentación de combustible. Si bien hasta cuatro años después, cuando se cerró el caso, se seguía hablando de una mínima posibilidad de atentado —se insinuó hasta la posibilidad de un error en el sistema de defensa antiaéreo norteamericano—, la clave del momento fue dar la sensación de que, aun en el contexto del drama, de lo irreversible, se tenía la información suficiente como para que nada se desmadrase. Algo así como el marido infiel que no puede evitar los cuernos pero, al menos, lo sabe todo desde un principio.

Algo similar —menos grave en cuanto a número de víctimas pero conceptualmente mucho peor— sucedió con el atentado al Centennial Olympic Park de Atlanta, que produjo la muerte de dos personas —una de ellas de un paro cardíaco; hubo otros 110 heridos— en la madrugada del 27 de julio.

Para empezar, costó mucho creer que alguien fuese capaz de provocar un atentado en un espacio al aire libre, pero repleto de vigilancia. Se trataba de una especie de pulmón en medio de una cantidad importante de edificios de acceso restringido como las oficinas de IBM, de Coca-Cola, el IBC y los estudios de la CNN. Hasta el *House of Blues* se encuentra cerca de aquel espacio, destinado a ser el punto de encuentro de aficionados, turistas y hasta dirigentes y deportistas. El artefacto explosivo de fabricación casera fue colocado al pie de las columnas de audio ubicadas al costado izquierdo del escenario que aquella noche utilizó una banda de *reggae*. El responsable del atentado, Eric Rudolph, solo fue descubierto dos años después y detenido y condenado a prisión perpetua recién en 2003. Rudolph no solo fue declarado culpable por lo del Centennial. La investigación llegó hasta él debido a otros dos hechos similares de la época contra una clínica para abortos y un bar para lesbianas en la localidad de Birmingham, Alabama. Rudolph se reconoció en el juicio como un activista en contra del aborto por elección. “Pese a que el

olimpismo expresa claramente sus ideales sobre socialismo global, que vienen expresados por John Lennon en *Imagine*, canción utilizada como lema de Atlanta 96, las corporaciones financieras y el gobierno de Washington gastaron fortunas y armaron el más notable ejército de seguridad jamás visto para organizar y proteger las competencias. Lo que quise fue confundir, enojar y avergonzar ante los ojos del mundo a un Estado que legitima el aborto", dijo Rudolph en su alegato.

Sin embargo, todo esto se conoció mucho después de aquella noche de terror. En el momento y hasta que el mundo volvió a casa tras los Juegos, el sistema quiso, una vez más, darnos la certeza de que todo estaba en orden. La víctima fue el guardia de seguridad Richard Jewell, un inocente cuya única culpa fue cumplir con el *physique du rôle*.

La inocencia del culpable

Hacía mucho calor la noche del 26 de julio. Después de una semana de trabajo desde la mañana hasta la madrugada, sin saber bien cómo hacerlo ni qué repercusión tendría en casa, llegó el primer momento de descanso. El seleccionado argentino de básquet se enfrentó con el denominado *Dream Team II* y, gracias a que la transmisión se realizó desde Buenos Aires —el nunca bien ponderado *off tube*—, el equipo tuvo su momento de relax: pizza, cerveza y algún cigarrillo sentados al borde de una pileta, parte de los espacios comunes del barrio cerrado en el que vivíamos.

Alrededor de las 2 de la mañana, sonó el teléfono de mi departamento. Era José D'Amato: "¿Dormías? Prendé ya mismo la tele". Su tono era poco de dramático y mucho de "lavate los dientes, ponete los pantalones y rajemos ya para el IBC". Pepe debe de haber tenido muchísimos momentos de tensión en su carrera, pero no recuerdo haber atestiguado siquiera uno. Hasta para enojarse se veía relajado, como aquella tarde en la que, en su oficina, me dijo que Daniel Scioli cedía los derechos de sus últimas carreras como motonauta a cambio de que yo dejase de criticarlo. A Pepe no le gustó demasiado que mi respuesta fuera rescindir mi contrato o proponer un debate al aire durante dos horas para aclarar posiciones con el demandante —algo que jamás se produjo—, pero me bancó a *full*. Como sea, recuerdo como eterno el tiempo que demoré en acomodarme y que José tardó en pasarme a buscar con el auto. Las imágenes que había visto en la tele eran definitivamente apocalípticas. Cámaras ubicadas en lugares inverosímiles, planos fijos en los que solo se veían las luces de patrulleros y ambulancias y solo se escuchaban las sirenas. Era imposible estar seguro en ese momento, en el silencio

de un living comedor austero, en silencio y frente a un televisor de catorce pulgadas si lo que estaba pasando no era el comienzo de la mismísima Tercera Guerra Mundial.

Tardamos más de una hora en llegar al IBC. En tiempos en los que el GPS no era parte de nuestro inventario habitual, no abundaban los recursos para recalcular un recorrido familiar, aquella noche, repleto de desvíos y calles cortadas. Entre nuestro lugar de trabajo y el escenario del drama no había más que tres cuadras de distancia. Tal vez por eso mismo la primera imagen que me viene a la memoria de ese amanecer caótico fue la de estacionar el auto en la parte superior del complejo reservado para los medios periodísticos, un espacio enorme al aire libre en el que, en ese preciso momento, cualquiera hubiera podido dejar una, dos o diez bombas en los enormes contenedores de basura desparramados por el sector que nadie controlaba.

La cobertura pasó a tener un doble comando durante los próximos cuatro días. Por un lado, las competencias, que no se interrumpieron ni alteraron. Por el otro, la saga de Richard Jewell, un oscuro empleado de seguridad de 35 años, que vivía con su madre en una pequeña casa de las afueras de la ciudad y en cuyo legajo sobresalía un rotundo fracaso cuando había intentado sumarse a los Marines.

En las dos jornadas posteriores al atentado, Jewell fue el más fiel reflejo de los soldados aliados entrando en París. Era el héroe que había despejado la zona de la explosión salvando la vida de muchos: había sido él quien atendió el llamado de amenaza hecho a uno de los teléfonos públicos ubicados cerca del escenario. “No hice nada extraordinario. Solo cumplí con mi deber de ciudadano”, se cansó de explicar poco menos que en cadena nacional. Jewell fue, durante un rato, un héroe sin oficio ni carisma.

De pronto, los organizadores, la policía y, fundamentalmente, el FBI descubrieron que estaba todo bien con Jewell pero no tenían ni la mínima aproximación a los culpables del episodio. Entonces, la historia dio un vuelco dramático. Y vergonzoso. La epopeya de Jewell se llenó de dudas. La gente del sistema de llamadas de emergencias decía no registrar ninguna alerta cerca del horario del crimen al teléfono que decía haber atendido: en Estados Unidos, los teléfonos públicos tienen adjudicado un número como cualquier teléfono de línea. De tal modo, es sencillo seguir el registro de llamadas. Luego, apareció en escena Raymond Cleere, presidente del Piedmont College, donde Jewell fue empleado de seguridad durante un par de años. Cuando lo vio expuesto como el hombre del momento, Cleere no dudó en contactarse con el FBI para advertir sobre una presunta tendencia de Jewell a querer ser un héroe sin tener agallas para ello. Hizo algo peor: llamó a la gente de NBC News y del diario más importante de la

ciudad.

Desde ese momento y hasta bien después de terminados los Juegos, Jewell pasó de ser el yerno con el que sueña toda suegra a la reencarnación de Lee Harvey Oswald. Los *talk shows* hicieron estudios psicológicos que desmenuzaban desde sus dichos y su forma de escribir hasta esos mohines de ceño fruncido y bigotito triste que, hasta hacía poco, lo habían convertido en el olímpico más popular de la semana. Las cadenas de noticias montaban guardia las 24 horas frente a su casa y se lo vio salir esposado en vivo mientras señores con chaleco identificatorio se llevaban desde computadoras hasta cajas llenas de productos con los que, supuestamente, Richard había preparado aquella bomba casera. Listo. Los guardianes del orden ya nos habían entregado un culpable y todos podíamos disfrutar del deporte, relajados y felices.

Dos meses después del final de las competencias, Jewell fue declarado inocente. Un año más tarde, ganó en primera instancia el juicio por daño moral contra los medios que lo destrozaron y contra su exempleador, que lo había sintetizado como un "lobo solitario en busca de gloria".

Aseguran que Jewell embolsó un par de millones de dólares. Y que después de tanta exposición, no acepta ni sacarse una *selfie* para el cumpleaños.

Las medallas y el vaticinio de Grondona

La Argentina llevó a Atlanta una delegación de 178 deportistas de los que apenas 47 fueron mujeres, incluido el seleccionado femenino de hockey sobre césped, que terminó siendo una de las principales frustraciones. Las chicas venían de ser subcampeonas mundiales en Dublin dos años antes, consagrando a la genial Karina Masotta como la mejor jugadora del torneo. En Atlanta terminaron en un inesperado séptimo lugar, aunque ya incluían en el plantel a jugadoras de la talla de Cecilia Rognoni, Magdalena Aicega, Jorgelina Rimoldi, Mariana González Oliva, Ayelén Stepnik, Anabel Gambero y la mismísima Masotta. Cuatro años después, comenzarían con una de las más maravillosas historias de nuestro olimpismo.

La noche previa a la ceremonia de clausura me crucé en una de las calles de acceso a la Villa Olímpica con Julio Grondona. Venía de ver un partido de las chicas acompañado por Eduardo Deluca, ya entonces dirigente de la Conmebol y tío de María Paula Castelli, integrante del seleccionado. Quizás decepcionado por la derrota del seleccionado de fútbol en la final ante Nigeria, jugada el día anterior, el presidente de la AFA apenas demoró en saludarme antes de sentenciar que "si estas

pibas tuviesen la guita que maneja la AFA, no vuelven a perder un partido más en su vida". Las Leonas jamás estuvieron bajo la órbita de la AFA y perdieron unos cuantos partidos, pero en la esencia del mensaje Grondona tenía razón.

Además del hockey, la Argentina sumó otros seis diplomas en Atlanta: tres en judo —con la abanderada Carolina Mariani entre ellos —, dos en yachting, y el del vóleibol masculino.

La primera medalla fue la de bronce del mendocino Pablo Chacón, quien ya como profesional pudo ser campeón del mundo peso pluma antes de retirarse en 2006 debido al desprendimiento de retina en ambos ojos.

Luego, llegó la ya mencionada de Carlos Espínola en windsurf. El correntino, medallista olímpico argentino por excelencia, volverá a aparecer inevitablemente en esta historia. En primer lugar, porque es el mejor antídoto contra el exitismo: ninguna de las cuatro medallas que obtuvo fue dorada y a nadie se le ocurriría minimizar su gesta deportiva. Luego, porque después de haber perdido la elección a gobernador de Corrientes por el Frente Para la Victoria fue designado Secretario de Deportes de la Nación durante la parte final del mandato de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner.

Finalmente, la del fútbol. La de la polémica, el *offside* mal jugado cerca del final, y los jugadores metiéndose la medalla plateada en el bolsillo en señal de desprecio por un partido decisivo que pareció dominado y no se supo definir.

Aquel no solo fue un gran plantel diseñado por Daniel Passarella, sino que constituyó la base del seleccionado que superó de modo notable la instancia eliminatoria rumbo al Mundial de Francia, en el cual se perdió en cuartos de final después de un desafortunado cierre de partido ante Holanda. Sin dudas, ese equipo respondió a un plan de trabajo impecable, con una estructura de jugadores de menos de 23 años a los que, en 1995, ya se soñó como la base de la delegación mundialista. El plantel no tiene descartes: Carlos Bossio, Pablo Cavallero, Javier Zanetti, Roberto Ayala, Roberto Sensini, José Chamot, Mauricio Pineda, Hugo Morales, Christian Bassedas, Ariel Ortega, Matías Almeyda, Marcelo Gallardo, Pablo Paz, Gustavo López, Marcelo Delgado, Claudio López, Hernán Crespo… Un lujo por donde se lo mire.

16 En 2003 se pasó a una partida en falso y, en caso de una segunda, descalificación sin importar si el infractor había sido también el original. Hoy basta

solo una partida en falso para ser eliminado.

Capítulo XI. Sídney 2000
El prejuicio de un Juego en una tierra admirada

A diferencia de Atlanta, para Sídney la logística del canal fue infinitamente superior. Viajaron varios cronistas, productores y camarógrafos, un editor y un director, Alejandro Basteiro, a quien, aún radicado en Miami, jamás dejaré de agradecer la dedicación de esas jornadas interminables. Lejos de aquel espacio ínfimo y tóxico de cuatro años atrás, nuestra locación en el IBC incluyó un estudio con escenografía, una mesa de trabajo frente al vidrio que daba al control y hasta un rincón para la producción. De todos modos, por alguna razón y en algún momento, yo debía encontrar motivos para el fastidio. Puede ser más cerca o más lejos de la competencia, pero siempre es antes de que empiece la fiesta. Casi siempre fue así. Y si bien reconozco haber tenido razones para el reclamo, el tema evidentemente tuvo que ver más con la tensión previa a "salir a la cancha" que a la gravedad auténtica del asunto.

Para Sídney 2000, el conflicto fue el alojamiento. La persona responsable de resolver nuestra logística en Australia estaba empecinada en instalarnos en un complejo de departamentos, cosa que efectivamente hizo con el resto del equipo de enviados especiales. Traté de explicar que, ya que estaríamos en el aire desde muy temprano a la mañana hasta cerca de la medianoche, quería tener la posibilidad de pedir una sopa o un sándwich al servicio de habitación de un hotel en vez de perder más de las —muy pocas— horas de sueño buscando un restaurante en una ciudad que, salvo jueves y fines de semana, bajaba las persianas poco después del atardecer. Con buena parte del equipo en Australia, a dos semanas de los Juegos y estando aún en Buenos Aires, planteé al gerente general del canal la situación y le expliqué que si no se resolvía el asunto estaba dispuesto a no viajar. Más allá de que, finalmente, se contrató un hotel —por el apuro que provocó el atraso de la gestión terminaron pagando un disparate que prefiero no recordar—, lo que más vértigo da mirando

en perspectiva aquel momento fue haber puesto en riesgo la cobertura de semejante manera. Evidentemente, no eran los mejores días de mi vida.

No estábamos solos en la madrugada

Según la época del año, la diferencia horaria entre Sídney y la Argentina varía entre las doce y las trece horas. Es decir, las antípodas y aún más que eso, aunque parezca físicamente imposible. La jornada de competencias comenzaba a las 8 de la mañana de la ciudad australiana (las siete de la tarde de la Argentina, pero del día anterior). La pregunta del millón era cómo haríamos para lograr algo de audiencia durante la madrugada argentina, que ocuparía la mayor parte del tiempo de competencia. La respuesta la dieron millones de argentinos. Por primera vez, un Juego Olímpico se convirtió en un acontecimiento de audiencia masiva en nuestro país, al menos para los niveles que pretenden los canales de televisión por cable. Durante esos días, supimos que para el público fanático del deporte —y de la celeste y blanca—, es absolutamente viable decirle que tres o cuatro horas son, en realidad, un rato. Entonces, se convirtió en hábito avisar que "en un rato" jugarían Las Leonas, o que "en un rato" la Argentina enfrentaría a Brasil al vóleibol. Los más fieles —realmente fueron muchos— aceptaron robarse varias horas de sueño durante dos semanas. También porque "en un rato" nadaba Ian Thorpe o se corría la final de los 100 metros llanos. Ya saben: en la jerga olímpica, "un rato" es un eufemismo bajo el cual se oculta una indefinida cantidad de horas de espera. Si Atlanta 1996 significó el momento bisagra, el antes y después de las coberturas olímpicas en nuestra tele, Sídney 2000 fue la confirmación de que el esfuerzo, la apuesta y la inversión se reflejaban en una audiencia importante para el afianzamiento de la señal. Y en un respaldo publicitario inimaginable pocos meses antes.

Una ceremonia inaugural sin precedentes

Otro aspecto distintivo de la cobertura de 2000 fue la de tener lo que se denomina "posición de comentarista" en el Estadio Olímpico. Es el equivalente a las viejas cabinas de transmisión de las canchas de fútbol, pero reducidas a un pupitre tan ancho y profundo como para disponer de un monitor, una consola de audio y apoyar un par de anotadores. Lo que menos importa de ese espacio es la comodidad. El solo hecho de pagarlo —se contrata el lugar por todo el certamen; no

se aceptan pedidos por día— te da el derecho de relatar todo aquello que suceda durante los Juegos en ese escenario. Además, automáticamente podés disponer de varios de los tickets más caros y requeridos: las ceremonias de inauguración y de clausura y las ocho jornadas del certamen de atletismo.

Las primeras imágenes que se me vienen a la cabeza de Sídney remiten al momento en el que me senté en nuestra butaca para disfrutar del ensayo de la ceremonia de apertura. No me alcanzaban los ojos para mirar ni las manos para grabar con una camarita VHS todo aquello que remitía a la formidable fiesta de australianidad que viviríamos al día siguiente. Es imposible transferir la sensación de estar ahí, entre decenas de miles de personas, siendo uno de los poquitos privilegiados que, además, le pudo contar al público de su país todas y cada una de las decenas de veces que se estremeció ante semejante muestra de creatividad, talento y orgullo nacional bien entendido.

Transmitir un Juego Olímpico desde los estadios me hace sentir, tontamente, propietario del asunto. En tanto estoy ahí, sentado en un lugar reservado para pocos, soy un poco dueño de los anillos. Y termino creyendo que esa historia es, en alguna proporción, exclusiva para mí. Por eso, la sensación de vacío cuando todo termina. Se acaba la celebración que justifica el estado de autismo olímpico y me convierto en una quinceañera amaneciendo después de su fiesta.

Como los catalanes en 1992, cuando apostaron lo impensado en convertir el estadio del Montjuic en un gigantesco escenario invadido por enormes naves de papel pintado y temibles monstruos marinos de cartón piedra, los australianos cambiaron para siempre la forma de pensar las ceremonias inaugurales. En Sídney 2000 supimos que los estadios pueden convertirse en un formidable espacio 3D. Fue una fiesta celebrada a lo largo, a lo ancho y a lo alto.

Nikki Webster, una deliciosa colorada de doce años, fue la gran protagonista. En sus sueños se tradujo cada paso de la historia de su país. Aún hoy repaso aquellas imágenes y no comprendo cómo hizo para bailar y cantar sujeta por un arnés a 40 metros de altura con la gracia que ninguno de nosotros sería capaz de intentar, ni siquiera bajo la ducha.

Los australianos aprovecharon las dos ceremonias para hablar de sus conquistas y de sus orgullos, incluso de aquellos que, desde otros lugares del mundo, intentan exponer como motivo de burla. Por eso, desfiló Cocodrilo Dundee. Por eso, la última carroza fue la de la más famosa *Drag Queen* de King's Cross[17]. En el medio, pasaron un mito del golf como Greg Norman, la cantante Kylie Minogue, la modelo Cindy Crawford y el "pelado" de Midnight Oil[18]. Esa noche, supimos de su orgullo por aquellos orígenes en los que criminales y prostitutas

enviados desde Gran Bretaña comenzaron la convivencia con los aborígenes de la Isla de Torres y de cuánto sienten deberles a los caballos para el desarrollo de una nación entrañable.

Conocimos un país superpoblado en las orillas y vacío en un centro invadido por un desierto yermo como el Sahara, pero con menos prensa. También supimos de las medusas venenosas de la ciudad de Darwin, capital del norte de Australia, cuyas playas se consideran entre las más limpias de polución del planeta. De las señoras que aprovechan la hora del almuerzo para comerse una ensalada y hacer *topless* en las playas de Bondi Beach. Y de esa mosca que te recibe en Melbourne y te despide solo cuando te vas de vuelta a casa (las moscas de Melbourne parecen entrenadas por la CIA).

La Villa Olímpica por dentro

Algo muy poderoso debe de suceder con Australia. La de 2000 fue la segunda oportunidad en que los Juegos Olímpicos llegaron a tierras tan remotas para los dueños de los anillos. Sean los europeos, que ya habían tenido suficiente con atravesar medio planeta como Marco Polo para cumplir con el sueño de Melbourne 1956. Sean los norteamericanos, para quienes que una competencia de semejante magnitud se realice en las antípodas significa un conflicto de imposible resolución para la televisión de aire. Hay que recordar que la NBC paga por derechos de transmisión un dineral suficiente como para financiar la organización entera de un Juego. Y para la NBC no resulta nada sencillo explicarle a la audiencia norteamericana —probablemente, la que más oferta de canales debe tener en el mundo— que vale la pena madrugar para ver a un luchador grecorromano o quedarse despierto de madrugada porque las chicas del *beach volley*, además de verse sensuales, están a punto de ganar una medalla de bronce. Aún así, los anillos viajaron a un remoto país de Oceanía casi tantas veces como volaron en busca de los millones —de yenes, de renminbis[19] o de wones[20]— de un mercado asiático cada vez más influyente en el deporte y en los negocios.

Tengo múltiples motivos para enamorarme de un país como Australia. Pero las decisiones de esta magnitud, sean del COI, de la FIFA o de la Organización Mundial de la Salud no suelen considerar cuestiones del romanticismo. ¿Por qué Sídney, entonces? No me animaría a profundizar sobre los motivos previos a su designación. Por cierto, aun entonces el olimpismo atravesaba los peores tiempos de su historia en lo que a corrupción se refiere. Por entonces, la compra de un voto valía, desde la ortodoncia para un dirigente argentino, hasta becas en las mejores universidades norteamericanas para los hijos de

un representante africano.

Lo que quedó claro —ampliamente claro— fue que la capacidad creativa, logística y de organización integral australiana fue inmensamente superior a la de, por ejemplo, Atlanta cuatro años antes.

Aquellos Juegos no solo me regalaron mi primer espacio en un Estadio Olímpico: también conocí una Villa de atletas. Como es costumbre en estos tiempos, tanto el Parque Olímpico —espacio en el cual se construyen instalaciones para varias disciplinas diferentes, prensa y hotelería— como la Villa Olímpica se levantaron en tierras despobladas. Aunque parezca mentira, en grandes ciudades como Sídney —lo mismo sucedió en Beijing y en Londres— aún hoy disponen de enormes espacios libres o de barrios abandonados o poco poblados a los que se puede reformular. El gran ejemplo al respecto fue el de la capital inglesa, pero también en Sídney se buscó una lógica semejante.

Sobre la Villa Olímpica hay mucha fantasía. Juergas interminables, cruces de cultura y la ocasión ideal para que dos que se miran de reojo desde hace tiempo puedan concretar. Como dije: fantasía pura. De lo poco que conozco de real, nada debe decirse. Lo que pasa en la Villa, queda en la Villa. Es verdad, también, que no han sido pocos los matrimonios que nacieron de la admiración mutua. Y que andar por la vida con una medalla colgada al cuello abre tantas puertas como la facha o un físico imponente.

Sin embargo, la principal fantasía pasa por la presunta comodidad de sus instalaciones. En realidad, lo que todos aprecian de la vida en la Villa es, fundamentalmente, la experiencia de vida. Sentarse en el comedor de la zona internacional y que, de pronto, se te acerque Asafa Powell y te pida permiso para desayunar en tu misma mesa y llevando la misma bandeja del autoservicio que un remero afgano. O que un crack del vóleibol cubano sea quien te toque el hombro y pregunte si te falta mucho frente a la computadora de la zona común de acceso a Internet, un servicio poderosamente codiciado en esos años en los que tener una notebook con conexión de WiFi en el pabellón destinado a tu país no figuraba ni en las fantasías de Steve Jobs.

Por lo general, todo lo que sobresale en la Villa Olímpica tiene que ver con espacios comunes. Los sectores específicos de cada país pueden tener diferencias de ubicación o de espacio pero, por lo general, se trata de monobloques dentro de cuyos departamentos es improbable encontrar habitaciones individuales. Es más, no recuerdo en mi primera visita al sector argentino de la Villa de 2000 haber visto siquiera un aparato de televisión.

El placer de ser olímpico no pasa por la ostentación, sino por miles de cosas más que no sabremos jamás. Porque nunca seremos

olímpicos. Recuerdo con placer de privilegio haber compartido un rato con los deportistas argentinos en situación de intimidad. Por ejemplo, con los chicos del hockey. Allí supe de la pasión olímpica del "Chapa" Retegui, del talento de Mario Almada, del gol infinito del genial Jorge Lombi, de la juventud casi insolente de los hermanos Vila. Recuerdo también a los gigantes del vóleibol que, con el incomparable Hugo Conte a la cabeza, nos regalarían una de las piezas más maravillosas de esos Juegos. O a Mariano Zabaleta, a quien todavía le debo el video que no volví a encontrar de su victoria ante el "Chino" Ríos. O de unas muy jovencitas Georgina Bardach y Cecilia Biagioli a las que registro asomadas a la ventana de su departamento, enfrente del pabellón principal argentino, con un contraluz que jamás me permitió comprobar si ese saludo era de onda o simplemente una burla adolescente.

Me incomoda profundamente invadir el espacio privado de una delegación deportiva. No me gusta meterme en sus hoteles, ni en sus vestuarios, ni en sus festejos. Así fui educado; mucho más desde la visión del deportista que jamás fui que desde el periodista que soy desde hace más de treinta años. Esos momentos que los espectadores se desesperan por ver, copiar y viralizar, para mí son sacrosantos. Son de los que juegan, como las camisetas que usan. Tal vez por eso, aquella primera visita a la Villa fue tan inolvidable como efímera. Quizás no imaginaba que, salvo en una ocasión fugaz en Beijing, jamás volvería a ese espacio sagrado.

Buenas costumbres

No sé cómo serán hoy las costumbres en Sídney; desde aquellos Juegos no volví a pisar suelo australiano. Sin embargo, sospecho que ciertos hábitos no deben haber cambiado demasiado. Por ejemplo, la ventaja de poder comprar desayuno, almuerzo y merienda a las 7 de la mañana antes de salir para el IBC: a esa hora, buena parte de la clase activa de la ciudad lleva un rato en marcha. Por ejemplo, la desventaja de que, salvo los jueves —extienden su horario hasta las 21 — ni el centro de compras más importante cierra después de las 19. De tal modo, necesité ayuda de los compañeros de cobertura que cumplían medio turno por la mañana hasta para comprar los casetes que aún hoy —vetustos— guardo con las grabaciones de aquellas competencias.

A propósito, no han sido pocas las fantasías —tampoco todas buenas— que se dicen por ahí sobre mi archivo audiovisual. No pienso enchastrar estas páginas respondiendo a quienes ni siquiera merecen un insulto en Twitter, pero es cierto que, desde fines de los 80, grabar

todo lo que pueda del certamen que cubro es parte de mi equipaje. Tanto es así que dentro del armado que realizan mis entrañables compañeros del área técnica de TyCSports se incluye todo lo necesario para cumplir con el cometido. En aquel entonces, disponer de un monitor y de un cable con la señal de acceso a la matriz que recibe el canal dentro de su espacio en el IBC para poder grabar en un VHS las imágenes del deporte que se me ocurra. Hoy, armar un tablero espejo del que se usa para seleccionar la señal HD en el control del estudio para poder copiar el material con un maravilloso sistema de alta definición, cuyo dispositivo no es mucho más grande que un teléfono celular. En todos los casos, no puedo dejar de agradecer el nivel de malacrianza al que me exponen mis compañeros. Hasta me siento un poco querido, pese a que algunas rabietas y mi ego inconmensurable no lo merezcan.

Tampoco estoy seguro de que las costumbres que en aquel entonces me encandilaron del modo de vida australiano sigan de moda. Hasta tanto la realidad me demuestre lo contrario, seguiré fascinado. Hago esta salvedad porque no me queda más remedio que estereotipar a través de la vivencia propia. En la mañana previa a la ceremonia de clausura, a través de las radios, se convocaba al público a acercarse a distintos puntos de referencia ya entrada la noche de domingo. De tal modo, quienes no tuvieran la posibilidad de ir al estadio —con capacidad para casi 120.000 espectadores— podrían ser testigos de la cadena de fuegos artificiales más extensa de la historia, que viajaría en pocos segundos desde la zona de Homebush —allí se construyó el Parque Olímpico— hasta el emblemático Sydney Harbour Bridge. Recuerdo casi de memoria el mensaje común a los oyentes: “Hace pocos meses tuvimos el privilegio de ser la primera gran ciudad en la que se celebró la llegada del nuevo milenio. Pedimos por favor la mayor de las colaboraciones a la comunidad para evitar que, en esta nueva ocasión de fiesta, se repitan los inconvenientes de enero cuando TRES personas fueron detenidas por incidentes relacionados con el consumo excesivo de alcohol”.

De aquella ceremonia de cierre hay infinidad de cosas para recordar. Desde Kylie Minogue hasta Midnight Oil pasando por *Waltzing Mathilda*, ese entrañable homenaje a la mujer australiana que conocí a través de la versión desgarradora de Tom Waits y que finalmente supe era un himno de ilusión y admiración. Mi cuarta hija, Joaquina, estuvo muy cerca de llamarse Matilda; sin embargo, la síntesis de lo que más admiré entonces de la sociedad australiana llegó al día siguiente de aquella celebración.

Michael Knight, miembro del Partido Laborista, había sido designado en 1996 como Ministro Olímpico, cartera creada camino a los Juegos y que se desactivó en 2001. Como tal, fue la cabeza visible

de un trabajo formidable. Como tal, la prensa australiana le auguraba futuro de Primer Ministro.

Durante aquella fiesta maravillosa, Knight recibió de Juan Antonio Samaranch, presidente del COI, la Orden Olímpica en su máxima consideración, la de oro. Había sido su noche soñada. Su nombre había brillado a la par de los de Sergei Bubka o Jan Zelezny, flamantes miembros del Comité de Deportistas del COI. Ni imaginaba que, 24 horas más tarde, la misma prensa que lo había vendido como el australiano perfecto lo expondría como un miserable.

En la edición del martes 3 de octubre, *The Australian*, por entonces el diario de mayor tirada del país, publicó un artículo denunciando que, en la mañana de la fiesta de clausura, Knight exigió a Samaranch que reviera su decisión de condecorar, además, a otros dos referentes de la organización. Por eso, a Sandy Holloway, presidente del Comité Organizador de los que Samaranch anunció como mejores Juegos de la historia, le bajaron la condecoración de oro a plata. Por eso a Ric Birch, responsable de la organización de ambas ceremonias, directamente lo sacaron de la lista.

Por todo eso —y porque se hizo pública su actitud—, desde entonces Knight solo ocupó cargos en organismos no gubernamentales. Lejos del sueño de grandeza, este buen hombre con 21 años de presencia ininterrumpida en el parlamento del estado de Nueva Gales del Sur —Sídney es su capital—, jamás volvió a participar de la política grande de su país. ¿Por asesino? ¿Por corrupto? No. La sociedad australiana lo condenó por vanidoso. Por egoísta. Por miserable. Quién pudiera…

Tus millones por un voto

En 1993, Sídney ganó la sede en una disputa final con otras cuatro ciudades. Fueron cuatro etapas de votación y solo en la última rueda logró pasar al frente. Beijing fue la gran derrotada: la capital china fue la más votada, salvo en el último cruce. Estambul se quedó afuera de entrada con apenas 7 votos. En esa primera rueda, Beijing aventajó a Sídney por 32 votos a 30. Después, le tocó ser eliminada a Berlín (los chinos volvieron a ganar, esta vez por 37 a 30). De inmediato, quedó afuera Manchester, que en ningún momento superó los 13 votos. En la tercera rueda, Beijing superó a Sídney por 40 a 37. Finalmente, la mayoría de los votos del bloque que había apoyado a Manchester se volcó por los australianos, que ganaron por el mínimo margen posible para esta cantidad de delegados: 45 a 43.

En esta elección, quedó en claro que no tiene ningún sentido hacer participar a tantas ciudades de votaciones tan dispares. Lo mismo

padeció Buenos Aires cuatro años más tarde. Pero la única razón por la que se permitía semejante despliegue de energías —y de millones de dólares— era para no dejar caer el negociado de muchos de los votantes… y de algunos representantes de las ciudades aspirantes, afectos a los nunca bien ponderados retornos.

Un medallero con sacudones

Fueron 199 las naciones participantes, intervinieron más de 10.500 atletas —6582 varones y 4069 mujeres— y se practicaron un total de 300 disciplinas incluidas en los programas de 28 deportes.

La mayoría de los aspectos extradeportivos destacados tuvo que ver con reclamos públicos en favor del respeto por las tierras de los pueblos originarios. La responsable de encender el pebetero olímpico, Michelle Freeman —aborigen ella— fue no solo la deportista más popular del certamen —su victoria en los 400 metros llanos la muestran aún hoy como una exponente de otra dimensión—, sino una de las principales portavoces del reclamo.

Para el Movimiento Olímpico fue todo un suceso que se llegara a la cifra récord de 80 naciones ganadoras de —al menos— una medalla. Y se justificó plenamente la ausencia de Afganistán, suspendido por la política talibán de prohibición de acceso de las mujeres a las actividades deportivas.

Estados Unidos se ubicó primero en el medallero (37 doradas, 24 plateadas y 32 de bronce), Rusia quedó segunda, China tercera y Australia se acomodó en un histórico cuarto puesto, respondiendo a la lógica del crecimiento de la delegación local. Los australianos ascendieron desde el 7º puesto en Atlanta y sumaron 17 medallas más que cuatro años antes.

Ese medallero tuvo sus sacudones con el paso del tiempo. A la rumana Andrea Raducan se le quitó la dorada en la prueba completa individual de gimnasia femenina por una sustancia prohibida que consumió con un remedio para la fiebre. En 2007, el COI le retiró tres medallas doradas y dos de bronce a la norteamericana Marion Jones, la gran figura del atletismo femenino en Sídney, debido al uso de anabólicos. En 2008, la sanción fue para el equipo de 4×400 de los Estados Unidos. Antonio Pettigrew fue el primero en caer. Luego, llegó la confesión de los gemelos Harrison y de Jerome Young. En este caso, por tratarse de una mayoría del equipo —cuatro sobre seis atletas usados desde las preliminares—, directamente se les quitaron las medallas también a Angelo Taylor y al enorme Michael Johnson, considerados inocentes en esta historia. En 2010, se le quitó la medalla de bronce al equipo femenino chino de gimnasia artística:

habían utilizado una atleta de menor edad que la permitida (14 años). Finalmente, en 2013, quien devolvió su medalla de bronce fue el mítico Lance Armstrong. Probablemente, haya sido lo menos grave que le pasó a uno de los más grandes y polémicos ciclistas de la historia.

Quizás lo más destacado de esas medallas de bronce es que fueron confeccionadas con las monedas de 1 y 2 centavos de dólar australiano, puestas fuera de circulación en 1992 y fundidas para la ocasión.

Demos gracias al yachting

La Argentina tuvo 143 deportistas compitiendo en Sídney, de los cuales apenas el 31 por ciento fueron mujeres. Una paradoja, si tenemos en cuenta que, entre lo individual y lo colectivo, 17 chicas y solo 3 hombres se colgaron medallas del cuello.

Carlos Espínola fue el abanderado de la delegación y, como en 1996, obtuvo la plateada en windsurf, apenas cinco puntos detrás del austríaco Sieber. El correntino, un coloso olímpico, sumó aquí el segundo dos de sus cuatro podios consecutivos.

Al yachting le correspondieron tres de las cuatro medallas argentinas. Siguen estando frescas las imágenes de la descomunal lucha de Javier Conte y Juan de la Fuente en la Clase 470, marcando a la embarcación británica para quedarse con la medalla de bronce por apenas un punto. Recuerden que este deporte es como el chinchón: cuantos menos puntos, mejor. Y los puntos se acumulan directamente en relación con el puesto ocupado en cada regata, con uno o dos descartes —la peor ubicación— según la extensión de la competencia.

El tercer podio náutico fue para Serena Amato, en la Clase Europe. Serena realizó un torneo formidable y llegó al cierre casi con el escenario garantizado: lejos de las dos primeras y en control respecto de la rival española Neus Garriga, a quien aventajó por 10 puntos en la general.

Este recuerdo escueto, casi amarrete, del enorme torneo realizado por los navegantes argentinos en Sídney tiene que ver, fundamentalmente, con la imposibilidad de estar cerca, no solo de sus performances sino de su lugar de concentración.

Las pruebas de vela suelen disponer de una Villa de Atletas alternativa. Por lo general, se trata de instalaciones a veces hasta precarias cerca de las marinas de acceso a las canchas de regatas. Por cierto, lo más grave no es que pocos periodistas tengan acceso real a sus actuaciones y a sus testimonios —el querido Norberto García debe de ser el único que podrá jactarse de ello desde Sídney a la actualidad

—, sino el hecho de que muchos de ellos pasan horas y horas en el agua esperando la orden de largada. A veces, esto ni siquiera sucede durante toda la jornada, sobre todo cuando el viento sopla poco o las banderas de referencia ni siquiera se mueven. Entonces, pueden estar horas en un barco monoplaza o a caballo de una tabla que, finalmente, jamás podrán usar. En los días esquivos, lo mejor que puede pasarles es que, directamente, no se dé la orden de salir al agua.

De alguna manera, por las alegrías, por la emociones y porque, entre 1996 y 2012 jamás dejaron de subirse aunque sea una vez al podio, siento que el deporte argentino tiene una deuda de gratitud con nuestro yachting.

Campeones sin medalla

Ya se explicó el valor de los diplomas olímpicos para un país que, a veces, ni siquiera puede ganar una medalla de bronce. Tal fue el caso de la Argentina durante los Juegos de Montreal 1976 y de Los Ángeles 1984. Por eso, también cabe el reconocimiento al mérito de quienes, aun sin medallas, finalizaron entre los ocho mejores de sus disciplinas.

Por encima de todo, hay que mencionar al vóleibol masculino, el de la maravillosa victoria en cuartos ante Brasil —un favorito para la medalla dorada— y que no pudo ni con Italia en semifinales ni con Rusia en el partido por el tercer puesto. De todos modos, el equipo de Conte, Milinkovic, Weber y compañía hizo historia en Australia.

También finalizó cuarto Gabriel Taraburelli, un pionero en el taekwondo olímpico y, además, un entrenador de élite que acompañaría desde la silla la epopeya de Sebastián Crismanich camino a la dorada en Londres. A propósito, un mensaje del padre de Gabriel durante los Juegos londinenses me enseñó a ser un poco más cuidadoso con mis análisis y mis presagios. Con cierto tono de reproche —y toda la razón del mundo— me sugirió que no me olvidara cuando, en Sídney 2000, le auguraba poco destino al taekwondo como disciplina olímpica.

Ismael Pérez fue 5º en boxeo, idéntica ubicación que alcanzó el formidable palista Javier Correa en los 1000 metros de kayak individual.

Hubo un 7º lugar para los hermanos Curuchet en la misma prueba ciclista —Madison— en la que Juan lograría la dorada con Walter Pérez en Beijing.

Nora Koppel, en pesas, y el hockey sobre césped masculino, finalizaron octavos.

Lo difícil que es ser olímpico

He sido un crítico de los dirigentes que, irresponsablemente, acumulan cupos olímpicos a toda costa. En general, no lo hacen para honrar el esfuerzo de quien consigue la plaza sino para poder sumar más cantidad de butacas en el avión para los mismos dirigentes. La presencia de los oficiales es proporcional a la cantidad de atletas que integran una delegación.

Alguna vez, en el momento de recibir el premio como el atleta del año —supongo que habrá sido después de los Panamericanos de 2003—, el lanzador de martillo Juan Luis Cerra me dijo al oído algo así como "esto es para vos, que tantas veces me pegás".

Juan, un santafesino múltiple ganador a nivel panamericano, sudamericano y nacional, debe de haberse enojado feo porque lo utilicé como ejemplo de esa irresponsabilidad dirigencial de enviar deportistas a las grandes competencias sin permitirles atravesar etapas intermedias. A Cerra no le fue bien en Sídney. Quedó 27º sobre 44º y solo tuvo un intento positivo de 72m86. Su primer intento fue nulo porque le dejaron la jaula abierta para un diestro y él es zurdo: error de los árbitros e inexperiencia o nervios suyos por el debut.

Hubo varios errores de mi parte al respecto. Por un lado, no explicar debidamente que la falla no está en la pasión del deportista por llegar a un Juego sino por la falta de políticas que le permitiesen a ese deportista arribar ya "ducho" en eso de competir en grandes estadios contra grandes rivales. Por el otro, minimizar lo difícil que es ser un deportista olímpico, aun de los que peor terminan en la clasificación.

Un poco en honor a Juan, más de diez años después, me propuse vivir aunque sea un poquito en carne propia lo difícil que es ser eso que los de afuera consideramos "uno más". En la previa a los Juegos de Londres participé de más de veinte miniclínicas con referentes de deportes olímpicos. Desde el mismísimo lanzamiento del martillo hasta waterpolo y esgrima, pasando por la "Peque" Pareto, que dejó en claro lo fácil que es para una judoca de 48 kilos revolear por el aire a un señor de 120. Fue una experiencia maravillosa que espero repetir pronto, no solo para recordar lo difícil que es ser deportista de alto rendimiento —imposible para la mayoría de los mortales— sino para descubrir cuánto les apasiona explicar su deporte. Y lo buenos que pueden ser haciéndolo. Pronto volveremos sobre este tema de las "clínicas".

El nacimiento de Las Leonas

Sídney 2000 significó el nacimiento de Las Leonas. Fue el punto de partida para un maravilloso camino de ida hacia la gloria, la emoción, el talento, la excelencia y, sobre todo, el compromiso.

En realidad, el hockey femenino argentino ya conocía de historias grandes. Tan grandes como que, a la hora de estos Juegos, ya llevaba tres subcampeonatos y un tercer puesto en el historial de los Mundiales que comenzaron a jugarse en 1974. Sin embargo, la sensación que quedó es que, en Australia, las chicas de "Cachito" Vigil rompieron el cascarón del microclima de su deporte y se convirtieron, aun desde el perfil bajo y la timidez de la mayoría, en materia de consumo popular. Ninguna de ellas lo supo hasta mucho después de llegar a Buenos Aires. En tiempos en los que no existían ni las redes sociales, ni *whatsapp* —y dudo mucho de que alguna tuviese acceso a un celular para mandar o recibir mensajes de texto—, tener una mínima idea del impacto que produjeron era una utopía.

La gesta de estas chicas no merece la reducción de la crónica estadística; apenas el registro de un momento crítico, decisivo. Las Leonas se clasificaron rápidamente para el hexagonal final. Sin embargo, una derrota insólita —e injusta— ante el menesteroso seleccionado español las dejó sin puntos camino a la fase final para la cual se clasificaron los tres primeros de cada grupo con arrastre de unidades de los partidos disputados contra adversarios en la fase preliminar. Las Leonas supieron esa misma noche que llegaban al momento clave sumando nada, producto de las derrotas ante España y, previsiblemente, las favoritas australianas.

Para colmo, el primer choque de la segunda fase era contra Holanda, un rival contra el cual se perdió más de lo que se ganó. La Argentina no solo se impuso 3 a 1 en ese partido sino que repitió dando vuelta un compromiso durísimo ante China por 2 a 1. A esa altura, todos éramos especialistas en reglamentos y cálculos matemáticos. El mano a mano era con Nueva Zelanda. Una victoria le garantizaría a la Argentina la medalla plateada; cualquier otra cosa hubiera significado pelear por la medalla de bronce.

Fue un espectáculo inconmensurable. Las Leonas liquidaron el partido muy temprano. Tan temprano que daba miedo que todo eso maravilloso estuviese pasando con tantos minutos de partido por delante. Me resisto a destacar nombres porque sería inevitable olvidarse de los méritos del resto. Recuerdo un golazo de la capitana Karina Masotta que no llegué a ver por la violencia del remate, la jerarquía inmensa de Cecilia Rognoni saliendo del fondo para buscar su gol y a Vanina Oneto sumando otro a su largo historial de conquistas mientras lloraba a moco tendido.

En el momento de escribir estas líneas vuelvo a sentir los escalofríos de aquella tarde maravillosa. Por alguna razón que no

consigo descifrar, creí ver en ellas el sueño deportivo de mis hijas que, azarosamente, pasaron por el hockey. Registro en los silencios de aquel relato los momentos de ahogar la emoción de un llanto que se hacía inevitable. Esas Leonas fueron inmensas como las más grandes y, a la vez, tan normales como tus hermanas, tus novias y tus amigas. O tus hijas.

Las dueñas de una gloria sin dimensión, en orden alfabético: Magdalena Aicega, Mariela Antoniska, Inés Arrondo, Luciana Aymar, María Paz Ferrari, Anabel Gambero, Soledad García, María de la Paz Hernández, Laura Maiztegui, Mercedes Margalot, Karina Masotta, Vanina Oneto, Jorgelina Rimoldi, Cecilia Rognoni, Ayelén Stepnik y Paola Vukojicic.

Sergio Vigil fue la cabeza de un cuerpo técnico formidable. La mayoría de ellos lograron, dos años más tarde, el primer título mundial para su deporte. Mucho más que eso, dejaron en claro con su crecimiento técnico, conceptual y atlético que el "no se puede" es algo que instalan muchos dirigentes ineptos. Pero que igual se puede contra el "no se puede". Y que, para ser Leona, ya no bastaría con jugar maravillosamente bien al hockey.

A medida que escribía la nómina del plantel comprendí por qué ellas son una de mis debilidades profesionales: tengo una anécdota especial para contar con la gran mayoría de ellas. Desde un casamiento, un cumpleaños, una cena o un cruce de mensajes, hasta el colegio de mis chicas y mi restaurante mexicano de cabecera.

No esperen mucho al respecto ahora. En primer lugar, porque no tuve la posibilidad de pedirle a cada una autorización para contar aquello que se vive en la escasa intimidad que deben permitirse protagonistas y deportistas (una intimidad que necesita mucho más de las reglas claras de la amistad que las de un ida y vuelta profesional). Y en segundo lugar, porque, en la línea de tiempo de este libro, la historia grande de Las Leonas recién comienza. Ya habrá tiempo para explicar un poco más por qué son la sustancia de una historia entrañable.

El nadador más lento de la historia

El 19 de septiembre de 2000 fue el día de las eliminatorias de los 100 metros libre masculino. Esa mañana, en la última de las diez series, el cordobés José Meolans se dio el gusto de mejorar su récord nacional de la distancia con un registro de 49s75. Por la tarde, en instancias semifinales, José volvió a superar la mejor marca argentina: 49s66. Por esas cosas del destino, pese al gran tiempo hecho y a que finalizó cuarto en su serie, se quedó fuera de la final por apenas 11

centésimas.

Mucho antes, poco después de las 10 de la mañana, el olimpismo vivió uno de sus episodios más extravagantes. Por lo pronto, fue un episodio del cual tomé conciencia un largo rato después de producido: como en la natación —a diferencia del atletismo— las series se arman de acuerdo con los antecedentes, es imposible que aquellos que corren en las primeras eliminatorias hagan nada especial. Nada especial de bueno, quiero decir.

Este sistema de repartir a los nadadores de mejores antecedentes en las series finales es un recurso que, a veces, permite a los favoritos regular su esfuerzo habida cuenta de que suelen competir hasta en tres o cuatro oportunidades durante un mismo día. En el momento de tirarse al agua, ya conocen las marcas hechas por la mayoría de los demás nadadores.

A la hora en que comenzaba la actitividad en el Centro Acuático Olímpico, el calendario olímpico ofrecía infinidad de opciones más atractivas para transmitir antes que a los nadadores más lentos de la prueba. Desde los repechajes del remo hasta el vóley playero. Por eso, el público argentino solo supo bien avanzada la madrugada quién era Eric Moussambani.

En la primera serie de los 100 libre figuraban inscriptos Moussambani, nacido en Guinea Ecuatorial, Karim Bare, de Níger, y Farkhod Oripov, de Tayikistán. No recuerdo bien quién fue, pero alguien me sugirió que mirara con atención y relatara el video que mandarían al aire.

Ya de entrada, el público no cabía en su asombro cuando vio que dos de los tres participantes se tiraron al agua antes de que sonara la bocina y fueron descalificados. Quedaron toda la pileta y toda la atención para el amigo Eric. La mejor forma de explicar de qué se trató aquel episodio es traducirlo en números. Dawood Youssef Mohamed Jassim, de Bahrein, ocupo el 70º puesto en las eliminatorias con un tiempo de 1m2s45. Moussambani, el único que finalizó detrás de él, nadó la distancia casi un minuto más lento. Para redondear la idea, tengan en cuenta que la mayoría de los participantes nadó la distancia en un tiempo más rápido que la diferencia que hubo entre el penúltimo y el último de la competencia.

El público, que comenzó a las carcajadas viendo cómo participaba de la natación olímpica un señor que apenas si conseguía nadar estilo perrito, finalizó ovacionándolo y dándole ánimos, casi con temor a que no consiguiese cubrir la distancia y se ahogase en el intento.

Fue un ridículo importante lo de Moussambani quien, por cierto, se convirtió en la estrella mediática de los días posteriores. Le regalaron una de las ya famosas mallas enteras y prometió regresar mucho más preparado a Atenas 2004, donde finalmente no participó. Pronto

supimos que en la tierra de Eric no había siquiera una pileta de dimensión olímpica —50 metros— y que sus entrenamientos solían hacerse en el natatorio del único hotel 5 estrellas de su ciudad natal. Justamente en estos detalles radica la lógica de su presencia en Sídney.

Por mucho que horrorice a los puristas y que cause gracia a los espectadores —me incluyo— tanto en natación como en atletismo suele haber presencias testimoniales. Mayormente se trata de atletas de países casi sin representación olímpica. Son deportistas cuyos estándares de competición no son demasiado diferentes de los de la mayoría de los nadadores o velocistas aficionados. Y se eligen pruebas como los 50 o 100 metros libre o 100 metros llanos porque se presume que cualquiera de nosotros estaría en condiciones de cubrir esa distancia sin morir en el intento.

Victorias e injusticias

Sídney 2000 fueron los Juegos del debut olímpico del taekwondo y del triatlón, prueba que repartió una de las primeras medallas doradas del certamen, que quedó en manos de la suiza Megan McMahon.

También fueron los Juegos de otra injusticia histórica en la gimnasia artística. Durante la jornada de la prueba completa individual, llamó la atención que varias gimnastas tuvieran caídas importantes y groseros fallos en el cálculo del ejercicio de salto del potro. En el medio de la jornada, las autoridades aceptaron que algo anormal estaba sucediendo y descubrieron que el potro en sí estaba colocado cinco centímetros por debajo de la altura reglamentaria. Parece poca cosa; sin embargo, esa diferencia es enorme para un deporte de altísima precisión.

Corrigieron el error pero solo para quienes participaron en las rotaciones siguientes, condenando a quienes ya habían tenido pésimas calificaciones por culpa de una falla organizativa. Entre las víctimas figuró la rusa Svetlana Khorkina, una de las divas de la gimnasia artística de las últimas décadas, no por nada ácida crítica de las organizaciones y los jurados. Khorkina fue una gimnasta aún más relevante que lo que indica su historial olímpico de siete medallas entre 1996 y 2004. Así lo determinaron su talento, su carisma y su popularidad. Fue, finalmente, otra de las deportistas de alto prestigio que, ya retirada, apareció semidesnuda en las ediciones rusas de las revistas *Playboy* y *Maxim*.

Fueron los Juegos que metieron definitivamente al británico Steve Redgrave en la selecta bolsa de las leyendas. Con su performance australiana, este sensacional remero logró su quinta medalla dorada

en igual cantidad de citas olímpicas.

Fueron, cómo no, los Juegos de Ian Thorpe, el enorme adolescente australiano consagrado como la figura excluyente del certamen de natación. Este gigante de 1m96 logró en Sídney 5 de sus 9 medallas olímpicas. Maltratado por su derrota en los 200 metros libre a manos del excepcional holandés Pieter van den Hoogenband, Thorpe dio cátedra en el relevo final de la posta 4×100 libre, en el que remató la victoria australiana nadando con una suavidad, un estilo y una relajación dignos de un fondista.

La holandesa Inge de Bruijn hipnotizó a todos con sus rulos rojos, sus ojos azules, su boca interminable, su metro 78 y, sobre todo, un talento notable que le permitió ganar tres doradas —50 y 100 metros libre y 100 mariposa— y una plateada en la posta corta libre. De Bruijn repetiría su performance cuatro años más tarde.

Con Thorpe entre los hombres y De Bruijn entre las mujeres, el de Sídney fue un torneo doloroso para la natación norteamericana, que aún no sabía todo lo que estaba por llegar de la mano de Michael Phelps. Apenas algunas medallas y una posta libre de mujeres para la historia. Por primera vez cuatro chicas nadaron la 4×100 por debajo de los 4 minutos.

Fueron, en definitiva, unos Juegos Olímpicos entrañables. Bellos y emotivos en su desarrollo, repletos de sutileza y creatividad en sus ceremonias.

17 Cerca de 40 transformistas de King's Cross, barrio conocido como la "zona roja" de Sídney, desfilaron en la ceremonia de clausura de Sídney 2000.

18 Peter Garret, cantante de la banda de rock Midnight Oil hasta su disolución en 2002. Miembro del Partido Laborista australiano, supo ser ministro de Medio Ambiente, Patrimonio y Artes de su país.

19 Moneda oficial de China, comúnmente denominada "yuan".

20 Moneda oficial coreana.

Capítulo XII. Atenas 2004
Un unipersonal de dieciséis días

Para la mayoría de los seres humanos, los momentos sobresalientes de una línea de tiempo suele fijarse de la mano de diversos factores. Nacimientos, muertes, éxitos o fracasos en el trabajo, viajes y hasta triunfos del equipo de fútbol del cual uno es hincha. A los argentinos de cierta edad se nos suman los golpes de Estado y las crisis económicas.

Alguna vez hubo que "pasar el invierno". Luego, supimos que el que apostaba al dólar perdía. Tuvimos pesos Ley 18188, australes, pesos argentinos, patacones, hiperinflación, convertibilidad… En 2003, el sacudón fuerte fue la llamada "pesificación", todo un tema de discusión —y de derrota— en el laburo. También fue la razón por la cual la cobertura de Atenas 2004 se definió demasiado encima de los Juegos.

Cuando —como sucedió en Beijing o en Londres— los derechos se compran en tiempo y forma, todo resulta más sencillo, mejor y, sobre todo, más barato. En el caso de Atenas, no creo que la confirmación del viaje haya sido mucho antes de marzo de 2004, es decir a cuatro meses del comienzo de las pruebas. Más allá de los contratiempos y de unas cuantas precariedades, era tan grande el alivio por poder darle continuidad a nuestra historia olímpica que —sospecho— de haber sido necesario hubiéramos viajado nadando hasta Grecia.

En lo personal, desde que en 1983 viajé a cubrir el Abierto de tenis de los Estados Unidos para el diario *La Nación* —tenía 20 años y, debido a normas de la época, para salir del país necesité un poder firmado por mis viejos—, siempre siento que el viaje que se viene podría ser el último. Así me lo han enseñado los vaivenes económicos de nuestro amado país.

No es caprichosa la sensación. Mientras al Mundial de fútbol de Francia 1998 —tramo final del "un peso, un dólar"— viajamos cientos de enviados especiales argentinos, el "Gato" Dumas cocinó desde

Champs Elysées y Mónica y César hicieron durante un mes *Telenoche* desde un castillo cercano a la concentración argentina en L'Etrat, el de Corea-Japón 2002 casi no tuvo enviados especiales y apenas se vio por Canal 2 y una señal satelital. En el medio, nuestro país experimentó la salida de la convertibilidad, el corralito y el helicóptero de De la Rúa.

Por todo esto, no hubiese dado por sentado que iríamos a Atenas. Sin embargo, fuimos. Aun con acreditaciones a través de una empresa que no era la nuestra: originalmente, los derechos los adquirió una señal de aire que revendió el permiso para transmitirlos por cable. Aun con un lugar indecoroso en el IBC: la cabina para los relatos compartió espacio con un armario en el que se guardaban cámaras, casetes vírgenes y algún trasto de escenografía que jamás usamos. Hicimos en ese lugar algunas entrevistas a medallistas argentinos. Recuerdo, por ejemplo, a Paola Suárez y Patricia Tarabini —medallistas de bronce en tenis femenino— saliendo al aire conmigo —tenía cuarenta kilos más que hoy— en un plano fijo que solo se pudo tomar dejando abierta la puerta de entrada a la cabina. El día en que Las Leonas vinieron al IBC para compartir su medalla de bronce, directamente tuvimos que pedir autorización para salir al aire desde uno de los espacios comunes del centro de prensa.

Es más, no recuerdo un día en el que desde nuestro lugar de trabajo no escuchásemos el relato de Juan Pablo Varsky, Alejandro Fantino y Miguel Simón, que cubrieron los Juegos para el canal América. Supongo que a ellos les pasó lo mismo con los míos. No solo el espacio de ambos canales era ridículamente pequeño, sino que las paredes tenían la impenetrabilidad del Partenón en ruinas.

La hotelería fue digna de mochileros. En tiempo de descuento, consecuencia de la decisión tardía, costó muchísimo conseguir alojamiento para un equipo de alrededor de 20 personas. No podría decirles exactamente en qué zona de Atenas estaba el hotel, ya que nunca antes había estado en esa ciudad y tampoco volví luego. Durante los Juegos, las ciudades terminan siendo poco menos que una anécdota. Mi vida se reparte entre el hotel, el IBC y, a lo sumo, algún estadio. Lo que sí puedo asegurar es que nuestro alojamiento quedaba lejos de todo lugar de referencia olímpica.

El día en que casi me convierto en secretario de Deportes

Nunca conté muy en detalle la historia. Estuve a cinco minutos, y a un rapto de locura, de que los de 2004 fuesen mis primeros Juegos Olímpicos como secretario de Deportes de la Nación. A través de la

gestión de un exárbitro de fútbol, el "Flaco" Luis Olivetto, y de un legislador peronista, Milcíades Peña, me acercaron al primer vocero presidencial de Néstor Kirchner, Miguel Núñez. Lo que necesitaban era una ayuda "periodística" para Ubaldo Fillol, exarquero de Racing —equipo del que el Presidente era hincha—, River y el seleccionado campeón mundial de 1978, a quien acababan de nombrar secretario. Es más, en el único encuentro que tuve con el "Pato", en la oficina del vocero en la Casa de Gobierno, me lo presentaron como flamante funcionario.

Al día siguiente, Núñez me llamó para decirme que, por sugerencia de Julio Grondona, Fillol había decidido seguir trabajando en la AFA como entrenador de arqueros de seleccionados nacionales. "El Presidente quiere que vos seas el secretario", agregó. No tuve agallas para decir que no de entrada y bastó la duda para que me llenaran el arco de goles.

Luego, supe que el Presidente quería quitarle la entonces Secretaría de Turismo y Deportes a un funcionario del riñón del entonces vicepresidente Daniel Scioli —paradojas del destino o lógicas de la política maniquea—, y que le interesaba mi nombre a partir de distancias notorias que yo tenía con Scioli respecto de su carrera como motonauta.

Junto con Claudio Morresi —luego secretario de Deportes— llegamos a tener un par de reuniones, incluso con Alberto Fernández, jefe de Gabinete. Mi vida era una licuadora importante en ese entonces —mediados de 2003—, entre definiciones profundas en lo personal, tres niñas pequeñas que cuidar y una indescifrable experiencia conduciendo un programa de radio de interés general en la primera mañana de una FM. Mi cabeza pasaba del "sí" al "no" como uno de esos perritos de peluche que se ponen en la luneta del auto.

No ahondaré demasiado, pero no quiero dejar de hacerme cargo de la demencia de mi negativa final. Se la comuniqué a Núñez con el traje puesto, desde una oficina que alquilaba a diez cuadras de la Casa de Gobierno, con Hugo Conte y Waldo Kantor camino a la cita y con mi viejo y mis amigos Gillespie y Guillermo Montenegro en la Rosada, sentados en la platea esperando que Kirchner me tomara juramento. Muy loco todo.

Una espera de 52 años

La Argentina llevó a Atenas una delegación de 152 deportistas que compitieron en 22 disciplinas. Solo 46 eran mujeres, pero 20 de ellas ganaron una medalla de bronce.

Nuestro país sumó siete diplomas olímpicos. Santiago Fernández

logró un impresionante cuarto lugar en la final del *single scull* en remo. El vóleibol masculino —ya sin jugadores de la talla de Hugo Conte y Javier Weber— terminó quinto, al igual que la querida Daniela Krukower, en judo. Dos colegas de Daniela, Jorge Lencina y Eduardo Costa, finalizaron séptimos y Serena Amato quedó cerca de su segunda medalla al ser sexta en yachting. Javier Correa nos tuvo a todos en llamas cuando cruzó primero los 250 metros iniciales de la final de K1 500 en canotaje, pero se quedó sin resto y terminó fuera del podio en aquella memorable final.

Además, la Argentina consiguió seis medallas: cuatro de bronce y dos doradas. Después de 52 años —Capozzo y Guerrero en remo en Helsinki 1952— volvió a escucharse el himno argentino durante un podio olímpico. Fue el 28 de agosto. Con lo poco que me toca salir de la cueva, quiero decir que tuve el enorme orgullo de haber estado en los dos estadios durante esa jornada inolvidable.

Alegrías desde el comienzo

Aquellos Juegos comenzaron con emociones fuertes: por primera vez en la historia, la Argentina ganó una medalla olímpica en el primer día de competencia. La dueña de la gloria ateniense durante la tarde argentina de aquel 14 de agosto fue la cordobesa Georgina Bardach. Por entonces, era una joven talentosa, versátil y obstinada. Hoy, es amiga y compañera de transmisiones de su amado deporte.

Desde 1936 no se lograba un podio olímpico en natación[21]. Georgina llevaba unos cuantos años siendo la mejor especialista en cuatro estilos de la región. En 2002 fue tercera en los 400 metros medley—cuatro estilos— en el Mundial de pileta de 25 metros de Moscú y, en 2003, se quedó con la dorada en los Juegos Panamericanos de Santo Domingo.

Bardach llegaba con muy buenas expectativas de meterse en la final pero se sabía lejos de los tiempos de la ucraniana Klochkova y la norteamericana Sandeno, finalmente dueñas de los dos primeros escalones del podio. La batalla real era con la húngara Eva Risztov, quien ocho años más tarde ganaría la medalla dorada en aguas abiertas, brillando en el lago interno de Hyde Park, en Londres. No había que perderle el rastro a la alemana Hetzer y, en menor medida, a la brasileña Maranhao, pero Georgina sabía que la pelea era con Risztov. Y con la ansiedad, claro.

La cordobesa siempre tuvo problemas con el segmento de espalda. En la final, pasó cuarta después de los 100 mariposa y quedó sexta, a más de tres segundos del podio, luego del tortuoso segundo tramo de la prueba. No hay palabras para explicar lo que hizo entre los 200 y

los 300 metros. Apenas, una cifra: durante los 100 metros de estilo pecho, redujo la diferencia con Risztov a escasas 29 centésimas. Y se quedó con la medalla de bronce con más de un segundo y medio de ventaja. Su tiempo de 4m37s51/100 fue récord sudamericano, pero nada se compara con su calidad y su temple para nadar los últimos 200 metros casi cinco segundos más rápido que quien la venía precediendo.

El podio de Paola y Pato

Paola Suárez fue número uno del mundo en dobles y tocó el *top ten* en singles. Es una mujer de virtudes excepcionales mucho más allá de lo mucho que logró jugando al tenis. Patricia Tarabini fue la tenista argentina más habilidosa que vi, aun por encima de la maravillosa Gabriela Sabatini. Una mujer de una notable evolución personal, que pasó de ser una chica difícil de tratar dentro de la cancha a convertirse en una de las jugadoras más queridas del circuito. Además, tremenda jugadora de fútbol y de truco.

Pato tenía resuelto su retiro del circuito. Había comenzado muy chiquita con los viajes, había sido número uno del mundo juvenil y solo en su madurez había conseguido acompañar su enorme talento con un buen estado atlético. Sin embargo, la tentación por participar en un Juego Olímpico con Paola fue más fuerte. Y lo bien que hicieron.

Tuvieron un debut como para pensar en despedirse, aunque finalmente derrotaron 6-7, 7-5 y 6-2 a las españolas Arantxa Sánchez y Anabel Medina. Luego, vencieron sin problemas a las japonesas Obata y Morigami. Ya en cuartos de final, la chance de medalla pareció extinguirse. Las francesas Dechy y Testud llevaban una ventaja de 4 a 2 en el tercer set y el esquema de juego con Paola bancando en la base y Patricia brillando en la red parecía entrar en desgracia. Bastaron un par de puntos sensibles y un par de gritos de festejo de Tarabini para que el partido cambiase de mando: fue 6-4 para las nuestras.

En semifinales, las argentinas perdieron mal el primer parcial con las chinas Tiantian y Li. Se repusieron en el segundo y quedaron 6-5 con el saque de Tarabini. No es menor el detalle de que, en el tenis femenino, solemos ver partidos con tantos saques perdidos como ganados. Es decir, sacar para partido en mujeres no es la ventaja que representa entre los varones. Por lo general, las chicas devuelven mucho mejor de lo que sacan. Final: 9-7 para las chinas.

Para ese entonces, el torneo de tenis olímpico incluía partido por el tercer puesto. Es decir, ya no correspondía medalla de bronce con solo llegar a semifinales como sucedió, por ejemplo, en 1992 con Frana y

Miniussi. ¿Cómo levantar la puntería para subir al podio después de semejante bajón? Según Tarabini, fue clave la fortaleza mental de Suárez, quien tenía en claro la dimensión del objetivo, independientemente del color de la medalla. Patricia, mucho más visceral, no se perdonaba la chance desperdiciada. Encima se venían las japonesas Asagoe y Sugiyama, quien había sido número uno del mundo en la especialidad cuatro años antes.

No hubo misterio sino paliza. Las argentinas ganaron 6-3 y 6-3 y resolvieron el partido más complejo con una facilidad de la que nunca habían dispuesto.

Lucha y bronce

Tras la conmovedora epopeya de Perth, dos años antes, Las Leonas llegaron a Atenas con la chapa de campeonas mundiales. Y avanzaron como tales hasta el cuarto partido —el último— de la fase clasificatoria. Fue un mano a mano con China en el que el gran objetivo era ganar para evitar el cruce en semifinales con las favoritas holandesas. Pese a venir de atrás en dos ocasiones —goles de Luciana Aymar—, nuestras chicas terminaron perdiendo 3 a 2.

Luego de comenzar ganando con un golazo de Soledad García y de igualar sobre la hora con un discutido tanto de Magdalena Aicega, la dramática semifinal se les escapó por penales.

Mientras las alemanas demostraban lo relativo de los favoritismos derrotando a las holandesas en la final, las argentinas, con el ánimo golpeado y un nivel de juego distante del que habían tenido en todo el torneo, se jugaron la medalla de bronce, nuevamente, con las chinas.

Fue un partido feo, tenso, impreciso. Para algunos, con una leve ventaja china. Hasta que, otra vez sobre la hora, Luciana Aymar imaginó una jugada que a nadie más se le hubiera ocurrido y sacó un tremendo remate que se convirtió en el tanto de la medalla. Fue la primera vez que grité un gol por televisión. Que lo grité de verdad, quiero decir. Desde el corazón, como cualquier hincha.

Emociones en el agua

En Atenas, Carlos Mauricio Espínola se convirtió en el primer argentino en ganar medallas en tres Juegos Olímpicos. Esta vez ya no en windsurf sino en la Clase Tornado, una especialidad que —tristemente— hoy ya no existe. Las imágenes de esas pruebas que se generaron en el Centro Olímpico Agios Kosmas, sobre el Mar Egeo,

fueron de las más bonitas y vibrantes que recuerdo para este deporte.

A la gloria de "Camau" hay que sumarle la enormidad de Santiago Lange, un múltiple campeón mundial que se dio el gusto del podio olímpico en su cuarto intento. Ingeniero naval, gran navegante y una persona de trato maravillosamente agradable, Santiago fue el dueño del más emotivo testimonio de aquellos Juegos cuando no pudo más y se quebró en llanto recordando las horas robadas a su familia, las emociones, las frustraciones y los tragos amargos que le habían impedido ganar la medalla más codiciada hasta ese entonces.

Esa explosión se contradijo con el pleno control que los argentinos tuvieron en la regata final. Ya sin chances de pelear con los líderes —no había forma de alcanzar a los austríacos ni a los norteamericanos— se dedicaron a controlar la carrera a un ritmo sereno: sabían que entrando entre los diez primeros difícilmente se les escaparía el tercer puesto. Finalizaron novenos y el yachting mantuvo su invicto en el medallero argentino por tercer Juego consecutivo.

Loco comienzo de un día histórico

Hay infinidad de cosas para contar sobre aquel 28 de agosto histórico. Por lo pronto, recordar que, además de las dos doradas, también Espínola y Lange ganaron su medalla ese día.

Por orden cronológico, la primera emoción fuerte fue la del fútbol. No me extenderé con una historia minuciosa o prolija sobre la actuación del equipo del Loco Bielsa. Apenas un puñado de sensaciones. Por ejemplo, el desprecio que hubo por el nivel del torneo desde el mismísimo momento en el que el equipo argentino dejó en claro su superioridad (el debut fue un 6 a 0 contra Serbia y Montenegro, "un rival inexistente", según escuché por ahí, con bastante insistencia). También, el enorme nivel de Carlos Tevez, a quien desde el facilismo del rótulo se califica como el "Jugador del Pueblo". Y la emoción de Javier Mascherano, generoso compañero de ruta en este recorrido pseudoliterario, quien en Grecia logró la primera de sus dos doradas (solo el polista Juan Nelson había ganado dos de esas medallas para la Argentina).

Cabe destacar, asimismo, el compromiso de Marcelo Bielsa con el olimpismo en sí. Su insistencia por vivir en la Villa Olímpica, sus charlas con otros entrenadores y deportistas y su presencia como asombrado espectador mientras los muchachos del básquet construían la historia. Bielsa armó un plantel fantástico con jugadores de menos de 23 años y la posibilidad de elegir otros tres sin límite de edad: Germán Lux, Wilfredo Caballero, Roberto Ayala, Fabricio Coloccini, Gabriel Heinze, Clemente Rodríguez, Leandro Fernández, Javier

Mascherano, Cristian González, Andrés D'Alessandro, Lucho González, Nicolás Medina, César Delgado, Carlos Tevez, Mauro Rosales, Javier Saviola, Mariano González y Luciano Figueroa.

Quedó la sensación de haber visto en el Estadio Olímpico una final de desarrollo innecesario. Seguramente, en nada ayudó que el partido se haya jugado a la mañana, a pleno sol y ante un público hostil que —rápidamente— se puso del lado de los paraguayos. Un gol de Tevez, gran figura y goleador del torneo, selló el resultado de un encuentro matizado por la impotencia argentina y la violencia de un rival que terminó con nueve.

Recuerdo las entrevistas posteriores al partido, dentro de la cancha, disfrutando de los rostros emocionados de los cracks con la medalla al cuello y la corona de laureles en la cabeza. Y una nota con Julio Grondona, aquel presidente de la AFA que en 1987 se peleó para siempre con mi viejo (atestigüé la pelea en los pasillos del Monumental antes del partido por el tercer puesto de la Copa América en el que Colombia derrotó a la Argentina). Grondona se llevó a la eternidad los secretos de una administración monolítica, despótica, polémica, devastadora para las finanzas de los clubes y generosa para las finanzas de muchos dirigentes. Cualquiera que haya visto —o encuentre en los archivos— aquella entrevista recordará la generosidad con la que me trató "Don Julio". En realidad, siempre fue así. Por alguna razón que desconozco, Grondona siempre me identificó como un referente de los deportes olímpicos. Me dijo algo así como "esta medalla dorada es para que la disfrutes también vos, que llevás tanto tiempo rompiendo con esto de los deportes raros". Siempre desde su particular forma de expresarse con afecto, sin transmitir demasiado, con una mirada entrecerrada que jamás dejaba ver claramente sus ojos.

Cómo explicar mi esquizofrenia. Aborrecí sus métodos de dirigente y me enorgullecí por sus elogios. Probablemente, mi vanidad sea más poderosa que mi decoro.

La gloria del básquet

Tampoco la del básquetbol merece ser una historia lineal, atildada y detallista. Creo que —eso sí— el calendario olímpico fue injusto con el orden cronológico de aquella jornada histórica. Así como considero que un hombre del deporte como Bielsa merecía que su mayor gloria con el seleccionado nacional de fútbol haya sido, ni más ni menos, que un título olímpico, estoy convencido de que debió haber sido el básquet —antes que el fútbol— el que terminara con nuestra sequía dorada.

Más temprano que tarde, el reconocimiento a los hombres de Rubén Magnano. Es imprescindible fijar a través de la escritura la lista de nombres que se consagraron en Atenas. Fundamentalmente, porque la dimensión del suceso del básquet argentino a partir de fines del siglo pasado se sustentó en una cantidad de talentos que excede claramente la nómina de doce permitida para un plantel olímpico; es fácil, casi inevitable y lógico, que algún nombre de 2002 se entrevere con los de 2004. O los de 2006 con los de 2008. Los campeones olímpicos fueron Juan Ignacio Sánchez, Emanuel Ginóbili, Luis Scola, Andrés Nocioni, Rubén Wolkowyski, Alejandro Montecchia, Gabriel Fernández, Hugo Sconochini, Fabricio Oberto, Carlos Delfino, Walter Herrmann y Leonardo Gutiérrez.

Camino a la gloria, hubo muchísimos vaivenes. El del básquetbol representa el mejor ejemplo para graficar lo delgado que es el límite entre ganar una medalla dorada olímpica y quedar eliminados en cuartos de final o quedarse afuera en la fase clasificatoria. Seguramente, hay infinidad de casos de campeones olímpicos avasallantes, esos que parecen pasar por la Villa Olímpica porque es un trámite imprescindible para llevarse lo que saben que es propio. Puede pasar con algunos norteamericanos, ciertos chinos y un puñado de rusos. Sin embargo, a los argentinos todo nos cuesta un montón. Y disfrutamos en consecuencia.

Basta pensar, simplemente, cuántas cosas podrían haber cambiado a partir de un par de detalles. Como ese maravilloso doble de Ginóbili sobre la chicharra, que sentenció la victoria en el debut ante el campeón mundial. O las derrotas contra España e Italia, que perfectamente hubieran determinado un cruce de cuartos con los muchachos de la NBA, que hubiera sido posible de no mediar ese inesperado triunfo puertorriqueño ante los norteamericanos. O si no se hubiese reaccionado a tiempo contra los *Tall Blacks* neozelandeses del triplero Pero Cameron, que sorprendieron de entrada y bancaron hasta el final para perder por solo cuatro puntos.

¿Cuántos equipos pueden sobrevivir a una paliza de 14 a 0 ante un equipo como el griego que, de local, convierte en hervidero hasta una cámara frigorífica? Ese mismo partido solo se revirtió desde una circunstancia negativa, como fue la acumulación de faltas de Nocioni, que forzó la entrada de Herrmann, pieza clave tanto esa noche ante los griegos como luego ante los norteamericanos.

¿Quién hubiera apostado a que, ante los norteamericanos, el equipo argentino se mantendría al frente de punta a punta, hasta con ventaja de 13 puntos? ¿O que Estados Unidos se acercaría a solo seis puntos gracias a un parcial de 12 a 2?

Tampoco hubiese sido fácil de imaginar que la prensa norteamericana reconocería que el argentino había sido, aquella

noche histórica, no solo un justo ganador sino el equipo que, lejos, mejor básquet había jugado. Jamás olvidaré la soberbia de Bob Costas, presentador de la NBC durante Atlanta 1996, cuando, superado el sofocón de un seleccionado argentino que mantuvo parejo el parcial del partido hasta el comienzo de la segunda mitad, anunció algo así como "ahora que el universo del deporte recuperó su cauce normal, volvemos a las ruedas eliminatorias de gimnasia artística". No fue lo único que recuerdo fielmente de la tele norteamericana de aquellos Juegos. También me viene a la memoria Jay Leno, quien luego de preguntarse por qué los cubanos no tienen buenos resultados en natación, contestó: "Porque si supieran nadar vivirían todos en Miami".

Probablemente, lo único imaginable de aquella semifinal fue la enorme performance de Manu Ginóbili, que anotó 29 de los 89 puntos argentinos.

Tan sinuoso e impredecible fue todo que quizás haya sido la final con Italia (84 a 69) el partido más sencillo de resolver. Los europeos comenzaron el partido fuera de línea, como si toda su estrategia fuese disponer de un porcentaje de eficacia en tiros de tres jamás visto en la historia. De tal modo, la Argentina, aun sin el enorme Fabricio Oberto, lesionado en la semifinal, resolvió y controló el partido desde muy temprano.

A la emoción por estar sentado en la tribuna atestiguando la historia misma le siguió la ansiedad por llegar a un final sin misterio. Jamás imaginé que sería capaz de aburrirme en una final olímpica ganada por la Argentina. Luego, el privilegio de las entrevistas dentro de la cancha. Los nervios a la espera de la llegada de cada uno de los jugadores dentro del espacio de aire disponible —en esos casos, se contrata lo que se denomina servicio unilateral, con camarógrafo y asistentes de la televisación oficial— y la sonrisa socarrona de más de uno que deseaba fervorosamente que Estados Unidos ganase el encuentro por la medalla de bronce. Todos queríamos ver a los norteamericanos en el último escalón de un podio liderado por la celeste y blanca.

La primera cobertura online

En Atenas se mantuvo la proporción entre atletas hombres y mujeres de los últimos Juegos: 6269 a 4329. La cantidad de deportes se mantuvo en 28 y el total de disciplinas fue de 301, apenas una más que en Sídney. Fueron los Juegos del debut de la lucha y el sable femeninos.

Probablemente, la mayor novedad institucional radicó en que

fueron los primeros Juegos bajo la presidencia de Jacques Rogge, un belga exrugbier y representante olímpico en yachting, durante cuyo mandato se produjeron tres variables fundamentales: se terminó con el sistema de preselección de sedes a un costo desmesurado —y sobornos manifiestos—, se formalizó la presencia de deportistas notables —Sergei Bubka y Frankie Fredericks entre ellos— bien cerca del titular del COI y se trabajó intensamente en exponer al mundo la imagen de un olimpismo decidido a adecentarse. Ni tanto ni tan poco. Es sumamente complejo resolver estos temas de fondo en poco tiempo, sobre todo cuando quienes te acompañan —y votan— en muchos casos son los mismos que, en el mejor de los casos, hicieron la vista gorda respecto del perverso sistema preexistente.

Fueron, además, los primeros Juegos con cobertura *online* de la historia. Curiosamente, mientras la NBC (a través de NBCOlympics.com) lanzó una cobertura vía Internet más destinada a estimular la audiencia por televisión, la BBC resolvió ofrecer de modo gratuito toda su cobertura en vivo a través del servicio de banda ancha. Visto en perspectiva, resulta impactante: ese mismo servicio fue anunciado como un recurso novedoso y de relevancia recién para Londres 2012. El asunto tuvo, también, su lado conflictivo. Dado que el COI cobró extra por los derechos para la cobertura *online*, se prohibió específicamente a atletas, entrenadores, asistentes y dirigentes que subieran a la red imágenes, fotos y audios relacionados con su actividad olímpica.

No fue menor el tema de la seguridad. La cita ateniense fue el primer megaacontecimiento mundial posterior a la invasión a Irak por parte de las tropas norteamericanas y sus aliados. Las advertencias fueron muchísimas y la sensación de que, en algún momento, un Marine asomaría debajo de la cama, constante.

Una vez más, como con los Mundiales de fútbol u otro tipo de convocatoria de semejante magnitud, me quedó la sensación de que la humanidad está expuesta a que le pasen cosas espantosas en cualquier momento de su vida salvo cuando más las espera. ¿Existe la posibilidad de que se establezca una tregua entre enemigos solo porque el planeta deportivo espera celebrar dieciséis días disfrutando exclusivamente del deporte y sus vaivenes? Es una pregunta que hice muchas veces y jamás tuve una respuesta satisfactoria. Mala mía: ninguna persona con poder de decisión confirmaría semejante cosa.

Diosas de Olimpia

Como en 1996, todos los países miembros del COI participaron del certamen. Con la reaparición de Afganistán y el advenimiento de

Timor del Este y Kiribati, fueron 202 las banderas que desfilaron en Atenas.

Por motivos mucho más relacionados con el registro afectivo que con la excelencia deportiva de aquellos Juegos, la memoria viaja loca entre la precariedad de ciertos aspectos organizativos —y nuestra pésima logística— y el lado entrañable de la cita olímpica.

En Atenas hubo dos estadios olímpicos. El nuevo, construido especialmente para la ocasión, y el Panathinaiko, aquella construcción emblemática en la que se realizó buena parte de las pruebas de los primeros Juegos modernos, en 1896. Esa construcción remozada sin modificar su estructura original fue de los sitios más visitados y fotografiados. Su estructura oval, con una pista de atletismo deforme para el trazado reglamentario actual de 400 metros, no hubiese permitido más pruebas que las pocas que se realizaron allí en 2004: fue la sede de las pruebas de arquería y el lugar de llegada de la maratón, todo un símbolo emotivo que potenció la leyenda del brasileño Vanderlei de Lima. Es más, el trazado en sí fue idéntico al de 1896. Tristemente, a un par de kilómetros de la llegada y mientras lideraba la prueba con bastante comodidad, Vanderlei fue empujado fuera de la calle por Cornelius Horanand, un religioso irlandés cuya forma de reclamo, presuntamente más profunda, no impide que lo equiparemos con el *Besuqueiro*[22] o *Jimmy Jump*[23]. El brasileño se repuso, para sorpresa de los especialistas recuperó algo del ritmo perdido y finalizó tercero detrás del italiano Baldini y del norteamericano Keflezighi. La delegación brasileña presentó una protesta formal que fue desestimada: no se podía ni volver a correr una carrera semejante ni presumir que, aun sin el incidente, De Lima hubiese sostenido su ventaja hasta el final. Como compensación, la organización le otorgó la medalla Pierre de Coubertin a la deportividad. Y quedó en la historia en un sitio mucho más destacado que el de quienes lo antecedieron. Una especie de Dorando Pietri del siglo XXI, pero al revés.

El otro detalle entrañable de aquellos Juegos fue el de correr el velo de la solemnidad a las tierras sagradas de Olimpia. El mundo disfrutó de las más maravillosas imágenes de un lugar mágico para todos quienes amamos el olimpismo. Poco importa cuánto de lo que dicen que sucedió allí fue verdad. Cuando hay pasiones de por medio, el ser humano necesita permanentemente que le acerquen cosas en las que creer. Y Olimpia es al olimpismo lo que San Pedro a los católicos, Tierra Santa a los judíos o La Meca a los musulmanes.

Allí se realizaron las pruebas de lanzamiento de bala, con el público sentado en las suaves colinas que rodean el lugar elegido para la prueba. La única nota discordante la dieron el círculo de lanzamiento y los gazebos, instalados para que competidores, árbitros

y periodistas quedasen a resguardo del sol. El resto, imagino, tal como 700 años antes de Cristo.

El detalle técnico no menor fue que, por primera vez, hubo mujeres compitiendo en Olimpia. Fue el 18 de agosto y el asunto terminó de modo poco agradable. La rusa Irina Korzhanenko se retiró campeona de la tierra sagrada con un lanzamiento de 21m06. Con esa marca, hoy sería, por lejos, la mejor del mundo. Sin embargo, poco después de competir fue descalificada por uso de sustancias prohibidas. Lo mismo le cupo a su compatriota Svetlana Ktivelyova. Ambas fueron suspendidas de por vida.

Tan notable había sido la superioridad de Korzhanenko que su escolta, la cubana Yumileidi Cumba, finalizó con 19m59 en un intento final que la reposicionó en el podio luego de una performance muy floja durante el resto de la prueba. Cumba fue consagrada campeona, quedó segunda la alemana Nadine Kleinert y dejaron vacante el espacio de la medalla de bronce que hubiese correspondido a la belarusa Nadezya Ostapchuk. Tal vez alguien con poderes mágicos consideró imprudente premiar a quien sería suspendida, también por doping, luego de ganar la final olímpica en Londres 2012[24].

Pese al escándalo que siempre provoca un positivo, aquella presencia femenina en Olimpia tuvo algo de romántico y mucho de reivindicatorio. Fue un tributo impensado a Callipatria, madre de Peisirrodos, un atleta que compitió en la carrera del estadio durante los Juegos de la Antigüedad. A sabiendas de la prohibición de la presencia femenina en estas competencias —solo la gran sacerdotisa Deméter tenía autorización para hacerlo desde un sitio opuesto al de los jueces supremos—, Callipatria ingresó en el estadio disfrazada con una túnica de entrenador. Eufórica por el triunfo de su hijo, perdió la línea y se expuso ante las autoridades, dispuestas a aplicar la pena de muerte con la que se castigaba la violación a esta norma. Hija, hermana y madre de campeones olímpicos, Callipatria fue perdonada.

Más certezas que dudas

El viejo asunto de la influencia de las localías en las performances olímpicas tuvo sus idas y vueltas durante los Juegos de 2004. Por un lado, la delegación griega sumó 6 medallas doradas, 6 plateadas y 4 de bronce, la mejor cifra de la historia, aun por encima de la actuación en los primeros Juegos modernos de 1896.

Una de esas medallas doradas fue la de Fani Halkia en los 400 metros con valla femenino, uno de esos casos que solo el futuro inevitable logró explicar. Halkia llegó a los Juegos habiendo figurado fuera de las 50 mejores del mundo en la especialidad en el *ranking* de

2003 y con una marca apenas aceptable de 54s16 en la Copa de Europa de Bigdoscz, conseguida dos meses antes de los Juegos. Si en Atenas hubiese igualado sus mejores registros históricos, Fani apenas se hubiera clasificado para la final. Sin embargo, con una marca de 52s82 —casi un segundo y medio por debajo de sus antecedentes— terminó ganando la medalla dorada.

Sorpresivamente (o no tanto), Halkia directamente desapareció de las pistas en 2005. Sorpresivamente (o no tanto), finalizó 22ª en el Mundial de atletismo de 2007. Sorpresivamente (o no tanto), fue descalificada por consumo de esteroides en las jornadas previas a su frustrada participación en Beijing 2008.

No fue el de Halkia el único episodio desafortunado o sospechoso alrededor de la representación griega. En los días previos al certamen, los velocistas Konstantinos Kenteris y Ekhaterini Thanou se ausentaron de la Villa Olímpica justamente cuando se los iba a someter a un control previo a la competencia. En su descargo, adujeron haber sufrido un accidente mientras viajaban en moto por las calles de Atenas. Ninguno de ellos participó en los Juegos.

Pero la victoria griega más inverosímil de la historia fue la de su pareja masculina de saltos ornamentales en trampolín sincronizado. Thomas Bimis y Nikolaos Siranidis llegaron a la última de las cinco ruedas de saltos ubicados en un muy meritorio cuarto puesto. Por delante de ellos estaban los australianos, los norteamericanos y los —aparentemente— imbatibles chinos. Por detrás, se ubicaba la formidable pareja rusa formada por Dobroskok y el mítico Dimitri Saoutine.

"Solo una catástrofe puede evitar que ganen los chinos", fue mi trágico presagio en vivo. Y la catástrofe ocurrió. No conforme con la "piedra" que les clavé a los chinos, fui más allá: "Ahora es el turno de los norteamericanos, con una chance histórica". También ellos cayeron poco menos que de panza. Como el timbero perdido que va al cajero por última vez buscando la revancha que nunca tendrá, insistí con el "milagro" que, también, lapidó a los rusos. Fue victoria griega. Y una sonrisa con forma de mueca para mí: es el día de hoy que, después de cinco Juegos Olímpicos y no sé cuántas horas de aire, la mayor parte de la gente —incluidas mi esposa Carmela y mis hijas mayores Catalina, Martina y Valentina— recuerda ese fallido por encima de todo lo demás.

Por primera vez

Atenas fue el escenario ideal para varios episodios sin precedentes. Por ejemplo, el del doblete del marroquí Hichan El Gerrouj en los

1500 y los 5000 metros, algo que no sucedía desde la proeza del finlandés Paavo Nurmi en 1924.

Además, como contrapartida al concepto de localismo, Australia se convirtió en el primer país en la historia en ganar una medalla dorada más (17) en el Juego Olímpico posterior al realizado en su tierra.

También fue la primera vez para:

Una derrota del básquet norteamericano representado por jugadores de la NBA: 92 a 73 ante Puerto Rico. Después llegarían "Manu Ginóbili & Friends".

Una medalla dorada para Chile. En realidad, fueron dos en pocos días: Nicolás Massú en el single masculino de tenis, y Massú con Fernando González en dobles.

Una medalla dorada para República Dominicana de la mano de "Superman" Sánchez en 400 metros con vallas.

Una medalla dorada para Israel con Gal Fridman, ganador en windsurf, clase que acababa de abandonar Carlos Espínola para brillar en otra categoría en pareja con el eterno Santiago Lange.

El debut de Phelps

Los de Atenas fueron los Juegos del debut para Michael Phelps, quien logró 6 medallas doradas y 2 de bronce; mucho más que lo necesario para meterse de cabeza en la historia grande del deporte. Sin embargo, fue tanto más grande lo que hizo en Beijing y fue tan notable el mérito de sostenerse en el alto nivel como para volver a descollar en Londres —seguramente, algo más hará en Río— que, si me hubieran desafiado, ni siquiera habría asegurado que el muchacho de Baltimore estuvo en Atenas.

Phelps fue el primer deportista en lograr ocho medallas olímpicas en un Juego sin boicot.

La mejor palista de la historia

La palista (canotaje) alemana Brigit Fischer, dorada en K4 500 y plateada en K2 500, se convirtió en la primera mujer en lograr al menos una medalla dorada en seis Juegos olímpicos diferentes. También fue la primera mujer que ganó una medalla dorada 24 años después de la primera (a los 18 años y a los 42) y la primera deportista olímpica —sin distinción de género— en lograr dos o más medallas en cinco Juegos.

Fischer fue la mejor exponente en la historia de su deporte. Si bien

sus números históricos de 38 medallas en campeonatos mundiales fueron superados poco tiempo atrás por la húngara Katalin Kovacs, en el combo de talento, eficacia y perdurabilidad, lo de Fischer es incomparable. Entre otras cosas, por tratarse de la más destacada deportista que, habiendo nacido, crecido y competido por Alemania Democrática, soportó la transición hacia la nación unificada sin conflictos de performance ni de dopaje.

Buenos Aires, una propuesta de fantasía

Atenas 2004 pudo haber sido Buenos Aires 2004. ¿Pudo haber sido Buenos Aires? ¿Debió haber sido Buenos Aires? De ninguna manera. En el proceso final de selección, su candidatura quedó expuesta como la más débil. Y no debió haber sido, lisa y llanamente, porque su propuesta era absolutamente irreal. La mejor muestra de ello fue que no se construyó ni un metro cuadrado de todo lo proyectado. Con Carlos Menem como presidente y con un excorredor de autos presuntamente especializado en turismo, Francisco Mayorga, como factótum de la candidatura, solo la buena voluntad y la pericia de algunos integrantes de la "segunda línea" consiguieron darle forma a una carpeta, fundamentalmente, plagada de fantasías.

Poco antes del Congreso del 5 de septiembre de 1997, que definió la sede en favor de Atenas, se realizó en un predio de Puerto Madero el lanzamiento oficial de un megaestadio cubierto que desarrollarían en sociedad Carlos Ávila, de Torneos y Competencias, y Constancio Vigil, de Editorial Atlántida. Hubo un cóctel, saladitos, mucha prensa, políticos y la movida contó con el padrinazgo del mismísimo Presidente de la Nación. ¿Qué se hizo de todo eso? Nada.

¿Entonces? Si todo era una pantomima o un mamarracho más de un menemismo que empezaba una tenue retirada, ¿cómo es que Buenos Aires quedó entre las cinco finalistas? No hay que perder de perspectiva el momento en el que se realizó la preselección de candidatas. La depuración interna del COI aún estaba por llegar. Por aquel tiempo, la venta de votos ya no al mejor postor sino a varios postores en simultáneo era un secreto a gritos. Para llegar al corte final, más que una buena idea, lo que hacía falta era gastar unos pesos por debajo de la mesa. No seré yo quien enumere para cuántas cosas oscuras se gastó nuestro dinero, también, en aquellos tiempos.

Por lo pronto, solo el espacio físico de las oficinas de la candidatura porteña era un símbolo del despilfarro. Era un petit hotel precioso de cuatro o cinco pisos que parecía ocupado apenas por un par de maquetas, cuadros alusivos a la causa y un puñado de habitaciones bien cuidadas, aunque algunas ni muebles tenían. En la

terraza, un quincho espectacular. Estuve una noche allí, por pedido del propio Ávila. Querían agasajarnos con un asado para explicarnos el proyecto. ¿Conclusiones? Alguien estaba despilfarrando nuestro dinero. Las mollejas estaban riquísimas y el vacío un poco seco para mi gusto.

Cosas de la profesión, me di el lujo de estar en Lausana para el Congreso en el que todo se decidió. Es más, transmitimos en vivo con Juan Pablo Varsky para Canal 13 y TyCSports, tanto la jornada previa como la elección en sí. Una vez más, lo que se fija en la memoria resulta la mayor ayuda para separar lo trivial de lo que realmente importa.

En un pabellón cercano al teatro en el que se realizó la votación había *stands* de las cinco candidatas: Atenas, Roma, Estocolmo, Ciudad del Cabo y Buenos Aires. Recuerdo fielmente a dirigentes argentinos —fácilmente distinguibles por el logo en sus *jogginetas*— caminando felices por los pasillos, cargados con bolsas de souvenirs… de las otras candidatas. Ni siquiera se tomaron el cuidado de no promocionar a las adversarias en la causa.

También tengo lo mío, no vayan a creer. La tarde anterior a la votación, en un hotel ubicado a diez cuadras de la sede del Congreso, se realizó una conferencia de prensa del presidente Menem. Fue venganza divina. No terminaba de deleitarme viendo cómo la gente de seguridad le ponía el freno a un par de empresarios periodísticos demasiado afines al Gobierno —la sola presencia allí de Nelson Mandela hizo la circulación muy estricta— que me tocó la pregunta de rigor. Sin la menor pretensión de preguntar nada durante ese encuentro de medios, me había sentado en una tercera fila al lado de Nancy Pazos y —creo recordar— Andy Kusnetzoff. En el medio del panel se ubicaba Carlos Menem. Antes de la primera pregunta, sonrió con elocuencia mirando hacia nuestro sector y levantó una mano en señal de saludo afectuoso. Nos miramos los tres. Nancy y Andy coincidieron: “Eso fue para vos, no te hagas el boludo”.

Un rato después del sofocón, el vocero presidencial, Raúl Delgado, nos invitó con un café. El “Flaco” no solo había sido compañero de laburo en el diario *La Nación*, sino uno de los que más me había contenido en aquellos primeros años de empezar a vivir un mundo de adultos profesionales con apenas 18 años. Más allá de los vaivenes de la vida y la ideología, es parte de mis recuerdos entrañables de esta carrera. Con toda la confianza del caso, le conté de mi asombro: “No entiendo, Flaco. Me paso la vida criticándolo. A veces hasta zarpado. Y el tipo viene y me saluda como un amigo”. “Olvidate, Gonza. El Presidente es un cholulo de los periodistas deportivos. Él solo mira deportes, ni se entera de las críticas”, contestó Raúl.

Para serles franco, ya había tenido otros momentos peculiares con

el expresidente. El más poderoso, que recordaré solo superficialmente por respeto a los participantes, había sido cinco o seis años antes cuando, por pedido de Carlín Calvo, fuimos a la Quinta Presidencial a jugar un partido de fútbol un sábado por la mañana con el denominado equipo "Menem Presidente".

Tan solo un detalle pinta la situación de cuerpo entero. Veníamos caminando desde el vestuario hacia la cancha. A lo lejos, vimos a Menem vestido con la ropa del seleccionado y una vincha celeste y blanca en la cabeza. Charlaba con un señor pelado y gordo, de traje, a quien parecía prestarle poca atención. Apenas nos acercamos alcancé a oír: "Andá nomás, Mingo. Ya llegaron los muchachos para el partido. El lunes definimos todo". Menem daba por terminada su charla con Domingo Cavallo, el entonces canciller que debería esperar hasta el lunes para resolver si la Argentina mandaba o no su flota a la Guerra del Golfo.

Roma vs. Atenas

Buenos Aires quedó eliminada en la primera vuelta de la votación final. Igualó en 16 votos con Ciudad del Cabo que, en el desempate mano a mano, le ganó por 62 a 44. Curiosamente, los sudafricanos avanzaron una rueda más desplazando a Estocolmo. Pero el anuncio sorpresa fue la victoria final de Atenas contra Roma, cuya candidatura se veía como la gran favorita. Nadie les quitará a los italianos la sensación de que lo sucedido aquella tarde en Suiza fue una compensación torpe para el desfalco de 1996, cuando los Juegos del Centenario se realizaron en la casa de las corporaciones que patrocinaban al olimpismo (Atlanta) antes que honrar a la ciudad en la que todo comenzó.

Fue impactante poder relatar aquel anuncio en vivo, aunque un poco menos que ser insultado por un par de chicas que atendían el *stand* porteño en Lausana. "¿Estás contento, hijo de puta?", me dijo una. Años después, se disculpó y confesó ser la "novia" de uno de los responsables de la candidatura, a quien el tipo había engañado y defraudado. Nada grave.

21 Durante los Juegos de Berlín, Jeanette Campbell, una francesa nacida en Saint Jean de Luz y nacionalizada argentina a un año del certamen, logró la medalla plateada en los 100 metros libre.

22 José Alves de Moura, un portugués que se hizo famoso en Brasil por estar dispuesto a todo con tal de besar a personalidades del deporte, la política y los espectáculos.

23 Jaume Marquet i Cot, el “intruso más famoso del mundo”, un catalán conocido por invadir canchas y escenarios en todo el planeta. Logró saltar al campo de juego antes de la final del Mundial de fútbol 2010 entre España y Holanda. Un año más tarde, se metió en el estadio de Colón de Santa Fe, el día en que la Argentina cayó con Uruguay por los cuartos de final de la Copa América.

24 Confirmada la sanción, quedó firme la serie invicta de Valerie Vili-Adams, una maorí de 1m93 y 120 kilos, que ganó los 54 torneos finales de su carrera.

Capítulo XIII. Beijing 2008
Mozart, Bach, Ella Fitzgerald, Jimi Hendrix y John Lennon, todos juntos tocando en la misma ciudad

El 25 de marzo de 2008 comenzó el recorrido de la antorcha olímpica camino a los Juegos de Beijing. De acuerdo con la tradición, la celebración arrancó con el ritual del encendido desde el pebetero de Olimpia, allí donde —se supone— el fuego olímpico reposa pero nunca se apaga (si ese fuego llegase a apagarse, los Juegos Olímpicos no podrían celebrarse). Quizás motivados por la leyenda, manifestantes en contra de la violación de los derechos humanos en China persiguieron a la antorcha —y a varios de los relevistas— por diversas ciudades del mundo. Hubo incidentes en distintos lugares y, en algún caso, efectivamente lograron apagarle la antorcha a quien, feliz, la llevaba de un relevo al otro. Supe entonces que, a modo de prevención, se lleva una especie de fuego olímpico de reserva en un fanal que acompaña todo el recorrido. Comprando como auténtico el cuento de fantasía, se entiende cómo se animan a trasladar el fuego en avión, en barco, en bicicleta y hasta por debajo del agua. Aquella de 2008 fue la última vez que la antorcha viajaría desde Olimpia a su destino final luego de pasar por los cinco continentes. El COI ya lo había resuelto aun antes de producirse esta persecución ígnea.

Londres, París, San Francisco, Buenos Aires: esa fue la cuenta regresiva del tramo que más esperamos los argentinos. Por primera vez en la historia, el fuego olímpico pasó por nuestro país. Fue el 11 de abril. Inolvidable. Un mes antes, Alicia Morea[25], esposa de Enrique, uno de los mejores tenistas argentinos de la historia, y miembro del Comité Olímpico Argentino, me llamó para contarme que su intención era la de incluirme entre los relevistas porteños. Fue una decisión entre audaz e inconsciente la de Alicia, a quien jamás dejaré de agradecerle el gesto: mi pasión por el deporte olímpico es

inversamente proporcional a mi desprecio y antipatía por una parte sustantiva de sus dirigentes en la Argentina. Ya habrá tiempo —tal vez otro libro— para explicar en detalle por qué los considero —siempre con sus correspondientes excepciones— mucho más parásitos que útiles.

La emoción me dura hasta hoy. De pronto, me sentí más cerca que nunca del estéril sueño de alguna vez jugar seriamente a algo. Llevaría la antorcha. Tendría mi antorcha. Trotaría un par de cuadras con la antorcha y tal vez hasta me vería mi primo Fernando por la tele, el que vive desde hace años en Los Ángeles y con quien compartí los mejores años de mi adolescencia. ¿Trotaría? ¿Sería capaz? Para entonces, seguramente pesaba más de 160 kilos (sepan los "normales" que los obesos rara vez nos animamos a saber cuánto fuimos capaces de pesar). Hoy, con 40 kilos menos, puedo asumirlo.

Mi tramo de doscientos metros fue por una de las calles internas de Puerto Madero. En los días previos, quienes coordinaron el recorrido se aseguraron de que contase con el uniforme adecuado. Medias y zapatillas blancas, pantalón corto blanco y una remera con un logo para la ocasión que me entregarían los chinos el día de la celebración. Mucho más que con la comida, mi gran complejo de gordo ha sido con la ropa. Sé mejor que nadie —y me fastidia como a ninguno— lo difícil que es conseguir ropa. Lo era en aquel tiempo. Tal como sospechaba, los chinos me dieron una remera talle XL en la que no podría entrar ni bajando veinte kilos. Por las dudas, yo había llevado una remera blanca, que fue con la que finalmente hice mi recorrido.

A los relevistas nos fueron repartiendo en un colectivo, como para que nadie esperase más de la cuenta. La seguridad, ante todo. En un momento, una china a cargo de la coordinación comenzó a discutir con quien estaba a cargo del asunto desde el Gobierno de la Ciudad. Entre gritos, de tanto en tanto, los dos me miraban. La china insistía con que de ninguna manera yo podía participar si no usaba la indumentaria oficial. El amigo porteño, cansado en sus argumentos, ganó la pulseada argumentando que ya no había tiempo para reemplazarme.

Para esa fecha, estaba trabajando en la Escuela de Periodismo Deportivo del Instituto River Plate. Sergio Acosta, responsable del área, decidió que un grupo de estudiantes del Profesorado de Educación Física me acompañaran desde la vereda. Del otro lado, estaban mi esposa Carmela y mis hijas Catalina, Martina, Valentina y Joaquina. En el medio de la calle, yo esperaba que llegara con el fuego un coreano, gerente de una de las empresas auspiciantes de los Juegos. Estaba cableado con un micrófono para que mi experiencia saliera en vivo por el canal, ¡que emitió todo desde un helicóptero!

A cargo del recorrido estuvo Sebastián Tagle, histórico referente de

corredores en la Argentina. Con el argumento de que veníamos adelantados en el tiempo, no me dejó siquiera trotar. Desde la vereda, los muchachos gritaban: "Corré, gordo. Si no, dejame a mí". Hasta fui lapidado por un periodista español en una columna que escribió al respecto en el diario *ABC*.

Estimo que Sebastián tenía como consigna que cubriera mi tramo caminando. Seguramente tenía pánico que, de trotar, me quedara seco a los cincuenta metros. No existía sinsabor que pudiera opacar las emociones de ese día. El 11 de abril comenzaron para mí oficialmente los Juegos Olímpicos de Beijing 2008.

Una cobertura cinco estrellas

Los de Beijing fueron los Juegos en los que más elocuentemente comprobamos los beneficios que trae decidir y gestionar la logística con tiempo. Calculo que nunca más volveremos a vivir en un hotel cinco estrellas que se estrenó para la ocasión, ubicado tan estratégicamente que podía llegar desde la mesa del desayuno hasta mi espacio en el IBC caminando apenas cinco minutos. Este recorrido (y el inverso al final de la jornada) me permitía sumar, al menos, dos horas más de sueño por día respecto de Atenas e incluso de Sídney.

Es cierto que estas coberturas pueden resultar exitosas aun dentro de un desastre de imprevisión o salir mal aunque uno viva como un jeque, pero la ecuación más probable es la inversa. A tal punto la ubicación de nuestro hotel era estratégica que para ingresar en él había que mostrar la credencial de periodista acreditado para los Juegos. Estaba realmente dentro del Parque Olímpico. A propósito, jamás sabremos cuántos pequineses fueron sacados de la ciudad para que aquel monstruo de incalculables hectáreas de extensión quedase reservado para las competencias y casi no hubiese vehículos con circulación permitida. Tampoco qué fue de su vida ni dónde los reacomodaron. Algunos hablaron de un par de millones y de que todos fueron a parar a la enorme área rural en las afueras. Referencias un poco menos marginales hablan de medio millón de personas que fueron compensadas con cifras de alrededor de 150.000 dólares para abandonar el barrio de toda su vida. El gobierno chino no quería, en medio de una inversión enorme para mostrar la modernidad de su infraestructura, que emergieran como hongos los *hutongs*, tradicional vivienda de los ciudadanos de menores recursos.

Como sea, en 2015 la zona tampoco estaba habilitada para viviendas privadas y lo único que modificó sensiblemente el escenario fue la proliferación de hoteles, siempre de cinco estrellas para arriba.

Comida china

El gran desafío para los Juegos de Sídney fue demostrar que podíamos generar buena repercusión de audiencia incluso en competencias que, en gran medida, se realizarían durante nuestra madrugada. Ya comprobado que las antípodas, lejos de ahuyentar al público lo convierte en una legión de insomnes; la preocupación de quienes se quedaron en casa pasó por nuestra alimentación. "¿Te vas a China? Uh, qué bueno. ¿Y cómo vas a hacer con la comida?" Por mucho que alguien te quiera, no es de buen envidioso dejar de ver el pelo en el lunar de Cindy Crawford.

En primer lugar, la aceptación por la comida china es directamente proporcional a los países en los que hay restaurantes chinos, estimo que gran parte de los más de 200 que cuelgan su bandera en la ONU. Y el pato laqueado que me hizo comer mi compañero y amigo Marcelo Gantman al final de los Juegos se lo deseo a todos a los que amo. A ellos mismos les digo que tengan cuidado: el pato laqueado puede ser un manjar de los dioses tanto como unos chicles de grasa insípidos según la cocina de la que salga.

En todo caso, así como no se concibe un Juego Olímpico sin un IBC —para el negocio, tan importante como la existencia de la mismísima Villa Olímpica—, tampoco existe un IBC sin un buen servicio gastronómico. No por estar en Beijing estarías obligado a comer comida china. Ni quienes vayamos a Río haremos un curso acelerado de consumo de *feijoada* y *frango passarinho*. El comedor de un IBC tiene un protocolo tan riguroso como las transmisiones mismas de las competencias. Ustedes podrán ver decenas de partidos de tenis y, si fuese por el estilo de transmisión, todos parecerían uno solo. Del mismo modo, el restaurante del IBC incluye comida autóctona tanto como pizzas, pastas, carnes y, por supuesto, un sector de comida rápida reservado para uno de los principales auspiciantes de los Juegos.

Nada de qué preocuparse. Mucho menos en una cobertura en la que, más que en ninguna otra, alimentarse es muchísimo más una necesidad biológica que una veleidad de exquisitos. Se duerme cuando se puede. Se pasea cuando se puede. Se come cuando se puede.

No vayan a creer que es un tema menor. Más de una vez hubo que hablarlo específica y crudamente. Sin resignar el derecho que todo trabajador tiene a descansar, cuando uno acepta —o celebra— viajar a un Juego Olímpico debe saber que el concepto sagrado de "día franco" pasa a ser una abstracción. Nunca es bueno resignar nada de los derechos que nos asisten pero, debido a lo que exige un Juego, no se me ocurre una solución al respecto.

El poderío oriental

Beijing ganó la sede de los Juegos Olímpicos de 2008 el 13 de julio de 2001, durante la sesión extraordinaria del COI realizada en Moscú. A diferencia de Atenas, que superó ajustadamente a una candidata de peso histórico como Roma, Beijing tuvo como principal adversaria a Toronto, que ya había perdido la elección en otras cuatro ocasiones. Un año antes, habían sido descartadas las postulaciones de Bangkok, El Cairo, Sevilla, Kuala Lumpur y La Habana, lo que dejó en claro que, entrado el siglo XXI, el COI aún no había decidido depurar el proceso selectivo, reducir los aspirantes y, de tal modo, evitar que los políticos gastaran fortunas de los impuestos de sus vecinos a manos de un proyecto finalmente lejano de sus posibilidades.

Lo que sí se achicó fue el proceso electoral. Osaka, con solo 6 votos, quedó eliminada de entrada. No hizo falta más que otra rueda de votación. Beijing, que tuvo 44 votos en la primera vuelta, sumó 56 en la segunda. Toronto (22), París (18) y Estambul (9) quedaron a tal distancia que se consideró innecesario volver al cuarto oscuro. Nadie pudo explicar qué deficiencia encontraron los asambleístas en la candidatura de la ciudad turca, que perdió 8 votos entre la primera y la segunda vuelta.

Hubo algo de controversia respecto de la elección de Beijing. Fundamentalmente, se produjeron fuertes reclamos por parte de Amnesty International y varios gobiernos de naciones europeas preocupados por el tema de los derechos humanos en China. Varios de los miembros del COI aseguraron haber tenido en cuenta esos reclamos a la hora de evaluar. Quien resolvió el asunto fue el francés François Carrard, Director Ejecutivo del COI, quien explicó que, en realidad, consideraron que darle la sede a Beijing mejoraría las garantías de libertad de los ciudadanos chinos. La basura debajo de la alfombra, un método ancestral del olimpismo desde Hitler y Berlín 1936 hasta estos días. Ningún derecho humano pesó más que el enorme negocio de cederle a la China de Hu Jintao la inestimable posibilidad de demostrarle al mundo su capacidad organizativa y explicarnos a todos cuántas cosas fueron inventadas por ellos.

Nuevas disciplinas

Hubo 28 deportes para un total de 302 disciplinas. De ellas, nueve fueron debutantes como BMX —bicicrós— y los 10 kilómetros de nado en aguas abiertas para ambos sexos. Fue, también, el estreno para las chicas en la tradicional prueba atlética de los 3000 metros con

obstáculos.

Teniendo en cuenta la aspiración de ciertos líderes actuales del olimpismo de darle al movimiento una vuelta de tuerca que los acerque tanto a los jóvenes como a la variable de los denominados "deportes urbanos", el desembarco del BMX fue un auténtico éxito. Es una competencia corta, vertiginosa, fácil de entender y que hasta cuenta con el morbo de los accidentes que se producen muy frecuentemente (por suerte, rara vez con consecuencias serias). El BMX llegó para quedarse y cuenta con el inestimable respaldo de la incertidumbre: hasta la última curva o el último salto, quien va primero realmente no sabe si terminará la carrera.

Lo que no se modificó sustancialmente fue la proporción de deportistas por género. También en Beijing hubo más hombres que mujeres, en un reparto aproximado de 60 a 40.

Por primera —y única— vez en la historia, China finalizó primero en el medallero: sumó 51 medallas doradas, 21 plateadas y 28 de bronce. Un total de 100 podios, diez menos que los norteamericanos, que quedaron segundos porque ganaron 15 doradas menos que los locales. Rusia fue tercera y Gran Bretaña, la gran revelación, finalizó cuarta con 19, 13 y 15, respectivamente.

Fueron, además, los Juegos del regreso de una atleta amputada al escenario olímpico, luego de que el húngaro Oliver Halassy integrara el equipo de waterpolo de su país en los Juegos de Berlín pese a haber perdido el pie izquierdo en un accidente automovilístico y del ya mencionado Károly Takács de Londres 1948.

La distinción le cupo a la sudafricana Natalie Du Toit, nadadora en aguas abiertas, que perdió la mitad de la pierna izquierda en un accidente en moto y se clasificó en tiempo y forma para Beijing. Ella participó luego en los Juegos Paralímpicos también en la capital china. Idéntica historia a la de la polaca Partyka, que nació sin el antebrazo derecho e integró el equipo de tenis de mesa en ambos certámenes.

Fueron 205 los comités olímpicos participantes en Beijing. Esta vez, fue el debut de Islas Marshall y Tuvalu, naciones incorporadas formalmente al olimpismo en 2006. También debutó Montenegro, que hasta Atenas y después de la separación de la ex-Yugoslavia, había participado en unión con Serbia. Los serbios intervinieron bajo su bandera, pero esa nación ya había actuado como tal en los Juegos previos a la Segunda Guerra Mundial.

Ellos lo inventaron todo

El 7 de agosto, un día antes de la ceremonia inaugural, la

Argentina derrotó a Costa de Marfil 2 a 1. Fue el punto de partida para otro título olímpico en fútbol. Como debía ser, el primer gol lo señaló Lionel Messi. La victoria la sentenció a cuatro minutos del final Lautaro Acosta, el único sobreviviente del seleccionado sub-20 que había logrado la clasificación para los Juegos. Bien merecido lo tenía: la Argentina había llegado a Beijing justamente gracias a un gol decisivo que el delantero de Lanús marcó en tiempo de descuento durante el campeonato sudamericano juvenil de ese año.

Un rato después del partido (que vimos en un monitor ya que el seleccionado de Sergio Batista hizo base en Shanghai), fuimos al estadio Nido de Pájaro para ver el ensayo general de la ceremonia. Y, de paso, verificar que todo estuviese en orden en nuestra posición de comentarista.

En realidad, tanto eso como atestiguar el ensayo pesan muchísimo menos que la necesidad por matar la ansiedad del momento. Estar en el estadio significa meterse definitivamente en clima. A partir de ese momento, la vida pasa por los Juegos Olímpicos.

Fuimos caminando desde el IBC hasta el estadio con Juan Wade, gerente de Contenidos, y Sergio Giglio, jefe de Producción del canal; dos personas que, más allá de los afectos personales —que los hay, claro— son sinónimo de las más maravillosas coberturas que me tocaron hacer. Y factores clave para que se haya logrado un estándar que, sospecho, ningún otro canal sería capaz de conseguir. Junto a Juan y Sergio recorrimos entre diez y quince cuadras con la felicidad de quien va en helicóptero. Pese a la bruma y al calor. Y pese a que los muchachos de seguridad no nos dejaban pasar por su sector y tampoco nos indicaban por dónde si nos correspondía. Finalmente, dimos con nuestro espacio: un pupitre para tres personas a veinte metros de altura, justo sobre la meta donde terminan las carreras. Un sueño.

El ensayo pasó más rápido que el de los australianos. Al día siguiente, comprenderíamos que buena parte de los cuadros artísticos no podrían ensayarse sin desplegar una imponente parafernalia de tecnología. Menos mal que mostraron poco: estos ensayos sirven también para ajustar señales de video y recepción de los vínculos con las compañías que adquieren los derechos. Dicho de otro modo, todos los canales que transmiten los Juegos reciben imágenes en vivo del ensayo, con la expresa prohibición de poner nada de eso en el aire. Al final del día, los organizadores envían un compacto de un par de minutos.

Días antes, los coreanos de SBS (Seoul Broadcasting System), con acceso al estadio por estar acreditados, pidieron autorización para hacer algunos ajustes técnicos en su espacio en el estadio y grabaron en secreto tomas de los ensayos. El video del escándalo se subió a

YouTube los últimos días de julio. Como consecuencia de ello, se redujo la exposición abierta de la mayor parte de las pruebas y se prohibió el acceso de los camarógrafos de la empresa coreana durante el resto de las competencias.

Finalizado el ensayo, bajamos al borde de la pista a sacarnos alguna foto y disfrutar de otra vista de un estadio fabuloso. La salida hacia el IBC estaba, cruzando en diagonal, en el sector opuesto al nuestro. Pese a las restricciones previas, no quedó nadie de seguridad al final del ensayo. De tal modo, cruzamos caminando por el campo de juego, entonces recubierto con paneles de madera, todos con innumerables marcas que se utilizarían al día siguiente para determinar los espacios y los movimientos que realizarían los participantes de la fiesta (que bien pudimos haber adulterado o llevado a casa de recuerdo).

La ceremonia tuvo mil momentos fascinantes. Como siempre, la esencia pasa por transmitir un mensaje respecto de los orígenes, las costumbres y las conquistas del país del cual forma parte la ciudad sede. Como nunca, los chinos le contaron al mundo cosas que, muchos, no siempre recordamos. Por ejemplo, que el primero de los Cuatro Grandes Inventos chinos fue el papel. Probablemente, uno de los últimos haya sido la enorme pantalla de LED desplegada en el suelo para proyectar, justamente, la historia de aquellas creaciones.

El despliegue para recordarnos cuáles fueron los otros tres fue igual de impactante. No quisieron desperdiciar ni un segundo para que nos quede bien en claro que ellos inventaron la pólvora y que ninguna Navidad sería lo mismo sin sus fuegos artificiales. Que todo bien con Gutenberg, pero que el asunto de la imprenta le llegó al alemán algunos siglos después de haber salido de China. Y que sin el compás del libro de 1088 de Shen Kuo, probablemente Cristóbal Colón ni siquiera hubiese salido al mar.

Sin embargo, vuelvo a ver los *highlights* de aquella fiesta y nada me impresiona más que los instantes previos, sobre todo aquella absurda cuenta regresiva en la que 1500 percusionistas representaron con luces sobre tambores Fou los números tanto en arábico como en chino hasta llegar al cero que marcó las 20, hora oficial para el comienzo de la ceremonia.

A propósito, en marzo de 2009, en la Bolsa de China se subastó el lote de los últimos 400 tambores disponibles de los usados entonces. Se pagaron por ellos poco más de 6 millones de euros.

La cumbre de las leyendas

Los de Beijing no fueron los primeros Juegos de Michael Phelps,

pero fue allí donde el fenómeno de Baltimore superó el récord de Mark Spitz de siete medallas doradas —todas con récord mundial— durante las pruebas de natación de Múnich 1972. El norteamericano ganó ocho de sus dieciocho medallas doradas en China. Más impactante aún: ganó todas las competencias de las que participó; en 200 y 400 medley, 200 libre, 200 mariposa, 4×100 y 4×200 libre y 4×100 medley lo hizo batiendo el récord mundial. La única prueba en la que ganó sin mejorar el registro histórico fue los 100 mariposa, en la que sí estableció el récord olímpico. Esa fue una de las pruebas fundamentales para que Phelps lograra superar la leyenda de Spitz. El serbio Milorad Čavić lo dominó hasta el final pero Phelps lo aventajó por una centésima. Hubo polémica al respecto ya que más de un medio acusó a Čavić de haber favorecido a Phelps por pedido de la marca de indumentaria especializada en natación que patrocinaba a ambos. Una acusación sin fundamento.

La otra prueba clave —otra que perfectamente podría haber perdido— fue la posta corta libre. Un magnífico relevo final de Jason Lezak —46s06, la marca no homologable más rápida de la historia— fue decisivo para que los norteamericanos aventajasen por muy poco a una excepcional posta francesa liderada por el enorme Alain Bernard, uno de esos misterios de la naturaleza: nadie logró comprender cómo fue capaz de mover semejante masa de músculos en el agua, mantenerse a flote y cubrir 100 metros en casi 47 segundos y medio.

Pero los de Beijing fueron mucho más que los que potenciaron al infinito la leyenda de Phelps. Fueron los Juegos soñados por quienes aspiran a eternizar la popularidad olímpica. Basta con empezar por Phelps y terminar por Usain Bolt para garantizarse el éxito mediático de las dos semanas. El jamaiquino logró en Beijing su primer triplete de 100, 200 y posta 4×100, en todos los casos, con récord mundial. Afortunadamente, la historia de Bolt parece aún estar escribiéndose: desde ese momento, de quince grandes títulos —los tres de velocidad durante dos Juegos Olímpicos y tres Mundiales—, Usain obtuvo catorce. Su única derrota grande fue cuando quedó descalificado en la final de los 100 en el Mundial de Daegu por partida en falso.

Durante los 16 días de Beijing vimos consagrarse a Phelps y a Bolt. Pero también a Rafael Nadal, Kobe Bryant, LeBron James, Roger Federer y Lionel Messi. Además, la rusa Yelena Isinbayeva confirmó su condición de diva incomparable del atletismo, guardando para sí la atención absoluta del estadio la noche que batió el récord mundial de salto con garrocha.

Sin saberlo, tuvimos a Mozart, Bach, Ella Fitzgerald, Jimi Hendrix y John Lennon, todos juntos y en la misma ciudad. Todos tocando al mismo tiempo.

El valor real del bronce

Ya sin el estigma de 52 años sin medallas doradas, el deporte argentino disfrutó de otro Juego Olímpico en el que logró lo que considero como el techo de medallas que estamos en condiciones de obtener. Por experiencia, por prudencia y por respeto a nuestros deportistas y sus esfuerzos, considero que, sin especificación de colores, nuestras performances pueden oscilar entre 0 y 6 medallas. En Beijing fueron dos doradas y cuatro de bronce.

Viajaron 138 deportistas de los que 58 fueron mujeres. Y participaron en 19 deportes. El abanderado fue Emanuel Ginóbili, a mi criterio el más grande deportista argentino de todos los tiempos.

Como cuatro años antes, el primer día de competencias —9 de agosto— la Argentina volvió a festejar un podio. Fue el de la medalla de bronce de la enorme Paula Pareto, que disputó cinco combates en el día. "La Peque" derrotó a la australiana Day y perdió en la segunda rueda con la japonesa Tani. En el repechaje, superó a la china Wu y a la húngara Csernoviczki antes de disputar la final por la medalla con la coreana Song.

Song estuvo casi siempre en ventaja por la mínima puntuación —un *koka* para esa época—, pero sobre el cierre de los cinco minutos Peque resolvió la lucha con una técnica magistral que los árbitros, después de un angustiante tiempo de discusión, calificaron como *waza-ari*, técnica apenas inferior a la del *ippon*. Todavía se estaban disputando los Juegos y Paula ya había regresado a casa para continuar con sus estudios.

Luego de nueve años de alternar asistencia, estudio y exámenes con entrenamientos, viajes y torneos, Paula se recibió de médica. En Londres perdió la medalla de bronce casi del mismo modo y en el mismo momento en el que cuatro años antes la había ganado. Y en 2015 se consagró campeona mundial.

Además de un ser humano entrañable, merecedora de muchísimo más que lo que se le da por su condición de campeona, lo único que le recuerdo haber pedido formalmente fue que desafectaran como entrenador del equipo argentino a una persona que ella consideró la había defraudado. Camino a Río, es la deportista argentina más importante.

De la mano de Carlos Espínola, el yachting argentino sumó su cuarto Juego Olímpico consecutivo con medallas ganadas. El correntino repitió la performance de cuatro años atrás en la clase Tornado acompañado por el enorme Santiago Lange.

En un escenario similar al de Atenas, los argentinos llegaron a la Medal Race —carrera final en la que los puntajes se consideran doble — en tercer lugar sin muchas chances de mejorar pero a riesgo de ser

superados por los canadienses, su gran amenaza.

La carrera comenzó mal para ellos. Pasaron la primera marca en octavo puesto y los canadienses, terceros, quedaban a apenas tres puntos de distancia. Fieles a su estirpe, a su talento y a su experiencia, los argentinos avanzaron un par de puestos y, entonces sí, controlaron el tramo final con el podio asegurado.

Fue el final de la clase Tornado dentro del programa olímpico y el final de la maravillosa carrera deportiva de Camau. Para Lange nunca es suficiente e irá por más durante Río 2016 en la clase mixta que debutará en la bahía de Guanabara.

Las Leonas también tuvieron su podio en Beijing. Esta vez, el lugar de la tristeza por haber perdido una semifinal por penales fue reemplazada por el shock de una goleada holandesa en las semifinales. Las imágenes que llegaron del vestuario argentino luego del 5 a 2 son parte del archivo inolvidable. Un grupo de formidables deportistas desconsoladas, varias de ellas a sabiendas de que se acababa de escapar su última chance de pelear por una medalla dorada olímpica, la única que le falta a nuestro hockey.

De pronto, el aire se cargó de energía. De abrazos, besos, fotos, gritos y la ilusión de hacer feliz a Diego Maradona, que fue a visitar a las jugadoras justo cuando más hacía falta. Como Bielsa en su charla de 2004 con Cachito Vigil, Diego fue el estímulo, la palabra necesaria para dar vuelta la hoja y recordar lo difícil que es ganar una medalla olímpica, independientemente del metal que las recubra. En caso de no reaccionar, un rival como Alemania implicaba el riesgo de volverse a casa sin podio y con otra goleada.

La Argentina ganó 3 a 1 con goles de Charito Luchetti, Carla Rebecchi y Noel Barrionuevo. Además de ellas, el equipo conducido por Gabriel Minadeo —asistente de Vigil desde 2000 y, otra vez *head coach* camino a Río— estuvo integrado por Magdalena Aicega, Luciana Aymar, Claudia Burkart, Soledad García, Mariana González Oliva, Alejandra Gulla, María de la Paz Hernández, Giselle Kañevsky, Mercedes Margalot, Mariana Rossi, Mariné Russo, Belén Succi y Paola Vukojicic.

La cuarta medalla de bronce la ganó el seleccionado de básquet. Además de Ginóbili (que no pudo jugar el tramo final del torneo por una lesión), el plantel dirigido por Sergio Hernández estuvo integrado por Carlos Delfino, Román González, Juan Pedro Gutiérrez, Leonardo Gutiérrez, Federico Kammerichs, Andrés Nocioni, Fabricio Oberto, Antonio Porta, Pablo Prigioni, Paolo Quinteros y Luis Scola.

La Argentina ganó cuatro de sus cinco partidos en la fase clasificatoria, lo que volvió a acomodarlo en un sector bien complejo del cuadro de *playoffs*. En realidad, respecto de una eventual semifinal, el escenario parecía igual de complejo. Para ese entonces,

los españoles y los muchachos de la NBA estaban bien por encima del resto. De todos modos, en cuartos de final superó por dos puntos a Grecia y en la semifinal cayó previsiblemente por 20 puntos ante el equipo norteamericano.

La final por el tercer puesto se disputó con Lituania, que había derrotado a la Argentina por cuatro puntos en el partido debut. El seleccionado ganó por 12 puntos un partido en el que casi siempre estuvo en ventaja y llegó a escaparse por 24.

Esa noche supimos que, muchas veces, en los Juegos Olímpicos, una medalla de bronce vale tanto como una dorada. Al menos, son idénticamente difíciles de conquistar.

Fútbol bañado en oro

Con absoluta razón, Javier Mascherano se indigna cuando le dicen que el fútbol argentino tiene una deuda pendiente que es la de ganar un título en mayores, porque desde la Copa América de 1993 no se gana nada. Solo para empezar, podríamos discutir un largo rato sobre el valor de un certamen regional respecto de un título olímpico. Si encima nos detuviésemos a analizar la calidad del éxito del 93 —nada que ver con el gran fútbol que jugó la Argentina dos años antes en Chile—, entiendo que desaparece la posibilidad de un fallo dividido y el veredicto sale por paliza. En el caso de Javier, por añadidura, lo dice el único deportista —además del polista Juan Nelson— que ganó dos medallas doradas olímpicas.

El desarrollo del torneo tuvo alguna similitud con el de Atenas. Pero fue bastante más exigente debido a la jerarquía de los rivales. Uno de los grandes cuestionamientos que se les hacen a aquellas conquistas es que la Argentina apostó a muchos más nombres de prestigio que otros equipos importantes, como Italia en 2004 u Holanda en 2008. Tal vez por eso, hicimos lo imposible por quedarnos fuera de Londres 2012. Y lo logramos.

Claro, basta recordar el plantel de Batista para comprender la idea: Lautaro Acosta, Sergio Agüero, Éver Banega, Diego Buonanotte, Ángel Di María, Federico Fazio, Fernando Gago, Ezequiel Garay, Ezequiel Lavezzi, Javier Mascherano, Lionel Messi, Luciano Monzón, Nicolás Pareja, Juan Román Riquelme, Sergio Romero, José Sosa, Oscar Ustari y Pablo Zabaleta. Apenas un dato: nueve de ellos formaron parte del equipo subcampeón del Mundo en 2014. Casi todos fueron titulares en la estructura de Alejandro Sabella.

La primera rueda fue menos lúcida que la de cuatro años atrás. En cuartos de final, el asunto se puso espeso. La Argentina necesitó de tiempo suplementario para derrotar a Holanda y en ese partido perdió

a Oscar Ustari por lesión.

A propósito. El partido coincidió con la final de los 100 metros masculinos, los de Usain Bolt. No solamente la periferia del fútbol suele llevarse puesto casi todo a la hora de mirar hacia los costados y valorar otras disciplinas, sino que muchos de los que relatan, comentan o producen estos encuentros creen que el de fútbol es un torneo específico, casi al margen de los Juegos. Cuesta explicarles que las medallas valen todas uno, sea en fútbol, en tenis o en bádminton. Y que los Juegos Olímpicos son un todo compuesto por diferentes disciplinas. Cuando las producciones no son las mismas —no viene al caso explicar, una vez más, que TyCSports y Torneos no son una misma cosa—, el conflicto tarda más en resolverse.

Por suerte, aquella noche ganamos la pulseada. Extraña relación de fuerza pelearse no por tener razón sino por hacer lo que corresponde. Al promediar el segundo tiempo, con el resultado 1 a 1, comenzó el anuncio de la final de los hombres más rápidos del mundo. La consigna era que nos darían aire desde Shanghai al Nido de Pájaro vía IBC cuando la presentación de los atletas estuviese a la altura del andarivel 6. Veinte segundos más tarde, la transmisión volvió a hacer base con el fútbol, nadie se perdió nada importante del partido y todos disfrutamos del primer récord mundial del jamaiquino.

Después de Holanda, llegó Brasil con Ronaldinho. No debía ser un rival demasiado sencillo, aunque finalmente lo fue por la enorme actuación argentina que, conducida por Riquelme y ejecutada por Agüero, le regaló un 3 a 0 inolvidable a Maradona, esta vez en la tribuna del deporte que jugó como nadie.

La final fue bien parecida a la de Atenas. De mañana, con mucho calor y cierta simpatía del público local por los nigerianos, un maravilloso gol de emboquillada de Ángel Di María le puso sello demasiado temprano a un partido que no dejó mucho más para el análisis. Nada más que otra medalla dorada, claro.

Y una reivindicación para Lionel Messi, tantas veces arbitrariamente cuestionado por un presunto desinterés por la celeste y blanca que jamás se manifestó. A pocos días de los Juegos, estando el plantel argentino en Shanghai, el presidente de Barcelona, de viaje por Florencia, anunció que Messi debía regresar a España sin jugar por la Argentina. Hubo idas y vueltas y hasta presión mediática para que Lionel desertara. Las conclusiones están en los libros de historia. O en la nómina de campeones olímpicos que podés encontrar en Google.

Los grandes del ciclismo

Tengo infinidad de argumentos para explicar cuál es la lógica de

transmitir un Juego Olímpico casi exclusivamente desde el IBC, es decir, casi sin ir a los estadios. Por lo pronto, de otro modo resultaría imposible realizar entre doce y catorce horas ininterrumpidas de cobertura en vivo. Sin embargo, hay episodios que hubieran merecido una excepción. Lamentablemente, para eso deberíamos haber imaginado que Juan Curuchet, a sus 43 años, y Walter Pérez, a los 33, iban a concretar una de las más maravillosas victorias del deporte argentino en toda su historia.

El 19 de agosto fue el momento de la denominada Madison, prueba puntuable por equipos o a la americana. Más experimentado uno que otro, los dos conocían esta prueba a la perfección. Por haberla corrido juntos y por haberla disputado en una variante individual, que no es exactamente igual pero en términos estratégicos tiene puntos de confluencia.

Los equipos deben recorrer 50 kilómetros, lo que equivale a 200 vueltas. Se puede sumar puntos figurando entre los cuatro primeros de los *sprints*, que se realizan cada 20 vueltas y que son fácilmente identificables por el sonido previo de la campana. Ni más ni menos que los entrañables embalajes. Sin embargo, el objetivo primordial es el de terminar primero esas 200 vueltas y, para el caso de que más de uno lo consiga, entonces sí pasan a definir los puntos acumulados.

Juan y Walter eligieron una estrategia de velocidad y pronto consiguieron sacar una vuelta de ventaja al pelotón. Mientras rivales como los belgas, los alemanes, los dinamarqueses y los franceses se dedicaban a sumar en los *sprints*, los argentinos dosificaron esfuerzos para mantener la ventaja en vueltas y solo sumar lo necesario para aventajar a quienes giraban en su mismo registro.

Al final, alcanzaron las 200 vueltas al igual que los españoles y los rusos, pero los aventajaron por uno y dos puntos gracias a los ocho acumulados en los embalajes 3, 7 y 8. Solo para graficar el asunto: los belgas sumaron 17, los alemanes 15 y los dinamarqueses 14, pero al estar todos una vuelta detrás de los tres primeros se quedaron fuera del podio.

Puesto en palabras, todo parece muy sencillo. Pero en aquel momento, quedó en claro que la única forma de seguir fehacientemente la competencia era estando en el estadio. Y ante el temor de anunciar una medalla dorada que finalmente no fuera —mientras los argentinos cumplían la vuelta 200, la tele enfocó a los franceses ganadores del último *sprint*—, cometí una de las peores omisiones de mi carrera. Preferí llegar tarde al festejo antes que pasar el papelón de festejar sin que correspondiese.

Además del lugar de su gloria más elocuente, Beijing significó para Curuchet convertirse en el único deportista argentino récord con seis participaciones olímpicas: entre Los Ángeles y Beijing, Juan solo

estuvo ausente en Barcelona 1992.

Pronto me avisaron del enojo que tenía conmigo el padre de Walter. Seguramente ofuscado con alguna crítica por actuaciones pasadas de su hijo, me dedicó aquella victoria inolvidable en feos términos. Advertido del tema, el propio Walter quiso disculparse, aunque no hacía falta. Uno debe entender lo difícil que debe ser escuchar o leer que critican a un hijo tuyo cuyo esfuerzo, dedicación y sufrimiento conocés desde que es chiquito. Sin ir más lejos, poco tiempo después de aquellos Juegos y de ser recibido con los honores del caso en la Casa de Gobierno, Walter quedó detenido luego de un incidente en el que le quitaron la bicicleta sobre la cual se entrenaba en una autopista del Conurbano. Aun después de ser campeón olímpico, seguían sin escuchar su reclamo de disponer de un espacio donde entrenarse. Sin que se lo lleven preso, sin que su vida corra riesgo.

No es fácil ser padre de un deportista expuesto a la crítica. Tampoco el oficio de ser un periodista decoroso.

25 Presidenta del COA durante el período comprendido entre la destitución de Julio Casanello, acusado de estar vinculado con la Dictadura de fines de los 70, y la asunción de Gerardo Werthein, quien derrotó a la misma Alicia en la elección posterior.

Capítulo XIV. Londres 2012
La cobertura perfecta

Para julio de 2009 mi ritual de trabajo diario incluía dedicarle entre dos y cuatro horas al viaje de ida y vuelta del norte del Conurbano, donde vivo, a Constitución, donde queda el canal. No hay exageración en el asunto. Cualquiera que cruce la ciudad desde el Norte, el Sur o el Oeste, por la mañana y en días laborables, sabe que la duración del viaje depende de infinidad de factores. Fundamentalmente, de los cortes de calles. Nuestros bienamados piquetes, que pasaron a ocupar en la jerga popular el espacio que alguna vez supieron tener el tango, Leguisamo, Rojitas o el bife de chorizo.

El tránsito es, definitivamente, el principal aliado que tienen las radios en sus horarios de mayor audiencia. Nada ayuda más a que un programa sea escuchado con cierta atención durante más de media hora que un corte de calle imprevisto. Llevaba años siendo oyente fiel de *¿Cuál es?*, el último programa que condujo Mario Pergolini en Rock & Pop. Esa mañana, supongo de un día cercano al final del mes, me arrepentí de haberlo sido. En su tono, entre socarrón y apocalíptico, Mario dejaba entrever que el Gobierno había decidido quedarse con las transmisiones de fútbol que, hasta ese momento, asociaba a Torneos y Competencias y al Grupo Clarín con la AFA. “Se terminaron los codificados. El próximo torneo irá completo por televisión abierta”, advirtió Pergolini. No me alcanzaban los dedos para mandar mensajes a los amigos que tenía dentro del canal. Para esa época, TyCSports transmitía todas las semanas partidos de Primera División, incluyendo a River o a Boca, según cuál de los dos equipos de mayor convocatoria quedara fuera del célebre codificado.

Alguna vez, muchos años atrás, Mario se convirtió en la versión rockera de Orson Welles anunciando, falsamente, la muerte de Phil Collins. Quiso medir el efecto mediático de una mentira y lo

consiguió: fue un impacto feroz que no por merecer una pronta desmentida evitó una difusión inconmensurable. No parecía ser este un caso similar.

Pocos días después, Cristina Kirchner y Julio Grondona anunciaban oficialmente la noticia. La AFA había roto un contrato histórico con la televisión privada y había provocado un verdadero terremoto en mi lugar de laburo. Visto en perspectiva, todo pareció desmesurado. Desde las aborrecibles ofertas de retiro voluntario —siempre relativo aquello de voluntario— hasta el anuncio de catástrofe que se hacía desde fuera de la empresa y dentro de ella.

Recuerdo como si fuera hoy una mañana de sábado cuando encontré al padre de unas compañeras de colegio de mis hijas mayores en la panadería de mi barrio. "¿Y? ¿De qué vas a laburar ahora?", me preguntó. Reconozco como meritoria la mezcla de inconciencia, gracia y valentía que tuvo en preguntar algo semejante sin tener la menor idea de si, para el caso de que efectivamente mi trabajo estuviese en riesgo, mi reacción no sería meterle la cabeza dentro del horno de las medialunas. A esa altura, ya empezábamos a acostumbrarnos a vivir atravesados por esa grieta en la que ningún argentino que se precie debe dejar de desearle el peor de los males al que piense distinto… o le vaya mejor.

En un rapto de serenidad y ocurrencia de los que no me caracterizan le contesté: "Voy a seguir laburando de lo mismo de siempre. Y tengo una noticia para darte: ahora, el sueldo de los técnicos y los jugadores los vas a pagar vos. Con tus impuestos". Él también se lo tomó con filosofía. Buenos días. Y cada uno a su casa y a sus miserias.

Para esos días, la hermosa noticia de que, por primera vez en la historia de la televisión argentina, transmitiríamos un Mundial de atletismo desde el lugar de los hechos había colapsado bajo el garrote de Néstor, Cristina, Julio y Sergio Marchi, secretario general de Futbolistas Argentinos Agremiados, pieza clave en el asunto cuando advirtió que, si no se pagaba una millonada de sueldos y aportes atrasados, el fútbol no comenzaría. Eso fue lo primero que pagamos del *Fútbol para Todos*. Y los reclamos se fueron diluyendo: hoy, ni siquiera la muerte de un jugador contra el paredón que bordea las canchas del ascenso merece una suspensión.

En medio del tembladeral, junto con el productor Gustavo Pezzuchi viajamos a Berlín. Sergio Giglio aún hoy se lamenta de haberse quedado en Buenos Aires "por las dudas". Era lógico. Gustavo y yo disfrutamos enormemente de estar sentados en una posición de comentarista a metros del palco en el que Hitler dirigió la batuta de los Juegos Olímpicos de 1936. Es más, el destino nos regaló la mejor performance de que sería capaz Usain Bolt. Pero no podíamos dejar de

sentirnos como los violinistas del Titanic.

No sabíamos que, pese a que le habían quitado el fútbol de Primera, luego el Automovilismo y, finalmente, el Torneo Nacional —de modo alguno debía permitirse que los secuestradores de los goles transmitieran el ascenso de River—, el canal seguiría siendo el líder de audiencia. Y que en Londres 2012 viviríamos la más maravillosa experiencia profesional de la que me haya tocado participar.

En carne propia

Londres es una ciudad que cuenta con un enorme prejuicio a favor. Es mi favorita y, a esta altura, sospecho que la que mejor conozco (de las que no quedan en la Argentina, claro). Algo más: soy un señor nacido en 1963, que no hizo la colimba por número bajo —282 en el sorteo; se ve que éramos muchos y zafé— y que ya trabajaba en el diario *La Nación* cuando Galtieri mandó invadir las Islas Malvinas.

Amo a mi país y sueño con que mis hijas, mis nietos o los que sean que en el futuro tengan una gota de mi sangre disfruten del país que aún no logramos ser. Pero jamás consideré el de las Malvinas como un objetivo de vida. O de muerte. Y no porque no las considere propias. Sino porque los gobernantes me han demostrado por omisión que no deberían ser prioritarias. Son un símbolo. Son una variable mediática ideal para azuzar a la opinión pública. Mientras mandaban pibes de mi edad a morirse de frío y de miedo al Sur, yo había atestiguado poco tiempo atrás como se descuidaban los pueblos fronterizos de La Rioja con Chile durante el programa *Viajemos a la Frontera*. Decenas de miles de chicos de colegios de Buenos Aires atestiguaron el mismo descuido que yo en el Litoral, en la Patagonia o en el Noreste. A mis 19 años no solo no quería que una presunta gesta que consideraba ajena interrumpiese el impulso de mis primeros pasos como periodista, sino que consideraba que los militares usaban el tema Malvinas para cambiar el rumbo de un fin de ciclo, afortunadamente, inevitable. Para intentar salvarse ellos mandaron a morir a cientos de flacos de mi generación.

Es decir, ni siquiera tengo el asunto Malvinas para reprocharme el placer que me provoca viajar a la tierra de Shakespeare, George Best, Oscar Wilde, Keith Moon, Amy Winehouse y Harry Potter. Tal vez por eso, y porque comencé a viajar a Londres de manera sucesiva desde el día 500 de la cuenta regresiva para los Juegos Olímpicos, jamás recuerdo haber llegado tan bien preparado y dispuesto a una cobertura de esta magnitud.

Hubo algo de mérito personal también en el asunto. Siempre fui un crítico del envío indiscriminado de los deportistas a las grandes

competencias. Comprendo que el esfuerzo que hacen para conseguir las marcas mínimas o superar a rivales en los selectivos merece ser honrado con el reconocimiento del viaje, pero no puedo dejar de preguntarme si el deporte argentino está en condiciones de mandar a un Juego a un deportista que, indefectiblemente, finalizará 60 sobre 63 inscriptos. De alguna manera, el tiempo me dio algo de razón: por un lado, algunas federaciones deportivas eliminaron la clasificación directa para quienes, en pruebas mensurables, consiguen la denominada "Marca B"; por el otro, una parte de la dirigencia argentina comprendió que, antes que mandarlos a la gran cita, a los deportistas hay que prepararlos y permitirles desarrollar un plan de competencias que no los exponga de golpe a un megaacontecimiento que, solo por el contexto, los subyugue. Algo de eso expliqué ya hablando de Sídney 2000 y la anécdota con Juan Luis Cerra. Además, siempre hay que tener en cuenta que los dirigentes son especialmente hinchas de sus deportistas cuando buscan clasificarse para los Juegos. De la mano de esa clasificación, también viajan, proporcionalmente, señores de *joggineta*. Sin embargo, hacía rato que tenía la sensación de que, aun para ser el peor en un Juego Olímpico, hay que ser muy bueno practicando tu deporte. Es un buen ejercicio para un periodista exponerse a la cruda realidad de la distancia que hay entre el peor de los deportistas de alta competencia y el mejor de los aspirantes a aficionados que, a lo sumo, podemos llegar a ser. Es la misma distancia que hay entre el dicho y el hecho.

A partir de esa cuasi certeza —lo bueno que hay que ser para ser malo— decidí someterme a unas modestas clínicas de aprendizaje de ciertas disciplinas, camino a los Juegos de Londres. En realidad, el golpe final me lo dio un desafío que me planteó otro compañero y amigo, Guido Bercovich, cuando durante los Juegos Panamericanos de Guadalajara le preguntó a Paula Pareto si ella sería capaz de derribarme con una de sus tomas de judo. "Claro", contestó Peque. "Pero antes tengo que explicarle a Gonzalo cómo hay que caer, porque si no se puede desnucar", agregó. Solo a la pasada les recuerdo que Paula pesa 48 kilos, es decir, casi un tercio de lo que peso yo.

Claro, yo también tenía mi fantasía. Siempre consideré el lanzamiento del martillo como una de las especialidades más complejas de los deportes "terrenales" (entiéndase por tales a aquellos que, aun mal, podríamos intentar practicar usted o yo). Siempre consideré imposible girar dentro de un círculo, dominado por un cable largo que sostiene una bala de 4 o 5 kilos sin morir en el intento. No imaginaba nada mejor que un torpe centrifugado que, más temprano que tarde, terminaría con mi humanidad en el suelo. Entonces, mientras Guido cerraba mi desafío con Pareto, yo arreglaba condiciones con mi maestra en la jaula, Jennifer Dahlgren.

Así empezó una sucesión de maravillosas experiencias que me hicieron pasar por lanzamiento de la bala, el disco y la jabalina, waterpolo, natación, básquet, vóleibol, tiro al platillo, esgrima, hockey sobre césped, rugby, hándbol, equitación, tenis, tenis de mesa, arquería, boxeo y, por supuesto, taekwondo. Allí supe que una caricia del pie de Sebastián Crismanich equivale a una descarga de 220.

Fue una experiencia inolvidable que me permitió comprobar dos asuntos fundamentales: que si hacer deporte es lo que hacen "ellos", lo que hacemos "nosotros" no es deporte; y que, además de talentosos y sacrificados, nuestros deportistas saben explicar lo que hacen mejor que el más notable de los académicos.

Fue, también, la mejor forma de acercarme a los atletas. Sentía que el objetivo de hacer un gran trabajo en los juegos londinenses también dependía de crear un vínculo de pertenencia con aquellos que nos representaban.

No era fácil ver, por primera vez en más de quince años, que los grandes carteles de las principales autopistas anunciaran que ESPN transmitiría los Juegos Olímpicos. Esa señal, para la cual había trabajado veinte años antes, se había sumado a la TV Pública y a DirecTV. Sin embargo, ESPN era el adversario directo, el dueño original de los derechos que revendieron parcialmente al canal. De pronto, también en los Juegos, otros eran los dueños de la pelota. Y una banda de hombres y mujeres de TyCSports viajamos con la ilusión de hacer un gran trabajo, con el trago amargo de que en nuestras credenciales ya no figurase el nombre del canal sino el de la cadena norteamericana.

DJ olímpico

La adrenalina con la que se viven los Juegos en nuestros nichos del IBC parece fluir a partir de la mañana siguiente de la ceremonia inaugural. Sin embargo, hay un momento previo en el que se siente fuerte el cosquilleo: la primera salida al aire desde nuestro estudio fuera de casa. Esta vez fue unos cuantos días antes de comenzar los Juegos. En efecto, llegamos tanto antes a Londres que hasta nos dimos el lujo de transmitir a jornada doble el torneo atlético de Crystal Palace, una de las etapas de la formidable Liga de Diamante de la IAAF.

Sin embargo, el gran momento previo a los Juegos es el debut de los fierros instalados en el IBC. Me encantaría tener palabras para explicar el empeño, la creatividad y el cariño que ponen los compañeros del área técnica del canal mientras preparan los equipos que viajarán a las competencias. Un proceso que, tanto para Juegos

Olímpicos y Panamericanos como para Mundiales de fútbol, comienza varios meses antes. Preparan todo para que, al llegar a destino —los *racks* viajan en barco dentro de contenedores—, quienes generan la señal de las competencias no tengan mucho más que hacer que abrir la canilla.

Más de una vez, desde una fantasía que me honra —no por eso deja de ser fantasía— me han preguntado con tono de aseveración si yo, además de relatar las competencias, ponía al aire las distintas señales que se veían en casa. Confieso que, durante los Juegos, hago más cosas al mismo tiempo que las que debiera hacer. Pero hay un formidable equipo técnico, de producción y periodístico que respalda el asunto. No minimizo mi influencia en las decisiones sobre qué sale al aire y en qué momento, pero que quede la sensación de que yo soy una especie de *disc jockey* olímpico no hace más que corroborar el nivel de excelencia y sincronización que hemos conseguido en estas coberturas.

El otro Glastonbury

A veces, los números y hasta las curiosidades explican mejor lo que no podemos dimensionar con palabras, sensaciones o recuerdos. Desde el mismísimo momento en el que Jimmy Page apareció en el Nido de Pájaro tocando *Wholla Lotta Love* en el cierre de Beijing 2008, muchos rockeros de alma esperamos ansiosos por la ceremonia inaugural de Londres. Que tuvo lo suyo, claro. Pero en ningún acontecimiento de semejante magnitud, tan abarcativo y con aspiraciones de universalidad, un organizador se animaría a darle un sesgo tan marcado a su estructura musical. Por eso se eligió a Muse como banda responsable del tema símbolo de los Juegos. *Survive* suena, básicamente, a pop épico, si cabe la figura. Estuvieron Paul McCartney, Mr. Bean y los Arctic Monkeys. Es cierto que en la clausura se homenajeó a la música británica de posguerra con un cuadro artísticamente bien logrado, pero durante el cual el recuerdo de los Kinks, los Beatles, Queen o Bob Geldof no duró más que cinco segundos o un par de acordes. Todos temas fácilmente identificables, pero nada que huela a exceso o tendencia, aun cuando el segmento final fue con los Who. Finalmente, pude ver en vivo a una de mis bandas favoritas: pronto supe que “mis” Who eran, en realidad, los de los 70, con Keith Moon en la cancha. De todos modos, ahí estaban Daltrey, Townsend y Entwistle. Mientras millones de personas seguían esperando por los Rolling Stones como invitados sorpresa —hacía meses que esa posibilidad había quedado descartada—, a media ceremonia nos llegó la información confirmada de que ese lugar lo

ocuparía la banda Take That (sin su viejo líder Robbie Williams, con Gary Barlow al frente). El plan B se convertía en plan C.

De todos modos, estrechar el análisis a lo musical implica perder de perspectiva que la dirección general de la ceremonia de apertura estuvo a cargo de Danny Boyle, el director de *Slumdog Millonaire* (¿Quién quiere ser millonario?). Más allá de que, desde Barcelona en adelante, casi todas estas fiestas cuentan con un *staff* estable de talentos que van de pueblo en pueblo —tan buenos son que nadie puede dejar de convocarlos—, Boyle le dio al asunto la huella distintiva. El comienzo de Londres 2012 tuvo solemnidad, buen gusto, magia narrativa y mucho sentido del humor. Prometieron una ceremonia especialmente humana, casi como si quisieran diferenciarse de los chinos. De algún modo, lo lograron.

En 1948, cuando el Movimiento Olímpico decidió que era momento de —al menos por un rato— dejar atrás los incomparablemente duros tiempos de la Segunda Guerra Mundial, Londres fue la ciudad elegida para terminar con la veda. Dijeron presente 4104 atletas de 59 países, quienes participaron en 136 disciplinas. Alojados mayormente en antiguas dependencias de las Fuerzas Armadas, compitieron en viejos escenarios apenas reacondicionados. La austeridad que imponía la época se vio alterada por el hecho de que, por primera vez, la película oficial se filmó en colores. También fue la primera vez que se convocaron voluntarios. Y que hubo algún rato de televisación en vivo, solo dentro de Inglaterra: la señal, francamente débil, apenas se vio en un radio de 130 kilómetros de la capital británica.

Pasaron 64 años. Solo para la ceremonia inaugural de Londres 2012 se usó en metros cuadrados de escenografía el equivalente a 12 piletas olímpicas. Para el vestuario de los artistas se reciclaron 40.000 botellas de agua y 10.000 bolsas de plástico. Más de 4 mil millones de espectadores observaron la ceremonia por televisión, 7500 voluntarios fueron convocados y el sistema de cables colgados de los extremos del techo del estadio —utilizado en gran medida para los diversos cuadros artísticos de la celebración— estaba preparado para soportar el peso de cinco elefantes.

El sistema de sonido del ahora llamado estadio Queen Elizabeth II constó de 500 parlantes y 50 toneladas de equipos de sonido para generar un millón de watts de potencia (el doble del habitual en el festival de Glastonbury, probablemente, el encuentro anual de rock más popular de Inglaterra).

Para la apertura hubo 284 audiciones de voluntarios y los adultos soportaron un promedio de 150 horas de ensayo. Participaron niños elegidos de los 26 colegios de los barrios del Este de Londres, zona en la que está ubicado el Parque Olímpico. Los 170 adolescentes que

intervinieron, de entre 16 y 18 años, hablaban —en total, claro— 50 idiomas y dialectos.

También se usaron animales: 70 ovejas, 12 caballos, 10 gallinas, 10 patos, 9 gansos, 3 perros y 2 chivos. Sonaron 86 temas durante la fiesta, desde los Sex Pistols y The Jam hasta Blur y Oasis. De las 80.000 localidades disponibles, 62.000 fueron adjudicadas a quienes compraron entradas; el resto se repartió entre deportistas, dirigentes, invitados, periodistas y auspiciantes. La apertura costó 27 millones de libras esterlinas y la construcción del estadio demandó 486 millones. El legado principal fue un parque de más de 2 kilómetros cuadrados, algo así como 350 canchas de fútbol.

Ninguna de estas referencias alcanza, de todos modos, para explicar la sensación de haber estado ahí, sentado en el lugar en el que millones de seres humanos y miles de periodistas hubieran querido estar. Y además poder contárselo a la gente. La transmisión de este tipo de ceremonia en sí pierde gran parte de su misterio —y diluye la ansiedad— en el mismísimo momento en que la organización reparte el *schedule* y el *storyboard*. De todos modos, hacerla bien tiene su misterio. Y algo de mérito.

Para empezar, no es lo mismo la apertura que el cierre. Más allá de la extensión —la primera suele ser más larga—, son celebraciones de contenidos bien diferentes. En la apertura tienen mayor influencia tanto los cuadros artísticos como la aparición de los deportistas. Es mucho más formal y es donde los dueños de casa más se empeñan para contar lo maravilloso que fue todo lo sucedido en su tierra, desde el descubrimiento hasta la mañana anterior a la fiesta. La clausura tiene un concepto mucho más festivo. Solo para empezar, los deportistas —muchísimos menos que los que desfilan el primer día— ingresan entreverados y sin ningún orden. También, suelen irse mucho antes de que todo termine. En general, tengo el registro de que, para ellos, la apertura es mucho más atractiva que el cierre.

En ambos casos, para nuestro trabajo, es clave lograr el equilibrio entre contarle a la gente de qué la va cada cuadro y, a la vez, no tapar con el relato todo aquello que sea música (especialmente cantada). En general, con una pequeña frase que explique qué representa ese señor disfrazado de vikingo o por qué aparece entre el público un ejército de girasoles que caminan está cumplida la misión del relator; el resto hay que dejárselo a quienes se deslomaron durante meses para lograr una buena coreografía.

Jamás hay que olvidarse de que las escenografías, el vestuario, la iluminación, la calidad del audio y la señal de video en alta definición imponen que el periodista comparta lo más silenciosamente posible su admiración y la de los televidentes. Cuesta aprenderlo. Al fin y al cabo, a nosotros nos pagan por palabra, como solía decirle mi tío

Hernán al "Abuelo" Diego. Cuando lográs ese *timing*, cuando no ensuciás el aire con comentarios innecesarios o excesivos y hablás menos de lo que debieras, hasta parecés tener una cultura general y un conocimiento sobre lo que narra la historia que, en realidad, no tenés.

Cifras extraordinarias

Para darle cierta continuidad al asunto de los números relacionados con la ceremonia de apertura, hay otras cifras que ayudan a tener una dimensión exacta de lo que implica el poder, los costos y la responsabilidad de organizar un Juego Olímpico.

Durante Londres 2012 hubo 8000 relevos de la antorcha, 17.000 camas en la Villa Olímpica, 175.000 prendas diseñadas por Stella McCartney (hija de Paul) para las delegaciones británicas olímpica y paralímpica, un promedio de 240.000 personas transportadas por el sistema de trenes desde el centro de Londres hasta Stratford, 10.800.000 entradas puestas a la venta para las distintas competencias, 4.800.000.000 televidentes estimados para los picos de máximo interés de las competencias, 1000 cámaras de alta definición para televisar las diferentes pruebas, 1275 posiciones de comentarista en los estadios y 13.000 periodistas acreditados.

Al fin, solo unos pocos números que bien vale tener en cuenta. Por si algún día se nos vuelve a ocurrir el disparate de postularnos para ser sede de unos Juegos Olímpicos que —todavía— ni el país ni nuestro deporte están mínimamente en condiciones de aspirar a organizar.

De 1908 a 2012

Fueron 10.768 los deportistas que participaron en Londres: 5992 varones y 4776 mujeres, que compitieron en 302 disciplinas de 26 deportes (el béisbol y el softbol quedaron fuera del programa).

Londres fue la segunda ciudad en ser tres veces sede olímpica y la primera en serlo dentro de los parámetros normales. Atenas fue la otra pero, además de los de 1896 y 2004, organizó los de 1906, considerados una edición especial luego del rotundo fracaso de St. Louis en 1904. Esos Juegos atenienses fueron considerados fundamentales para la continuidad del proyecto del Barón de Coubertin. Luego, los de Londres de 1908 le dieron un afianzamiento tal que ni siquiera las interrupciones por las guerras le quitaron más

continuidad que la del sentido común y los impedimentos obvios de conflictos de semejante magnitud.

En Londres 1908 hubo 1971 deportistas varones y apenas 37 mujeres que compitieron en 110 disciplinas de 22 deportes. En 1948, 3714 hombres, 390 mujeres, 136 especialidades y solo 17 deportes, cinco menos que cuarenta años y dos guerras antes.

De semejante crecimiento exponencial sobresale fundamentalmente la evolución del cupo femenino. Del 1,8 por ciento de principios de siglo al 44,35 de 2012, pasando por un muy austero 9,5 en 1948.

Una elección durísima

Londres ganó la sede durante la sesión del 15 de julio de 2003. Finalizada la evaluación técnica inicial, cuatro de las aspirantes quedaron fuera de la votación definitiva: La Habana, Río de Janeiro, Estambul y Leipzig. La gran favorita de las apuestas era París, pero en general se advirtió un lote muy sólido de postulantes: además de las capitales británica y francesa, se clasificaron Moscú, Nueva York y Madrid. Un escenario realmente difícil; todas las postulaciones traían en sus *dossiers* argumentos sólidos y seductores para pretender ser la ganadora.

No fue casual que, a diferencia de cuatro años antes, cuando Beijing ganó la candidatura sin necesitar más que dos ruedas de votación, esta vez el escenario fuese dramáticamente parejo. Apenas siete votos distanciaron al primero del quinto en la rueda inicial. Londres sumó 22 votos; París, 21; Madrid, 20; Nueva York, 19 y Moscú 15.

Sorpresivamente, la segunda vuelta mostró a Madrid claramente al frente, con 32. Londres quedó con 27, París con 25 y Nueva York, eliminada, con 17. La alegría española duró poco y Madrid fue eliminada en la tercera instancia: bajó de 32 a 31. Evidentemente, alguien descubrió en Madrid algo malo que —hasta ese momento— no había visto.

El resultado final fue de 54 a 50 para Londres, con el doble mérito de ganar una elección durísima ante grandes rivales. Y de haber soportado la amenaza tremenda del atentado con bombas contra su famoso sistema de transportes apenas un día antes de la decisión.

Lluvia de talentos

Los Juegos de 2012 brillaron por sí solos y también, obviamente, por un puñado de leyendas. Michael Phelps logró cuatro medallas doradas más y, gracias a dos plateadas en 200 metros libre y en la posta 4×100 libre, llegó a un total de 22 podios olímpicos. Con mucha ilusión de verlo en Río, imagino que su cosecha aún no terminó. Sin embargo, la real dimensión de la leyenda Phelps se evidenció por la negativa: al haber terminado cuarto en los 400 metros medley, se quedó fuera de un podio olímpico por primera vez desde Sídney 2000. El ganador de esa competencia fue otro norteamericano, Ryan Lochte, por esos años la gran figura también en campeonatos mundiales.

Usain Bolt repitió la triple corona de Beijing y, como en el caso de Phelps, mantenemos intacta la ilusión por verlo repetir en Río. Por lo pronto, el reciente Mundial de Beijing —también ganó 100, 200 y 4×100— dejó en claro que, casi sin competir, el jamaiquino sigue sin tener rivales.

Mo Farah fue, quizás, la gran estrella de la delegación británica. Nacido en Somalia y radicado desde pequeño en Inglaterra, Farah ganó tanto los 5000 como los 10.000 metros. No sabíamos, entonces, que repetiría la proeza en los dos campeonatos mundiales siguientes. Tampoco sabíamos que mantendría la magia del instinto competitivo por encima de marcas que están lejos de ser las mejores de la historia. Es más, la mejor marca técnica de Farah es en los 1500, donde consiguió uno de los mejores registros de la historia pese a ser una prueba que jamás compitió ni a nivel olímpico ni mundial.

Farah es, fundamentalmente, un gran competidor. Él sabe que, en la mayoría de los casos, los grandes títulos no se consiguen ganándole al reloj, sino derrotando a sus adversarios. Farah no solo enloqueció a los británicos con sus victorias, sino que las armó tan llenas de emoción y de misterio que pareció haberlas guionado.

La neozelandesa Valerie Vili-Adams es el prototipo del deportista maorí en formato femenino. En Londres perdió su única competencia de lanzamiento de la bala de las últimas 54 que disputó, pero también terminaría siendo la ganadora. La belarusa Nadezda Ostapchuk tuvo una performance asombrosa para todos menos para el laboratorio, que anunció al día siguiente su positivo por consumo de anabólicos. Ostapchuk lloró en el podio al recibir la dorada. Y lloró al día siguiente cuando tuvo que devolverla. Hay deportistas que, si les aseguran que tomando sustancias prohibidas podrán ganar una competencia, se arriesgan al daño físico tanto como al daño moral de tirarse el lance y que todo salte en el control. La belarusa fue uno de ellos.

Haría falta un libro aparte para hablar de la infinidad de talentos que hubo en Londres. La última referencia será, entonces, para Serena

Williams, la estrella del tenis norteamericano que obtuvo aquí el denominado Golden Slam (los cuatro grandes y los Juegos Olímpicos). A diferencia de Graf en 1988, Serena lo concretó en años alternados. Pero mientras la alemana se consagró en Seúl, la norteamericana lo hizo en Wimbledon, tierra bendita para su deporte.

Wimbledon fue el símbolo de una de las grandes conquistas de la organización de estos Juegos. Por un lado, aceptaron el desafío de tener las canchas de césped óptimas un mes después del Abierto Británico (para ello, hasta resembraron bulbos durante las noches que separaban cada jornada del torneo jugado entre junio y julio). Además, sus socios aprobaron dos normas que parecían infranqueables. Una, que en lugar de las históricas lonas verdes se utilizaran los fondos de cancha con los colores fuertes que usa el COI. Otra, la más notable, que aceptara que en la casa del templo del tenis los jugadores utilizaran ropa con los colores oficiales de sus equipos prescindiendo de la norma que, al menos en Wimbledon, los obliga a vestir indumentaria predominantemente blanca.

Dios en zapatillas

La última vez que Usain Bolt perdió una carrera importante en la pista fueron los 200 metros del Mundial de Osaka, en 2007. Su verdugo fue el norteamericano Tyson Gay. Desde entonces, el mundo del atletismo quedó a la espera de una gran rivalidad que nunca fue.

Desde Beijing 2008 (Juegos Olímpicos) hasta Beijing 2015 (Mundial de Atletismo), todas las grandes carreras de velocidad entre los hombres fueron ganadas por Bolt, solo o en equipo. En realidad, ganó todas menos una: aquella desafortunada final de los 100 metros del Mundial de Daegu, donde el jamaiquino fue descalificado por una partida en falso. Las sospechas de aquellos días eran que Bolt había encontrado la horma de su zapato en su joven compatriota Johan Blake, quien se quedó con aquella carrera. ¿Le había llegado al fenómeno el trauma de la sugestión? Cero. Durante ese mismo torneo repitió el título tanto en 200 como en la posta y, un año después, en Londres, derrotó al mismísimo Blake en la final de los 100.

Bolt es el atleta más importante de la historia. Sería estúpido no reconocer lo que significaron Jesse Owens y sus cuatro medallas doradas que encanecieron el bigote siniestro de Hitler. O a Jim Hines, el primer hombre en bajar los 10 segundos en los 100. O a Carl Lewis. O a Sergei Bubka, que puso a su salto con garrocha en los diarios de todo el mundo.

Pero ninguno de ellos le dio al atletismo el nivel de popularidad que logró Bolt. No solo él vive del atletismo: el atletismo vive de él. Es

impresionante ver cómo todo cambia en los estadios si Usain compite. Sea en la gran final o en una eliminatoria de trámite, las tribunas se llenan de gente que aplauden lo que sea con tal de llegar a la hora señalada, esa en la que la corriente eléctrica pasa de 110 a 220.

Para algunos, su carisma está por encima de todo. Para otros, se trata de un talento natural incomparable. El mismo Bolt simplificó el asunto luego de la posta del último Mundial de Beijing cuando le advertí que nunca antes habían corrido juntos él, Ashmeade, Carter y Powell. "¡Es verdad! ¡No me había dado cuenta!", respondió. "¿Y entonces, qué explicación le das a semejante coordinación?", pregunté. "Bueno, amigo. ¡Esto es Jamaica!"

Personalmente, disfruto especialmente de dos de sus múltiples facetas. Una, verlo correr 200 metros —ahí está en su esplendor— llevando las rodillas hasta el cielo aun en esos metros finales en que duelen hasta las pestañas. La otra, que sea tan canchero y se la banque.

Sin embargo, puesto a conversar seriamente, el mismísimo Bolt destaca que todo aquello del show dura la nada misma. Explicarle a la cámara que él es el más lindo a segundos de empezar a correr esa carrera que detiene al mundo solo es un asunto menor, aunque nadie pueda entender cómo está tan relajado mientras todos los demás mordemos el pupitre de los nervios. "Es imposible reducir toda la magia a esos diez segundos", explicó durante la entrevista pública que me di el lujo de hacerle cuando visitó Buenos Aires para trotar contra el Metrobús de Mauricio Macri. "Todo eso que tanto disfruta la gente sería un grotesco si no lo acompañara con grandes performances. Y para que esas grandes performances sean posibles, necesito ser mucho más Usain Bolt en los entrenamientos en Kingston o en el gimnasio en Londres que en las pistas de los grandes estadios", asegura él.

Usain Bolt construye la leyenda cada día de su vida. Considera que, sin ese apego al entrenamiento, sin esa dedicación, todo lo demás sería inviable. Seguramente por eso se dio el gusto de ser tricampeón mundial en un año en el que apenas corrió un par de carreras previas.

No veo la hora de volver a verlo en Río 2016 y transmitir nuevamente sus proezas. En Londres dije que era "Dios en zapatillas"; en Beijing 2015 lo acusé de ser "El Puto Jefe" y aseguré que "cuando sea grande y flaco quiero ser Usain Bolt". Ahora que lo pienso, lo mejor que podría hacer en Río sería callar, regalarle al público la música incomparable del rugido de la gente. Estirarme en mi butaca y disfrutar.

Jugadas sospechosas

Al margen de los *highlights* del brillo, el talento y la gloria, Londres 2012 tuvo su dosis de controversia. El 31 de julio, en una medida sin precedente, se descalificó a ocho participantes del torneo de dobles femenino de bádminton. Luego de varios espectáculos indecorosos, se hizo evidente que dos parejas coreanas, una china y una indonesia —todas favoritas al podio— estaban jugando a perder para evitar cruzarse entre ellas en la fase final.

Al día siguiente, la organizacion expulsó del torneo a un árbitro de boxeo de Turkmenistán luego de que le dieran por ganada por puntos una pelea de la categoría gallo a un representante de Azerbaiyán a quien el japonés Shimizu había derribado cinco veces en el round final.

Como contrapartida, el equipo japonés de gimnasia artística masculina pasó del cuarto puesto en la clasificación final a quedarse con la medalla plateada luego de que, apelación mediante, se revisara la calificación que mereció el ejercicio de salto del potro de Kohei Uchimura. Lo hicieron luego de repasar el video correspondiente. La gimnasia artística en los Juegos Olimpicos, otro ejemplo más del uso de la tecnología para evitar una injusticia. Mientras tanto, nuestro amado fútbol se sigue negando a progresar. Y a eliminar sospechas de corrupción.

Delpo, de la tristeza al bronce

La Argentina logró durante estos Juegos una medalla dorada, una plateada y dos de bronce. El medallero general reubicó, como de costumbre, a los Estados Unidos. Previsiblemente, China quedó en segundo lugar y Gran Bretaña, pese a la ya mencionada explosión prematura en algunos deportes como la natación —que brilló en Beijing y decepcionó en Londres— logró un histórico tercer lugar con 29 doradas, 17 plateadas y 19 de bronce. El solo hecho de haber desplazado a Rusia, Alemania y Australia ya fue motivo de satisfacción para los locales. Y Corea del Sur, que finalizó en quinto lugar, fue la auténtica revelación del certamen.

Mal acostumbrados luego de lo sucedido con Bardach en Atenas y con Pareto en Beijing —se subieron al podio el primer día de competencias— los argentinos vivimos con absurda ansiedad las primeras jornadas. Casi como si estuviésemos destinados a vivir los Juegos en medio de una lluvia de medallas, respiramos aliviados cuando Juan Martín del Potro derrotó al serbio Novak Djokovic y logró el tercer puesto en el single masculino de tenis.

Juan Martín, por entonces número 9 del mundo y ganador tres años antes del Abierto de los Estados Unidos, no podía ser considerado

un especialista en césped. Sin embargo, un jugador de su jerarquía y su talento podía perfectamente sobresalir en cualquier cancha. Y así lo hizo en Wimbledon, derrotando sucesivamente al croata Dodig (6-4 y 6-1), al italiano Seppi (6-2 y 7-6), al francés Simon (6-1, 4-6 y 6-3) y al japonés Nishikori (6-4 y 7-6). Vista en perspectiva, antes de la semifinal ya la performance de Del Potro era excepcional.

Como tantas veces en el deporte, el momento más triste fue, justamente, el del partido que mejor jugó. La semifinal que perdió con Roger Federer —para ese entonces, defensor del título ganado un mes atrás en ese mismo escenario, poco menos que el patio de su casa— fue uno de los partidos más notables de las últimas décadas. Lo perdió por 3-6, 7-6 y 19-17 después de jugar un tenis de otra dimensión. Lejos, fue el mejor partido que el tandilense jugó sobre esa superficie. Tuvo varias chances para ganarlo y solo se le escapó cuando perdió el saque después de 34 juegos sin alteraciones al respecto. Fueron 4 horas y 26 minutos de altísima tensión: el partido más largo de la historia olímpica y también el más largo a tres sets de la "Era Abierta", comenzada en 1968. Debe de haber sido la vez en la que más tiempo mantuvimos una transmisión olímpica hipnotizados por un solo espectáculo.

Dos horas después de esa histórica semifinal, Del Potro jugó —y perdió— el partido de cuartos de final del dobles mixto en pareja con Gisela Dulko. ¿Cómo levantar el ánimo y reponer el físico en menos de 24 horas? Solo Del Potro tuvo la respuesta.

Djokovic apenas había perdido una vez con Juan: en las semifinales de Copa Davis de 2011, en Belgrado. Esa vez Djokovic había llegado desgastado luego de una tremenda actuación en el Abierto norteamericano que, además, lo había convertido en flamante número uno del mundo. Con la serie 2 a 1 en favor de la Argentina, no había tenido más remedio que salir a la cancha a jugar el primer single del domingo. Duró un solo set. Apenas Del Potro ganó el *tie break* inicial, Djokovic se retiró. En Wimbledon, aguantó hasta el final. Pero Juan Martín le ganó 7-5 y 6-4 y logró la primera medalla argentina.

El segundo deporte olímpico más exitoso

Juan de la Fuente ya tuvo su mención en este libro. En Sídney 2000 protagonizó aquel emblemático final cuando, en pareja con Javier Conte, les ganaron la medalla de bronce a los británicos en la última regata de la Clase 470. Esta vez, con 35 años, se juntó con Lucas Calabrese, un navegante diez años menor, para lograr el mismo objetivo.

Al llegar a la última regata —la Medal Race, que da puntaje doble —, los argentinos sabían que la lucha por algo mejor que el tercer puesto era algo imposible. Esa batalla quedaba para los australianos, que superaron claramente a los norteamericanos.

De la Fuente y Calabrese ya habían sacado de su radar a los neozelandeses en la penúltima regata. Ahora, solo quedaba echarles el ojo a los italianos Zandona y Zucchetti. La ecuación era sencilla: los italianos podían terminar delante de ellos, pero sin meter más de una embarcación en el medio. Por ejemplo, si ellos terminaban terceros, los argentinos podían terminar, a lo sumo, quintos. Un puesto más atrás y se perdería la medalla.

Podría decirse que la competencia se definió en la largada misma, en la que persiguieron a los italianos de modo tal de que nada los distanciara al momento de la bocina. Mejor que eso, los argentinos llegaron quintos a la primera marca con los italianos octavos. Todo lo demás quedó bajo control y hasta se dieron el lujo de finalizar entre los tres primeros de la última prueba.

Fue la novena medalla olímpica de nuestra vela, el segundo deporte olímpico más exitoso luego del boxeo.

La dorada que no fue

El final de un Juego Olímpico provoca un vacío inmenso. Aunque parezca insólito, hasta duele la sensación de no tener que despertarse a las 6.30 para comenzar el ritual del lavado de dientes, la ducha y las compras para el desayuno que, religiosamente, se toma en el IBC ya con la transmisión en marcha.

Durante los días inmediatamente posteriores, en los que indefectiblemente te despertás a las 6.30 aunque ya no suene el despertador, la sensación más angustiante es la de sentir que ya no comenzás la jornada pensando en relatar a Las Leonas, cuyos partidos deben tener el récord de aperturas de transmisiones desde 1996. Al menos en las ruedas preliminares.

Para colmo, en Londres tuve el privilegio de compartir los relatos con Sergio Vigil, un prócer del hockey, un sabio del deporte, un gran ser humano y el compañero de trabajo que jamás lograré ser. Sergio fue, sin dudas, la gran adquisición del canal para estos Juegos. Jamás dejaré de agradecerle los desproporcionados elogios que me regaló en su discurso de la cena de cierre de cobertura en el subsuelo del Hard Rock Café original, de Hyde Park Corner; tan fuertes fueron que me subyugaron al punto de no poder disfrutarlos.

Con Cachito celebramos, sufrimos y caminamos por un límite peligroso. Según su criterio, él jamás dejaría de elogiar o de criticar al

equipo y al cuerpo técnico. Nada malo sucedió en el debut, con goleada de 7 a 1 ante Sudáfrica (resultado fundamental para ganar el grupo por diferencia de gol, ya que se igualó el primer puesto con Alemania, a quien se derrotó 3 a 1 y Nueva Zelanda, a quien se venció 2 a 1). El ruido se produjo cuando, en la segunda fecha, la Argentina perdió con Estados Unidos, el mismo rival que le había ganado la final panamericana en Guadalajara 2011. Las críticas fueron concretas. Nada descomunales pero lógicamente dolorosas para Carlos Retegui, entrenador argentino. No sé cómo habrá terminado el chisporroteo en la interna del hockey —sospecho que no deben de ser muy cercanos ambos entrenadores— aunque en mi caso debo decir que el Chapa fue conmigo siempre un caballero, cuando no alguien de afecto recíproco.

Como sea, desde una estirpe casi añeja, Las Leonas construyeron su camino hacia la final ganándole 2 a 1 a las locales, de gran crecimiento por esos años, con un gol de córner de Barrionuevo, otro de Rebecchi y toda la magia de Luciana Aymar, esa debilidad. Nos abrazamos con Sergio ante la certeza de que Las Leonas se habían asegurado la cuarta medalla olímpica consecutiva. Él, además, lloraba.

Una vez más, Holanda fue el límite: derrota 2 a 0 con algunos errores propios, mucha eficacia rival y algunos fallos arbitrales pésimos. Nadie podía disimular la alegría por esta otra vez en el podio. Pero, sin saberlo aún, en esa final se diluyó la última ilusión de Luciana de ganar el título olímpico. Que Lucha Aymar no haya ganado una medalla dorada olímpica es un absurdo, una injusticia que alguien debería compensar. Ojalá ella misma se animase y pudiéramos, muy egoístamente, volver a disfrutarla en Río.

Cruce de patadas y festejo con hamburguesa

El 10 de agosto ganaron su medalla De la Fuente y Calabrese. El 10 de agosto ganaron la plateada las Leonas. Y el 10 de agosto ganó la dorada el correntino Sebastián Crismanich, el hombre que puso al taekwondo en la agenda de la prensa nacional.

De no haber existido aquel sábado de 2004 con los triunfos del fútbol y del básquetbol, el 10 de agosto de 2012 debería ser considerado el día más importante de nuestra historia olímpica. Tres medallas en un día. Por un rato, parecimos China.

El correntino llegó a Londres con dos antecedentes poderosos. El de Guadalajara, cuando ganó el título panamericano y en el camino durmió de una patada a un medallista de Beijing. Y el de Querétaro, cuando el legendario norteamericano Derek López prefirió evitarlo y perder por no presentación la final del preolímpico, habida cuenta de que ambos estaban clasificados.

El neozelandés Scott fue su primera víctima, por 9 a 5. Luego, el afgano Bahawi cayó 9 a 1. Al igual que disciplinas como el judo, las competencias de cada categoría del taekwondo se realizan durante un mismo día. El desgaste es importante, la fortaleza mental decisiva y el diferencial puede hacerlo algún distintivo técnico, como la doble patada de Sebastián, que solo él estaba en condiciones de realizar y complicaba mucho el esquema defensivo de los rivales.

En las semifinales, la presión por asegurarse una medalla pesaba tanto como la calidad del rival. El adversario, el armenio Yeremian, fue de los duros. Terminaron 0-0 el primer asalto, 2-0 el segundo para el correntino y hubo apenas un descuento en el final por una segunda penalización. Crismanich ya era medallista. De algún modo, la gloria estaba asegurada. No para él, que en las entrevistas casi rituales después del combate con Guido Bercovich insistía en que aún no había logrado aquello por lo que había viajado a Londres.

La tensión de la final con el español García Hemme es indescriptible. Para empezar, se trataba de un rival cuya maraña defensiva había sido inabordable para los demás rivales. Luego, había ya en Sebastián mucho más empeño y tozudez que frescura para encontrar los huecos. La diferencia clave se produjo a menos de 40 segundos del final gracias a una patada al costado de la pechera del español. Hay que recordar que, en este deporte, los golpes al torso se adjudican a través de los sensores ubicados en el protector y que los que son a la cabeza (valen 3 puntos) dependen de la decisión de los árbitros. Que se agrega un punto por una patada con giro y que cada dos penalizaciones se suma un punto al rival. Si alguno suma ocho penalizaciones, pierde el combate.

Sobre el final, con una penalización sufrida en el primer asalto, Crismanich se defendió en el límite. No solo la defensa debía ser lícita sino que debía evitar salirse del sector reglamentario del tatami. Para entonces, no todas las caídas implicaban penalización como actualmente.

Últimos cinco segundos. Cruce de patadas. El español lo hace para atacar; Sebastián, para disimular que lo único que quiere es defenderse y que todo termine. Producto del cruce, el correntino va al suelo. No hay impacto, pero el entrenador español reclama una defensa ilegal. Los jurados miran los videos. Son distintos de los que repite la tele pero la sensación navega entre la angustia y las dudas. Lo único que esperamos todos en el estudio y en el control del IBC es que el responsable del video se ponga de pie y cruce los brazos al frente, que es como se anuncia que la queja está desestimada. Todos cruzamos los brazos; el árbitro, también. Sebastián se había convertido en el único campeón olímpico argentino en Londres 2012.

Tengo muy fresco el recuerdo de aquella pelea. Sin embargo, lo

primero que registro de esa jornada inolvidable es ver a un campeón olímpico acompañado por su entrenador Gabriel Taraborelli y por su colega y amiga Carola López, sentados en el suelo de nuestro estudio, comiéndose una hamburguesa con papas fritas a las tres de la mañana, después de alcanzar su momento más deseado.

Capítulo XV. Río de Janeiro 2016
La expectativa por una delegación argentina récord

Cuando el Comité Olímpico Internacional dice que un Juego Olímpico se va a hacer en tal o cual lugar es inútil ponerlo en duda. Da lo mismo que sean el COI, la FIFA o la ONU: cuando dicen que sí, es sí. En ciertos casos, el momento de esa ratificación no coincide con la elección de la sede. Desde los Juegos Olímpicos de Atenas 2004 hasta el Mundial de fútbol de Brasil 2014, sufrieron cimbronazos, se sintieron en peligro y, seguramente, solo salvaron el pellejo aceptando un procedimiento recurrente: "Hasta aquí, demostraron que no pudieron hacer las cosas en tiempo y forma. La sede se mantiene, pero a partir de ahora, el asunto queda en nuestras manos". Con más realismo que ficción, por ahí pasa el mensaje que las grandes corporaciones envían a sus elegidos cuando esos elegidos se muestran lo suficientemente incapaces como para hacerles sentir a los dirigentes que se equivocaron de cuajo a la hora de la decisión original.

Río 2016 quedó a años luz de los plazos que cumplió Londres 2012. Tal vez exagerados por prematuros los de la capital londinense, los de la emblemática ciudad brasileña se situaron totalmente fuera de los tiempos prudenciales.

Para mal y, finalmente, para bien, los brasileños tuvieron el Mundial de fútbol en plena etapa de trabajo camino a los Juegos. Un período lacerado por conflictos sindicales que demoraban sistemáticamente las obras, por problemas comunicacionales del gobierno local, por promesas de obras fantásticas pero imposibles de concretar en los tiempos previstos —alterados sensiblemente por los trabajos simultáneos para zafar del bochorno al torneo de fútbol— y porque jamás es una buena noticia que la ciudad o el país sede estén envueltos en un conflicto de corrupción institucional como el que atraviesa el gobierno de Dilma Roussef.

Todo esto, negativo de por sí, tuvo su lado favorable: el COI puso el ojo a tiempo sobre el asunto y, en pleno desarrollo del Mundial, el flamante presidente del Comité, el notable esgrimista alemán Thomas Bach, fue en persona a Río con dos finalidades fundamentales. Una, comprobar que gran parte de las obras venían a ritmo de minué. Otra, darle al mundo la certeza de que los Juegos se realizarán en la ciudad brasileña.

Río ganó la sede en Dinamarca, en octubre de 2009. Quedó segunda a dos votos de Madrid —otra vez derrotada— en la primera rueda, en la que fue eliminada Chicago. Pasó cómodamente al frente en la segunda instancia, en la que sumó 46 votos contra 29 de la capital española (la eliminada fue Tokio que —cuándo no— mereció en la segunda rueda dos votos menos que en la primera). Y la última fue por paliza: 66 a 32. Los Juegos Olímpicos llegaban finalmente a América del Sur.

Durante los últimos días del Mundial —mediados de julio de 2014 — decidimos hacer un relevamiento en imágenes de todas las obras posibles. Como los responsables del área nos negaron todo acceso a los escenarios en construcción, decidimos resignar la idea de visitar los sectores de Maracaná, Deodoro y Copacabana para dedicarnos a espiar cómo andaba la cosa en Barra de Tijuca, el restante de los cuatro módulos diseñados para el desarrollo de los Juegos. Siempre desde afuera, claro. El argumento de quienes inicialmente nos habían prometido ingresar en alguno de los sectores involucrados pasó por motivos de seguridad: al estar todo en obra se presume que el peligro de accidente es mayor. Mi sensación fue que, por encima de todo, no tenían la menor intención de que comprobáramos cámara y micrófono en mano que buena parte de los carteles anunciaban obras por realizarse y no obras terminadas o en curso. “Aquí se construirá el Estadio de Hándbol”, “En este predio se realizará el Complejo de Natación”, “Acá se levantará la Villa de Prensa”. Nada demasiado promisorio.

En la zona de Barra, además del hándbol y la natación, se realizarán —entre otras— las pruebas de ciclismo, tenis, básquet, lucha, judo, taekwondo y hockey. En ese mismo sector están el natatorio María Lenk, sede de waterpolo, nado sincronizado y saltos ornamentales, y el complejo Riocentro, que fue sede del IBC del Mundial de fútbol. Allí se harán las pruebas de boxeo, tenis de mesa, levantamiento de pesas y bádminton. También en Barra estarán la Villa Olímpica y los centros de prensa.

Que tantas disciplinas se realicen en el área en la que estará trabajando la mayor parte del periodismo es realmente una gran noticia. Quienes cubrimos el Mundial podemos dar fe de que moverse por esa zona es menos traumático que hacerlo por sectores más

céntricos de esta maravillosa ciudad. Más aún, se presume que el área destinada al denominado Parque Olímpico, será de acceso ultrarrestringido para vehículos que no tengan la acreditación correspondiente. Ese Parque Olímpico, o Ciudad de los Deportes, ocupa el espacio del histórico circuito de Jacarepaguá, donde Carlos Reutemann ganó dos de sus Grandes Premios de Fórmula 1 de Brasil. El lado francamente negativo es que las pruebas de atletismo, fundamentales para la cobertura periodística, no se realizarán en esa zona sino en la de Maracaná. Lo mismo sucederá con ambas ceremonias. Cualquiera que haya estado en el Mundial dará fe del trastorno que significó trasladarse desde el centro de prensa hasta el mítico estadio. Tampoco hay que olvidarse de que, mientras para el certamen de fútbol cientos de miles de turistas se instalaron en diversas ciudades de acuerdo con el destino de su seleccionado nacional, aquí la enorme mayoría del público confluirá exclusivamente en Río de Janeiro. Es más, la gran concentración de masas se producirá solo en ciertas partes de la ciudad. Mi experiencia indica que semejante afluencia de público les da, en una situación ordenada (Sídney, Beijing o Londres), una vitalidad única a los Juegos. Por el contrario, si reina el desorden (Atlanta y, en menor medida, Atenas), no te permite discernir si estás allí para ver a tus deportistas favoritos o para pagar impuestos atrasados el último día hábil antes de las vacaciones de verano.

Lo que nadie tiene que poner en duda es que los Juegos de Río serán entrañables y, sobre todo a través de la tele, se verán como los mejores. Justamente lo sucedido en las semanas previas al Mundial de fútbol dejó en claro cuál es la lógica de las entidades dueñas de estos espectáculos. Jerome Valcke, secretario general de la FIFA, previsiblemente caído en desgracia en medio del escándalo de coimas y lavado de dinero, fue categórico en las semanas previas al último Mundial. En medio de masivas manifestaciones en varias de las ciudades sede y de huelgas que afectaron decisivamente la puesta a punto del show, manifestó que ya poco importaba si se llegaría a tiempo con los hoteles, los aeropuertos y las rutas prometidas. “¿Están listos los estadios?”, preguntó. “Entonces habrá Mundial”.

Al fin y al cabo, competencias de esta magnitud son atestiguadas *in situ* por entre 35 y 70 mil espectadores. Son ellos quienes podrían verse afectados por inconvenientes de logística e infraestructura. Una ínfima minoría de aquellos a quienes más apuntan los organizadores y, sobre todo, los auspiciantes. Somos, ni más ni menos, miles de millones de hinchas que lo vemos todo por televisión. Nadie que haya visto el Mundial brasileño por tele dirá que el torneo fue un fiasco. Muy por el contrario, si en alguno de sus ámbitos la FIFA parece no tener errores es en el denominado *FIFA TV*, la estructura responsable

de generar y administrar todo aquello que tiene que ver con la imagen que llega del torneo a la Argentina, a Burkina Faso o a los Estados Unidos.

Aun con diferencias en cuanto a modos de proceder y respeto por ciertas formas, al olimpismo deben pasarle cosas parecidas. Los problemas reales durarán hasta el mismísimo momento de la ceremonia de apertura. Y se replicarán a modo de reclamo o denuncia, pocas horas después de que el fuego olímpico se apague en el pebetero. Durante las competencias, la opinión pública se enterará de los conflictos solo si la pasión por los Juegos le da tiempo y si es consumidor de los pocos medios masivos que no tienen acceso a las imágenes de las competencias. En muchos casos, los escándalos se conocen a través de investigaciones de medios gráficos. La otra fuente es la CNN, que vive de las noticias pero que de las competencias apenas si puede poner en pantalla algunas fotos. Hay un poco de juego hipócrita por partida doble. De un lado, aquellos para quienes durante 16 días la única variable pasa por un triunfo, una derrota, algunas medallas, el talento, el sudor y los vaivenes del Juego mismo. Solo un escándalo de proporciones te saca del foco. Del otro, aquellos que, por estar fuera de todo, andan por las calles apretando granos viendo por dónde salta el pus. En general, se trata de denuncias absolutamente legítimas. Lo único cuestionable es que, si llegasen alguna vez a cubrir los Juegos desde adentro, probablemente se dejarían absorber plenamente por el deporte. Casi tanto como nosotros, los cómplices.

Ninguna de las dos posturas son ideales, ni siquiera justas. Entiendo que no se le hace ningún favor al olimpismo disimulándole las miserias. Justamente por esa conducta perversa es que, desde la gestión de Jacques Rogge hasta la actualidad, han tenido que trabajar enfáticamente para demostrar que el COI ha dejado de ser reducto fértil para ciertos señores que quieren tener acceso a la fortaleza de Lausana, básicamente, para lucrar con el poder que da la investidura. Dicho en criollo, el olimpismo lleva unos cuantos años atajando penales por culpa de dirigentes corruptos, políticos cómplices y periodistas complacientes.

Es francamente curioso ver cómo gran parte de la dirigencia —en este caso, la deportiva; suele ser un mal generalizado de las demás— prefiere comprarse el lío del escándalo en lugar de permitir que desde ciertos ámbitos se les ponga coto a los desmanes. Un periodista inquisidor es molesto; un amanuense merece apoyo irrestricto. Lo que no consiguen terminar de ver es que el amanuense jamás los ayudará a evitar irse a la banquina. Por el contrario, aquel que estorba porque pregunta, averigua, investiga y cuestiona debería ser considerado poco menos que leal a la gestión del dirigente. El periodista de ley le va avisando, lo pone en autos; termina siendo funcional a aquel hombre

de poder que aspira a perdurar en el cargo y a dormir con cierta tranquilidad. La FIFA es el mejor ejemplo al respecto.

Mucho por hacer

Las cosas no andan mejor por casa. La Argentina es un país sin políticas deportivas. Desde hace algunos años, a través del aporte del uno por ciento de las tarifas que hacemos todos quienes utilizamos —y pagamos, claro— telefonía celular se creó un fondo que permite apoyar los planes de preparación de los atletas: se les financian los viajes a las competencias y se les pagan becas y premios. Se supone que una parte de los recursos deben ser destinados a infraestructura, asunto que aún está a años luz de alcanzar sus niveles de desarrollo ideal. Por cierto, es absurdo pretender una evolución sostenida de nuestro deporte si todavía es un asunto complejo disponer de los espacios para que no todo deba confluir en un puñado de manzanas fuera de forma en el barrio de Núñez. El ENARD (Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo) es, en su esencia, un paso adelante. Entre varias cosas que le faltan, debería sumarle a su papel de administrador de fondos el peso político suficiente como para que tantos deportistas no sigan sometidos a la lógica feudal de los dueños de sus federaciones.

Los deportistas argentinos tienen miedo de denunciar los desastres a los que se los somete. De tanto en tanto, en *off*, piden ayuda para que alguien les libere unas canoas, unos botes o unas bicicletas que el mismo Estado que les compró retiene en la Aduana. Cuentan, por ejemplo, que a un atleta discapacitado un entrenador le exige parte de la beca para mantenerlo en el equipo: si quedase afuera, perdería toda la beca. Por ahí reclaman que les niegan un viaje previsto como castigo por haber contado públicamente, luego de ganar medallas en los Juegos Panamericanos de Toronto, que no recibían ningún apoyo de su Federación. Puntualmente, la de Esgrima, una de las varias a las que se les debería echar el ojo profundo del decoro.

Hace dos años, uno de los mejores atletas argentinos fue advertido de que, si se fotografiaba con un político opositor durante la visita a su ciudad de origen, perdería el apoyo del Estado. Y a varios de nuestros futuros representantes olímpicos les llegó un mail explicando por qué debían votar por Scioli y no por Macri.

Los deportistas argentinos, salvo escasísimas excepciones, tienen pánico de hablar. Saben que, si lo hacen, su carrera correrá peligro. Por eso, algunos tampoco se preguntan dos veces si averiguan que ese suplemento que les obligan a tomar por orden de algún entrenador o un dirigente es, en realidad, una sustancia prohibida.

Es una lógica que solo se puede cambiar acotando la insolencia de un sector importante de una dirigencia tan insolente como incapaz. Esos muchachos que consideran al deportista, apenas, un mal necesario: ese estorbo que precisan para poder viajar a un Sudamericano, un Panamericano o un Olímpico.

Sospecho que el camino más corto para lograrlo está en manos, justamente, de los deportistas. Así lograron Paula Pareto y los principales judocas argentinos desplazar a quienes consideraban inadecuados para cumplir con sus planes de trabajo. Así supimos de ciclistas que aseguran que hay dirigentes que convierten las becas en herramientas extorsivas.

Así, Luis Scola, Manu Ginóbili y los demás monstruos de la Generación Dorada, lograron desplazar a la cúpula corrupta de la Confederación Argentina de Básquet. No solo le hicieron un favor enorme a su deporte; también desnudaron las mentiras con las que asustan desde otros escritorios. Fundamentalmente aquella que indica que, si se interviene una Federación, la entidad madre te suspende de toda actividad. Mentira. Eso solo pasa cuando la intervención es arbitraria. Toda entidad deportiva internacional contempla la posibilidad de intervenciones en tanto un proceso de investigación desnude, por ejemplo, hechos de corrupción. Esto incluye a las entidades afiliadas a la FIFA y al Comité Olímpico Nacional cuyas autoridades violen esas normas.

Con un contexto semejante, no debería considerarse que la mayor disponibilidad de recursos económicos garantice resultados diferentes. Hace falta mucho más que eso. Para empezar, cuidar al deportista. Un ejemplo interesante es el del nadador santafesino Federico Grabich, doble medallista panamericano en Toronto, donde batió siete récords nacionales. El chico de Casilda fue, por lejos, el mejor deportista argentino en aquellos Juegos inolvidables. Un mes después, logró la medalla de bronce en el Campeonato Mundial de Kazán. Confesó entonces que viajó a Rusia con el mismo buzo que había usado en Canadá y sin kinesiólogo, servicio facilitado “de onda” por la delegación brasileña.

Desde la Confederación Argentina de Deportes Acuáticos (CADDA) aseguraron que había sido una omisión del ENARD. Desde el ENARD enviaron la copia de la solicitud oficial que hizo la CADDA en cuanto a necesidades para el Mundial: figuraba la lista de nadadores, oficiales y dirigentes. Nada sobre el tema indumentaria. Nada sobre el tema kinesiólogo.

Tenía razón el ENARD. Pero justamente en línea con lo planteado párrafos atrás, la omisión ajena no le quita responsabilidad al organismo que maneja los fondos grandes de nuestro deporte. El ENARD tuvo su gente en Toronto. Ellos vieron la magnitud del

impacto de Grabich y sabían que Federico viajaría a Kazán de inmediato. A sabiendas de la negligencia o la impericia de un sector sensible de la clase dirigente, ¿a nadie se le ocurrió preguntarle si necesitaba algo?

Las urgencias del deportista convierten en torpe la pelea para ver quién es el más culpable. Lo que hay que hacer es solucionar los inconvenientes. Como los del taekwondo, deporte que aportó la única medalla dorada argentina en Londres.

Para Río 2016, se aprobó un nuevo tipo de pechera protectora cuyos sensores son los que determinan si el golpe debe ser considerado punto o no. En la Argentina no existen esas pecheras. Es más, en el mundo solo están homologadas dos marcas: una coreana y una española. Son estas últimas las que se necesitan para Río y, al menos hasta fines de 2015, estaban varadas en la Aduana. No es un tema menor. Resulta ser que esas pecheras tienen un sistema de sensores que exige un golpe más fuerte y neto que las anteriores para convalidar el punto, que es ni más ni menos que el gol del taekwondo. Esto implica mucho tiempo de adaptación. Tiempo que se sigue perdiendo desde una burocracia estúpida y arbitraria. En un país en el que se impide hasta la entrada de remedios oncológicos, es torpe pretender algo diferente para los chalecos azules y rojos de los taekwondistas. Este es, también, parte del camino de la delegación argentina rumbo a Río.

El punto final

El desafío de la parte final de este libro es el de imaginar qué nos puede pasar en la próxima cita olímpica. Para que quede claro, vuelvo a la referencia de capítulos atrás: nuestro piso de medallas es cero y nuestro techo es seis. Dicho esto —sobre todo lo de cero— con el enorme respeto y afecto que merecen nuestros atletas. Es faltarles el respeto andar haciendo cálculos de podios. Es minimizar cuánto les cuesta llegar al objetivo. Después, hay naturalmente nombres y disciplinas a los que se les debe poner especialmente el ojo encima.

Paula Pareto, campeona mundial vigente en judo, es uno de esos casos. Como lo es Grabich, quizás no en la misma magnitud. Tal vez el objetivo real de Peque sea el podio y el de Federico meterse en una final y después ver qué pasa.

El yachting lleva cinco Juegos consecutivos con podios. Es cierto que Camau Espínola se retiró en Beijing y eso es como perder al Lionel Messi de tu deporte. Pero no solo habrá varias embarcaciones argentinas en Río sino que hay un par de ellas que combinan el vigor de la juventud y el talento de la experiencia, suficiente como para

aspirar a seguir la racha.

El hockey sobre césped masculino llegará a Río con tantas o más chances de podio que Las Leonas, lo que de por sí es mucho decir. Nadie debería asombrarse si vemos a ambos equipos, al menos, en semifinales.

¿Por qué no podría hacer lo mismo el básquet? ¿Será cierto que Río 2016 será el torneo del retiro para Manu Ginóbili? Todavía hay demasiadas preguntas para hacerse. En todos los casos, hay que asumir con respeto y conciencia las dificultades por las que cualquier deportista atraviesa antes de llegar a un podio.

Para el vóleibol masculino, llegar a semifinales —implica jugar dos partidos por medalla— sería afianzar la idea de que nada mejor nos podía pasar que la vuelta al pago de Julio Velasco.

El fútbol dependerá muchísimo de un plantel hoy inimaginable. Los Juegos Olímpicos se disputarán demasiado cerca de la Copa América extra que se realizará en Estados Unidos, siempre y cuando el escándalo que ha descabezado a la Concacaf y a la Conmebol no termine de detonarlo todo. De tal modo, es imposible saber qué jugadores de más de 23 años integrarán el plantel. Por reglamento, pueden ser tres. ¿Tendrá Mascherano su chance de pelear por una histórica tercera medalla dorada? ¿Buscará la segunda el Kun Agüero? Naturalmente, el COI sueña con una final entre Messi y Neymar, hasta aquí solo viable cuando Barcelona y Santos jugaron una final del Mundial de Clubes. Existe un factor de peso en contra del proyecto olímpico del Tata Martino: en la Argentina, la mayoría de los hinchas consideran un éxito menor el de obtener la medalla dorada olímpica. Y creen que es una asignatura pendiente ganar una Copa América de la cual forman parte equipos tan distinguidos y sudamericanos como Costa Rica, Jamaica, Panamá o Cuba.

Es incierto el panorama de dos de los medallistas de Londres. Juan Martín del Potro aún no confirmó su regreso al circuito y Sebastián Crismanich deberá jugarse los porotos en un Preolímpico después de una fractura de tibia y peroné que le arruinó —competitivamente hablando— gran parte de 2015.

Al equipo de rugby de siete le cabe algo similar que al del fútbol. Aún no está claro si el seleccionado de Santiago Gómez Cora solo utilizará a quienes vienen haciéndolo en el circuito mundial o si Pumas de quince como Santiago Cordero, Matías Moroni o Juan Imhoff serán habilitados para competir entre los del rugby reducido.

Habrá una presencia récord argentina en deportes colectivos; en varios casos, consecuencia de que, al ser Brasil el país local, sus equipos no ocupan plazas en los selectivos regionales. Por la misma razón, es probable que tengamos la delegación más numerosa de nuestra historia olímpica.

Son números importantes pero que no necesariamente reflejan una etapa de crecimiento. La muestra estuvo en Toronto, donde el balance no reflejó una evolución respecto de Guadalajara. Más aún teniendo en cuenta que los recientes fueron los primeros Juegos en cuyo ciclo previo de cuatro años influyó directamente el aporte del ENARD. A propósito, buena parte de quienes nos emocionaron con sus victorias en Toronto no estarán compitiendo en Río. No hay propiedad transitiva en el deporte, menos entre un Panamericano y un Olímpico.

Para un país sin políticas, cualquier éxito deportivo es la consecuencia de un trabajo privado, entrañable, aislado de una planificación estatal que por lo general no existe. En nuestro país hay muchos talentos y no pocos maestros de esos que me gusta calificar como sabios del deporte. También hay una enorme cantidad de gente que se sacrifica, que se empeña por aprender y que tiene todo el derecho del mundo de sentirse indignada cuando hablo de nuestro deporte desde una tribuna apocalíptica. No es para ellos el reclamo.

El reclamo es para los impúdicos que manejan lo que no deben y se perpetúan en sus sillones. El reclamo es para quienes, desde el brazo político del deporte, intentaron cualquier cosa menos instalar las bases para una política deportiva que esté a resguardo del cambio de humor del funcionario de turno. El reclamo es para que, de una vez por todas, se le dé al deporte el valor que realmente tiene.

El deporte tiene tanto derecho de tener rango de ministerio como muchas otras áreas de nuestra sociedad que sí lo tienen. Y no solo por una cuestión de jerarquía, organigrama o disponibilidad de fondos sino para que desde otros ámbitos se lo respete como lo que es: una actividad que enseña y que cura. Puedo decir con absoluto conocimiento de causa que uno piensa mejor después de hacer deporte.

El deporte no solo es una herramienta de inclusión social que puede sacar a los pibes de la calle y alejarlos del tabaco, de las drogas y del alcohol. El deporte te hace sentir que eso que tanto te gusta hacer ya no podés disfrutarlo por culpa del tabaco, las drogas y el alcohol.

Este alegato me va alejando cada vez más del final de este trabajo. Es altamente probable que mi delirio tenga mucho más que ver con el pánico que siento por ponerle cierre a mi primer libro que con el enojo que suele caracterizarme. No me culpo. Sospecho que a más de uno de esos que escribe libros de verdad le pasará lo mismo.

De todos modos, como si se tratara de ese examen de italiano que jamas di, no debo ser tan cobarde. Y confiar en que estas últimas palabras no sean el único rastro que lo que acaban de leer deje en ustedes.

Me siento satisfecho por haber abierto mis sentimientos hasta

meterlos dentro de mi cuarto de chico, ese donde repasaba los libritos de México 68 que trajo mi viejo.

Me da placer imaginarlos asombrados por algunas historias que descubrieron en los capítulos pasados. Esas mismas historias que no solo me asombraron tiempo atrás sino que, muy probablemente, hayan sido el punto de partida inconsciente de este trabajo.

Me gusta hasta inflarme el pecho que crean lógico que sea yo quien acerque estas historias olímpicas a sus manos. Y que nadie se enoje ante mi reticencia a contar todo aquello que conocí de la mano de los atletas, cuya confianza no traicionaría ni por un premio Pulitzer.

Finalmente, creo que lo único que me inquieta en este momento de no saber cómo apretar el punto final, es no haber sido lo suficientemente justo con la auténtica dimensión de nuestros deportistas.

A las dedicatorias que todo libro lleva en sus primeras páginas, les sumo reconocimientos a la hora del ocaso.

Este libro es de cada uno de los atletas que me hicieron soñar con ser ese deportista que jamás fui. Y que me forjaron como el periodista que finalmente logré ser.

Este libro es tan de ellos como los Juegos Olímpicos mismos.

Y es de mis abuelas. De Elvira, la *nonna* casi tan rosarina como alemana, que llenó de afectos indelebles hasta los momentos más oscuros. Y de Inés, la amiga de Borges y de Girondo. La pretendida por Rafael Alberti. La de la generosidad sin límites. La dueña de la más maravillosa biblioteca que jamás vi, en cuyos estantes hubiese soñado con acomodar este trabajo.

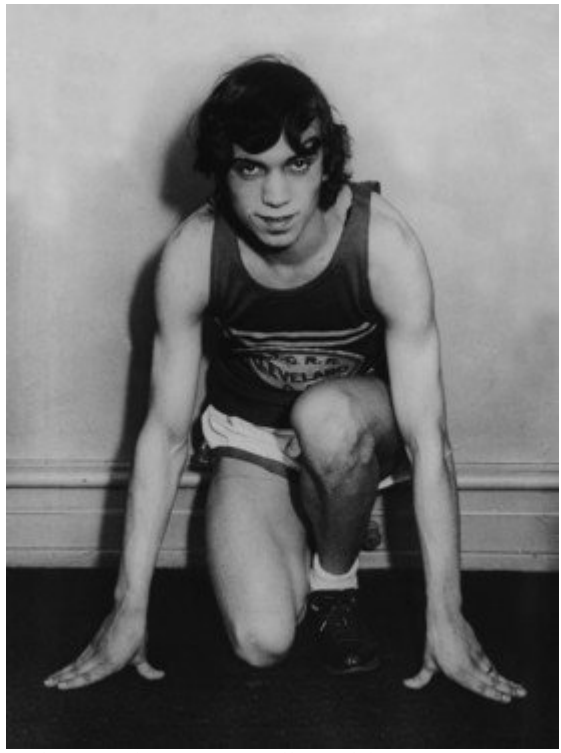
ULLSTEIN BILD

El italiano Dorando Pietri gana la maratón en los Juegos Olímpicos de Londres en 1908 tras caerse varias veces pero será descalificado por recibir ayuda de distintos periodistas para llegar a la meta. Uno de los cronistas que lo asistieron fue Arthur Conan Doyle, autor de *Sherlock Holmes*.

HULTON ARCHIVE

Jim Thorpe, el gran campeón de Estocolmo 1912, sancionado por practicar deporte a nivel profesional. ¿O por haber nacido en territorio indio?

ULLSTEIN BILD



Stanislawa Walasiewicz (Stella Walsh) se consagró como campeona olímpica de los 100 metros en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles 1932. Tras morir durante un tiroteo en medio de un asalto en un supermercado, se reveló que tenía órganos genitales masculinos.

ULLSTEIN BILD

El alemán Luz Long y el estadounidense Jesse Owens. La historia de amistad entre dos atletas contrincantes que eclipsó y enojó a Hitler. Berlín, 1936.

WALTER CARONE

Triple medallista en Helsinki 1952, el atleta checo Emil Zatopek, agotado tras cruzar la meta victorioso en los 5000 metros. En aquellos Juegos también ganó los 10.000 y la maratón, una proeza inigualable.

KEYSTONE

Dawn Fraser en Tokio 1964. Reina de las piletas, la australiana ganó los 100 metros libre por tercera vez consecutiva en los Juegos japoneses.

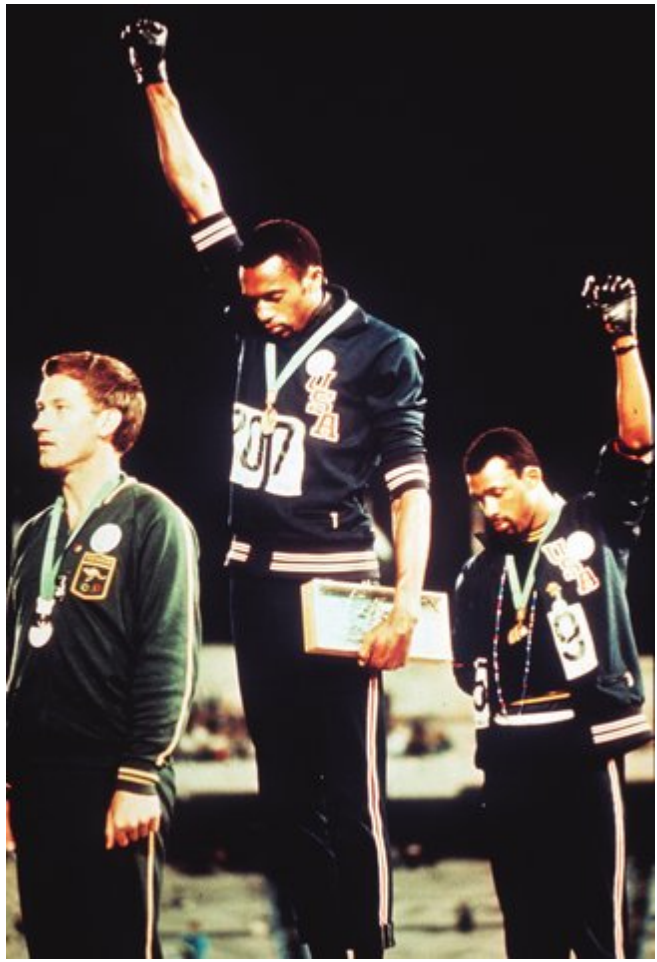
AGENCE FRANCE PRESSE

La checa Vera Caslavska, estrella de los Juegos de México 1968, ostenta el récord de títulos individuales olímpicos en su disciplina y es la única gimnasta en el mundo que consiguió la medalla dorada en todas las pruebas individuales. También es conocida por su apoyo a la democratización de Checoslovaquia.

TONY DUFFY / ALLSPORT

Bob Beamon y el salto que cambió la historia durante los Juegos de México en 1968. Con una marca de 8,90 metros, Beamon ganó la medalla dorada y estableció un récord mundial que duró más de veinte años.

ROLLS PRESS / POPPERFOTO



El podio de la polémica en México 1968. Tommie Smith (centro), ganador de la medalla dorada, y John Carlos, ganador de la medalla de bronce, hacen el saludo del Black Power como parte de la protesta por los derechos civiles de los negros. Comparten el podio con el australiano Peter Norman, quien se solidarizó con ellos y luego fue castigado.

ED LACEY/POPPERFOTO

La revolución del Flop. Dick Fosbury ganó la medalla dorada durante los Juegos Olímpicos de México 1968, al implementar su particular técnica.

BOB OLSEN

El cubano Alberto Juantorena, dueño de un estilo tan propio como irrepetible, fue el único hombre en ganar los 400 y 800 metros en un mismo Juego Olímpico: Montreal 1976.

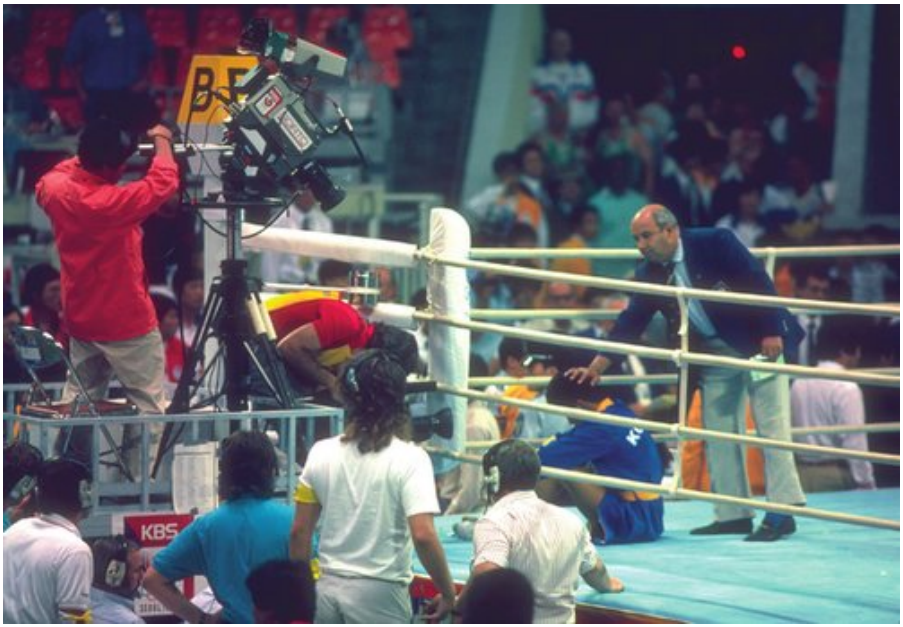
ALLSPORT/ALLSPORT

¿Cómo no enamorarse de Nadia Comaneci? La rumana dejó a todos deslumbrados en Montreal 1976 y se convirtió en la primera gimnasta en merecer un diez por parte de los jurados.

BOB THOMAS

Lord Sebastian Coe, un medio fondista de excepción, gana la medalla dorada en la prueba de los 1500 metros en los Juegos Olímpicos de Moscú 1980. Una vez retirado, inició su carrera política en tiempos turbulentos y llegó a ser elegido como miembro del Parlamento británico.

PREBEN SOBORG



Un piquete en el ring de los Juegos de Seúl 1988. Tras perder contra Aleksandar Hristov, sintiéndose estafado, el boxeador coreano Byun Jong-il se sentó en medio del ring a oscuras durante más de una hora, batiendo el récord de protesta silenciosa.

BOB THOMAS

Gabriela Sabatini fue la abanderada de la delegación argentina en Seúl 1988, donde ganó la medalla plateada. Era la primera vez que el tenis argentino lograba una medalla.

JEFF GOODE

Carl Lewis no puede creer su derrota. Ben Johnson gana en Seúl 1988, pero luego perderá el título de campeón del mundo por un doping positivo.

CHRIS COLE/ALLSPORT

Lavinia Milosovici, la rumana ganadora de dos medallas doradas, una plateada y tres de bronce en Juegos Olímpicos, fue una de las gimnastas más destacadas de la historia. Se vio envuelta en un escándalo tras posar desnuda para una revista erótica japonesa.

DAVID CANNON/ALLSPORT

La irlandesa Michelle Smith, una de las nadadoras más versátiles de la historia, ganó cuatro medallas (tres doradas) en los Juegos de Atlanta en 1996. La acusaron de consumir sustancias prohibidas, algo que ella negó incluso luego de su retiro de las piletas.

BILLY STICKLAND/ALLSPORT

Eric Moussambani, de Guinea Ecuatorial, ganó fama mundial en

los Juegos Olímpicos de Sídney 2000, cuando nadó la prueba de 100 metros libre en más del doble del tiempo que hicieron sus competidores. Había comenzado a practicar natación sólo ocho meses antes en la pileta de un hotel, dada la falta de infraestructura deportiva en su país.

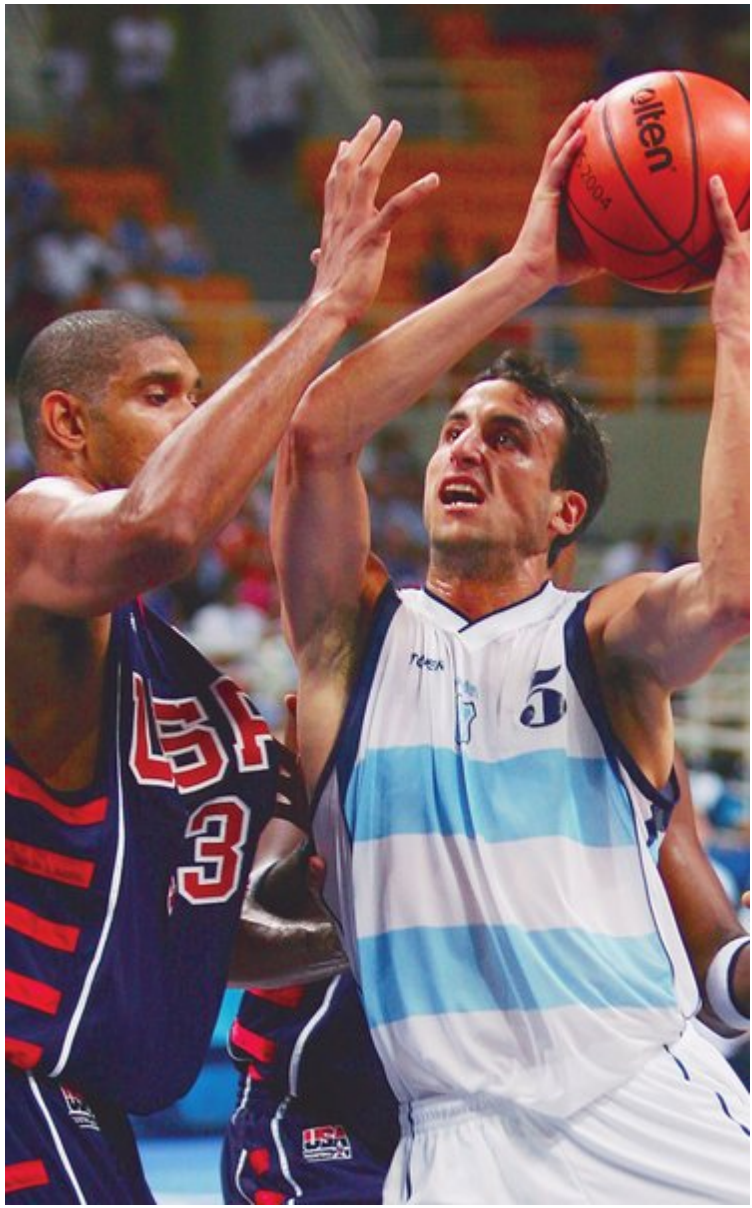
ANDREAS RENTZ

En su debut en Atenas 2004, la selección argentina de fútbol aplastó a Serbia y Montenegro por 6 a 0 con dos goles de Carlos Tevez, marcando el comienzo de su carrera hacia la medalla dorada.

BOB THOMAS

Javier Mascherano disputa la pelota con el italiano Giuseppe Sculli. En Atenas 2004, “El Jefecito” obtuvo la primera de sus dos medallas doradas. Mascherano y el polista Juan Nelson son los únicos argentinos que se subieron dos veces a lo más alto del podio olímpico.

CHRIS MCGRATH



Manu Ginóbili pelea contra su amigo Tim Duncan, de Estados Unidos, en la semifinal del básquet en los Juegos de Atenas 2004. El equipo argentino ganaría la medalla dorada.

QUINN ROONEY

Los ciclistas Walter Pérez y Juan Esteban Curuchet festejan tras haber conseguido la medalla dorada en Beijing 2008.

PROFESSIONAL SPORT BOB THOMAS CAMERON

Lionel Messi y Sergio “Kun” Aguëro celebran durante la ceremonia de premiación en Beijing, después de la victoria contra Nigeria.

BOB THOMAS

En Beijing 2008, la selección argentina de fútbol consiguió su segunda medalla dorada consecutiva.

CAMERON SPENCER

Magdalena Aicega es arrojada al aire por el resto de Las Leonas tras vencer a Alemania y quedarse con la medalla de bronce en Beijing 2008.

ALEXANDER HASSENSTEIN

La neozelandesa Valerie Vili-Adams es el prototipo del deportista maorí en formato femenino. En Londres 2012 perdió su única competencia de lanzamiento de bala de las últimas 54 que disputó, pero igual terminó siendo la ganadora.

ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO

Gonzalo Bonadeo entrevista a Ayelén Stepnik en Alcalá la Real, camino a Atenas 2004.

ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO

Con José Meolans en Barcelona, julio de 2004. Un crack al borde del mar.

ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO

Gonzalo Bonadeo entrevista a Javier Mascherano, Roberto Ayala y Germán Lux, campeones en Atenas 2004.

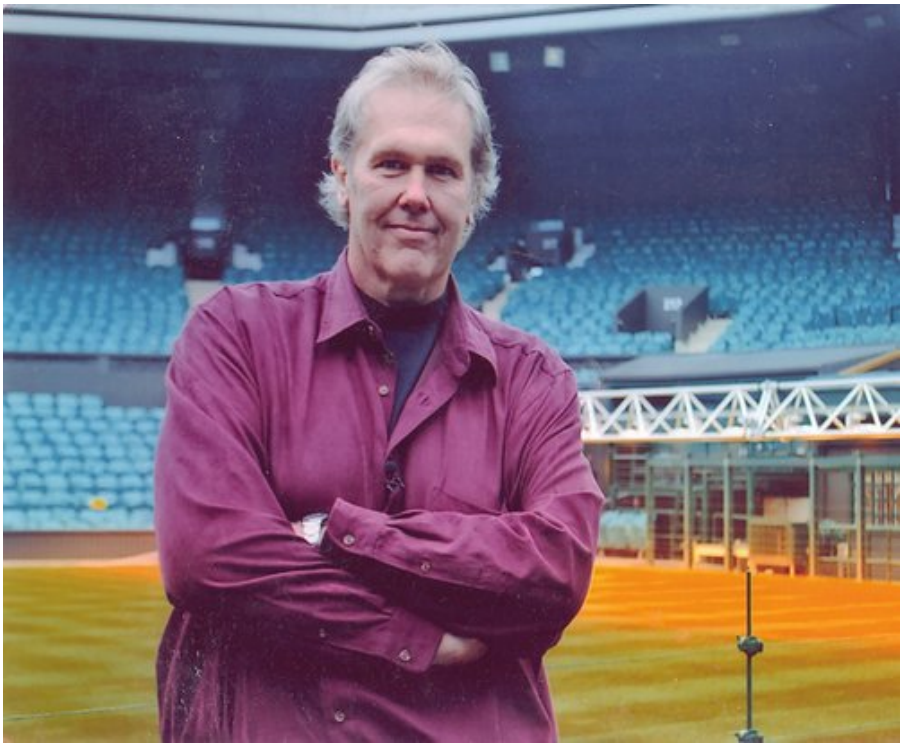
ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO

Clínica de taekwondo con Sebastián Crismanich en la previa de Londres 2012.

ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO

El reloj olímpico en la Plaza de Trafalgar en Londres 2012, la cobertura perfecta.

ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO



Una visita a la cancha central de Wimbledon, donde se disputó el tenis en los Juegos de Londres. Privilegios de la profesión.

ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO

La Banda de la Garrocha con Usain Bolt. De izquierda a derecha: Lucas Delfante, Guido Bercovich, Martín Vara, el autor y Ernesto Montero en el Mundial de Atletismo en Beijing, 2015.

ARCHIVO PERSONAL DE GONZALO BONADEO

Con la antorcha oficial de Río 2016 en la sede del comité organizador, pocos días antes del comienzo del recorrido en Olimpia, Grecia.

Pasión olímpica reúne las mejores historias, secretos y curiosidades de los Juegos Olímpicos: la cábala sexual del saltador que sorprendió al mundo, el italiano que perdió una carrera por culpa del autor de Sherlock Holmes, el nadador más lento de todos los tiempos, la rumana que devino en modelo erótica, la argentina que no pudo participar porque se "olvidaron" de inscribirla, el negociado de las sedes y las irregularidades en los controles de antidoping. Gonzalo Bonadeo, que transmite los Juegos Olímpicos en vivo desde 1996, revela secretos de sus maratónicas coberturas y cuenta las anécdotas más coloridas así como las historias más oscuras de un acontecimiento deportivo que lleva más de un siglo.

«Gonzalo Bonadeo es la voz más autorizada del periodismo deportivo de nuestro país, por conocer las reglas y reconocer a los grandes de cada disciplina.»

Javier Mascherano

«Gonzalo estuvo presente en los momentos más importantes de mi carrera, como cuando ganamos las cuatro medallas con Las Leonas en los Juegos Olímpicos. Sin duda, no solo es parte del hockey, sino de todo el deporte argentino.»

GONZALO DIEGO BONADEO

Nació en Buenos Aires el 6 de enero de 1963. Comenzó a trabajar a los 18 años en la sección Deportes del diario *La Nación*. A los 20 realizó su primera cobertura internacional importante durante el US Open de tenis, y fue uno de los primeros periodistas argentinos enviados a los cuatro Grand Slams. Escribió para *Olé*, *El Gráfico* y *Perfil*, en el que actualmente publica sus columnas. En 1989 debutó en el canal deportivo de VCC y en televisión de aire, y desde entonces trabajó regularmente en distintos medios televisivos y radiales. Condujo *Rock and gol* (La Red), *La bestia pop* (Metro), *Hay equipo* (Radio Mitre) y *El grupo de la muerte* (Vorterix). Participó de los primeros programas de Marcelo Tinelli en Telefe, donde también estuvo al frente de *SuperSport* y de *Planeta Bonadeo*. Es parte, desde 1994, del staff de TyC Sports, señal para la que cubrió cinco Juegos Olímpicos (1996-2012), además de los principales acontecimientos deportivos como la Copa Davis, los mundiales de fútbol, natación y atletismo, y los Juegos Panamericanos. Es el máximo referente olímpico de la Argentina.

Foto: © Alejandra López

Bonadeo, Gonzalo
Pasión olímpica. - 1a ed. - Buenos Aires : Sudamericana, 2016
(Investigación Periodística) EBook.
ISBN 978-950-07-5605-1

1. Investigación Periodística. I. Título CDD 070.4

Diseño de cubierta: César Pucciarello Edición en formato digital: julio de 2016

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-5605-1

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

- Pasión olímpica
- Dedicatoria
- Prólogo. “El señor olímpico”
- Palabras preliminares. Algún empujoncito y ciertas “complicidades”
- Capítulo I. “Olímpico”. Alberto Laya, un prócer
- Capítulo II. Los Juegos que no viví
    - Natación de verano en aguas de invierno
    - Cinco meses de Juegos Olímpicos
    - Los Juegos Olímpicos, heridos de muerte
    - El papá de Sherlock Holmes y el taxista italiano

- ○ La leyenda de Filípides
- ○ El mejor atleta del mundo, un “sucio profesional”
- ○ Deportes de invierno, Juegos de verano
- ○ ¿El cine o la vida real?
- ○ Y llegamos nosotros…
- ○ ¿Mujer? ¿Hombre? ¿Ambos?
- ○ Los Juegos de Hitler
- ○ Y un día Patoruzú fue húngaro
- ○ De Locomotora a barrendero
- ○ Deportistas proscriptos
- ○ Anillos millonarios
- ○ La bandera de Hirohito

- Capítulo III. México 1968
  - Ganó el que no podía ganar
  - La ¿debilidad? de la carne
  - El hermano blanco del Black Power
  - De eso no se habla
  - La interminable noche de Tlatelolco
  - Persona non grata
- Capítulo IV. Múnich 1972
  - Ese dolor insoportable
  - A la derecha y a la izquierda
  - La pérdida de la inocencia
  - Lo que nadie recuerda de Múnich

- Capítulo V. Montreal 1976
  - La chica diez
  - Sin pena y sin gloria
  - Tiene coronita
  - El mejor boxeo olímpico
  - Pentatramposo
  - El caballo del atletismo
  - La amenaza del Este
- Capítulo VI. Moscú 1980
  - Un campeón de ciencia ficción
  - La mejor carrera de su vida

- El laboratorio de invencibles
- Víctimas de su propio talento
- La medalla que costó una cabeza
- Las Leonas… de Zimbabwe

- Capítulo VII. Los Ángeles 1984

- Los Juegos del contra-boicot
- Mujeres adentro
- Solo diplomas
- Remeros de primera
- El príncipe de la gimnasia
- El gen del Dream Team
- ¿Michael Jackson o John Wayne?

- Capítulo VIII. Seúl 1988

  - El boicot informal
  - Fuera de programa
  - ¿Qué Nadia? Daniela
  - Lejos de casa
  - Boxeo escandaloso
  - Los 100 metros más famosos
  - La real víctima de la historia
  - La Mujer Maravilla
  - La relatividad del medallero argentino
  - Señal de los tiempos por venir
  - Gaby y el vóleibol

- Capítulo IX. Barcelona 1992

  - Medallistas en tránsito
  - Mucho más que una medalla de bronce
  - Los otros ganadores
  - Una ausencia inexplicable
  - Seis diplomas y un debut ilustre
  - La batalla de las sedes
  - Camino a la paz
  - El avance de las mujeres
  - El único y auténtico Dream Team
  - Los Juegos de la diversidad
  - Ni tan rápidos ni tan furiosos

- Competencia desleal
- El momento de Sotomayor
- Las sorpresas de la natación
- La gloria del vóleibol brasileño
- Un error imperdonable
- ¿Inversión o gasto?

- Capítulo X. Atlanta 1996

  - Vivir en el IBC
  - La tensión de la cobertura
  - Un presidente olímpico
  - Cuatro pesadillas
  - La nadadora que se metió donde no debía

- Problemas de erotismo
- Impacto belaruso
- La nueva diva de la gimnasia
- Jurados en la mira
- Una noche de terror
- La inocencia del culpable
- Las medallas y el vaticinio de Grondona

- Capítulo XI. Sídney 2000

- No estábamos solos en la madrugada
- Una ceremonia inaugural sin precedentes
- La Villa Olímpica por dentro
- Buenas costumbres

- Tus millones por un voto
- Un medallero con sacudones
- Demos gracias al yachting
- Campeones sin medalla
- Lo difícil que es ser olímpico
- El nacimiento de Las Leonas
- El nadador más lento de la historia
- Victorias e injusticias

- Capítulo XII. Atenas 2004

  - El día en que casi me convierto en secretario de Deportes
  - Una espera de 52 años
  - Alegrías desde el comienzo

- ○ El podio de Paola y Pato
- ○ Lucha y bronce
- ○ Emociones en el agua
- ○ Loco comienzo de un día histórico
- ○ La gloria del básquet
- ○ La primera cobertura online
- ○ Diosas de Olimpia
- ○ Más certezas que dudas
- ○ Por primera vez
- ○ El debut de Phelps
- ○ La mejor palista de la historia
- ○ Buenos Aires, una propuesta de fantasía
- ○ Roma vs. Atenas

- Capítulo XIII. Beijing 2008
  - Una cobertura cinco estrellas
  - Comida china
  - El poderío oriental
  - Nuevas disciplinas
  - Ellos lo inventaron todo
  - La cumbre de las leyendas
  - El valor real del bronce
  - Fútbol bañado en oro
  - Los grandes del ciclismo
- Capítulo XIV. Londres 2012
  - En carne propia

- DJ olímpico
- El otro Glastonbury
- Cifras extraordinarias
- De 1908 a 2012
- Una elección durísima
- Lluvia de talentos
- Dios en zapatillas
- Jugadas sospechosas
- Delpo, de la tristeza al bronce
- El segundo deporte olímpico más exitoso
- La dorada que no fue
- Cruce de patadas y festejo con hamburguesa

- Capítulo XV. Río de Janeiro 2016

    - Mucho por hacer
    - El punto final
- Álbum de imágenes
- Sobre este libro
- Sobre el autor
- Créditos